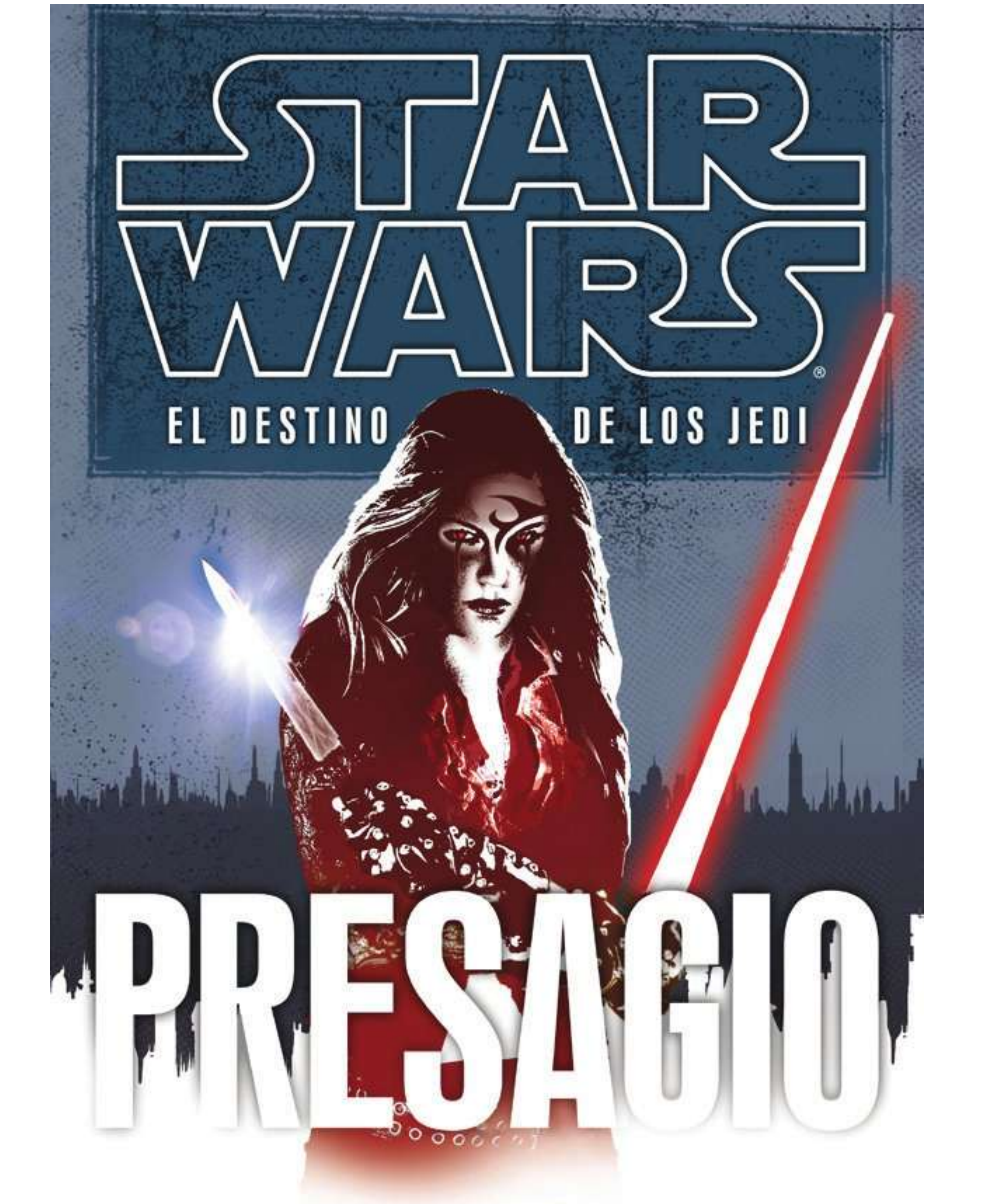

STAR WARS
EL DESTINO DE LOS JEDI
PRESAGIO
CHRISTIE GOLDEN

La Alianza Galáctica se está recuperando de una guerra civil. Los Jedi están en peligro, y los Sith están en auge…

La Orden Jedi está en crisis. La impactante transformación del fallecido Jacen Solo en el Lord Sith asesino Darth Caedus ha arrojado una maldición sobre aquellos que manejan la Fuerza para siempre: Dos Caballeros Jedi han sucumbido a una inexplicable y peligrosa psicosis, los cargos criminales han llevado a Luke Skywalker al exilio autoimpuesto, y la Jefe de Estado hambrienta de poder Natasi Daala está explotando el sentimiento anti-Jedi para socavar la influencia de la Orden dentro de la Alianza Galáctica.

Teniendo prohibido intervenir en los asuntos Jedi, Luke está en una misión desesperada para descubrir la verdad detrás de la caída de Jacen al lado oscuro, y para averiguar lo que está convirtiendo a los Jedi pacíficos en locos delirantes. Pero encontrar respuestas significará aventurarse en el espacio alucinante de la Grieta Kathol, y negociar con una especie alienígena que es probable que destruya a los extraños antes de tratar con ellos. Aun así, no hay otra opción y no hay tiempo que perder, ya que los eventos catastróficos en Coruscant continúan escalando. Afligida por la misma demencia violenta que infectó a su hermano, Valin, la Caballero Jedi Jysella Horn enfrenta un destino igualmente sombrío después de su captura por la policía de Natasi Daala. Y cuando Han y Leia Solo frustran por poco a otro Jedi trastornado empeñado en la destrucción mortal, incluso el Gran Maestro Jedi en funciones Kenth Hamner parece dispuesto a inclinarse ante la voluntad de hierro de Daala, a expensas de la Orden Jedi.

Pero se avecina una amenaza aún mayor. Milenios en el pasado, una nave espacial Sith se estrelló en un planeta desconocido y de baja tecnología, dejando a los sobrevivientes varados. A lo largo de las generaciones, su número ha crecido, los caminos del lado oscuro se han nutrido, y se acerca rápidamente el momento cuando esta tribu perdida de los Sith volverá a las estrellas para reclamar su legendario destino como gobernantes de la galaxia. Solo una cosa se interpone en su camino hacia el dominio, un nombre que les susurró a través de la Fuerza: Skywalker.



Libro 2

Presagio

Christie Golden



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Fate of the Jedi: Omen*

Autora: Christie Golden

Arte de portada: Ian Keltie

Publicación del original: 2009

43 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Nedara

Revisión: Yhori

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

04.07.20

Base LSW v2.22

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Este libro está dedicado a mis padres,

James R. Golden y Elizabeth C. Golden.
Todas aquellas tardes que me dejasteis con las películas cuando estaban emitiendo *Star Wars* han dado su fruto ahora.

Agradecimientos

Hay mucha gente que contribuyó al nacimiento de este proyecto fascinante. Primero, mi agradecimiento va para mi agente, Lucienne Diver, y para mi editora en Del Rey, Shelly Shapiro, que se aproximó a mí para esta serie y que ha sido tan comprensiva y entusiasta. Gracias también a Sue Rostoni de Lucas Licensing Ltd., que ha mantenido sus dedos en muchos pulsos para ayudar a coordinar la dirección de El Destino de los Jedi, y a Leland Chee, que es presto y alegre cuando le bombardean con preguntas. Aaron Allston y Troy Denning me hicieron sentir ambos bienvenida y parte del equipo casi inmediatamente: estoy excitada por trabajar con ambos y aprecio vuestra ayuda y guía mientras navego por este mundo feliz. Jeffrey R. Kirby, mi «asesor creativo» (y Sith favorito), ayudó a asegurar que yo capturaba el sentimiento del universo *Star Wars*. Finalmente, gracias a mi marido, Michael Georges, por todo su apoyo, y a George Lucas, por hacer este mundo tan condenadamente cautivador en primer lugar.

Dramatis Personae

Allana Solo; niña (humana)
Bazel «Barv» Warv (hombre ramoano)
Ben Skywalker; Caballero Jedi (humano)
Cilghal; Maestra Jedi y sanadora (mujer mon calamari)
Han Solo; capitán del Halcón Milenario (humano)
Jagged Fel; Cabeza de Estado del Imperio Galáctico (humano)
Jaina Solo; Caballero Jedi (humana)
Javis Tyrr; periodista (humano)
Kenth Hamner; Gran Maestro interino de la Orden Jedi (humano)
Leia Organa Solo; Caballero Jedi (humana)
Luke Skywalker; Gran Maestro Jedi (humano)
Natasi Daala; Jefa de Estado de la Alianza Galáctica (humana)
Natua Wan; Caballero Jedi (mujer falleen)
Tadar'Ro; enlace Aing-Tii (hombre Aing-Tii)
Vestara Khai; Tyro y aprendiz Sith (humana)
Wynn Dorvan; ayudante de la almirante Daala (humano)
Yaqeel Saav'etu; Caballero Jedi (mujer bothan)

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana…

Prólogo

ORBITANDO ZIOST, HACE DOS AÑOS ESTÁNDAR

Dician sintió el planeta incluso antes de que apareciera en el monitor principal del puente de la *Luna Envenenada*. Sintió que él la había visto, como ella lo había visto a él, a este mundo aparentemente inofensivo azul, blanco y verde, y sonrió suavemente. Los pálidos tatuajes geométricos de su cara, formando un lúgubre contraste con los tonos oscuros de su piel, se arrugaron con la sonrisa. Este era el destino que ella había visto en el ojo de su mente poco antes, la respuesta sin palabras a la pregunta de lo que estaba esperando interceptar aquí. Había ordenado a la tripulación de esta fragata que viajaran a toda velocidad y sólo esperaba haber llegado a tiempo.

¿Adónde vas, encanto?

Para los ojos no abiertos y los sentidos muertos, este planeta parecería un mundo muy parecido a cualquier otro: un planeta con océanos y masas de tierra, muy cubierto, prácticamente poblado por bosques, con dos polos blancos y cubiertos de hielo en cada lado. Nubes blancas giraban lentamente sobre él.

Pero no era un planeta como otro cualquiera.

Era Ziost. Planeta natal de los Sith.

Lo que quedaba de la Orden Sith ahora permanecía en silencio y escondida en Korriban. Ella pronto volvería allí, pero no sin el premio que había venido a reclamar.

Dician se dio cuenta de que se estaba inclinando ligeramente hacia delante por la anticipación y se echó hacia atrás en su silla de mando. Apartó suavemente su excitación a fin de que no interfiriera con su misión.

—Wayniss, llévanos a la órbita.

En su papel como encargada de recoger datos de inteligencia, el tono musical y ligero de su voz a menudo engañaba a otros para que pensaran que ella era muchísimo más inofensiva de lo que era. Su tripulación sabía que era mejor no hacerlo.

—Sí, capitán —replicó el piloto jefe de la *Luna Envenenada*.

Wayniss era un hombre lacónico, para nada sensible a la Fuerza, lo bastante complacido como para hacer lo que se le decía a cambio de la generosa paga que estaba recibiendo. A su propio modo, el ex-pirata cano era tan justo, honorable y trabajaba tan duro como muchos de los llamados ciudadanos honrados. Ya lo había hecho bien para Dician en esta misión.

—¿Alguna señal de la esfera de meditación? —le preguntó ella a Ithila, su oficial de sensores.

Ithila se inclinó hacia delante, con su cara, que habría sido bonita en la manera tradicional hapana de no ser por la horrible cicatriz de una quemadura que desfiguraba el lado derecho, fruncida por la concentración.

—Negativo —replicó Ithila mientras Ziost apareció en los ventanales delanteros y la *Luna Envenenada* se colocaba en una órbita a su alrededor—. No hay indicios de ella en la superficie del planeta. —Se volvió para mirar a su capitán—. Parece que le ganamos en llegar aquí.

Dician volvió a sonreír. Nada de errores. Todo lo que quedaba era capturar a la pequeña nave.

Dician se preparó para esperar, con sus oscuros ojos en el planeta que giraba lentamente delante de ella. Él le devolvía la mirada y ella sintió un tirón en su corazón. Quería aterrizar la *Luna Envenenada* y caminar por los bosques de Ziost como habían hecho otros Sith de épocas pasadas. Pero eso no era el porqué estaban aquí. Ella debía pensar en el bien del Uno, de la Orden, por encima de sus propios anhelos. Un día, quizás, estaría en la superficie de este mundo. Pero ese día no sería hoy.

No tuvieron que esperar mucho.

—Localizada en los sensores de largo alcance, capitán —dijo Ithila sólo unos momentos después.

Dician se sentó derecha en su silla.

—Todos habéis servido bien y brillantemente. Ahora, como diría nuestro piloto contrabandista, es hora de cerrar este trato.

Era hora de que ella, Dician, fuera perfecta. No podía permitirse un error ahora.

Lo sintió incluso mientras Ithila transmitía la imagen a su pantalla personal. Ahí estaba, la esfera de meditación Sith. La miró durante un momento, asimilándola. Los tonos naranja, amarillos y rojos y la forma esférica flanqueada por grupos gemelos de alas parecidas a las de los murciélagos. Se parecía a un enorme ojo.

—Hola otra vez, encanto —dijo ella con su voz más complaciente.

Silencio de la esfera.

—Como puedes ver, hemos anticipado tu llegada. ¿Por qué has venido a Ziost?

Casa.

La voz estaba dentro de su cabeza, masculina e intensamente concentrada. Un pequeño estremecimiento de euforia tembló a través de Dician. Esta no era una mascota a la que engatusar, si no una montura a la que domar. Respetaba la fortaleza y la voluntad.

Dician tenía mucho de ambas.

Hay un lugar mejor para ti que un mundo abandonado. Dician no pronunció las palabras. Su voz melódica no era una ventaja en esta negociación. La concentración y la fortaleza de sus pensamientos sí lo eran.

La nave continuó su aproximación a Ziost, sin vacilar lo más mínimo, pero Dician sintió que tenía su atención. La escucharía.

Eres una esfera de meditación Sith. Ven conmigo a donde están ahora los Sith. Sírvenos, como fuiste diseñado para hacer. Se permitió visualizar Korriban: con no sólo dos Sith, sino con muchos que eran Uno, con los aprendices que necesitaban concentración y entrenamiento en el poder del lado oscuro si iban a conseguir la gloria y el poder que era suyo por derecho.

—Está frenando su aproximación —dijo Ithila—. Se ha detenido completamente.

Dician no se preocupó en decirle a la mujer hapana que ella ya lo sabía. Que estaba íntimamente conectada con esta esfera de meditación, con este… Nave.

Parecía particularmente interesado en los niños y ella comprendía que esto había sido el núcleo de su diseño. Para proteger y educar a los aprendices. Para prepararlos para sus destinos.

Vendrás a Korriban. Me servirás a mí, Dician, y enseñarás a los niños.

Cumplirás tu pretendido propósito.

Este fue el momento del que dependía todo. Ella sintió el escrutinio del vehículo. Dician no se avergonzaba de sus fortalezas y dejó que él la viera libremente. Él sintió su voluntad, su motivación, sus pasiones y su deseo de perfección.

Perfección, dijo Nave. Él le dio vueltas a la palabra.

Nada menos sirve completamente al lado oscuro, replicó Dician. *Me ayudarás a conseguir la perfección para los Sith*.

La perfección no se puede obtener escondiéndose.

Dician parpadeó. Esto le había cogido por sorpresa. *Es sabiduría.*

Nos mantendremos aislados, nos haremos fuertes y entonces reclamaremos lo que es nuestro.

Nave lo consideró. La duda mordisqueó las esquinas de la mente de Dician como un gizka. Ella lo maldijo completamente y sin piedad y volcó toda su voluntad en la demanda.

Los Jedi se hacen fuertes y numerosos. No es hora de esconderse. No os serviré. Encontraré un propósito mejor.

Ella sintió que él se cerraba en su mente, cerrándose a ella en lo que era el equivalente a una despedida. Dician sintió que sus mejillas se volvían calientes. ¿Cómo podía haberse negado?

—Capitán —dijo Ithila—, la nave ha reasumido su curso hacia Ziost.

—Eso lo puedo ver —le espetó Dician e Ithila la miró abiertamente.

Nave era una esfera que desaparecía rápidamente en su pantalla y mientras ella miraba desapareció de la vista.

Dician devolvió su atención a su tripulación, quienes, se dio cuenta ella, la estaban mirando todos con expresiones confundidas en las caras. Ella tomó aire profunda y sostenidamente.

—La nave no habría sido apropiada para nosotros —dijo ella, con su complaciente voz desafiando a cualquiera a que mostrase su desacuerdo—. Su programación es anticuada y desactualizada. Nuestro mensaje original tuvo éxito. Es hora de recoger a la tripulación de la lanzadera y volver a casa. Fija un curso a través del hiperespacio hasta Omega Tres Siete Nueve —instruyó a Wayniss.

Él se volvió y sus dedos volaron ligeramente sobre la consola.

La misión original de la *Luna Envenenada* no había sido recuperar a Nave, que era como Dician había empezado a pensar en la esfera. Dician había sido enviada

inicialmente a seguir a la mujer twi'leko llamada Alema Rar y su base de operaciones. Rar de algún modo había heredado una técnica perdida de la Fuerza que le hacía ser capaz de proyectar fantasmas a través del espacio. A Dician se le había ordenado destruir a la mujer y a la fuente de energía del lado oscuro para que ninguna de ellas cayera en manos Jedi. Y entonces había sido forzada a elegir entre dos premios inesperados.

Cuando la *Luna Envenenada* llegó a la base de Alema Rar, llegando con sigilo, Dician había descubierto que no estaban solos. Una de las dos naves que ya estaba en el asteroide no era otra que el *Halcón Milenario*. Subsecuentes observaciones de sus operaciones revelaron que era más que probable que su notorio propietario Han Solo estuviera pilotando y que era bastante posible que su esposa, Leia Organa, traidora al noble nombre de Skywalker, estuviera con él. Los miembros de su tripulación habían colocado bombas en el asteroide que había sido la base de Alema y Dician, que no iba a dejar que tal victoria se le escapara, estaba volviendo su atención hacia la destrucción del carguero corelliano.

Pero antes de que Dician pudiera dar las órdenes de que detonaran las bombas y atacaran al *Halcón*, Nave había salido de la base. Sin Alema Rar.

Dician había tomado la decisión de seguir e intentar capturar a Nave, renunciando a un ataque contra el *Halcón*. Había ordenado que detonaran las bombas y que los miembros de la tripulación que las habían plantado esperaran su regreso en el asteroide más grande del sistema, designado Omega 379. Sin duda estarían anticipando un rápido regreso.

Dician presionó sus grandes labios uno contra otro. Había elegido seguir a Nave antes que hacer estallar al *Halcón Milenario* en los cielos. Había hecho exactamente lo que había amenazado a su tripulación para que no hicieran: cometer un error. Y ahora no podía reclamar ninguna de las dos victorias.

Deja que Nave permanezca aislado en Ziost. No encontraría a nadie más a quien servir, a nadie para que le permitiera hacer aquello para lo que estaba diseñado.

En su irritación, Dician permitió que la idea la reconfortara.

Capítulo Uno

TEMPLO JEDI, CORUSCANT

Jysella Horn sentía como si parte de ella, como su hermano, estuviera encerrada en carbonita. Congelada y asilada e incapaz de moverse. Sin embardo en cierto modo forzó a sus piernas a que la llevaran hacia delante, hacia el Templo Jedi que, esperaba, tuviera hoy algunas respuestas para ella.

Desde el mismo momento inexplicable y horroroso en el que su hermano mayor, Valin, se había vuelto contra sus padre, con los ojos salvajes, mostrando los dientes, gritando tonterías, parte de la más joven de los Horn se había ido con él a la fría prisión en la que ahora estaba encerrado él.

Ella siempre había sido la niña pequeña de la familia, la hermana pequeña de *«¡Yo también!»*. Tres años estándar separaban a los hermanos Horn y sólo recientemente habían empezado a relacionarse como amigos y no sólo como hermano y hermana. Jysella siempre había idolatrado a su hermano mayor de trato fácil y sensato. Las vidas de su familia bastante famosa habían estado llenas de peligros casi desde el día que ella nació. A menudo, Valin y ella habían estado separados de sus padres e incluso el uno del otro durante largos periodos de tiempo. Tener a tres Jedi en la familia no hacía mucho a favor de pasar el tiempo haciendo cosas de familias tradicionales. Pero los desafíos y la separación les habían unido más, sin crear enfrentamientos.

Jysella se estremeció. Frío, tenía frío. Él tenía frío y estaba en carbonita, su hermano amable y sonriente, el hermano tierno y querido, de quien habían dicho que estaba criminalmente loco. Él había atacado a sus dos padres, clamando que de alguna manera se los habían llevado y habían sido reemplazados por *impostores*. ¿Cómo podía haber ocurrido tal cosa? Pero había ocurrido y Valin había sido atrapado, arrestado y encarcelado del modo más horrible posible.

Bazel Warv descansó una pesada mano verde jade en los estrechos hombros de ella mientras subían la larga escalera ceremonial del Camino Procesional hacia el Templo Jedi. Una serie de gruñidos y chillidos salieron de su boca llena de dientes mientras él le ofrecía consuelo.

—Lo sé, lo sé —le dijo Jysella al ramoano. Los pequeños ojos de cerdo de él estaban llenos de compasión—. Todo el mundo está haciendo lo que puede. Eso no hace que sea más fácil.

Bazel, «Barv» como su pequeño círculo de amigos íntimos le llamaba, consideró esto y asintió en señal de acuerdo. Él apretó los hombros de ella, poniendo toda su preocupación en el gesto y Jysella se forzó a no temblar. Cerca de sus compañeros Jedi, Bazel tendía a olvidar lo fuerte que era. Con la pequeña Amelia, la joven huérfana de guerra que había sido adoptada por Han y Leia Solo, sin embargo, el ramoano era innecesariamente tierno. Amelia a menudo iba subida sobre los enormes hombros de

Barv, riendo y soltando risitas. La pequeña sentía cariño por todos los de «la Unidad», como Barv, Yaqeel Saav'etu, Valin y Jysella se llamaban a sí mismos.

—El tío grande tiene razón —comentó Yaqeel, caminando al otro lado de Jysella—. No subestimes lo que un grupo de los mejores Jedi puede hacer cuando sus espaldas están contra la pared.

Jysella tuvo que forzarse de nuevo a no temblar, esta vez por la frialdad de las palabras de la bothan. Conocía a Barv y a Yaqeel desde hacía mucho tiempo. Habían sido los amigos de Valin primero, pero habían admitido con alegría a Jysella en el círculo mientras se hacía mayor.

Yaqeel utilizaba las palabras en el mismo modo controlado y mortal en el que usaba su sable láser. Normalmente los comentarios sarcásticos y cínicos en los que era aficionada a arrastrar las palabras no preocupaban a Jysella en lo más mínimo. Pero ahora ella se sentía… en carne viva. Como si le hubiesen arrancado su piel emocional e incluso la más ligera brisa causara agonía.

Barv parpadeó, enfadado y las orejas de Yaqeel se crisparon ligeramente. Barv estaba convencido de que los Jedi estaban trabajando duro para encontrar una cura para la condición de Valin no porque sus propios cuellos estuvieran amenazados, sino porque era lo correcto. Porque eso era lo que *hacían* los Jedi.

Lágrimas de gratitud le picaban en los ojos a Jysella mientras sonrió a su amigo. Las orejas de Yaqeel bajaron ligeramente, señal de que la fe simple de Barv también había llegado hasta ella. Esto no era inusual. Todo el mundo, bueno, todo el mundo excepto el propio y ligeramente espeso Barv, sabía que Yaqeel tenía cierta debilidad por «el tío grande» y nadie la culpaba por ello. Barv era sencillo y sincero, con un corazón tan grande como la galaxia y un inquebrantable sentido del bien y el mal.

Jysella quería desesperadamente creerle en este caso, pero el miedo, agitándose en el fondo de su garganta como algo vivo, lo evitó.

—De todas maneras, cariño, sabemos que a tu hermano le van a arreglar la cabeza —dijo Yaqeel en un tono de voz más suave—. Sea lo que sea que le esté pasando, estoy convencida de que sólo es temporal. Lo que necesitas hacer es dejar de ver los videos de noticias.

Todo de lo que están informando es de lo que suene más jugoso. Y eso normalmente *no* es la verdad.

Habían llegado a la entrada del Templo. Una vez, el Templo Jedi había sido notable por sus cinco torres, un rasgo único de la línea del horizonte de Coruscant. Pero gran parte de eso había sido destruido durante la Guerra Yuuzhan Vong. Una gran parte del interior del Templo había sido restaurado hasta su apariencia anterior, hasta los patrones de los suelos de mármol en algunos casos, pero el exterior, una colección de pirámides de piedra y transpariacero en una variedad de tamaños, era agresivamente moderno. Jysella descubrió que echaba de menos las familiares estatuas de los cuatro antiguos Maestros que una vez se alzaron de guardia sobre la entrada principal.

Ella suspiró. Acababa de volverse para hablar con sus amigos cuando se encontró envuelta en un abrazo que casi le aplasta. Una sonrisa curvó sus labios a pesar de sí misma y le devolvió el abrazo a Barv.

—Gracias, Barv —dijo ella, utilizando el último resto de aire que él le había dejado en los pulmones.

Él la soltó y ella tragó oxígeno, sonriéndole. Yaqeel la abrazó entonces, toda pelo cálido y que olía ligeramente especiado y una suavidad que la mayoría de la gente nunca llegaba a conocer realmente.

—Te sentirás mejor una vez que estés haciendo algo —dijo Yaqeel.

Barv concedió que él mismo siempre se sentía mejor cuando estaba haciendo algo. Normalmente eso tenía que ver con atacar a los tíos malos. Yaqeel le dio unas palmaditas a la mejilla de Jysella.

—¿Estás segura de que no quieres que entremos contigo?

—No, está bien. Vosotros dos habéis hecho suficiente. Yo… yo no sé qué habría hecho sin vosotros, de verdad —dijo Jysella, con las palabras burbujeando al salir—. Mamá y papá han estado tan centrados en Valin… y quiero decir, desde luego que *deben* estar centrados en él. Yo también. Es sólo que…

—No necesitas decirlo —la interrumpió Yaqeel suavemente, sintiendo, como sentía ahora Jysella, que si la chica humana continuaba perdería el tenue control que tenía—. Somos la Unidad. Y en la Unidad siempre pueden confiar los unos de otros. Tú habrías hecho lo mismo por nosotros.

Barv asintió vigorosamente. Y era verdad. Jysella y Valin habrían hecho lo mismo por cualquiera de estos dos amigos y compañeros Caballeros Jedi. Habrían hecho mucho más, como ella sabía que habrían hecho ellos si tuvieran que hacerlo.

—Bien —dijo ella, intentando poner una cara valiente—, con vosotros dos y toda la Orden Jedi, estoy segura de que tendremos a Valin fuera de la losa de carbonita en nada de tiempo. Aunque tengo que admitir que, cuando era niña, había montones de veces en las que me habría encantado que él hubiese sido una mesa de caf que no respondía.

Era un débil intento de humor, pero todos lo entendieron y se rieron. *Tengo que reír o lloraré*, pensó Jysella. Y Valin no querría que ella llorara. Lo había hecho demasiado en los últimos días.

Sonriendo Yaqeel deslizó su brazo a través del de Barv.

—Vamos. Te invito a un caf. ¿Todavía almorzamos juntos, Sella?

Almorzar. Se había olvidado de eso. Parecía estar olvidando muchas cosas estos días, excepto el deseo abrumador de que todo volviera a estar bien.

—Oh, claro. Sí, volved en unas cuantas horas. Estoy segura de que habré enfadado lo suficiente a Cilghal para entonces.

Ella se rió, una risa genuina esta vez.

Era una buena nota para terminar y los tres que quedaban de la Unidad se hicieron gestos de despedida con las manos. Jysella vio a Barv y Yaqeel alejarse caminando y

entonces se volvió para entrar en el Templo. Sonrió educadamente a los cinco aprendices que estaban apostados allí como guardianes.

¿Cuántas veces había estado aquí antes? Había perdido la cuenta.

Este siempre había sido un lugar especial, como lo era para todos los Jedi. Durante largos periodos de tiempo, cuando no estaba fuera en una misión, había sido su hogar. Pero ahora le parecía incluso más un bastión de esperanza. En algún lugar dentro de este vasto depósito de conocimiento, tenía que albergarse alguna información que pudiera ayudar a su hermano. Alguna pista de lo que le había ocurrido a él y cómo arreglarlo.

Barv así lo creía. Y Jysella también se agarraba a esa esperanza.

Las pisadas de sus botas retumbaron en el espacio vasto y abierto del vestíbulo de entrada del Templo mientras se dirigía hacia el turboascensor que la llevaría al Ala Principal de los archivos. Cruzó los brazos, moviéndose ligeramente de manera nerviosa, mientras el turboascensor zumbaba suavemente y la llevaba hasta el piso más alto.

Encontró a Cilghal en un pequeño rincón en las profundidades de las estanterías, sentada en una de las mesas y rodeada por altas pilas de tarjetas y cuadernos de datos que brillaban en azul. Su suave cabeza marrón estaba inclinada sobre un antiguo texto y sus manos parecidas a aletas estaban encerradas en guantes para proteger el viejo y delicado plastifino. Ella levantó la cabeza ante la aproximación de Jysella.

—Jysella. Justo a tiempo —dijo con su cálida voz grave.

Jysella le ofreció una débil sonrisa a cambio y se colocó en la silla frente a ella. Incluso aunque esta era la hora acordada para que se reunieran, estaba claro que Cilghal había estado aquí ya desde hacía tiempo.

—Yo… —Jysella suspiró y alargó la mano hacia un cuaderno de datos, sosteniéndolo en una mano flácida—. Lo siento, Maestra Cilghal. Ni siquiera sé por dónde *empezar* a intentar ayudar.

Cilghal la miró comprensivamente, girando ligeramente la cabeza para fijar en Jysella un único ojo grande y bulboso.

—Sabes que todo el mundo está haciendo todo lo que puede. Es importante para todos nosotros que tu hermano se recupere completamente y que entendamos lo que le pasó. Con la comprensión, tenemos muchísimas esperanzas, vendrá una cura y la habilidad para negociar su liberación de la custodia de la Alianza Galáctica.

Jysella hizo un gesto de dolor y se apartó un mechó de pelo castaño rojizo que había escapado del moño casual en el que se lo había recogido esa mañana.

—Lo sé. Es… es doloroso que esto sólo esté sirviendo para dañar a los Jedi a los ojos del público. Valin… él no habría querido eso.

—Desde luego que no —la tranquilizó Cilghal—. Esto no es de ninguna manera un reflejo de tu familia, Jysella. Es simplemente un suceso trágico y, espero que temporalmente, inexplicable.

Cilghal sonaba completamente vehemente y Jysella creía que la curandera mon calamari decía en serio cada palabra. Sabía que Cilghal estaba, hasta cierto punto, en

contra de la idea de que los Jedi tuvieran apegos. Y sin embargo todavía era tan amable y comprensiva con Jysella. Eso significaba mucho.

Aun así… Deseó que el Maestro Skywalker estuviera aquí. Aunque Luke había hecho todo lo que podía para asegurarse de que la transición de poder no daba problemas, la Orden Jedi se había visto lanzada a la conmoción tras su marcha. Ella sabía que el Maestro Hamner estaba haciendo todo lo que podía en el desagradecido papel de intentar manejarlo todo diplomáticamente, pero también sabía que no estaba teniendo éxito. Lo último que la Orden necesitaba era a un Caballero Jedi loco corriendo por ahí clamando que la gente no era quien era.

Y ahora Valin estaba encerrado en carbonita en una prisión de la AG, incapaz de estar con aquellos que le querían, incapaz incluso de comprender que aquellos que le querían estaban intentando ayudarle. Sintiendo empáticamente el frío que envolvía a Valin, Jysella envolvió sus delgados brazos alrededor de su cuerpo y se estremeció ligeramente.

Oh, Valin. Si tan sólo pudieras decirnos qué ocurrió… porqué miraste a mamá y papá y pensaste que no eran ellos mismos. ¿Cómo podías no conocer a tus propios padres?

Las lágrimas escaparon más allá de sus párpados cerrados y ella se las secó enfadada. *Para, Sella*, se dijo severamente a sí misma. La pena y la preocupación no le servirían a Valin, o a la Orden, en este momento. Sólo la calma y el conocimiento les ayudarían. Ella abrió los ojos y alargó la mano hacia el cuaderno de datos descartado.

—Eso parece como un archivo muy viejo —dijo ella, levantando sus ojos hacia Cilghal—. ¿Tienes alguna teoría sobre…?

Jysella sintió que la sangre dejaba su cara.

La mon calamari aparentemente había terminado con el viejo plastifino y ahora estaba estudiando atentamente la información en un cuaderno de datos. Sus enormes ojos estaban fijos en él, sin parpadear por la concentración. El rincón era tranquilo, salvo por las conversaciones en voz baja y el sonido de las pisadas a cierta distancia.

Todo estaba como había estado justo un momento antes.

Excepto que todo, todo, había sido puesto patas arriba.

Valin había tenido razón. Ahora lo veía…

Jysella inhaló rápidamente. Aquello se *parecía* a Cilghal. Quien quiera que hubiera hecho esto no había pasado por alto ni un detalle.

Incluso se movía como la curandera mon calamari. Y con toda certeza actuaba y sonaba como ella. Pero Jysella de repente y de modo morboso entendía exactamente qué había querido decir su hermano.

La No-Cilghal se volvió para mirar a Jysella, inclinando la cabeza curiosamente.

—¿Jysella? ¿Qué pasa?

—N-nada. Yo… ¿sabes qué? —Ella se rió compulsivamente—. Creo que puedo estar demasiado alterada para ayudar mucho —se las arregló para decir.

Se levantó. Tenía que alejarse y rápido, antes de que esta doble se diese cuenta de que ella estaba al corriente del engaño. ¿Pero adónde iría? ¿A quién se lo podía decir? Si

Valin había tenido razón, entonces todo el mundo excepto ella había sido secuestrado y reemplazado por sus dobles. ¿Cómo podía no haberlo visto antes? *Oh, Valin, siento no haberte creído…*

La imitación de Cilghal apartó la vista completamente del cuaderno de datos que había estado estudiando y fijó en Jysella un enrome ojo circular.

—Has llevado todo esto muy bien, Jysella —dijo la doble amablemente—. No es sorprendente que ahora pudieras descubrir que no puedes continuar. ¿Quieres hablar de esto? Hablar de las preocupaciones y los miedos de una puede ser tan curativo como los tanques de bacta, a su propio modo.

La voz rasposa era cálida y preocupada. Eso sólo afectó más a Jysella. Maldita sea, quien quiera que fuera, era buena. Había dominado la voz de Cilghal, sus inflexiones, sus movimientos. No le extrañaba que tuviera éxito en lo de engañar a todo el mundo.

Pero a Valin no le habían engañado, aunque en su confusión había confundido a su hermana y sus padres por dobles como la que ahora estaba ante ella.

Oh, no… ¿y si él hubiera tenido razón sobre mamá y…?

—Creo que simplemente sería mejor que me fuera.

Una mano cayó casualmente hacia su cintura, descansando en la empuñadura del sable láser que estaba enganchado allí. Como Caballero Jedi completa, estaba autorizada a llevar el arma en el Templo excepto en unas pocas áreas restringidas. Casi lo había olvidado esta mañana debido a su tensión por Valin. Ahora estaba tremendamente contenta de haber vuelto a por él.

El ojo de Cilghal siguió el gesto y ella se puso en pie. Tenía su propia arma, desde luego, pero no hizo ningún movimiento para desenvainarla.

—Jysella, ¿por qué no vienes conmigo y…?

El terror inundó a Jysella y se le escapó un sollozo. Ella retrocedió, con su mano agarrando la empuñadura del sable láser con tanta fuerza que los nudillos se les pusieron blancos.

—¡Aléjate de mí! —gritó con voz temblorosa.

—Jysella…

Aquello alargó una mano implorante hacia ella.

—¡He dicho que te *alejes*!

Jysella tiró de su sable láser con una mano y empujó la otra en dirección a la falsa Cilghal. Los hombres de su familia eran incapaces de utilizar la telequinesis. Jysella no estaba tan limitada y utilizó esa habilidad ahora. Puso todo su miedo, toda su concentración, en el gesto y No-Cilghal fue cogida de improviso mientras el empujón de la Fuerza de Jysella la lanzó hacia una estantería de cuadernos de datos.

No se detuvo a ver cómo se estrellaba Cilghal contra la estantería.

Para entonces Jysella Horn, posiblemente la única persona real que quedaba en el planeta, quizás en la galaxia, excepto por su hermano, corría por el pasillo abajo en dirección al turboascensor tan rápidamente como podía.

Cilghal se recuperó rápidamente, utilizando la Fuerza para estabilizar la estantería y evitar que se cayera completamente. Unos cuantos cuadernos de datos rebotaron con estrépito contra el suelo mientras ella se levantaba y cogía su comunicador con una mano y su sable láser con la otra. La había cogido completamente por sorpresa y se regañó mentalmente a sí misma.

—Seguridad del Templo, soy la Maestra Cilghal —dijo mientras empezaba a correr tras la humana que huía—. La Jedi Jysella Horn tiene que ser capturada y retenida. No le hagáis daño si es posible.

No es ella misma. Notificádselo al Maestro Hamner inmediatamente. Decidle… decidle que tenemos a otra.

—Recibido —respondió una voz fría y clara.

Cilghal apagó su comunicador. Ya habría tiempo suficiente para más detalles una vez que Jysella estuviera apresada con seguridad.

Era obvio lo que había pasado. Como su hermano, Jysella Horn había perdido la razón. Pero a diferencia de Valin, que había estado irracionalmente furioso, Jysella estaba vertiendo un miedo total y abatido en la Fuerza. Fuera lo que fuese que su mente le pudiera estar diciendo, la estaba aterrorizando más allá de nada que Cilghal hubiese experimentado antes en un humano.

La compasión combinada con una sombría determinación por evitar que la asustada joven hiciera daño a alguien aumentaba la velocidad de la mon calamari. De un modo u otro, la detendrían. Después de todo, esto era el Templo Jedi y Jysella, aunque era una Caballero Jedi bastante capaz, era difícilmente imparable, incluso si estaba alimentada por un miedo loco.

¿Adónde posiblemente podría ir?

Capítulo Dos

TEMPLO JEDI, CORUSCANT

¿Adónde podía ir?

Jysella estaba atrapada, atrapada como un animal y tenía que salir, tenía que hacerlo. *Oh, Valin, Valin, siento tanto no haberte creído, lo siento tanto…*

No podía coger el turboascensor. Era demasiado lento y, además, *ellos*, los dobles, le cortarían la energía y la atraparían dentro. Tenía que bajar al piso principal de otro modo y sabía exactamente cómo.

El tubo del turboascensor estaba localizado en el área central donde los pasillos de los Archivos se unían. Cuatro rampas llevaban por encima de un espacio abierto desde los vestíbulos del turboascensor.

Había barandillas de piedra tallada a la altura de la cintura, más como decoración que por utilidad. Cualquier Jedi que caminara por estas rampas podía mirar hacia abajo y ver los pasillos correspondientes del piso inferior.

Jysella no dudo ni por un instante. Agarrando su sable láser activado con una mano, alargó la otra, la colocó sobre el frío mármol del pasamanos y saltó diagonalmente hacia la otra pasarela del piso inferior. Utilizando la Fuerza para controlar el salto, aterrizó con facilidad. Había vuelto la cabeza y estaba a punto de saltar hacia el siguiente nivel cuando oyó la voz de No-Cilghal.

—¡Jysella, espera! ¡Lo que crees no es verdad! Nadie nos ha secuestrado. Nosotros…

El terror inundó a Jysella de manera que su mano sudosa casi perdió su sujeción. Corrió hacia el siguiente nivel, de manera desordenada e imprecisa, y estrelló la rodilla duramente contra la barandilla de mármol mientras colgaba de un lado.

Sentía la presencia de la Jedi que se lanzaba hacia ella y su cabeza se estimuló. Conocía a esta Jedi, o más bien, conocía a quien se suponía que era. La doble tenía exactamente el mismo aspecto que la mujer falleen Natua Wan, hasta la preferencia de Natua por las cuentas azules entrelazadas en su largo pelo negro. Su sable láser estaba activado y ella le estaba gritando algo a Jysella. Alguna tontería sobre cómo no quería hacerle daño, que algo no estaba bien en la manera de pensar de Jysella pero que ellos querían ayudarla. Y la piel de esta doble estaba cambiando de color, justo igual que haría la de la auténtica falleen cuando estaba exudando feromonas para atrapar a Jysella…

—Claro —murmuró ella.

Jysella no podía soltar ni la barandilla ni su sable láser, pero No-Natua tenía que ser detenida antes de que las feromonas surtieran efecto. Sus ojos encontraron un busto que descansaba en una pequeña mesa al final de este pasillo. Con un rápido movimiento de su cabeza, Jysella lanzó el busto tallado en piedra de un Jedi muerto hacía mucho hacia el ser que estaba suplantando a una Jedi viva. Este se estrelló duramente contra la doble de Natua y ella cayó.

Jysella no quería ver si la falsa falleen se levantaba. Se dejó caer con gravedad, aterrizando fácilmente sobre las puntas de los pies.

Jysella estaba ahora en el piso principal. Escapar, y estar a salvo, aunque pudiera ser temporalmente, estaba a unos pocos momentos.

Se volvió y vio la salida de esta ala. Se abría en un enorme vestíbulo principal. Más allá de eso, estaba el Paseo, y la libertad. Jysella tragó aire y empezó a correr.

Juró en voz baja mientras otro Jedi salió de un lado de las estanterías laterales. Este parecía un brubb, pero ella no le reconocía. Estaban por *todas partes*, estos Jedi falsos. Tan desesperada estaba por la necesidad de salir que ni siquiera frenó. Con un movimiento brusco, hizo un gesto como si estuviera pasando los dedos horizontalmente a lo largo de una de las estanterías. Cientos de cuadernos de datos fueron lanzados hacia delante como si se hubieran catapultado desde donde, un instante antes, habían estado colocados a salvo. Cayeron sobre el Caballero Jedi, distrayéndole momentáneamente mientras él intentaba evitarlos. El brubb era fuerte y sin duda este doble también tenía esa cualidad. Poco de lo que Jysella pudiera lanzarle le haría daño, pero todo lo que ella necesitaba era conseguirse un par de momentos…

Acercándose al brubb a toda velocidad, Jysella lanzó su sable láser directamente hacia él. Vio los ojos rasgados de él abrirse por la sorpresa en su cara picada de piel amarilla mientras el arma brillante giraba sobre sí misma en dirección a él. Él apenas levantó su propio sable láser a tiempo para apartar la hoja. Para entonces Jysella estaba en el aire, saltando fácilmente por encima de él, extendiendo su mano para invocar a su arma de nuevo hacia ella.

Aterrizó ligeramente, corrió a través de la entrada y entonces giró y toco el botón que hacía que esta ala del edificio se cerrara.

Él podría abrirla desde el otro lado y ella lo sabía. Para evitar eso, hundió su sable láser hasta la empuñadura en los controles. Estos crujieron y sisearon y su nariz se arrugó ante el ácido olor a quemado.

Eso no les detendría mucho, pero ella se había conseguido un precioso momento para *pensar*, maldita sea. Para aclarar su cabeza y pensar. Era una presa, atrapada en la guarida del rancor, y tenía que salir…

Tomó aire lenta y sostenidamente y con el control de un Caballero Jedi estaba calmando sus aterrorizados pensamientos que corrían a toda prisa. Jysella cerró sus ojos durante un momento, inspirando a través de la nariz y expirando a través de la boca y abriéndolos luego lentamente.

Y vio algo muy extraño.

Cilghal alcanzó a Radd Minker mientras el brubb estaba utilizando su sable láser para cortar un agujero en la puerta. Ella se abrió a la Fuerza, intentando sentir a Jysella, sorprendida al darse cuenta de que la joven todavía estaba al otro lado de la puerta.

—Cilghal a seguridad —le dijo a su comunicador—. Jysella Horn está directamente fuera de los Archivos en el lado sur. Ha cerrado la puerta y destruido los controles. El

Jedi Minker está actualmente atravesando la puerta con su sable láser. Mi idea es que una vez que recupere el aliento, se dirigirá directamente hacia la salida del Paseo.

Está asustada y anticipo que tomará la ruta más directa. Esperad que salga a toda prisa.

—Recibido. No la dejaremos pasar.

Cilghal volvió a colocar el comunicador en su cinturón y extendió sus pensamientos en la Fuerza, intentando otra vez ver si podía llegar hasta Jysella y calmar a la aterrorizada mujer.

Se preparó para el miedo esperado y casi animal que le había golpeado la primera vez que se había abierto a Jysella. En su lugar, encontró algo completamente diferente. El miedo todavía estaba allí, sí, pero por encima y alrededor de eso era algo que sólo era vagamente familiar para Cilghal y la curandera mon cal no podía localizarlo enteramente. Ella frunció el ceño, dejándose caer más profundamente.

Jysella se vio a *sí misma*, corriendo corredor abajo hacia la libertad. El pasillo estaba flanqueado por grandes pilares a cada lado, que sostenían el techo bellamente tallado. Ante su sorprendida mirada, puertas ocultas hasta entonces en dos pilares se abrieron y dos droides de seguridad salieron.

Empezaron a atacarla a la vez. Jysella miró, intentando comprender qué estaba viendo, mientras su otro yo devolvía disparos tan rápidamente que su sable láser no era más que un borrón azul. ¿Era realmente ella o simplemente su imaginación? ¿Qué estaba pasando?

Desde la entrada, los cinco aprendices que había visto media hora antes, a los que había asentido como saludo, se precipitaron hacia ella.

Uno de ellos estaba gritándole algo en un comunicador.

La otra Jysella arremetió hacia delante y llevó su sable láser hacia abajo sobre uno de los droides de seguridad. Este cortó limpiamente a través del metal y los cables. Ella se volvió justo mientras el otro droide estaba disparando, ejecutando una voltereta sobre una mano y atacando con su sable láser.

Este droide también estaba incapacitado, frenando hasta pararse, con humo negro emanando de él. Para entonces la otra Jysella estaba en pie y los aprendices estaban sobre ella.

Ella miró, sorprendida por su propio coraje y determinación, mientras luchaba salvajemente. No escapó ilesa. Un golpe le alcanzó en la mejilla, causándole una quemadura negra. Otro golpe casi le cortó el brazo izquierdo.

Sin embargo, la otra Jysella continuó luchando. Uno a uno, ella les mató, haciendo caer a los falsos aprendices hasta que no quedó ninguno. No se apenó por ellos. No eran realmente aprendices, simplemente más impostores. En agonía, pasó rápidamente por encima de los cuerpos y se dirigió hacia las puertas.

Jysella gritó mientras vio lo que ocurrió a continuación.

Tan cerca… estaba tan cerca de conseguirlo. Pero incluso aunque la otra Jysella estaba bañada por la luz del sol de fuera, el escudo de la entrada del Templo estaba activado. Jysella dejó escapar un sollozo mientras se veía a sí misma retorcerse, intentando escapar, cogida de manera tan cierta como un insecto atrapado en la tela de una araña.

—¡No! —gritó Jysella en alto.

Había estado hipnotizada, viendo desarrollarse esta extraña escena y de repente la comprensión se apoderó de ella. Y había un modo para que demostrase que esa comprensión era correcta.

Ella sabía, como sabían todos los Jedi, que había toda clase de medidas de seguridad en lugares del Templo. El pasado había demostrado estrictamente que incluso un Templo con Jedi en él todavía poder ser violado. Jysella, como todos los Caballeros Jedi y probablemente la mayoría de los Maestros, no tenía conocimiento exactamente de cuáles eran muchas de esas medidas de seguridad. Al menos, nunca antes lo había tenido, pero si su idea era la correcta…

Ella corrió hacia los pilares. Si realmente de alguna manera se le había concedido echar un vistazo al futuro, entonces un droide estaba encerrado en el interior. Con un gruñido, ella lanzó su sable láser al lugar exacto donde sospechaba que estaría el centro del droide. El sable láser cortó a través del pilar de mármol… y el metal y los cables de un droide de seguridad. Con un siseo llorón y un crujido, él estaba inhabilitado antes de que fuera incluso alertado de que la atacase.

Animada, Jysella saltó a través del pasillo principal hacia el otro pilar y repitió el proceso.

Volvió su cabeza hacia la salida. No vio a los aprendices viniendo hacia ella todavía, lo que significaba que tenía una oportunidad. Rápidamente se volvió por donde había venido y vio el contorno que indicaba una puerta hacia un corredor de servicio, abierta y se agachó dentro. Cerró la puerta tras ella y luego se lanzó detrás del gran contorno de uno de los droides limpiadores más grandes de servicio industrial. Se acurrucó, temblando, abrazándose las rodillas contra su pecho como hacía cuando era pequeña y se concentró en enmascarar su presencia en la Fuerza.

Jysella se había ido a toda prisa y Cilghal no sabía adónde. Sólo sabía que la presencia al otro lado de la puerta, tan asustada y sin embargo teñida con esa extraña sensación de «allí pero no allí», había desaparecido.

Rápidamente encendió su comunicador.

—Jysella se está moviendo —dijo—. Que vayan a la entrada principal. Creo que podría estar dirigiéndose hacia allí.

Vinieron unos cuantos segundos de silencio interrumpido sólo por el sonido de protesta de la puerta mientras el sable láser cortaba un círculo a través de ella. Las puertas debían activarse en caso de intrusos en el Templo, para proteger los Archivos, o en caso de otro desastre como el fuego. Por lo tanto estas puerta no eran fáciles de atravesar, ni siquiera para un sable láser, y la hoja de Radd Minker se estaba arrastrando, como un palo a través del duracero que estaba siendo vertido y se solidificaba, mientras él continuaba adelante determinadamente. Les llevaría varios preciosos segundos más antes de que pasaran y Cilghal no creía que Jysella Horn tuviera varios segundos más. Le preocupaba terriblemente que la confusa joven hiciese que la mataran.

—¡Es imposible! —le llegó un repentino grito desde el comunicador.

Cilghal, que había visto lo suficiente para saber que la palabra *imposible* no debería utilizarse a la ligera, no comentó la exclamación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Ella… las localizaciones de los droides de seguridad se mantienen en una base estricta de la necesidad de saber. —Esto era verdad. Incluso Cilghal no sabía dónde se escondían—. Sólo un puñado de miembros de mi equipo tiene esa información. Y sin embargo Jysella apuntó y destruyó a los dos que estábamos a punto de activar. *Posiblemente* no podía haber determinado para nada sus localizaciones, mucho menos en tan poco tiempo.

Cilghal pensó en las extrañas resonancias que había sentido en Jysella unos pocos momentos antes, y la intranquilidad se agitó en su interior mientras una sospecha empezaba a formarse.

—Continua —dijo Cilghal, con sus enormes ojos en la hoja que se movía lentamente.

—Y no se está dirigiendo hacia la entrada principal. No sabemos hacia dónde va.

—Va a querer salir, eso te lo puedo asegurar —dijo Cilghal—. Yo enviaría equipos de seguridad a cada una de las otras salidas.

—Sí, Maestra Cilghal.

Cilghal suspiró. Radd le lazó una mirada de disculpa.

—Siento que esté llevando tanto tiempo, Maestra.

—Quizás yo te pueda ayudar —dijo Cilghal.

Su sable láser se activó con un *chasquido-siseo*. Ella dio un paso hacia delante y la clavó en la puerta, sintiendo la resistencia, y empezó lentamente a empujarla a través del material hasta alcanzar la incisión de Radd. Era arriesgado hacer esto en pareja. Existía el riesgo de que repentinamente el metal cediera y hubiera dos sables láser chocando mientras estaban rodeados por metal casi fundido, que era por lo que Cilghal no había ayudado antes. Pero la vida de Jysella posiblemente pendía en la balanza.

Cilghal simplemente tendría que concentrarse.

Jysella les sintió pasar rápidamente más allá de ella, sintió la concentración de ellos por llegar a las salidas, tan concentrados que fallaron en buscar en el área inmediata en la Fuerza. Eso era por lo que todavía en simples aprendices.

No, pensó ella. No lo eran. Eran impostores. Eso era por lo que no la habían sentido. Un estremecimiento la recorrió y durante un momento estuvo tan asustada que no pudo moverse. Entonces, por pura voluntad, forzó a sus piernas a descruzarse y a ponerse en pie.

Presionó la puerta con su mano y esta se abrió. No había nadie, nada, entre ella y la salida. Los aprendices de guardia se habían ido a otro lugar. ¿Qué pasaba con el escudo que había sido la caída de su futuro yo?

Espera… uno de los aprendices había estado hablando en su comunicador mientras corría hacia ella. ¿Entonces era que se había activado cuando supieron que ella se dirigía hacia él? ¿Había contactado ya con seguridad?

No había tiempo para dirigirse hacia otra salida, no había tiempo para sentarse y concentrarse para ver si podía encontrar de nuevo su futuro yo para descubrir qué había pasado. Jysella tomó aire profundamente, sujetó su sable láser firmemente y corrió por el pasillo vacío.

Se tensó mientras se aproximaba a la entrada, con la luz del día entrando y reuniéndose en la alfombra del suelo, esperando sentir en cualquier momento la red energética cayendo a su alrededor.

Nada ocurrió.

Jysella se mordió el labio para no dejar escapar un sollozo de alivio y corrió hacia la libertad.

Capítulo Tres

DISTRITO DEL TEMPLO, CORUSCANT

Yaqeel tomó un sorbo del brebaje caliente y oscuro y miró al recién llegado al café. Era humano y delgado pero no esquelético. Tenía la cabeza llena de pelo, moreno e inmaculadamente peinado, y su ropa era a la moda pero sencilla y con buen gusto. Su cara era bastante guapa para los estándares humanos, pero los labios carnosos le parecían a ella que se mantenían en una constante sonrisa afectada. La sensible nariz de Yaqeel detectó alguna clase de olor a almizcle en él.

Había aprendido que a los humanos les gustaba adornarse con «perfume» o «colonia», como se llamaba, aparentemente sin confiar en sus propios olores naturales para atraer al sexo opuesto. Los bothans no se preocupaban por tales cosas. Todos olían de manera única y casi todos olían de modo atractivo. Al menos para otros bothan. Ella lanzó una mirada a Barv y se preguntó qué pensaba él de su olor.

Barv estaba disfrutando de su caf en silencio, con sus enormes manos sosteniendo una jarra apropiadamente enorme. Su cara de jade, con el hocico ancho y rectangular y la fuerte barbilla que a menudo le hacía parecer tan brillante e imponente para otros, estaba relajada en lo que Yaqeel reconoció como un relajado buen humor.

Yaqeel volvió de nuevo sus ojos hacia el extraño, notando sus manos con una buena manicura que aceptaba una taza para llevar. Ahora que lo volvía a mirar, le pareció familiar de alguna manera. No el olor, eso lo habría recordado, sino su apariencia. ¿Era una estrella de holovídeo? Ella veía los holovídeo ocasionales que Valin y Jysella le habían recomendado y los encontraba pasablemente entretenidos, pero no podía identificarle. El extraño pagó y salió. Caminó vigorosamente y un droide que había estado esperando pacientemente fuera de repente se elevó y flotó tras él.

Un droide cámara Holoplaneo J57.

Y Yaqeel comprendió de qué conocía al extraño. Sus ojos se estrecharon y gruñó suavemente, con su pelo ondulando por el disgusto.

—*Un periodista* —escupió, empapando la única palabra con el mismo disgusto y odio con el que habría dicho *«Un Sith»*.

Barv gruñó, pero concedió que los periodistas, a pesar de la opinión personal de Yaqeel, eran también seres y se les debía permitir comprar una taza de caf si se sentían inclinados a ello.

Un transeúnte fue lanzado a través de la ventana del café justo sobre ellos, con el transpariacero envolviéndose alrededor de él mientras golpeaba la mesa y la conversación fue abandonada.

Ambos Caballeros Jedi se pusieron en pie de un salto, con las armas en las manos pero sin activar y corrieron hacia fuera mientras los clientes de dentro gritaban y se agachaban. Un ortolano suave y gordito, gritando y agitando sus brazos y piernas azules, con las orejas aleteando salvajemente, fue lanzado hacia Barv. Todavía calmado, él

levantó una gran mano y cogió con la Fuerza al ortolano, bajándolo suavemente hasta el suelo. El sable láser de Yaqeel *chasqueó-siseó* al encenderse y ella extendió sus sentidos, abriéndose más allá del caos y el miedo para identificar a la fuente de la perturbación.

Le llevó menos de un segundo y sus ojos encontraron a la criminal en el mismo momento en que la Fuerza dirigió la atención de Yaqeel hacia ella. Su mandíbula felina se abrió durante un precioso segundo.

—¿Jysella?

Ella estaba allí, justo fuera del Templo Jedi, con su sable láser encendido y sostenido en una mano mientras la otra estaba extendida, abriéndose camino a través de la multitud y abatiendo a los posibles atacantes. Los ojos de Jysella eran enormes y, incluso a esta distancia, sus amigos pudieron ver la combinación de terror y determinación en ellos.

—*Maldita sea* —murmuró Yaqeel.

Barv estaba justo a su lado y, moviéndose como uno, los dos corrieron hacia su amiga y compañera Jedi. Barv rápidamente comenzó a adelantar a la bothan, moviéndose mucho más velozmente de lo que la mayoría esperaría del gran ramoano. Ni él ni Yaqeel sabían quién estaba atacando a Jysella, pero no importaba. Ella era Sella, una miembro de la Unidad y…

El tiempo pareció ralentizarse. En aquel momento alargado, Yaqeel miró mientras Jysella se tensaba. La Jedi humana no podía posiblemente haber visto a Barv corriendo hacia su lado y de alguna manera Yaqeel no creyó que Jysella le sintiera en la Fuerza. Jysella no pareció reaccionar tanto como simplemente saltar y brincar. Barv de repente e inesperadamente fue empujado por un miembro de la multitud que volaba (eso era algo en lo que él necesitaba trabajar, pensó con desapego Yaqeel, él tendía a hipercentrarse en momentos de crisis) y terminó varios pasos a la derecha de donde había estado corriendo.

Y sin embargo Jysella estaba allí.

El sable láser descendió tan rápido que Bar apenas fue capaz de bloquearlo a tiempo con el suyo. Yaqeel miró y se quedó atónita durante un momento. ¿Por qué estaba Jysella…?

—¡No eres tú! —estaba gritando Jysella mientras presionaba el ataque.

Ella parecía saber exactamente cuándo se agacharía Barv, cuándo bloquearía, cuándo empujaría hacia delante y cuándo ejecutaría un salto con la Fuerza. Habría sido sorprenderte de ver, casi una coreografía, si no fuera por el horror de que Jysella Horn estuviera luchando con otro Jedi y no sólo cualquier Jedi, sino uno que estaba entre sus mejores amigos de la galaxia.

Afortunadamente para Barv, la extraña y hasta ahora no descubierta habilidad de Jysella para predecir dónde estaría él en un momento dado parecía mitigada por su pánico. Ella era torpe, estaba temblando y Barv, que nunca parecía afectado por nada, se las arregló para defenderse… hasta que Jysella gritó «¡Devuélveme a mi amigo!» y su brillante hoja se deslizó a través del torso de él.

Yaqeel gritó mientras Barv retrocedía a trompicones. Afortunadamente el arma de Jysella apenas le había rozado. Era una herida humeante, pero no profunda y se podría

tratar. Los ojos de Yaqeel se encontraron con los de Barv. Ella se dio cuenta ahora de qué había ocurrido. Incluso mientras la pena y la compasión por Jysella la envolvían, la bothan sabía que tenía que ser detenida.

Preferentemente por un compañero Jedi.

Incluso más preferiblemente, por Yaqeel.

Llorando incoherentemente, con la boca afeada por un gruñido, Jysella se abalanzó sobre el ramoano. La mano de Yaqeel salió disparada, agarró el aire y tiró. El enorme cuerpo verde de Barv fue sacado repentina e invisiblemente por un tirón del camino del cortante sable láser de Jysella. El arma zumbó mientras cortaba el aire vacío donde una fracción de segundo antes había estado Barv. De no haber intervenido Yaqeel, el ramoano habría sido cortado en dos.

Jysella giró, con su mirada atravesando a Yaqeel. Entonces sus ojos se abrieron por el horror y la pena.

—Oh, no… ¡Yaqeel también no! —gritó entrecortadamente, casi gimoteando, y de no haber sido por el hecho de que la chica humana casi había matado a Barv ese sonido le habría roto el corazón a Yaqeel.

En su lugar, ella lo envolvió en duracero y se endureció para hacer lo que había que hacer.

Miró a su alrededor frenéticamente en el instante anterior a que Jysella se lanzara. No había nada que ella… ah, el droide cámara. Allí estaba, flotando sobre la ahora aterrorizada multitud, grabando fielmente todo el incidente. Y por allí, aquel periodista hablándole a algo en su mano. La auténtica grabación de una Jedi enloquecida y atacando a civiles y a compañeros de su propia Orden estaría por todos los videos de noticias esta noche, podía estarlo ya. La AG tendría un día de campo con eso.

Yaqeel se abrió otra vez con la Fuerza, averió la cámara y alternativamente empujó el droide en dirección a Jysella y empujó hacia atrás a la Jedi que cargaba.

Excepto que de nuevo, *de alguna manera* Jysella supo que iba a ocurrir. Se volvió con tiempo más que suficiente para cortar metódicamente el droide cámara en tres pedazos, que luego redirigió hacia Yaqeel. La Jedi bothan apenas fue consciente de los gritos del reportero.

—¡Hey! ¿Qué estás haciendo? ¡Eso es una propiedad valiosa!

Su irritación le dio a Yaqeel una pequeña chispa de placer. El placer se desvaneció rápidamente cuando se dio cuenta de que Jysella estaba corriendo hacia ella, pero entonces la Jedi humana saltó por encima de la cabeza de Yaqeel a una velocidad mareante. Yaqeel giró e inició la persecución. Jysella ya había cubierto una gran distancia. Claramente, estaba más interesada en escapar que en luchar.

Pero no parecía que fuera a conseguirlo. Incluso mientras Yaqeel la seguía, varios vehículos de la AG se pararon. Sus puertas se abrieron y vomitaron a varios hombres y mujeres vestidos con los uniformes y los cascos azules de la Seguridad de la Alianza Galáctica. Inmediatamente empezaron a disparar contra Jysella.

Ella saltó, se agachó y movió su sable láser en un borrón azul, devolviendo los disparos láser hacia aquellos que los estaban disparando contra ella. Durante un segundo salvaje Yaqeel pensó que Jysella iba a conseguir escapar. Pero llegó un disparo láser que era o simplemente uno más de la cuenta para que ella lo manejara o uno que ella había fallado en anticipar con sus sentidos supernaturales. A mitad del salto, Jysella Horn fue alcanzada por un disparo y perdió la consciencia.

Y porque quería a su amiga, y porque sabía que algo terrible le había ocurrido a Jysella para que actuara de este modo, Yaqeel se abrió con la Fuerza, la cogió y la bajó suavemente hasta el pavimento.

La AG cayó sobre Jysella como un enjambre de insectos. Yaqeel miró hacia atrás a Barv y estuvo aliviada de ver que él estaba en pie, aunque estaba claramente dolorido. Él asintió en dirección a ella y ella le devolvió el asentimiento, volviéndose hacia los guardias que se habían reunido alrededor de Jysella.

Habría sido una imagen extraña, de no haber sabido que Jysella era una Caballero Jedi: siete oficiales pesadamente armados alrededor de una pequeña mujer humana, con sus armas láser todavía apuntadas hacia ella mientras uno de ellos rápidamente se inclinaba sobre la forma inerte, retiraba su sable láser y empezaba a cachearla en busca de otras armas. Uno de ellos colocó aparatos de detención en las delgadas muñecas de ella.

Esto era malo. La AG ya había tenido en sus manos a un Jedi que parecía haberse vuelto loco. Con certeza no necesitaban otra para encerrarla en carbonita y colgarla en la pared como algún trofeo o credencial enfermiza. Si tan sólo Yaqeel y Barv hubiesen sido capaces de hacerla entrar.

Una idea se le ocurrió a Yaqeel y ella sonrió un poco para sí misma. Desactivando su sable láser y devolviéndolo a su cinturón, caminó vivamente hacia el oficial de la AG más cercano.

—Buen trabajo —dijo ella. Extendió sus pensamientos y apartó los del hombre quarren que estaba hablando en un pequeño aparato de mano—. Una captura sin problemas. Estoy segura de que sus superiores estarán de acuerdo en que la Jedi pertenece al Templo. Yo me haré cargo de la prisionera desde aquí.

Los tentáculos del quarren se agitaron por la irritación e incluso antes de que hablara Yaqeel supo que había escogido al objetivo equivocado.

—No es probable, Jedi. Llévate tus trucos mentales a otra parte y retrocede antes de que haga que te arresten por interferir con el arresto de la prisionera. Fue reducida por la AG y se irá con ellos para que la evalúen.

—¡Sólo vais a encerrarla en carbonita! —estalló Yaqueel, con su pelo ondulando por la rabia—. ¡Es una Jedi y el Templo está justo ahí!

Los tentáculos se agitaron, esta vez obviamente por la diversión.

—Qué pena que no la redujerais a unos cuantos metros de aquí entonces, ¿verdad? Esta no es tu jurisdicción, *Jedi*.

Él casi escupió la palabra. Yaqeel se enfureció, pero el quarren tenía razón. Legalmente, la AG tenía autorización aquí. La lucha con Jysella había durado sólo un par

de minutos, aunque había parecido una eternidad y ahora ella vio como varios Jedi, con los sables láser brillando, salieron del Templo sólo para detenerse de golpe, tan indefensos como ella. Se apartó de la vista de sus expresiones sorprendidas para ver, impotente y furiosa y desconsolada, como una de sus mejores amigas era esposada y llevada rápidamente a un vehículo.

Las puertas se cerraron de golpe.

Maldita sea.

Aceptando, aunque no le gustara, el hecho de que no podía hacer nada ahora por Jysella, Yaqeel se volvió y corrió de vuelta hasta Barv. Algunos de los otros Jedi ya habían llegado hasta él y la propia Cilghal había puesto una mano como una aleta sobre el hombro del ramoano y le estaba guiando suavemente de vuelta al Templo. Nadie iba a evitar que este Jedi en particular recibiera ayuda médica Jedi.

Barv admitió que desde luego se sentía mejor, pero tenía una confianza completa en que las habilidades de Cilghal le curarían y en que, eventualmente, curarían a Valin y Jysella.

Cilghal llamó la atención de Yaqeel y suspiró.

—Lo vi pasar, justo ante mis ojos —dijo en voz baja—. Os interrogaremos a ti y aquí a Bazel. Volved conmigo al Templo. Nos ocuparemos de Bazel y luego hablaremos.

Yaqeel asintió miserablemente. Sus orejas se agitaron ante un ruido y ella se volvió para ver a un deslizador para varios pasajeros, marcado distintivamente con el emblema de la Alianza Galáctica, aterrizar justo al lado del grupo de oficiales.

—Justo cuando pensaba que no podía ponerse peor —gruñó ella.

Capítulo Cuatro

DISTRITO DEL TEMPLO, CORUSCANT

La puerta del deslizador se abrió y una atractiva mujer humana mayor salió. Su claro uniforme blanco de almirante moldeaba una figura que todavía estaba en forma y era fuerte. Los ojos verdes se hicieron cargo de la situación de una sola vez, tan penetrantes como láseres en una cara enmarcada por pelo cobrizo que sólo empezaba a encanecer y mientras la almirante Natasi Daala, Jefa de Estado de la Alianza Galáctica, se movía con seguridad hacia delante, el corazón de Yaqeel se hundió.

Un droide de protocolo 3PO la siguió y se dirigió a la multitud que estaba empezando a tranquilizarse ahora ante la presencia de la Seguridad de la AG. Todos sentían curiosidad sobre lo que su Jefa de Estado tenía que decir sobre este suceso. Yaqeel miró a la multitud y frunció el ceño mientras veía al reportero sosteniendo una pequeña cámara hablándole intensamente y dirigiéndola luego hacia Daala. Ella esperaba que la cobertura del suceso hubiera acabado con la destrucción del droide cámara, pero aparentemente el periodista tenía una de repuesto.

—Solicito vuestra atención, por favor, buenos ciudadanos —dijo el droide de protocolo con su voz complaciente y clara—. La Jefa de Estado Daala tiene que dirigirles unas cuantas palabras.

La multitud murmuró expectantemente y luego quedó en silencio.

Los Jedi que sostenían a Barv se quedaron donde estaban.

—Esto debe ser bueno —murmuró sarcásticamente Yaqeel.

Cilghal la silenció con una mirada caustica de un único ojo.

Daala esperó hasta que sus empleados hubieron colocado un podio improvisado y completo con un micrófono y luego dio un paso adelante. No habló inmediatamente, mirando sólo a la multitud intensamente.

—Hace poco tiempo, Valin Horn, Caballero Jedi, pareció volverse loco —dijo Daala sin preámbulo.

Su voz era ligeramente enronquecida, pero agradable de oír. Sin embargo, Yaqeel hizo una mueca ante la elección de palabras. Daala obviamente no iba a evitar ningún puñetazo.

—Él clamó no conocer a sus propios padres. Clamo que ellos eran dobles, repuestos idénticos de gente que había conocido y amado toda su vida. —Daala hizo una pausa para dejar que la ridiculez de esa idea calara en la multitud que ahora escuchaba ávidamente—. Y al escapar de estos malvados duplicados, causó una gran cantidad de daños a la propiedad y daño físico mientras intentaba evitar la captura.

Afortunadamente, y no gracias a la Orden Jedi, que consistentemente se interponía en nuestro camino, la AG fue capaz de conseguir la custodia de Valin Horn. Considerado criminalmente loco, ahora está encarcelado a salvo en carbonita, incapaz de hacerle daño a nadie más.

Daala se detuvo para tomar un sorbo de agua. Yaqeel estaba dispuesta a apostar que realmente no tenía sed y simplemente estaba haciendo una pausa dramática.

—Hoy —continuó la Jefa de Estado—, Jysella Horn, Caballero Jedi y *hermana de Valin Horn* demostró un comportamiento idéntico. Afortunadamente, su captura fue rápida y decisiva y está a salvo en manos de la Alianza Galáctica. Esta vez no habrá «negociaciones» para su liberación con los Jedi. Será llevada directamente desde aquí a la misma instalación en la que su hermano está encarcelado. Una vez que las heridas que ha sufrido al resistirse al arresto se traten apropiadamente, será congelada en carbonita.

Cilghal bajó la cabeza y cerró los ojos. Yaqeel sintió un nudo en la garganta. Pensó en el Maestro Corran y su mujer, Mirax. Sus dos hijos. ¿Cómo los soportarían?

Daala continuó despiadadamente.

—Se está volviendo brutalmente claro que algo está pasando con los Jedi. Son guerreros inteligentes y entrenados, con poderes que la mayoría de nosotros apenas podemos comprender. Su antiguo líder, el antiguo Gran Maestro Luke Skywalker, falló en su deber de proteger al público de un Jedi que buscaba obtener poder. Como todos ustedes saben, se declaró culpable del cargo de poner imprudentemente en peligro a la población. Por su crimen, Luke Skywalker ha sido sentenciado a exiliarse de Coruscant durante diez años a menos que pueda proporcionar argumentos y evidencias convincentes de que es capaz de controlar y manejar apropiadamente a su Orden.

»Ahora no tenemos a uno, sino a *dos* Jedi que parecen estar teniendo peligrosas alucinaciones que incluso los propios Jedi no pueden explicar apropiadamente. Descansen tranquilos de que investigaremos todas las posibles explicaciones de este desarrollo desconcertante y perturbador de los acontecimientos. Mientras tanto, los Jedi continuarán estando bajo un pesado escrutinio y permanecen bajo el ojo vigilante del gobierno. Ahora aceptaré unas cuantas preguntas.

Como Yaqeel había sabido que lo haría, el reportero se abrió camino empujando hasta el frente, levantando la mano. No estaba solo.

Aparentemente el incidente, breve y comparativamente incruento como había sido, había atraído a los cazadores de noticias como los krakanas a las aguas infestadas de salmones. Daala les sonrió un poco.

Sus ojos esmeralda se movieron sobre la multitud y entonces apuntó a alguien.

—Javis Tyrr —dijo—. Por favor, haga su pregunta.

—Almirante —dijo el primer reportero, con la voz suave y culta y perfectamente cadenciosa y modulada. Yaqeel realmente estaba empezando a odiar a este tío—, ¿honestamente piensa que puede ser coincidencia que los dos Jedi que han exhibido tal comportamiento aberrante sean hermanos?

—Hay muchos factores que tomar en cuenta en nuestra investigación, pero desde luego buscaremos las causas genéticas para esta exhibición de violencia incontrolada y paranoia. También consideraremos el ambiente en el que estos dos Jedi se han criado.

—¿Entonces sería justo decir que cree que debido a que los hermanos Horn son hijos de un Maestro Jedi corelliano y nietos de un contrabandista bien conocido, estos factores podría haber causado esta condición mental?

—No ponga palabras en mi boca, Tyrr —le reprendió Daala, pero no había una ira real en su tono—. Simplemente dije que consideraríamos el ambiente en el que se criaron, eso es todo.

—¿Cree que esto es una manifestación hasta ahora desconocida de ser simplemente un Jedi? —continuó dificultosamente Tyrr, aunque Daala se había vuelto y estaba mirando a otro reportero con la mano levantada implorantemente.

Para entonces, la mano de Yaqeel se había cerrado sobre su sable láser, como había hecho la de Barv, aunque él gruñó por el dolor del esfuerzo. Una mano parecida a una aleta tocó la muñeca de ella, ligeramente húmeda, fría y enviando calma a través de la Fuerza.

—No —dijo Cilghal en voz baja—. No les des más munición que puedan utilizar contra nosotros. Yo por mí ya he oído suficiente y me atrevo a decir que veremos este discurso en particular una y otra vez suficientemente a menudo en la HoloRed que podremos enterarnos de todo lo que nos hemos perdido. Llevemos a Bazel a que le traten y hablaremos.

Yaqeel gruñó suavemente y asintió. Cilghal hablaba con sabiduría, aunque a la bothan le dolía sentarse y escuchar que se dijeran tales cosas repugnantes sobre los padres de Valin y Jysella.

—Pensar que alguien caería tan bajo —murmuró y se volvió para seguir a los otros Jedi.

Se colocó a un lado de Barv, sonriéndole tranquilizadoramente mientras deslizaba el brazo de él alrededor de sus hombros para ayudarle mientras caminaba. Cilghal estaba al otro lado de él. Ellas y los otros Jedi que habían salido del Templo se movieron firmemente, volviendo discretamente hacia su santuario. Pero aparentemente no lo bastante discretamente.

—¡Jedi! —les llegó la voz de Javis Tyrr.

Yaqeel se quedó helada. Barv volvió su enorme cabeza para mirar al reportero. En su lenguaje gutural y de gruñidos, él le reprochó a Tyrr que no cubriera las noticias imparcialmente y por albergar prejuicios. Tal comportamiento, le dijo Barv, no era adecuado para un periodista y Tyrr debía saberlo. Mientras que la amonestación era suave, la lengua ramoana siempre sonaba como si el que hablara estuviera intentando arrancarle la cabeza a alguien verbalmente y Tyrr, claramente sin entender una palabra de ello, retrocedió muy ligeramente.

—¿Tienen algún comentario sobre el discurso de la almirante Daala? Fui testigo de la lucha entre ustedes dos y Jysella Horn. ¿Me lo tomo como que estaban intentando detenerla? ¿Pueden decirnos por qué? ¿Es ella una amenaza? ¿Hasta dónde se extiende esta extraña enfermedad mental?

Cilghal, mostrando más paciencia en su aleta derecha de la que Yaqeel tenía en todo su cuerpo peludo, dio un paso adelante antes de que la bothan pudiera replicar.

—Los Jedi obviamente estamos muy preocupados con el estado actual de los sucesos y lo hemos estado desde el primer incidente. Estamos haciendo todo lo que podemos.

Ella le dirigió una sonrisa y luego se volvió decididamente de nuevo hacia el Templo. Yaqeel sabía que no debería, pero no pudo resistir lanzar una mirada ceñuda a Javis Tyrr por encima de su hombro.

—Esto no puede ser bueno —murmuró.

Daala se inclinó hacia atrás en el cómodo asiento tapizado de cuero de nerf de su deslizador con chofer y suspiró, pasándose una mano por el pelo. Frente a ella se sentaba su asistente personal, Wynn Dorvan. Delgado, difícil de describir, pero pareciendo siempre completamente compuesto sin un cabello castaño fuera de lugar, se había vuelto inestimable para ella en el último año y medio.

Tan inestimable que ella había relajado las regulaciones y le permitía que su mascota chitlik le acompañara de vez en cuando. Esta colgaba ahora de su hombro, un pequeño marsupial de rayas naranja de Ord Cestus que se había convertido en el último grito en mascotas. Era tranquila, entrenada para ensuciar poco y tenía una tendencia a encontrar un lugar oscuro para dormir la mayor parte del día, de manera que la pequeña criatura no era una gran distracción para Dorvan o Daala.

Había sido Dorvan quien había monitoreado la HoloRed cuando empezó la cobertura del suceso y quién le había notificado a ella lo que estaba pasando. Ahora él levantó la vista hacia ella, calmado y sin embargo ansioso, con su cuaderno de datos en sus manos mientras esperaba sus comentarios y quizás más instrucciones. El chitlik le sopló en la oreja y entonces saltó hacia abajo y se hizo tranquilamente una bola a su lado.

—Bien hecho, Dorvan —dijo ella—. No sé cómo te las arreglaste para meter a la AG en esto tan rápido. Estaba completamente bajo control incluso para cuando yo llegué aquí y no perdimos un momento.

—Trucos mentales Jedi —dijo él en broma pero con cara seria, con sus finos labios formando apenas una sonrisa sólo cuando vio la diversión en la cara de su jefa.

—Ten cuidado con quién bromeas sobre eso —dijo Daala, poniéndose seria—. Mientras que no puedo quejarme de la influencia política que incidentes como este proporcionan, es… problemático. Siempre he tenido mis diferencias con los Jedi.

Había muchas cosas y mucha gente y muchas organizaciones con quienes ella había tenido sus diferencias. Los Jedi casi estaban bajo control, pero ella les echaría un ojo durante un tiempo.

—Mantenlos en su caja, lejos de la política y desde luego *nunca* los armes —le había dicho ella una vez al cazador de recompensas Boba Fett.

Ahora que ella estaba en una posición de hacer precisamente eso, parecía más y más una buena política.

—Desde luego es conveniente que haya una razón para atarles en corto, pero es más que eso. Lo que está pasando con ellos ahora…

Ella suspiró y negó con la cabeza, con su pelo suelto moviéndose suavemente, y miró por la ventanilla del transpariacero tintado y reforzado. Dorvan dejó caer una mano para acariciar al animal que dormía a su lado y esperó pacientemente a que ella reuniera sus ideas.

—Esto es peligroso e impredecible. Y no me gusta lo que no puedo predecir. Ellos son demasiado peligrosos para permitirles simplemente que se vuelvan locos de este modo. Si no pueden ni siquiera controlar a sus propios miembros, son una amenaza muy real. Una que tiene que ser contenida por el bien mayor.

Wynn asintió, sin estar de acuerdo necesariamente (su aprobación no tenía peso y ambos lo sabían), sino comprendiendo sus palabras.

—El Maestro Kenth Hamner desea reunirse con usted mañana.

¿Estará disponible?

Daala lo consideró durante un momento.

—No —dijo ella—. ¿No está mi agenda demasiado llena para eso?

De nuevo, el fantasma de una sonrisa no del todo.

—Por supuesto que sí. Posiblemente usted no podría dedicarle tiempo durante al menos… —Él introdujo algunos datos y levantó la vista hacia ella interrogativamente—. ¿Tres días más?

Jysella Horn estaría encerrada como su hermano en menos de una hora. Hamner tendría que organizar una reunión con sus compañeros Maestros y probablemente, francamente, tendría que contactar con Luke Skywalker, incluso aunque eso violara los términos del exilio de Luke. Eso no debería llevar más de un día o dos, dado que la mayoría de los Maestros parecían estar quedándose cerca de Coruscant estos días.

Así que eso le daba uno o dos días para dejar al Consejo Jedi preocupado e irritado. Lo suficiente para que trabajara en su favor, pero no demasiado tiempo como para parecer que ella estaba abandonando su deber.

—Perfecto —dijo ella—. Me pregunto si debería ascenderte, Wynn.

Ella le recompensó con la sonrisa que todavía se las arreglaba para desconcertar a los hombres de casi todas las edades.

—Oh, por favor, no lo haga, señora —dijo él, sonando completamente sincero—. Justo donde estoy es perfecto. Algo más alto y tendría que tener a alguien por debajo de mí y eso simplemente no es bueno.

Daala se rió.

Capítulo Cinco

KESH, DOS AÑOS ANTES

El océano suspiró mientras se lanzaba hacia delante y retrocedía en un ritmo incluso más antiguo que lo que se estaba desarrollando en sus playas de arena lavanda. Mientras que el sol era brillante y cálido, una brisa venía del mar para enfriar las caras acaloradas de las dos figuras que estaban allí.

Estaban uno frente a otro, tan quietos como si estuvieran tallados en piedra, siendo el único movimiento a su alrededor el de sus cabellos y las pesadas túnicas negras mientras el viento jugaba con ellos.

Entonces, como por alguna señal inaudible, uno de ellos se movió. El suave sonido del océano se puntuó por un *chasquido-siseo*. Las facciones casi simétricamente perfectas y púrpura claro del adversario de Vestara Khai se volvieron abruptamente de un verde enfermizo por el alivio. Vestara activó su propia arma con un movimiento fluido, saludó a su oponente con él, se colocó en posición y esperó para ver quién haría el primer movimiento. Se equilibró ligeramente sobre las puntas de sus botas, lista para saltar a izquierda, derecha o directa hacia arriba. Sin embargo su oponente no se movió.

El sol estaba en su punto álgido y la luz era brutal, golpeándoles como algo físico. Sus pesadas túnicas oscuras eran sofocantemente cálidas, pero Vestara no abandonaría antes tu túnica de lo que abandonaría su arma o su herencia. Las túnicas eran tradicionales, antiguas, una parte profunda y valiosa de lo que era y ella soportaría su molestia. La Tribu valoraba la fortaleza tanto como valoraba la belleza. Recompensaba tanto la paciencia como valoraba la iniciativa. El ser sabio era el que sabía cuándo se necesitaba algo.

Vestara se lanzó.

No hacia su oponente, sino hacia la izquierda y más allá de él, saltando hacia arriba, girando en el aire y cortando hacia arriba con la espada. Ella sintió impactar a la espada y oyó su distintivo crepitar. Él jadeó mientras ella aterrizaba, se volvía y se volvía a agachar en posición defensiva. La superficie arenosa era traicionera y sus pies se resbalaron. Ella se enderezó casi instantáneamente, pero ese momento fue todo lo que él necesitaba para ir a por ella.

Él descargó sobre ella golpes que eran más fuerza que gracia, con su ágil cuerpo todo músculo magro. Ella esquivó cada golpe, con las espadas entrechocando y chisporroteando, y se agachó por debajo del último. La rapidez y la agilidad eran sus aliadas y ella las utilizaba libremente.

Su largo cabello castaño claro se había soltado de la trenza hecha rápidamente y los mechones eran una distracción. Ella sopló hacia arriba para aclarar su visión justo a tiempo para bloquear otro de los fuertes golpes.

—Maldita sea —murmuró ella, saltando hacia atrás y cambiando la espada a la otra mano. Era completamente ambidiestra—. Te estás volviendo bueno, Ahri.

Ahri Raas, aprendiz, miembro de la especie nativa, y conquistada, de los keshiri y el amigo más íntimo de Vestara Khai, le ofreció una sonrisa.

—Diría lo mismo de ti, Ves, excepto por el hecho de que ese salto en la arena te hace polvo todas y cada una de las ve…

Ella le interrumpió con un repentino salto hacia arriba, saltando sobre sus hombros, equilibrándose allí ligeramente con el uso de la Fuerza y clavó el sable láser directo hacia abajo, apuntando a la espalda de él entre las paletillas. Él se tiró de cabeza hacia delante, empujándola con la Fuerza para sacársela de encima, pero no antes de que ella hubiese tocado su túnica con la punta de su brillante hoja roja.

Ahri se arqueó, estremeciéndose en su zambullida mientras su cuerpo se retorcía de dolor. Incluso los sables láser de entrenamiento infligían una poderosa sacudida.

Vestara saltó mientras Ahri se zambullía, utilizando el empujón de la Fuerza para su propia ventaja, girando dos veces en el aire y aterrizando de manera segura, frente a él. Ella le sonrió burlonamente con satisfacción mientras se apartaba los mechones renegados. Ahri completó su zambullida y se puso en pie, rodando sobre la arena. Vestara extendió el brazo con la gracia de una bailarina. El sable láser de Ahri le fue arrancado de la mano y voló hasta la de ella. Ella lo sujetó y se colocó en la postura de Jar'Kai, lista para lanzarse contra él con ambas espadas. Ahri levantó la vista y suspiró, dejándose caer de nuevo en la arena.

—Y tú te distraes con demasiada facilidad. Concéntrate, Ahri, concéntrate —le regañó.

Ella hizo un gesto casual, sólo un ligero tirón de su barbilla y un puñado de arena voló hacia la cara de Ahri. Murmurando, él levantó su mano vacía y utilizó la Fuerza para rechazar los granos de arena.

—Sólo es un entrenamiento, Ves —murmuró él, poniéndose de pie y sacudiéndose el polvo.

—*Nunca* es sólo un entrenamiento —le espetó ella.

Ella desactivó su sable láser de entrenamiento, lo volvió a enganchar en su cinturón y el lanzó el suyo a Ahri. El joven keshiri lo cogió con facilidad, pareciendo todavía malhumorado. Vestara se soltó el pelo y se lo ahuecó durante un minuto, dejando que el aire penetrara hasta las raíces para que le enfriara la cabeza. Sus largos dedos lo volvieron a trenzar afanosamente, de manera apropiada esta vez, mientras ella continuaba hablando, mientras Ahri se sacudía los granos de arena púrpura de su propio pelo blanco que le llegaba a la altura de los hombros.

—¿Cuántas veces te he dicho eso? Di eso en presencia de uno de los Maestros y nunca pasaras de ser un Tyro.

Ahri suspiró y se levantó, asintiendo en acuerdo con la verdad de lo que ella había dicho. Ninguno de ellos había sido elegido formalmente todavía como aprendiz, aunque habían estado entrenando en las clases bajo la tutela de varios Maestros durante años, con sus fortalezas y debilidades en la Fuerza observadas y analizadas y forzadas.

Vestara sabía que, a los catorce, todavía era posible, incluso probable, que fuera elegida por un Maestro como su aprendiz formal. Pero le irritaba horriblemente la espera. Algunos Tyros eran elegidos a edades mucho más jóvenes y Vestara sabía que era fuerte en la Fuerza.

Alargó la mano hacia una botella de agua que ahora estaba caliente y la cantimplora descansando en la arena flotó hasta ella, con el tapón desenroscándose mientras se movía. Vestara bebió el líquido con sed. Entrenar cuando el sol estaba a esta altura era extenuante y Ahri siempre murmuraba sobre ello, pero ella sabía que eso la endurecería.

Vestara le entregó la cantimplora a Ahri, que también bebió.

Ella le miró durante un momento. Él era un espécimen físico casi perfecto de una especie cuya fortaleza física, agilidad y armonía en los rasgos y forma se había convertido en un ideal para el propio pueblo de ella. Fácilmente podía pasar por un miembro de la especie de ella, sería un hombre espectacular, pero humano de todas maneras, si no fuera por el tono púrpura claro de su piel. Sus ojos también eran ligeramente más grandes que los de un humano. Grandes y expresivos.

Sus hombros eran anchos, sus caderas estrechas y no había ni pizca de grasa superflua en su forma. Su cara, sin embargo, estaba ruborizada con un púrpura más oscuro de lo normal porque tenía mucho calor y su pelo tenía demasiada arena.

—Eso hace dos de dos —dijo ella—. ¿Estás listo para otra ronda?

Ella le dirigió una sonrisa perversa, que fue exagerada por la pequeña cicatriz en la comisura de su boca. La cicatriz que la Tribu veía como una imperfección. Era evidente en su cara, justo a la vista. Había muy poco que ella pudiera hacer para ocultarla. Se habían hecho intentos de curarla y para corregirla con cirugía cosmética. Esos intentos habían tenido éxito principalmente y ahora, seguro, no era del todo distinguible. Pero este era un mundo donde cualquier imperfección, cualquier cicatriz o deformidad, era un golpe contra el potencial de uno para avanzar.

La cicatriz añadía insulto a la herida, en lo que concernía a Vestara. A causa de su localización, la fina línea casi siempre le hacía parecer como si estuviera sonriendo, incluso cuando no lo estaba haciendo. Había odiado eso de la cicatriz hasta que Lady Rhea, una de las Señoras Sith más respetadas, le había dicho que ese engaño era en realidad algo muy útil.

—Estropea tu belleza —había dicho Lady Rhea con aspereza, haciendo una pausa mientras paseaba a lo largo de la línea de potenciales aprendices después de una ceremonia formal—. Una pena. —Ella, cuya belleza sólo había disminuido ligeramente por los crueles estragos del tiempo, alargó un largo dedo y le tocó la cicatriz—. Pero esta pequeña cicatriz… puede ayudarte. Hace pensar a los otros que eres *algo que no eres*.

Le dio unos golpecitos ligeramente con cada una de las últimas cuatro palabras, enfatizando su observación.

Eso había hecho que Vestara se sintiera un poco mejor. De repente, parecer como si estuviera sonriendo todo el tiempo, incluso cuando no lo estaba, le parecía algo bueno.

—Creo que ya he sudado al menos dos litros —replicó Ahri—. ¿No podemos al menos entrenar en al patio de entrenamiento? Se está más fresco a la sombra de las montañas.

Al menos no estaba rechazando la oferta de otro encuentro. Vestara arrastró un brazo envuelto en negro sobre su frente. Tenía que admitir que luchar en las sombras frescas de las orgullosas columnas, el bello santuario y la escarpada montaña donde se asentaba el patio del Templo tenía un atractivo definitivo justo en ese momento. Mientras que no eran aprendices formales de ningún Sable o Maestro, como Tyros se les permitiría entrenar en el patio. Sin embargo, ahí era hasta donde se les permitía ir. Ninguno de ellos había visto todavía el interior del Templo o, lo que era incluso más significativo, el interior de la Nave del Destino. El nombre de la nave era *Presagio*, el nombre «Nave del Destino» se había incluido en el uso común. Porque lo era. Tal parte antigua y preciosa de la herencia de la Tribu, con todos sus secretos y misterios, no era simplemente para los ojos de cualquiera.

—Bueno —dijo Vestara—, podemos volver y terminar allí. Pero sólo porque eres demasiado frágil para…

Su insulto de broma murió en su garganta mientras algo pasó sobre el sol.

No era un uvak, uno de los engañosamente delicados reptiles con alas que se utilizaban para el transporte aéreo. Los ojos marrón oscuro de Vestara se abrieron por la sorpresa.

—Ves —dijo Ahri con una voz débil—, ¿eso es… es una *nave*?

Los vellos de sus brazos y de su nuca se pusieron de punta a pesar del calor mientras ella miraba, levantando la mano para ensombrecer sus ojos. Todavía no podía hablar, pero asintió. Estaba bastante segura de qué era exactamente la cosa en el cielo.

Sin embargo no se parecía en nada a la Nave del Destino o a ninguna otra nave que hubiese visto dibujada o hubiese oído describir. En vez de ser larga y rectangular o en forma de V, era una esfera simétrica. Con… con alas como un uvak. Se movía suave y silenciosamente y ahora veía que su color era un rojizo naranja oscuro. Aquello se acercaba más y más, hasta que durante un momento salvaje Vestara pensó que iba a aterrizar justo en la playa al lado de ellos.

Iba a aterrizar, eso seguro, pero no tan cerca como eso. Se dirigía hacia las montañas puntiagudas y llenas de surcos que parecían salir del mismo océano. Allí era donde la Nave del Destino se había estrellado hacía tanto tiempo y durante un momento Vestara estuvo alarmada por la idea de que esta nave pudiera sufrir el mismo destino. La repentina preocupación la envolvió. ¡No podía estrellarse! Ella tenía que saber quién estaba dentro, qué clase de seres eran. Quizás eran de una especie con la que ella no se había encontrado nunca antes. La idea era emocionante.

Mientras pasaba por encima, su sombra cayó sobre ella durante un instante. Una sensación de frialdad, mucho más que la esperada frialdad repentina de algo bloqueando la luz del sol directa, rozó a Vestara. Ella jadeó ligeramente mientras la sensación le producía un hormigueo.

Aquello era frío, sí, prohibido… pero también desafiante. Curioso. Estaba intrigado.

Por *ella*.

Ella ya no tenía miedo por la seguridad de la nave. Su piloto sabía exactamente qué estaba haciendo. Se estaba dirigiendo directamente y bastante deliberadamente hacia las ruinas de la Nave del Destino y el Templo, casi tan viejo, que había sido construido a su alrededor.

Cualquier miedo o trepidación que hubiera experimentado ella un momento antes se evaporó como el agua sobre la roca caliente.

Vestara se abrió a la Fuerza y llamó a Tikk, su uvak. Tikk había estado tendido bajo la luz del sol, buscando el calor como hacían todos los reptiles, con su pico afilado y sus brillantes ojos verdes cerrados. Ahora levantó su cabeza dorada brillante, estiró su largo cuello y extendió el pelo rojo y negro del cuello en el equivalente uvak de un desperezo al despertar. Con un graznido de respuesta, abrió sus alas, saltó hacia arriba y voló los pocos metros que lo separaban de Vestara y Ahri.

Ella apenas le prestó atención a Tikk, manteniendo sus ojos fijos en la extraña nave mientras se hacía más pequeña y finalmente se desvanecía de la vista. Cuando ella ya no pudo verla más, Vestara tomó aire profundamente y lo contuvo, luego recogió el largo borde de sus ropas, se volvió hacia donde la esperaba pacientemente Tikk y empezó a correr tan rápido como la llevaban sus largas piernas en la incómoda arena, utilizando la Fuerza para estabilizar sus pasos y empujarse.

—Vamos —dijo ella por encima de su hombro.

—¿Adónde vamos? —preguntó Ahri, acelerando para alcanzarla.

Vestara saltó hacia arriba con la Fuerza, aterrizando graciosamente sobre la ancha espalda del uvak. Ahri siguió su ejemplo, sus brazos se deslizaron alrededor de su cintura y se sentó tras ella.

—A seguir a la nave —dijo Vestara—. ¿No pudiste sentirla? Es para nosotros, Ahri.

Tikk se preparó, cambiando su peso de un pie con garras al otro y entonces se lanzó hacia arriba.

—¿Para nosotros? —gritó Ahri por encima del batir de las alas membranosas y venosas, alas tan parecidas a las de la nave que había rozado los pensamientos de Vestara sólo unos instantes antes.

—Para nosotros —repitió firmemente Vestara. No sabía cómo lo sabía, sólo que lo sabía.

La nave había venido para ellos. Para los niños. Para los aprendices.

Había venido para los Sith.

No había una distancia grande hasta el Templo Sith tal y como volaba un uvak. Accesible sólo desde el aire o por una escalada peligrosa, el Templo había sido creado para proteger

y vigilar a la Nave del Destino y albergar a los supervivientes del accidente. Vestara lo había visitado muchas veces antes, desde que se había convertido en una Tyro.

Pero estaba más excitada ahora de lo que lo había estado incluso en su primer viaje hacía tanto tiempo.

Las alas correosas de Tikk batían sin cesar y el Templo apareció a la vista. Había sido labrado en la misma roca que había sido la destrucción de la Nave del Destino, el *Presagio*. Era muy propio de los Sith, pensó Vestara, tomar lo que había sido responsable de su mayor dificultad y hacer que les sirviera. Ella conocía la historia de su creación. Cómo la tripulación Sith original, equipada sólo con sables láser y unas cuantas armas de energía, habían cortado hasta el corazón de la montaña y le había dado forma a las espiras, paredes y ventanas del gran Templo central. Otras alas fueron añadidas mientras los siglos pasaban.

La mayoría del trabajo inicial había sido hecho por los Sith, que podían mover enormes trozos de roca con el poder de la Fuerza. Más tarde, aquí y a muchos kilómetros de distancia en la ciudad capital de Tahv, los keshiri, el pueblo de Ahri, la especie humanoide nativa de este mundo, fueron puestos a trabajar, con los Sith a cargo. Tahv tenía el sello de un lugar que había sido expandida por gente que tenía el lujo de apreciar el arte y la belleza. El Templo, mientras que era bello por derecho propio, como el primer hogar de los Sith era más funcional que decorativo. El santuario, de los primeros líderes Sith, incluyendo al capitán Yaru Korsin, el primer comandante del *Presagio, había sido construido mucho más tarde y las esculturas adorables eran casi un contrapunto delicado a la dura belleza de la arquitectura del Templo.*

Sin ser visible desde el aire, pero albergada protectoramente dentro de una sección especial y altamente segura del Templo, se decía que estaba el propio *Presagio*. Algunos murmuraban que la nave no era más que trozos y pedazos de metal retorcido, preservada sólo por razones sentimentales. Otros creían que todavía quedaba gran parte de lo que había sido una vez, con su conocimiento atesorado y compartido sólo con los pocos elegidos que ascendían a los elevados rangos de Señores Sith o Maestros.

Pero Vestara no estaba interesada en admirar las espiras negras y las terrazas funcionales y simples del Templo o las bellas figurillas de su patio. Y por una vez, sus pensamientos no se desviaron para preguntarse qué secretos contenía el *Presagio*. Esta vez, sus ojos estaban fijos en la esfera de un lívido rojo anaranjado que reposaba en mitad del patio del Templo Sith.

El aliento de Vestara de nuevo se atravesó en su garganta y ella miró, sin querer ni siquiera parpadear. De repente sintió como si toda su vida se hubiese gastado simplemente esperando hasta el momento cuando la nave esférica había volado sobre ella y la había acariciado con el frío roce de la oscuridad, llamándola para que la siguiera.

La… Nave… era un círculo perfecto, con sus alas ahora plegadas sobre sí mismas, con su superficie áspera y de apariencia dura. La energía del lado oscuro parecía fluir de ella. Docenas de Sith se estaban agolpando ya en el patio y Vestara vio que más se estaban aproximando sobre las espaldas de uvaks.

Quería aterrizar, saltar, precipitarse hacia la Nave y acariciar su superficie como abollada y de guijarros. Un suave sollozo se le escapó.

Avergonzada, intentó convertirlo en una tos. Pero Ahri la conocía demasiado bien. Él tensó sus brazos alrededor de su cintura.

—Ves, ¿estás bien?

—Sí, desde luego que estoy bien. Sólo que… esta es una situación inusual, ¿no te parece?

Ella sabía que Ahri sentía cariño por ella y mientras que ella le encontraba atractivo (era un keshiri macho, desde luego que era guapísimo), no tenía ningún deseo de empezar un romance. Por un lado, a pesar del hecho de que los Sith eran firmes creyentes del mérito por encima del nacimiento, todavía había un estigma unido a ser keshiri.

No se les cerraban las puertas por su infortunado nacimiento, de hecho, uno de los actuales Altos Señores era keshiri, pero nunca había matrimonios entre ellos y los Sith y tenían una ventana de oportunidades más estrecha para probarse a sí mismos.

Algunos Sith tomaban amantes keshiri, desde luego, aunque las especies eran lo suficientemente diferentes como para no poder concebir hijos. La belleza física de los keshiri era difícil de resistir, pero Vestara sabía que ella no sería de una de esas que sucumbían a ello.

Estaba completamente entregada a la Fuerza, a sus estudios, a practicar y entrenar y a perfeccionar sus habilidades hasta que su cuerpo se estremecía por la debilidad, hasta que estaba empapada en sudor, hasta que tenía que arrastrarse a la cama y dormir sin soñar por el cansancio.

Y ahora esta Nave había venido y ya no le importaba nada más.

De nuevo ella sintió el frío examen y se estremeció. Los brazos de Ahri se ciñeron alrededor de ella, confundiendo el gesto con un estremecimiento físico.

Tú me sentiste.

Yo… te sentí, envió ella de vuelta a través de la Fuerza.

Estaba siendo… examinada. Evaluada.

Buscas convertirte en una Maestra Sith. Aprovechar el poder del lado oscuro.

Yo… Yo…

Vestara se irguió en toda su estatura encima de la espalda de Tikk y deliberadamente rechazó su duda infantil. No importaba que nunca antes hubiera contemplado una nave que volara por el espacio, que nunca ni siquiera hubiese visto los diagramas y los planos que se suponía que descansaban dentro del casco prohibido del estrellado *Presagio*. Ella era de la Tribu, la hija de un Sable Sith. Era excepcionalmente fuerte en la Fuerza y lo sabía.

Y la nave, la propia Nave, no su piloto (ahora se daba cuenta de que no tenía piloto, todavía no), la estaba poniendo a prueba. Y ella no se amedrantaría ante su prueba.

Sí. Lo haré. Soy Vestara Khai, hija de una herencia orgullosa. Tengo lo que es necesario para comandar el lado oscuro y doblegarlo a mi voluntad.

Para utilizarlo por el bien de la Tribu y del Pueblo.

Por el bien de todos los Sith, sugirió Nave.

Ella asintió automáticamente, aunque incluso mientras lo hacía se dio cuenta de que la nave no podía verla.

Excepto que de algún modo sí *podía*. O más bien, comprendió ella, podía sentir su aceptación en la Fuerza. Sintió que lo aprobaba y luego se retiró. Sin la frialdad de su presencia en su mente, ella de alguna manera se sintió apenada, pero evitó buscarlo de nuevo.

En ese momento, su mirada se apartó de Nave hacia la multitud de Sith que se agolpaban alrededor de él y en aquel mar de ropajes oscuros vio una cabeza de pelo rubio pálido girar en su dirección. Era Lady Rhea, una de los miembros del Círculo de Señores Sith y sus ojos azules se fijaron en Vestara. Incluso desde esta altitud, Vestara pudo ver que los ojos de Lady Rhea se estrecharon, como si ella estuviera considerando algo.

Lentamente, Vestara sonrió.

Capítulo Seis

A BORDO DE LA *SOMBRA DE JADE*

La *Sombra de Jade* estaba llena de todas las cosas de Mara.

Una o dos veces, durante los largos silencios que llenaban demasiadas horas pasadas simplemente viajando, con el siseo bajo y controlado de los motores como único sonido, Ben Skywalker podría haber jurado que había sentido la presencia de su madre. Y no la descartaba cada vez como producto de una imaginación triste. Era un Jedi y sabía que no debía hacerlo. Si el espíritu de ella iba a permanecer o a visitar algún sitio, seguramente sería aquí, con su marido y su hijo, en la nave que había sido diseñada especialmente para ella.

En cierto modo, era casi como tener presente a todos los que querían a Mara Jade Skywalker. Su amor y su trabajo habían convertido un yate espacial ordinario en algo único, formidable e inesperado, como la mujer para la que se proyectó.

La propia nave que había sido la base había venido de Lando Calrissian. Tendra, la mujer de Lando, le había dado el nombre de *Sombra de Jade*. El nombre era ostensible a causa del casco de la nave, gris y mate, pero Ben pensó que era una buena elección.

La sombra de Mara estaba por todas partes. Con todos los extras, Mara podría haber pilotado ella misma la nave. El puente, sin embargo, estaba diseñado originalmente para un piloto, un copiloto y un navegador. Tres, igual que la familia Skywalker habían sido tres una vez.

Actualizaciones, algunas sorprendentes y muy avanzadas, habían ido llegando. Lando y Talon Karrde le dieron los dientes a la nave en forma de cañones láser retráctiles AG-G1 y de dos lanzadores de misiles de impacto Dymex HM-8. Cada uno tenía un arsenal de ocho torpedos de alto rendimiento. Todo el sistema de defensa podía ser controlado manualmente o por un ordenador de objetivos que lo hacía todo excepto mandar notas de pésame a los parientes. La nave podía ser una sombra, pero era bastante sustancial cuando se trataba de contraatacar.

El propio Han Solo había mejorado los motores, reproduciendo muchos de los trucos que había aprendido a lo largo de los años en su propia y amada nave, el *Halcón Milenario*. Encima de eso, le había dado a la *Sombra* un juego avanzado de sensores de largo alcance que haría babear a cualquiera que buscara evitar la detección o marcharse rápidamente. Escáneres visuales de babor y estribor, señuelos para los sensores, aparatos para bloquear señales, códigos de transpondedor falsos y lo que Ben siempre había considerado como la joya de la corona: un circuito esclavo por control remoto que llamaba a la *Sombra* a corta distancia.

Después de eso, Luke y Mara habían trabajado juntos en muchos aspectos de la nave, justo igual que habían trabajado juntos en un matrimonio que había sido dedicado y sincero. Ellos habían complementado las contribuciones de Han al añadirle un piloto

automático capaz de maniobras evasivas admirables y habían acondicionado la bahía de carga trasera para acomodar un caza estelar modificado.

La propia Mara, a un coste no insignificante, había instalado un aparato de comunicación holográfica sensible que podía enviar y recibir mensajes desde el Núcleo Profundo al Borde Exterior. Ben ahora veía eso casi como un regalo profético, aunque desde luego Mara posiblemente no podía haber sabido lo vital que esta vía de comunicación sería un día para su hijo y su marido. Los lugares a los que Ben y Luke estaban yendo difícilmente se consideraban un viaje rápido.

Ben se inclinó hacia atrás en el asiento del copiloto, con las manos entrelazadas relajadamente detrás de la cabeza, mirando hacia arriba a través de la cubierta de transpariacero a la negrura aterciopelado puntuada de estrellas.

—¿Estás pensando en mamá? —preguntó Luke tranquilamente.

Ben asintió.

—Sí. Pasar tanto tiempo en su nave… es difícil no hacerlo.

—Sé lo que quieres decir.

—Me alegro de que cogiéramos la *Sombra*. Y no sólo por las razones prácticas.

Luke miró a su hijo y le dirigió una sonrisa rápida.

—Yo también. Parece apropiado. Como si parte de ella estuviera haciendo este viaje con nosotros.

Ben asintió. No mencionó las sensaciones que había tenido, casi como si ella hubiera estado presente. Si eran reales, Luke indudablemente también lo estaba sintiendo ya. Si no lo eran, era su propia imaginación y se lo guardaría para sí mismo.

En cierto modo, este era un viaje conmemorativo. Las razones inmediatas eran muy apremiantes y muy terribles. Estaban intentando reunir información que ayudara a desmitificar y, con algo de suerte, curar la extraña enfermedad mental que estaba afectando a los Caballeros Jedi Seff Hellin y Valin Horn, y también para descubrir qué había ido tan mal con Jacen Solo para que el exilio de diez años de Luke fuera conmutado. Pero Ben también estaba descubriendo que tantas horas de cómodo silencio o tranquila conversación que el viaje le permitía pasar con su padre había estado honrando a Mara Jade Skywalker en cierto modo. Sabía que no habrían tenido todo este tiempo juntos en Coruscant. En cierto modo, el exilio de Luke y este viaje en el que se habían embarcado habían sido y prometía continuar siendo algo que les uniera, ralentizando las cosas un poco, a pesar de la urgencia de la misión.

El caro aparato de comunicaciones holográficas de Mara pitó suavemente. Luke frunció el ceño. Ben también lo hizo. No se esperaba que Cilghal estableciera contacto durante otras cuatro horas. Uno podía poner un crono en hora con ella. Luke alargó la mano y pulsó los controles.

Una diminuta imagen de la curandera mon calamari, de alrededor de una tercera parte de un metro, apareció en el pequeño estrado del holoproyector. La expresión de la mon cal era difícil de leer, pero Luke y Ben podían decir por el modo en que movía su cuerpo que estaba agitada.

—Cilghal, ¿qué pasa? —preguntó Luke.

Cilghal inclinó la cabeza en un gesto de respeto, observando las buenas costumbres incluso cuando Luke estaba en el exilio y en desgracia, incluso cuando obviamente estaba ansiosa.

—Mucho ha ocurrido en las últimas horas, Gran Maestro. ¿Te cuento las buenas noticias o las malas? Ambas son importantes.

—Empecemos con las malas noticias —dijo Luke.

—Muy bien. Ha habido otro incidente con un Caballero Jedi —dijo ella.

—Oh, no —jadeó Luke—. ¿Quién?

—Fue Jysella Horn.

Los Skywalker intercambiaron miradas. Dos ideas surgieron a la vez en el cerebro de Ben. Una fue *«Pobre Jysella»*. La otra, *«¿Qué le está diciendo esto a sus padres?»*.

—Yo fui testigo, Maestro Skywalker. Había venido al Templo para ayudarme a investigar una cura para su hermano. Parecía agitada y no parecía haber dormido bien, pero asumí que eso era de esperar, considerándolo todo. Estaba sentada a mi lado en la sala de investigación, cuando de repente cambió y empezó a darme excusas de porqué tenía que irse inmediatamente. Me di cuenta de que la estaba afectando algo más que simple preocupación e intenté entablar una conversación con ella.

Los enormes ojos de Cilghal parpadearon rápidamente, un signo de agitación. Luke escuchó, sin interrumpir, y Ben siguió el ejemplo aunque estaba ardiendo en deseos de preguntar.

—Se levantó y activó su sable láser, acusándome de llevarme a la auténtica Cilghal.

—Justo igual que Valin —dijo Luke.

—Exactamente. Entonces… huyó el Templo.

—¿Se escapó del Templo? ¿Cómo? ¡Allí hay Jedi por todas partes!

—Ben había soltado las palabras antes de que pudiera callarse.

En lugar de reprenderlo, Cilghal suspiró.

—Una excelente pregunta, Jedi Skywalker. Jysella es una Caballero Jedi entrenada, desde luego, pero no obstante, en nuestro propio Templo, deberíamos haber sido capaz de capturarla. Maestro Skywalker… Jysella Horn… caminó en la corriente.

Luke pareció sorprendido.

—¿Estás segura?

—Lo estoy razonablemente, sí. Parecía ser capaz de saber exactamente dónde cada uno de nosotros intentaría enfrentarse a ella y tomaba rutas para evitarnos. No puedo pensar en ninguna otra explicación que no sea mirar en el futuro.

—Eso es difícilmente una prueba fuera de toda duda de caminar en la corriente —dijo Luke—. Eso podrían ser tácticas, el uso inteligente de la Fuerza y simple suerte. Parte de ser un Jedi es ser capaz de anticipar lo que harán otros.

—Podrían ser esa cosas simples —estuvo de acuerdo suavemente Cilghal—, de no haber sabido exactamente dónde estaban ocultos dos droides de seguridad, los mismos droides que estaban a punto de ser activados para atacarla, y los deshabilitó. Dos de sus

más queridos amigos intentaron y fallaron en capturarla cuando ella huyó del Templo. Estaban en un café justo fuera y salieron cuando empezó la pelea. Bazel Warv y Yaqeel Saav'etu informan que ella sabía dónde iban a estar ellos, que sabía las tácticas que ellos iban a utilizar y fue capaz de contraatacar todos y cada uno de los golpes antes de que ellos la rozaran.

Luke parecía escéptico.

—Cilghal, esa es una técnica básica Jedi, anticiparte a tu oponente. Saber qué van a hacer.

—No de este modo —dijo seriamente Cilghal—. Esto estaba más allá de lo ordinario. Estaba casi coreografiado. Demasiado preciso.

Lo único que salvó la vida de Bazel era el hecho de que Jysella parecía agitada, que no estaba pensando claramente.

»También —añadió Cilghal—, sentí algo en la Fuerza. Algo que involucraba el tiempo y el espacio. No he intentado sentir antes cuando alguien camina en la corriente, pero si tengo que adivinar… eso es lo que habría asumido incluso in saber lo que Jysella había hecho con los droides y en la pelea.

Los ojos de Ben eran enormes. Incluso a su padre le resultaba difícil ocultar su sorpresa.

—Continua —fue todo lo que dijo Luke.

—Desafortunadamente, como he dicho, Bazel y Yaqeel no tuvieron éxito en su intento de capturarla. La AG la tiene y la Jefa de Estado Daala informa de que va a ser encerrada en carbonita.

—Sin ni siquiera un examen o una prueba —dijo Luke.

Era una afirmación, no una pregunta, y Cilghal asintió.

—La Seguridad de la AG estaba en la escena inmediatamente —continuó ella— y Daala no tardó mucho. Y Maestro… había al menos un reportero que lo emitió casi todo.

Ben sintió un nudo en las entrañas. Eso posiblemente no podría haber ido peor. A menos que…

—¿Hubo bajas? —preguntó.

—Afortunadamente, no. Muchos civiles recibieron heridas, la mayoría menores, y Bazel fue herido. Se recuperará completamente.

Ben pensó que lo mismo no se podía decir necesariamente de Valin o Jysella.

—Bueno, eso es algo por lo que estar agradecidos, al menos —dijo Luke. Se frotó los ojos—. ¿Dijiste que el ataque fue grabado?

—Sí. Transmitiendo la emisión ahora.

Luke y Ben vieron en un silencio crecientemente enfermizo mientras Javis Tyrr, «Informando en vivo justo desde fuera del Templo Jedi en la Ciudad Galáctica, Coruscant», procedía a entrevistar a los transeúntes mientras les lanzaba preguntas sugerentes tan transparentes como «¿Cuánto tiempo cree que los Jedi han estado ocultando este asunto?».

En cierto punto, Ben realmente resopló de disgusto. Su padre podría haber estado intentando ahogar una sonrisa provocada por el sonido, pero rápidamente gimió mientras la grabación continuaba.

Era incriminatorio. Allí estaba Jysella, con ropajes Jedi completos y blandiendo un sable láser encendido, gritándole a los peatones y lanzándoles con la Fuerza fuera de su camino.

—¡Otra Jedi se ha vuelto loca! ¡Está atacando a la gente a derecha e izquierda! —fue el comentario mientras la cámara se enfocaba a su alrededor, buscando siempre el ángulo perfecto.

El pelo de Jysella se había soltado y los cabellos oscuros volaban alrededor de su cabeza. La cámara se enfocó en ella en un punto y reveló unos ojos marrones muy abiertos por el terror.

—*Parece* loca, papá —dijo suavemente Ben y la admisión le dolió.

Luke no dijo nada, con la expresión triste mientras miraba a la niñita de Corran Horn.

—Incluso sus compañeros Jedi creen que es peligrosa —llegó la voz de Tyrr, todavía remarcablemente calmada—. Puedo ver a uno, no, no a *dos* Jedi dirigiéndose ahora a interceptar a la violenta Jedi. Y parece que varios más están también saliendo del Templo.

Ben miró fascinado, pensando que esto era como ver estrellarse un deslizador. No podía apartar sus ojos, incluso aunque lo que veía le ponía enfermo.

No pudo creer lo que vio a continuación. Un ramoano, a quién reconoció como un Caballero Jedi, cargó hacia delante. De repente un peatón que volaba chocó con él y, aparentemente cogido de improviso por el impacto, se tambaleó varios pasos hacia un lado.

Y ahí fue precisamente adónde Jysella saltó incluso antes de que él hubiera empezado a moverse. El sable láser de ella bajó en un borrón de movimiento y Jysella gritó.

—¡No eres tú!

—Pausa —dijo Luke. La grabación se detuvo obedientemente—. Repetir.

Ambos Skywalker miraron de nuevo el enfrentamiento. Ben sintió un estremecimiento correrle arriba y abajo por la espalda.

Caminar en la corriente. Esto era más que anticipación de la Fuerza.

La lucha continuó. Ben se dio cuenta de que Cilghal tenía razón.

A cada giro, Jysella predecía exactamente dónde estaría Barv. A veces ella parecía estar dos pasos por delante. Ben nunca había visto esa clase de anticipación de la Fuerza, ni siquiera en su padre. La piel se le puso de gallina. Ahora no prestaba atención al comentario del reportero, sólo apenas consciente de palabras como «tan joven y atractiva» y «trágica familia» y otro poodoo de bantha. Estaba mucho más interesado en la lucha. Oyó un gruñido. La cabeza de Jysella giró de golpe.

—Hay otra en escena, una joven Jedi bothan, que parece…

Y de repente la cámara estaba volando hacia Jysella, que giró.

Hubo una imagen perfecta y bella de su cara loca mientras ella levantaba el sable láser y entonces la transmisión terminó.

Luke dejó escapar un pesado suspiro y se pasó la mano por el pelo.

—Mientras que confieso que estoy complacido de que Yaqeel fuera capaz de acabar con la holocámara del reportero, se ha hecho mucho daño. Estoy seguro de que esa última imagen de Jysella va a estar por todos los videos de noticias.

—Estuvo bien pensado por parte de la Jedi Yaqeel, pero al final sirvió de poco. Resultó que el reportero tenía una cámara de repuesto —continuó miserablemente Cilghal—. Aquí está el resto de lo que fue capaz de grabar.

La calidad del holovídeo estaba muy reducida en esta versión, pero las palabras llegaron altas y claras. Allí estaba la Jefa de Estado Daala, como siempre pareciendo bellísima para alguien de su edad, diciéndole a todo el mundo con una voz calmada y tranquilizadora que Jysella Horn, igual que su hermano, sería «encerrada de manera segura en carbonita». Que había «algo que iba mal con los Jedi» y que su gobierno «investigaría y exploraría todas las explicaciones posibles».

Tyrr elevó la voz para hacer otra pregunta sugestiva similar a las que les había hecho antes a los civiles. Ben profirió un juramento ante el que su madre se habría sobresaltado, incluso aunque ella probablemente se lo había enseñado inadvertidamente, y los labios de Luke se hicieron más finos mientras se hacían insinuaciones de que la sangre de los Horn era la responsable de la locura.

—Oh, al Maestro Horn va a encantarle *eso* —murmuró Ben—. Realmente siento pena por él, teniendo que escuchar basura como esa. Es como frotar sal en una herida.

—*Yo* siento pena por quien quiera que se cruce con él —dijo Luke.

Daala respondió con la finura de una política natural, arreglándoselas para difamar a los Jedi y a los Horn sin decir realmente nada a lo que se pudiera apuntar como provocativo, yendo incluso tan lejos como para reprender al reportero por «poner palabras en mi boca».

Luke suspiró mientras Daala terminaba y volvía a su deslizador.

El reportero continuó intentando conseguir declaraciones de Bazel y Yaqeel y finalmente la propia Cilghal entró la imagen.

—Los Jedi obviamente estamos muy preocupados por el actual estado de los sucesos y lo hemos estado desde el primer incidente. Estamos haciendo todo lo que podemos.

—Me disculpo, Maestro Skywalker —dijo Cilghal en directo, con su voz grave llena de arrepentimiento—. Habría preferido no hablar por los Jedi hasta después de que hubiésemos tenido la oportunidad de discutir esto y presentar un frente unido.

—Estabas en el lugar, no te preocupes por eso —la tranquilizó Luke—. ¿Cuándo se reúnen los Maestros?

—En menos de una hora. La pregunta es, ¿cuánto de lo que ha dicho el reportero es correcto?

Las cejas castaño rojizas de Ben se acercaron.

—Papá —empezó a protestar, pero Luke levantó una mano para evitar sus comentarios.

—Estos son dos Jedi que están íntimamente emparentados —dijo Luke—. Eso es algo que va a salir a la luz, repetidamente, y necesitamos tener una respuesta para eso. ¿Es posible que sea una causa genética? A los Horn no les gustará, pero apuesto a que sabrán que necesitamos comprobarlo.

—¿Qué hay de Seff Hellin? —apuntó Ben—. No es un Horn y fue el primero en manifestar algunos de estos síntomas.

Luke le sonrió a su hijo.

—Buena observación y correcta. —Se volvió de nuevo hacia la imagen holográfica de la mon calamari—. Y tú tenías razón, Cilghal.

Ciertamente parecía como si Jysella hubiese experimentado el caminar en la corriente. No estaba concentrándose lo suficiente para simplemente dar buenos golpes estratégicos.

Cilghal inclinó la cabeza.

—Francamente, habría preferido lo último —admitió ella.

—Yo también.

—Tres de tres —dijo Ben.

—¿Tres de tres qué?

—Tres Jedi mostrando la misma clase de comportamiento paranoide y habilidades que no deberían tener.

—Habilidades que Jacen aprendió, pero que ellos posiblemente no podrían haber aprendido.

—Exactamente. —Ben empezó a contar con los dedos, levantándose, con su cuerpo agitado, cansado de estar en un espacio confinado, necesitando moverse para que le ayudara a pensar—. Uno: Seff fue capaz de congelar a sus adversarios y arrebatarles las armas en mitad de una pelea. Dos: Valin fue capaz de fingir la alteración de un ataque en las impresiones de sus ondas cerebrales emitidas lo bastante bien como para engañar a todo el mundo. Y tres: Jysella caminó en la corriente. Son evidencias circunstanciales, pero es lo mejor que tenemos justo ahora. Es el único asunto en común que soy capaz de ver.

Ben hizo una pausa y se volvió para ver a la Cilghal holográfica y a su padre mirándole. Se ruborizó un poco, preguntándose si había estado barbotando, pero vio aprobación en los ojos azules de su padre.

—Estoy de acuerdo —dijo Cilghal—. Tu decisión de explorar la conexión con Jacen parece, trágicamente, que continua validándose. Todavía no tenemos indicios de que Jacen tuviera alguna clase de contacto con estos tres Caballeros Jedi.

—Pero tiene que haber una conexión —dijo de golpe Ben y luego lo enmendó—. Bueno… la lógica dicta que debe haberla de todas maneras.

—Los Sabios Baran Do no fueron capaces de arrojar ninguna luz sobre esto —dijo Luke—. Me pregunto si no estaremos vigilando al nerf equivocado. Siguiendo la pista

equivocada. —Se inclinó hacia atrás en su silla y sus ojos se estrecharon, pensando—. Una conexión con Jacen… —Los ojos de Luke se abrieron de golpe—. No. No con Jacen… al menos, no con el físico.

—Pero… no ha habido restos de él en la Fuerza —le recordó Ben a su padre.

Como siempre, la idea le entristeció. A pesar de toda la rabia que una vez había sentido hacia su difunto primo, Ben había aprendido a perdonarle, aunque como Luke, todavía necesitaba entender qué le había pasado. Durante unos pocos segundos al final, Jaina les había asegurado a todos que había vuelto a ser Jacen, no Darth Caedus. Y

Ben había querido a Jacen. Ben sintió una pena incómoda y ligeramente embarazosa, como de algo que quedaba sin resolver para siempre, ante la idea de no sentir jamás su presencia otra vez.

Luke negó con la cabeza.

—Eso no es lo que quiero decir —dijo y su voz tenía un resto de la misma pena que Ben estaba sintiendo—. Me preguntaba si Caedus de alguna manera fue capaz de ver que su reinado como Sith finalmente terminaría. Y si vio eso… tal vez toda esta situación es algo que él causó al caminar en la corriente en el pasado.

Ben miró a su padre, con los ojos muy abiertos.

—¿Puedes hacer eso?

La cara de Luke mostró desaprobación.

—Puedes influenciar el futuro, hasta cierto punto, sí. Caedus no tuvo la oportunidad de encontrar y entrenar a un aprendiz para que continuara su trabajo después de que él muriera. No pudo quebrarte a ti y no fue capaz de corromper totalmente a Tahiri. Quizás tomó esta ruta para dejar un legado de alguna clase.

Ben había seguido a Jacen más que ligeramente por un camino muy oscuro, pero no había ido al lado oscuro. Sabía que Caedus había pensado que era demasiado débil. Al final, sin embargo, había aprendido a darse cuenta de que lo que Caedus había desechado como debilidad era lo que los Jedi habían comprendido que era su mayor y más sincera fortaleza.

—Yo… yo imagino que sería posible —estaba diciendo Cilghal, con el disgusto siendo evidente en su voz—. Con certeza lleva a la investigación, siendo una idea tan perturbadora como es.

—Él estudió con los Aing-Tii —ofreció Ben. En cierto punto, había conocido justo cada lugar en el que Jacen había estado durante su aventura de cinco años brincando por la galaxia. Él había querido emularlo desesperadamente y ahora estaba empezando a parecer como si fuera a hacerlo, bajo circunstancias muy diferentes y mucho más tristes—. Quizás deberíamos ir a hablar con ellos.

Cilghal le dirigió una risa áspera y gorjeante.

—Eso será mucho más fácil de decir que de hacer. Los Aing-Tii son notables por no dar la bienvenida a los extraños y hay muy poca información sobre ellos incluso en los archivos del Templo.

—Creo que Ben tiene razón —dijo Luke—. Es más que investigar simplemente un truco de la Fuerza que usaba Jacen. El caminar en la corriente podría ser la clave para entender toda la situación. Si Caedus caminó en la corriente y preparó esto… esta inestabilidad mental como alguna clase de bomba preparada para estallar si él fallaba, entonces entender cómo lo hizo puede ayudarnos a entender cómo deshacerlo. Sé que no tenemos mucha información sobre los Aing-Tii, pero por favor envíame cualquier cosa que encuentres.

—Viven en la Falla Kathol. Por lo menos eso lo sé —ofreció Cilghal. Suspiró y cerró sus grandes ojos durante un momento—. Te enviaré todo lo que descubra, Gran Maestro.

Luke silbó suavemente.

—¿La Falla Kathol? Entonces *necesitaré* todo lo que puedas descubrir. Esto simplemente sigue poniéndose mejor y mejor.

—¿Qué es tan malo de la Falla Kathol? —preguntó Ben.

—Te lo contaré luego —dijo Luke—. Gracias, Cilghal. Ahora, ¿no dijiste que había algunas noticias buenas? Creo que me vendrían bien justo ahora.

Cilghal sonrió débilmente.

—Ben mencionó antes a Seff Hellin. Me complace informar que ha sido capturado. Por los Jedi. Actualmente le tenemos en las profundidades del Templo para analizarle.

—Bueno, eso *son* buenas noticias. ¿La AG o Daala tienen alguna idea sobre esto?

—Ninguna en absoluto. Jaina, Tahiri, Winter y Jag le atraparon.

—¿Tahiri?

Ben estaba complacido. Sabía que Tahiri Veila no había estado dispuesta a unirse de nuevo completamente a los Jedi, pero se alegraba de que estuviera cooperando con ellos.

—Por supuesto. Parecería que no se opone a ayudarnos. Quizás decida unirse de nuevo en algún momento.

Ben así lo esperaba. Había sido elección suya perdonarle la vida a Tahiri, creyendo que ella podría entrar en razón, que podría ser redimida.

Cilghal dudó.

—Dije que la AG y Daala no sabían nada sobre la captura de Seff.

Tampoco lo saben ninguno de los Maestros excepto yo. Nadie quiere colocar al Maestro Hamner en una posición comprometida.

Luke frunció el ceño y luego asintió.

—Si esto sale a la luz, puede negar honestamente cualquier conocimiento de ello y la Orden no se verá afectada. Todavía no me gusta. —Suspiró y luego negó con la cabeza, pareciendo volver a concentrarse en el asunto que tenía ante él—. ¿Qué has descubierto sobre Seff hasta ahora?

—No ha demostrado la habilidad de Valin para dejar en blanco el encefalograma y por lo tanto hemos sido capaces de obtener exitosamente lecturas de su escáner cerebral. Las partes de su cerebro que están activas mientras sueña también parecen estar activas mientras está despierto, hasta cierto grado. En otras palabras, está ocurriendo un estado

de sueño definitivo, aunque está ampliamente despierto y consciente de lo que está ocurriendo. Nuestra investigación continúa.

Investigación. Incluso Cilghal estaba empezando a utilizar los términos de Ben. De repente Ben fue lanzado hacia atrás en el tiempo en su mente cuando la Maestra Cilghal había estado dirigiendo la investigación del asesinato de Mara Jade Skywalker. El desapego había ayudado. Ben había ardido en deseos de hacerlo todo de manera exactamente correcta, de manera que la investigación de la muerte de su madre no se viera comprometida. Había sido él quien había demostrado qué le había pasado a ella, incluso cuando las cosas parecían apuntar enteramente en otra dirección. Y ahora aquí estaba otra investigación, no de asesinato sino de algo que era con más certeza un misterio.

—¿Cuál es su comportamiento? —preguntó Luke.

—Exactamente el que esperarías. Cree que todo el mundo ha sido secuestrado y reemplazado por dobles. Está asustado y enfadado y determinado a matarnos a todos. El capitán Solo y la Jedi Organa Solo llegarán en unas cuantas horas para ofrecer la comprensión que puedan, ya que fueron ellos los primeros que se encontraron con Seff Hellin.

—Lo recuerdo —dijo Luke—. No estoy seguro de que puedan darnos ninguna comprensión adicional, ¿pero quién sabe? ¿Algo más?

—Pensaba que esto sería más que suficiente para una conversación, pero si insistes, estoy segura de que se me puede ocurrir algo más.

Luke se rió. El sonido sorprendió a Ben. Estaban ocurriendo tantas cosas malas que parecía difícil encontrar algo divertido. Pero ahora Cilghal también estaba sonriendo y él se encogió de hombros mentalmente.

—No, creo que tienes razón —dijo Luke—. Eso es más que suficiente por un día. Házmelo saber cuando encuentres algo sobre los Aing-Tii e infórmame después de la reunión del Consejo. Mientras tanto, Ben y yo fijaremos el curso hacia la Falla Kathol. —Dudó y luego añadió—. Y, por favor, transmíteles mis más profundas condolencias a Corran y Mirax. Este es un momento especialmente difícil para ellos.

—Desde luego, Maestro Skywalker.

Cilghal inclinó su cabeza sin pelo. Su imagen desapareció.

Luke se echó hacia atrás en la silla, cruzando los brazos detrás de la cabeza. Sus ojos azueles eran distantes, desenfocados. Ben contuvo su lengua durante un tiempo, pero finalmente no pudo contenerse.

—¿Realmente crees que Jacen, que Caedus preparó todo esto? —preguntó—. Los Jedi volviéndose locos, las cosas que saben… ¿realmente crees que planeó todo esto?

Luke se volvió a sentar derecho y empezó a trazar un curso hacia la Falla Kathol.

—Es una posibilidad y explicaría muchas cosas.

—No explicaría cómo fue capaz de hacerlo en realidad.

—Con un poco de suerte, encontraremos a los Aing-Tii en un estado de ánimo afable y decidirán iluminarnos.

Ben no pudo evitar lo que escapó de sus labios a continuación.
—¿Crees que tendremos que caminar en la corriente para descubrirlo?
—Espero que no, Ben. Realmente espero que no.

Capítulo Siete

A BORDO DE LA *SOMBRA DE JADE*

—¿Sabes? —gruñó Ben—. Cuando dije que quería venir contigo, no me di cuenta de que me estaba enrolando en la Sucursal Móvil de la academia.

Luke, con los ojos en la carta estelar holográfica que parecía como si alguien hubiera derramado leche azul diluida por toda ella, rió suavemente.

—Estudiar es bueno para ti —dijo él—. Forja el carácter. —Adoptó la voz decrépita de un anciano—. Vaya, cuando yo tenía tu edad, mi joven aprendiz, todo lo que quería *hacer* era ir a la academia. Era como subir una colina, por ambos lados, en una tormenta de arena.

—Sí, el tío Han me habló de eso —replicó Ben haciendo una mueca de disgusto con su propia boca mientras suprimía una sonrisa—. No querías conseguir una buena educación. Querías ir para andar con tus amigos.

Era una broma agridulce. Luke realmente había terminado volando con su mejor amigo, Biggs Darklighter, pero bajo circunstancias completamente diferentes. No había sido un viaje de placer o una carrera o una competición amistosa. Era un asalto contra la Estrella de la Muerte y le había costado la vida a todo el mundo en el Escuadrón Rojo excepto a Wedge Antilles y Luke Skywalker.

Pero Luke sonrió afectuosamente al comentario. Los recuerdos que tenía de Biggs eran todos buenos. Biggs no había sido el primero en morir por una causa en la que creía devotamente y no sería el último. Pero había muerto marcando una diferencia y ese era el modo en el que Luke sabía que su amigo lo había querido.

Así que fue fácil para Luke responderle a su hijo.

—Es una pena que no tengas amigos íntimos que no son de tu familia. Quizás te hagas amigo de un niño Aing-Tii.

Ben hizo una mueca.

—No estoy… demasiado seguro de eso.

Unas cuantas horas antes, Cilghal había transmitido todo lo que había sido capaz de descubrir hasta ahora de la Falla Kathol y de los Aing-Tii. No era mucho, pero los dos Skywalker habían dividido la investigación entre ellos. Luke le había dado a Ben la información sobre los Aing-Tii, mientras que él había estudiado el fenómeno espacial complejo y extremadamente peligroso que era la Falla. Ben era con toda seguridad un piloto capaz, aunque uno siempre podía ser mejor y Luke a menudo le había dado a su hijo el timón durante el viaje para que Ben tuviera más horas de vuelo en su haber. Pero la Falla era algo completamente diferente y Luke se sentía más cómodo pilotando él mismo.

Era difícil navegar por toda una multitud de razones. Para empezar, era enorme, una nube de gases salvajemente inestables, el lugar de nacimiento de miles de estrellas, que tenía varios parsecs de ancho. *Varios parsecs* era lo más preciso que uno podía ser,

considerando que la nube cambiaba constantemente. A primera vista, este lugar de poderosas tormentas electromagnéticas y radiaciones que distorsionaban los sensores parecía imposible de atravesar. Pero los Aing-Tii, que se pensaba que vivían en uno de los miles de planetas que se creía que había dentro de la Falla, parecían navegar por ella bastante bien. Misteriosamente bien, de hecho. Parecían completamente capaces de evitar las tormentas que eran bastante capaces de destruir flotas enteras de naves en cuestión de minutos y sin lugar a dudas sus naves aparecían intactas por la acumulación de partículas que podían volver a los sensores bastante inservibles y los sistemas de armas completamente no funcionales.

Podían hacer esto porque había corrientes en la Falla, la literatura se refería a ellas como «corredores», que se entrelazaban a través de la nube de gas sorprendentemente bella, colorida e increíblemente peligrosa.

El truco estaba en que los corredores cambiaban de posición. Frecuentemente. Un informe aseguraba que cambiaban tan a menudo como docenas de veces en un día de veinticuatro horas. La conclusión lógica era que había alguna clase de patrón predecible de cómo y cuándo cambiaban esos corredores y los Aing-Tii habían aclarado el misterio. Hasta ahora, sin embargo, nadie más lo había hecho, al menos nadie cuyos recuerdos y observaciones se pudieran encontrar en los Archivos Jedi.

Incluso si uno tropezaba con uno de los corredores, ningún piloto o tripulación podía llamar posiblemente a tal pasadizo «seguro». Estas áreas simplemente eran menos peligrosas que el resto de la Falla porque la concentración de la radiación y la carga de partículas eran ligeramente menores.

Moverse a través de la Falla Kathol, para las naves que no eran Aing-Tii, significaba poner la nave de uno en peligro constante. Incluso en los corredores, el alcance de las armas se recortaba a la mitad, los escudos se debilitaban… y en cuanto a los sistemas de comunicaciones, Luke se imaginó que muy bien podía resignarse a no tener noticias de Cilghal una vez que entraran, incluso con las actualizaciones increíblemente sofisticadas del equipamiento de Mara.

Luego, una vez que entraran en la Falla, serían objetivos. No sólo para los xenófobos Aing-Tii, que tenían mala fama debido a que no les gustaba que nadie anduviese metiendo las narices en sus asuntos, sino por las propias descargas de energía de la propia Falla. Una nave actuaba como un pararrayos, así que a lo largo de toda la duración de su viaje la *Sombra de Jade* sería alcanzada por impactos de energía.

Sería un gran espectáculo visual, pero sería un viaje extremadamente difícil.

Y había otra razón por la que la Falla era tan peligrosa.

Había un estigma atribuido al lugar, un estigma que estaba por encima e iba más allá del hecho de que era simplemente un mal lugar para que una nave estuviera allí. Cilghal había pensado que estaba bien adjuntar en su transmisión toda una multitud de informes de primera mano que se acercaban incómodamente a la clasificación de «historias de fantasmas». Al principio Luke estaba confundido sobre porqué Cilghal los había incluido. Él estaba inclinado a encasillarlos en las mismas categorías que fiebre de la cabina y

locura espacial, pero entonces se dio cuenta de que un informe tras otro insistía en que los sensibles a la Fuerza se veían más fuertemente afectados que los otros.

La mayoría de los planetas de aquí no proliferaban particularmente bien, supuso Luke. Los altos niveles constantes de radiación no eran exactamente propicios para la vasta mayoría de las formas de vida. Se preguntó cómo los Aig-Tii se las arreglaban para sobrevivir tan bien como aparentemente lo hacían.

Luke se desperezó, se levantó y fue hacia la pequeña área que servía como cocina.

—¿Tienes hambre?

Ben levantó la vista del holograma.

—Tengo dieciséis años. Por supuesto que tengo hambre.

Luke sonrió y seleccionó dos cuencos de estofado brogy y un filete de nerf, programó la cantidad de tiempo requerida en el horno de pulso y volvió a donde estaba sentado su hijo.

—Entonces, infórmame —dijo inclinándose hacia atrás en su silla. Volvió a poner su voz de viejo—. Y recuerda, joven aprendiz, que tu progreso continuado depende de este informe.

Eso provocó una sonrisa con todas las de la ley en Ben.

—Bueno —dijo—, no he terminado todavía de revisarlo todo.

Cilghal me envió una tonelada métrica de información.

—Cuando te enfrentes a una cantidad abrumadora de información, empieza por el principio. Comienza por lo básico. ¿Qué aspecto tienen físicamente?

Ben pulsó un botón y una imagen holográfica de una tercera parte de un metro de alto apareció. Era bípedo, justo sobre pies que tenía dos dedos con garras delante y uno en la parte trasera. Una larga cola se movía tras él. Sus extremidades delanteras tenían dos dedos y parecían desproporcionadamente pequeñas. Estaba cubierto con placas óseas que se solapaban, desde la larga cola hasta el cráneo. Enormes ojos miraban desde debajo de una placa que se parecía a un casco. Cada una de las articulaciones de las placas tenía alguna clase de marcas que era pintada, grabada o tatuada. Era difícil de decir a ese tamaño.

—Parecen reptiles, pero realmente son mamíferos sin dientes —dijo Ben—. Tienen alrededor de dos metros de alto y…

El horno de pulso anunció que sus comidas estaban listas con un timbre suave. Ben, recordándole de repente a Luke que, aunque su hijo era un Caballero Jedi y había pasado más de lo que Luke había incluso imaginado a su edad, también era un adolescente hambriento, prácticamente salió corriendo de su silla para recoger la comida, dejando la frase a la mitad. Luke continuó estudiando el modelo tridimensional y animado y levantó una ceja cuando la pequeña imagen de repente sacó hacia delante no una sino seis lenguas largas, finas y que se retorcían.

Unos momentos después Ben trajo sus comidas en bandejas, junto con dos humeantes tazas de caf y cuatro pasteles que parecían malvadamente pegajosos.

—Gracias, Ben, pero no quiero pasteles —dijo Luke mientras alargaba la mano hacia el caf y bebía un sorbo.

—Oh, lo sé, esos son para mí.

Ben empezó a cortar el filete mientras hablaba, con los ojos todavía fijos en el Aing-Tii. A pesar de todas sus quejas en broma, claramente estaba muy interesado. En su papel de hijo del Gran Maestro Jedi, había asistido a varios actos diplomáticos y había conocido a una asombrosa cantidad de seres. No era un granjero de un planeta perdido que buscaba la novedad como lo había sido Luke a su edad. Pero los Aing-Tii eran misteriosos, desconocidos, esquivos e intrigantes.

—Entonces, sí, alrededor de dos metros de alto y aparentemente pueden utilizar esas colas de modo bastante efectivo en combate —dijo Ben y luego tomó un bocado de filete y masticó.

—Hablando de combate, ¿cuáles son sus tácticas en batallas? Eso parece ser lo que mejor conocemos de ellos, por el breve vistazo que le eché al resumen de Cilghal.

Ben se detuvo a medio masticar con sus ojos verdes estrechándose.

—¿Ella te dio un *resumen*?

Luke se rió y tomó una cucharada de estofado.

—La prerrogativa del instructor. Sigue adelante, lo estás haciendo bien.

Ben tragó, frunció el ceño y continuó.

—Bueno, como dije, pueden golpearte con esa cola bastante bien.

También tienen esos, bueno, son como garrotes, o bastones, envueltos en alguna clase de cables que produce un aturdimiento muy poderoso.

Se metió otro bocado en la boca, hablando mientras comía. Luke estaba ligeramente divertido. Leia conocía la etiqueta de docenas de especies y había hecho todo lo que podía, junto con Mara, para inculcarle modales al chico. Y cuando importaba, Luke sabía que su hijo era capaz de comportarse impecablemente en una situación formal.

Pero justo ahora, eran simplemente dos solteros cenando y hablando y la formalidad se había ido por la escotilla y a Luke no le importaba lo más mínimo. Resistió el impulso de revolverle a su hijo el pelo rojo de manera cariñosa.

—Ahora, sus naves… —Ben tragó, extendió un brazo y pulsó otra tecla. La imagen del Aing-Tii fue reemplazada por la de sus naves—. Estas cosas son *realmente* astrales.

Luke tomó otra cucharada de estofado, mirando a la nave holográfica en miniatura que giraba lentamente. Aproximadamente ovoide, se parecía a los seres que presumiblemente las construían en que también ellas estaban recubiertas con gruesas placas en el casco que llevaban diseños similares a los que llevaban los Aing-Tii en sus cuerpos.

Proyecciones cónicas sobresalían aparentemente de manera aleatoria del casco. Toda ella le pareció a Luke orgánica en cierto modo y durante un momento le recordó incómodamente a las de los yuuzhan vong.

—Es enorme —dijo Ben con la boca llena de estofado, habiendo devorado ya el filete de nerf. Luke recordó cuando él había tenido un apetito como ese y se maravilló

silenciosamente mientras Ben continuaba—. Se llaman naves Sanedrín. Tienen la mitad del tamaño de un destructor estelar clase *Imperial*. Los Aing-Tii tienen cierta clase de tecnología o conocimiento de la Fuerza que les permite a las naves aparecer de ninguna parte. Literalmente sólo entran de un sitio a otro. Utilizan una variedad de estilos de ataques, siendo el menos placentero de ellos cuando de repente giran y estrellan tu nave contra su morro. El más benevolente es bañar tu nave con alguna clase de rayo que aparentemente distorsiona tu percepción del tiempo. Para cuando recuperas el juicio, su nave se ha ido hace mucho.

Luke frunció el ceño, con el cuenco de estofado olvidado por el momento.

—Distorsión del tiempo… Me pregunto, ¿eso sólo aturde a las víctimas de alguna manera o realmente altera el tiempo? Después de todo, estos son los seres que desarrollaron el conocimiento de caminar en la corriente. Podría haber una conexión.

—Tal vez. ¿Vas a comerte eso?

Luke negó con la cabeza, con los ojos todavía fijos en la miniatura Aing-Tii.

—Adelante.

—Gracias.

Ben rebañó lo que Luke había dejado de su estofado para echarlo en su propio cuenco y continuó comiendo.

—Sabemos que son ferozmente aislacionistas y xenófobos. ¿Qué hay de su sistema de creencias?

Luke sabía la respuesta a esto, pero quería ver hasta dónde había ido Ben en su investigación. Para ser justo, había habido un montón en lo que escarbar. Justo ahora, sin embargo, no tenían nada aparte de tiempo en las manos y quería que Ben aprendiera todo lo que pudiera.

—Suena un poco extraño. Creo, no estoy seguro, pero creo que el término *Sanedrín* significa «peregrino» o quizás «monje». Me he encontrado con el término *monjes Aing-Tii* en varias notas de testigos de los encuentros. Parece como si las pocas naves y alienígenas que algunos se han encontrado son o exploradores entre su pueblo o están en una búsqueda o peregrinación o algo. No creo que ellos como pueblo sean viajeros espaciales casuales, no como lo son los humanos.

Así que eso plantea la pregunta, ¿qué están buscando? ¿Y por qué?

Ben se detuvo para tomar otro bocado rápido.

—¿Cuál es tu conclusión de lo que has aprendido? —preguntó Luke.

—Talon Karrde realmente se tropezó con ellos una vez, ¿lo sabías?

Ben sonrió mientras las cejas rubias de su padre se elevaban.

—No, Cilghal no mencionó eso en su resumen.

—¡Ajá!

Ben apuntó la cuchara hacia su padre en un gesto victorioso.

—Hijo, eso sólo apoya mi teoría de que la investigación que haces por ti mismo es más útil que la investigación que otro hace para ti. Continua, mi joven aprendiz.

Ben frunció el ceño en forma fingida.

—El informe de Karrde no dice mucho, así que podríamos querer contactar con él directamente si podemos. Pero lo que me interesa a mí es que conoció a los Aing-Tii a través de su antiguo jefe, Jorj Car'das, que en realidad vivió entre los Aing-Tii. Él estaba, según parece, muy enfermo, muriéndose de hecho, y el Maestro Yoda le envió a que fuera y le pidiera ayuda a los Aing-Tii.

Esto, al menos, lo había incluido Cilghal en su resumen. También había incluido el documento completo que Car'das había escrito sobre su viaje con los alienígenas. Luke pretendía leer completamente eso él mismo de principio a fin.

—Ellos le curaron, pero pidieron que él de alguna manera fuera su cronista. Así que él escribió todo lo que aprendió de ellos. Lo cual es mucho.

—Tengo que decir —dijo Luke alargando la mano hacia un pastel a pesar de su declaración anterior de que no estaba interesado en ellos—, que eso me parece extraño. Todo lo que sabemos de los Aing-Tii dice que están muy determinados a mantener su privacidad. Atacarán e incluso matarán para defenderla. ¿Así que por qué admitir a un humano que no han conocido nunca, uno que necesita urgentemente un enorme favor de ellos, nada menos, en su círculo más íntimo? ¿Y luego dejarle escribir sobre sus experiencias?

—Bueno, si Yoda *te* enviara a alguien y te pidiera que cuidaras de él, ¿no lo harías?

Luke se rió de eso.

—Sí, lo haría, tan rápidamente como posiblemente pudiera. Pero yo soy un Jedi y Yoda era un Maestro Jedi. Eso es un poco diferente.

—No sabemos cuál es la relación personal de ellos con el Maestro Yoda. Quizás era tan íntima o incluso más íntima. Incluso si ellos no son Jedi, y parece bastante claro por todos los relatos que no lo son, son usuarios de la Fuerza en una escala impresionante. ¿Quién sabe qué clase de relación tenían con él?

—Has planteado una cuestión excelente.

—Gracias. Ojalá pudiera haberle conocido.

—Yo también desearía que pudieras haberle conocido —dijo tranquilamente Luke—. Ojalá yo mismo hubiera pasado más tiempo con él. Era…

La voz de Luke se apagó. El silencio cayó, roto sólo por el sonido de la cuchara de Ben rebañando el fondo del cuenco.

Realmente no había palabras suficientes para la tarea de describir al ser engañosamente pequeño, de orejas grandes y piel verde, que era tan sabio como arrugado. Él le había abierto los ojos a Luke a tantas cosas en el breve tiempo que Luke había estado con él. Luke le echaba de menos y a su otro maestro y amigo, Obi-Wan Kenobi, «Ben», por quién le había puesto el nombre a su hijo. Obi-Wan también le había sido arrebatado a Luke después de un tiempo demasiado breve. Que ellos eran ahora parte de la Fuerza, lo sabía. Los había visto.

Anakin Skywalker y Mara estaban con ellos y un día Ben y él se unirían a ellos.

Pero hoy no.

—Bueno, pongámoslo de este modo —dijo él—. Yo podría aprender a tener cálidos sentimientos imprecisos por cualquiera en quien Yoda confiara lo suficiente como para enviarle un humano moribundo en busca de ayuda. Continua con tu teoría sobre porqué van en esas búsquedas o peregrinaciones.

Ben dejó a un lado los cuencos vacíos y el plato y alargó la mano para coger un pastel.

—Según Car'das, los Aing-Tii creen en deidades misteriosas y escurridizas a las que se refieren como «Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo». Tus conjeturas son tan buenas como las de cualquiera sobre qué son o qué significa el *velo*.

—Podría referirse a la Falla.

Ben se encogió de hombros y se comió medio pastel de un solo bocado.

—Quizás —dijo con la boca llena—. Pero algo que sabemos es que están coleccionando artefactos.

—¿Artefactos para ofrecérselos a estos seres o artefactos *de* estos seres?

De nuevo Ben se encogió de hombros. Luke de repente se sorprendió por lo anchos que aquellos hombros se habían vuelto en los últimos dos años. *Oh, Mara, estarías tan orgullosa de él. Es un buen joven*. El fantasma de una sonrisa curvó los labios de Luke mientras se imaginaba a Mara poniéndole los ojos en blanco a él y a Ben. Sí, la presencia de ella estaba definitivamente aquí en esta nave que había sido tan singularmente suya. Él devolvió su atención al discurso ligeramente mejorado por la disección de su hijo.

—Uno de los archivos dice que utilizaron a un humano para recuperar un artefacto para ellos. Se llamaba el Códice. Nadie está seguro de cómo consiguieron que él cooperara. La mejor conjetura es que le lavaron el cerebro, pero de alguna manera metieron la pata y él se volvió loco.

—Es bastante difícil para un Jedi experimentado hacer tal cosa sin causar daño —dijo Luke—. Imagino que debe ser casi imposible intentar algo en una especie con la que no estás familiarizado.

Ben dejó de masticar durante un segundo antes de seguir comiendo. Sus cejas rojizas se unieron durante un momento y una sombra cruzó su cara. Luke sabía sin ni siquiera tener que sentir su repentina ansiedad en la Fuerza lo que su hijo estaba pensando. Ben estaba recordando un momento tres años antes cuando Jacen había matado inadvertidamente a una prisionera mientras la torturaba para conseguir información. Ben no había estado presente, no había visto con sus propios ojos cómo ocurría. Pero había estado justo fuera de la habitación y había oído y sentido cosas a través de la Fuerza que para siempre e irrevocablemente alteraron su opinión de Jacen Solo.

—Bueno, parece que has hecho un buen comienzo —dijo Luke ligeramente, alargando la mano para darle un apretón al hombro de Ben—. Hora de *mi* informe.

Informó a Ben de lo básico de los desafíos a los que se enfrentaban.

—Sin embargo, creo que podríamos tener una carta extra para jugar. Me pregunto si la técnica *hassart-durr* que aprendí podría ser útil aquí.

Ben tenía la apropiada expresión dudosa de adolescente, pero también pareció como si quisiera estar impresionado.

—¿De verdad?

—De verdad. Piensa en ello. *Hassat-durr* significa «pararrayos» en su lengua, ¿correcto?

—Correcto, me lo dijiste —dijo Ben—. Porque si no eres perfecto en tu maestría de ella y la llevas a cabo durante una tormenta, serás alcanzado por rayos repetidamente y morirás.

—Por lo tanto es razonable que si *eres* un maestro de ella, podrías utilizarla para ser una especie de antipararrayos. Para desviar la energía, al menos en un pequeño grado.

—Supongo —dijo Ben.

Parecía que la parte dudosa estaba ganando.

Luke sonrió.

—Bueno, en cualquier caso merece la pena intentarlo. Estoy bastante seguro de que sé lo suficiente para no ser un pararrayos.

—Eso es bueno. Me moriría horriblemente avergonzado.

—¿De dónde has sacado ese sarcástico sentido del humor?

—De mamá.

—Ah, vale. ¿Te gustan las arañas?

El cambio de tema cogió a Ben desprevenido.

—¿Qué quieres decir?

—Arañas. Arañas gigantes y brillantes o cientos de arañas pequeñas correteando por cada centímetro de la nave.

Luke estaba disfrutando esto.

Ben se encogió de hombros.

—No es agradable, desde luego, pero no les tengo ningún miedo en particular. ¿Me estás diciendo que arañas gigantes y brillantes también acechan en la Falla?

—En tu mente —dijo Luke—. Aparentemente esta parte del espacio es conocida por causar alucinaciones. Afectan particularmente a los sensibles a la Fuerza. Las arañas, desde las grandes y brillantes hasta las pequeñas y numerosas, son una de las alucinaciones recurrentes de la que se han informado. También se informa de avistamientos de pequeños seres sin pelo con grandes ojos, narices que son orificios y bocas pequeñas. Otros efectos secundarios son náuseas y dolores de cabeza severos.

—… No creo que me gusten los viajes de campo que proporciona la Sucursal Móvil de la academia Jedi —dijo Ben.

Luke sonrió. Apuntó al último pastel.

—¿Vas a comerte esto?

—Lo partiré contigo.

—Trato hecho.

Capítulo Ocho

TEMPLO JEDI, CORUSCANT

El maestro Kenth Hamner, gran maestro interino de la Orden Jedi, se aseguró de ser el primero en llegar a la Sala del Alto Consejo.

Necesitaba tiempo para pensar.

Hamner fue hacia una de las ventanas y miró por ella. Cuando el Templo había sido reconstruido, también lo había sido esta torre. Excepto que ahora la torre estaba encerrada dentro de una pirámide de transpariacero muy moderna. Por lo tanto uno no era capaz de mirar hacia fuera directamente hacia los cielos de Coruscant como uno solía hacer. En su lugar, uno era invitado a mirar a la vista menos escénica del duracreto pintado o las paredes de transpariacero, con las ocasionales figuras pequeñas de los Jedi que se movían ocupándose de sus cosas. Indudablemente el arquitecto había estado orgulloso del diseño «estilizado». Hamner suspiró y deseó que simplemente hubieran continuado con lo que había funcionado durante tanto tiempo.

Había hecho todo lo que podía para guiar a los Jedi a través de uno de sus tiempos más difíciles. Era bueno en el juego de la política.

Tenía un don para ello, una destreza cuando se trataba de lidiar con la gente. Luke Skywalker había sabido eso de él y también había sabido que Hamner era respetado en muchos círculos. Él mismo sabía que era una buena elección para ser el Maestro interino.

Y sin embargo todo lo que hacía, cada orden que daba, cada posición que adoptaba, parecía llevar a los Jedi a los que estaba intentando proteger, a los seres individuales y a la Orden como un todo, incluso más profundamente a una horrible pila de poodoo de bantha.

Daala en particular parecía confundirle. Inicialmente ella le había parecido a Hamner una buena elección para Jefa de Estado de la Alianza Galáctica. Las conexiones imperiales no parecían importar mucho después de la guerra, no cuando Jagged Fel era el Cabeza de Estado Imperial y claramente tenía una relación con la Caballero Jedi Jaina Solo, hija de dos de los más famosos rebeldes de otro tiempo.

Era… tranquilizante, en realidad. La propia Natasi Daala parecía racional y compuesta. Las cosas habían estado yendo bien.

Hasta que Luke Skywalker había sido arrestado y Valin Horn se había vuelto (y el propio Hamner se dio cuenta de que estaba de acuerdo con la elección de palabras) criminalmente loco.

Había hecho todo lo que podía para cooperar, pensando en agacharse y dejar que pasara la tormenta. Había dejado que la AG asignara sus «observadores», al menos hasta que Nawara Ven había sido capaz de revocar esa orden. Había dejado que la Seguridad de la AG entrara en el propio Templo para que se llevaran físicamente al delirante Valin, a plena vista de los observadores. Había abierto áreas del Templo al público, incluso a la prensa, para el escrutinio. Y sin embargo Daala todavía estaba interfiriendo con la Orden,

presionándoles como un asesino que presionaba un pulgar contra la arteria carótida hasta que descendía la oscuridad.

Negó con la cabeza. Esa era una imagen desagradable. Y sin embargo… había pedido una reunión con ella inmediatamente y ella le había dado cita para dentro de tres días.

Tres días.

Él se pasó una mano por su pelo corto y suspiró, apartándose de la ventana y cruzando el suelo de mármol, que había sido reproducido casi perfectamente. Se acomodó en la silla tallada de piedra, relajándose ligeramente. La vista podía ser diferente, pero esta habitación todavía tenía una conexión con el pasado. Aunque esta no era exactamente la misma habitación que había servido bien a los Maestros Jedi durante siglos, la restauración había sido minuciosa y el espíritu todavía estaba aquí.

Kenth Hamner puso un fantasma de sonrisa y se preguntó cómo habrían tratado los Grandes Maestros del pasado con la disyuntiva en la que él se encontraba ahora.

En los siguientes minutos, los Maestros Jedi actualmente en el Templo fueron entrando con cuentagotas, a veces de uno en uno, a veces en parejas y en pequeños grupos. Él les asintió tranquilamente mientras entraban: Kyle Katarn, Octa Ramis, Saba Sebatyne, Cilghal, Kyp Durron. Leia Organa Solo y su hija, Jaina, entraron, con las cabezas juntas, hablando tranquilamente. No eran oficialmente Maestras, aun no, aunque Hamner sospechaba que una o las dos podrían ser elevadas a ese rango antes de lo que cualquiera de las mujeres esperaba, pero esta no era la primera vez que su perspicacia y sus posiciones las convertían en invitadas bienvenidas en una reunión de Maestros.

Pero había un Maestro presente a quien Hamner no vio, uno que seguramente debería haber estado. Y no tenía noticias de este Maestro en particular sobre aparecer vía holograma en lugar de en persona. Hamner esperó un momento, dejando que los Maestros se colocaran y murmuraran entre ellos, y entonces encendió discretamente su comunicador.

—Maestro Horn —dijo—. Estamos todos reunidos y esperando tu llegada. ¿Puedo preguntar cuándo podríamos esperar…?

—Voy de camino.

La voz era muy tensa y aguda. Tal y como era de esperar, pensó para sí mismo Hamner. La familia Horn parecía señalada por la desgracia durante esta época difícil.

—Me alegro de oírlo. ¿Esperamos o…?

—Esperad o continuad, no me importa.

Se oyó el sonido distintivo del comunicador de Corran al ser desactivado.

Hamner parpadeó, sintiendo los ojos sobre él, y exudó calma en la Fuerza.

—El Maestro Horn se unirá a nosotros dentro de poco —dijo—. Dado que el tema principal de la conversación le concierne íntimamente a él, sugiero que si alguien más tiene otros asuntos que presentar ante la reunión, nos encarguemos de eso primero.

Abrió los brazos, indicando que debían sentarse. Aquellos que no podían estar físicamente presentes lo estaban en forma holográfica.

Un incómodo silencio se expandió entre ellos.

Finalmente habló Kyp Durron.

—Bueno, *yo* mencionaré el bantha en la habitación si nadie más lo hace. Maestro Hamner, con el debido respeto, no *hay* otro asunto que presentar ante esta asamblea aparte del de los Horn. Específicamente Jysella, lo que le ha ocurrido y cuánto tiempo va pasar antes de que Daala y la AG nos hagan algo más.

Por el rabillo del ojo, Hamner vio relajarse a Jaina. Claramente, si Durron no hubiera hablado, lo habría hecho ella.

—No creo que sea apropiado o considerado empezar la discusión sobre este asunto hasta que el Maestro Corran Horn…

—Estoy aquí.

Corran Horn entró. Tenía un aspecto terrible. Sus vívidos ojos verdes estaban inyectados de sangre y las arrugas alrededor de ellos, no inesperadas en un hombre de mediana edad, parecían haber sido talladas por una mano insensible. Parecía desaliñado, como si no se hubiese afeitado en días y había un hirviente sentimiento de furia contenida y justa que colgaba a su alrededor en la Fuerza.

—Maestro Horn. Me alegro de verte. Por favor, ven a unirte a nosotros.

Corran caminó a grandes zancadas hacia un asiento vacío y se dejó caer pesadamente en él, frotándose los ojos. Jaina y Leia, que dado que no eran todavía Maestras habían optado por quedarse en pie en vez de ocupar una de las sillas de piedra, se movieron para colocarse junto a Corran. Leia dejó caer una mano sobre su hombro y lo apretó en un gesto silencioso de consuelo.

Hamner se volvió hacia Cilghal.

—Maestra Cilghal, dado que estabas presente cuando el… incidente ocurrió y has interrogado a los dos Caballeros Jedi que lucharon con Jysella —Hamner vio a Corran respingar, muy ligeramente, ante las palabras—, apreciaría que nos dijeras lo que sabes hasta ahora.

Cilghal miró compasivamente a Corran Horn y luego giró su cuerpo en el equivalente mon calamari de un asentimiento humano.

Hamner, desde luego, había oído el informe antes. La mayoría de los otros Maestros habían oído hablar del incidente, pero no de los detalles. Él se preguntó cuánto había oído el propio Corran Horn y mantuvo los ojos fijos en el hombre mientras Cilghal hablaba.

En su voz grave que no obstante encerraba un mundo de amabilidad, Cilghal relató los dolorosos sucesos: el miedo irracional y la firme creencia de Jysella de que todo el mundo era un impostor. Su pausa fuera de la puerta cerrada y la escapada subsecuente utilizando un conocimiento que ella posiblemente no podía haber tenido. Su lucha con sus amigos fuera del Templo. El hecho de que todo esto estaba en los videos de noticias en lo que era un bucle aparentemente brutal e infinito.

—La ineludible conclusión, dadas las evidencias —terminó Cilghal—, es que la Jedi Jysella Horn estaba aquejada por el mismo desorden mental que afectó a su hermano. Su reacción es virtualmente idéntica. Estoy convencida de que si se me hubiera dado la oportunidad de estudiarla, el diagnóstico habría sido el mismo.

—Excepto que no se te dio la oportunidad —dijo Horn, con la voz baja y calmada. Engañosamente baja y calmada, sospechaba Hamner—. Ella fue perseguida y llevada a rastras, con una holocámara grabando cada minuto. Su culpabilidad y su sentencia fueron determinadas antes de que incluso alguien la hubiera examinado.

—Sin embargo hay una diferencia entre Valin y Jysella, una de la que afortunadamente pude ser testigo, una que pude sentir en la Fuerza —continuó Cilghal—. Y podría ser una pista importante.

Como dije, desearía mucho poder verificar si el patrón de las ondas cerebrales de Jysella es similar al de su hermano o no.

—¿Con eso quieres decir si es capaz de proyectar lecturas artificiales? —preguntó Kyle Katarn.

—Exactamente —dijo Cilghal—. Porque si mi teoría es correcta, ella no utilizaría esa habilidad de la Fuerza. Es mi creencia, por todo lo que he experimentado, que está utilizando enteramente otra habilidad de la Fuerza. —Ella se volvió hacia Leia y Jaina, con sus enormes ojos expresivos—. Creo que Jysella Horn caminó en la corriente.

Leia y Jaina intercambiaron miradas. Hamner esperó. Jaina frunció el ceño y bajó la mirada y Leia suspiró.

—Esa es… otra habilidad que Jacen tenía que la mayoría de los Jedi no tienen —dijo Leia—. ¿Estás segura de que caminó en la corriente?

—Lo estoy —dijo amablemente Cilghal—. La evidencia y lo que sentí en la Fuerza lo confirman.

Hamner se volvió hacia Corran.

—Maestro Horn, no tengo ningún deseo de iniciar falsos rumores, pero a la luz de la evidencia…

Corran, que había estado escuchando con creciente emoción, habló ahora.

—Ni siquiera tienes que decirlo. Desde luego que Mirax y yo nos someteremos a un examen médico. ¿No crees que fue lo primero que se nos pasó por la mente cuando nos dijeron lo de Jysella? ¿Si esta enfermedad era algo que ella o yo les habíamos pasado?

—Gracias, Maestro Horn —dijo Cilghal agradecida—. Mientras más información tengamos, mejor. Actualmente, lo confieso, nadie tiene ni idea de qué podría estar causando esta tragedia. Debo eliminar las posibilidades que pueda. —Ella se volvió hacia Hamner—. Maestro Hamner, a un equipo y a mí se nos debe permitir examinar a Jysella. Es vital para nuestra investigación sobre qué está causando esto.

Corran se rió, un ladrido corto y áspero.

—Buena suerte con eso, Cilghal —dijo él—. A Mirax y a mí ni siquiera se nos permite verla.

—¿Qué?

La palabra única salió de varias gargantas. Algunos de los Maestros literalmente se levantaron de sus asientos. Saba Sebatyne siseó.

Hamner levantó una mano para calmarles.

—Eso es completamente inexcusable, Corran, y haré una petición formal para que a tu esposa y a ti se os permita ver a vuestra hija antes de que sea puesta en carbonita. Veré a la Jefa de Estado Daala en tres días y…

—¿Tres *días*?

—Estoy intentando persuadirla de que este es un asunto que requiere su atención inmediata.

—No debería hacerte esperar ni tres *horas*, mucho menos… —estalló Kyp.

—Maestro Hamner.

La voz era femenina, fría, razonable y cortó a través de las voces elevadas y la tensión de la habitación como una vibrocuchilla a través del queso. Después de todos estos años, Leia Organa Solo todavía tenía lo que hacía falta para atraer la atención de una habitación llena de gente.

—Si puedo… a mi marido y a mí se nos ha permitido actuar antes como intermediarios. Con tu permiso, me gustaría contactar con la Jefa de Estado Daala y hablar con ella sobre este asunto. Ella misma es abuela. Estoy convencida de que no es tan insensible como esta acción indicaría.

No haría ningún bien tener a Leia socavando sus esfuerzos. Hamner pensó durante un momento antes de responder.

—Aunque estoy agradecido por tu oferta, creo que la Orden necesita hablar con una voz unida.

—Me has malinterpretado —le corrigió Leia suavemente—. No pretendo hablar con la autorización de la Orden, meramente como yo misma. Esto no sería en lugar de tu reunión con ella, sino además de eso.

Hamner presión sus labios uno contra otro. A él le gustaba Leia y la respetaba y ella desde luego había sido capaz de ayudar a la Orden en más de una ocasión. Sería una tontería y, lo que era peor, arrogante rehusar su ayuda ahora.

—Entonces desde luego. Gracias. Entonces —continuó él, enumerando mentalmente las cosas—, intentaré acelerar mi reunión con la Jefa de Estado Daala. En esta reunión, pediré que a Cilghal y a un equipo que ella elija para acompañarla se le permita el acceso a Jysella Horn antes de que sea encerrada en carbonita y también que a sus padres se les permita visitarla. Cualquier información que la AG haya obtenido de ella durante sus exámenes iniciales debe ser compartida con la Orden, y nosotros, desde luego, haremos lo mismo en aras de la cooperación. El Maestro Horn y su esposa, Mirax, se presentarán inmediatamente después de esta reunión en el centro médico para cualquier prueba que Cilghal estime necesaria. El abuelo materno de los niños Horn, Booster Terrik, también necesitará…

—No.

Aquella única palabra, contundente y testaruda, hizo que el Maestro Hamner parpadeara.

—¿Perdón, Maestro Horn?

—No. Mirax y yo *no* vamos a presentarnos inmediatamente después de esta reunión en el centro médico. Y también creo que es altamente improbable que cualquier orden que le des a Booster Terrik sea obedecida como si él fuera una mascota leal. Lo que haré después de esta reunión es encontrar a mi esposa, besarla e intentar otra vez encontrar un modo de ver a mi *propia hija antes de que sea congelada en carbonita como una criminal común.*

Corran Horn siempre había sido franco. La suya no era una lengua delicada o diplomática. Pero siempre antes había caminado firmemente por el lado de concentrarse en lo que era importante. Esta divergencia repentina de su parte para poner primero a sus hijos, un deseo comprensible y por el que todo el mundo aquí sentía simpatía pero al que no se podían adaptar, era perturbadora y quizás peligrosa.

—Tenemos muchos datos que necesitan ser procesados antes de que estemos listos para ti y para Mirax —dijo Cilghal rápidamente antes de que él pudiera hablar—. ¿Quizás en unas cuantas horas? Y si pudieras hablar con tu suegro, estoy segura de que él querría hacer todo lo que pueda para ayudar a sus nietos.

La postura de Corran no se relajó, pero su furia de alguna manera se disipó. Asintió de manera concisa.

—En unas cuantas horas, entonces. Y Mirax ya está hablando con Booster.

La tensión se había aplacado, pero Hamner suspiró para sus adentros. Sospechaba que sólo era un alivio momentáneo.

Capítulo Nueve

TEMPLO JEDI, CORUSCANT

No era, meditó Leia mientras estaba en pie bañada en la favorecedora luz azul, un lugar completamente desagradable en lo que se refería a una prisión. Ella misma había estado en lugares peores. Más de una vez.

Estaba actualmente en una aislada esquina del centro de detención localizado en las profundidades del Templo Jedi, junto con su marido Han, su hija Jaina y la persona que habían venido a ver. Este Bloque Asilo en particular, una celda de dos pisos con un campo de contención erigido a su alrededor, casi se podía tomar por un cómodo apartamento a primera vista. El interior tenía sillones fluyeforma, mesas y sillas y un centro holográfico que era una obra de arte y que su sobrino Ben, amante de los aparatos electrónicos, envidiaría. Dos puertas se abrían desde la sala principal hacia un dormitorio y un baño.

Tan agradable como un apartamento, si el apartamento de uno tuviera paredes de transpariacero en la sala principal, tenía todos los muebles atornillados al suelo y estaba rodeado por ysalamiri que suprimían la Fuerza albergados en árboles olbio, traídos rápida y costosamente de su nativo Myrkr. Leia y su familia estaban en una balconada de observación con un campo contenedor seguro entre ellos y el prisionero.

—¿Dónde puedo firmar *yo* para ser un prisionero Jedi? —dijo Han—. Este lugar es más agradable que mi primera residencia.

De pie a un centímetro de una pared de transpariacero, Seff Hellin, de mandíbula cuadrada y pelo rizado, miraba rígidamente hacia la familia Solo. No dio ningún signo de reconocerles. Sus brazos estaban cruzados sobre su pecho y sus ojos eran como trocitos de hielo.

Jaina, Jag, Tahiri Veila, Winter Celchu y Mirax Horn le habían atrapado unos cuantos días antes. Se le había visto disfrazado de trabajador fuera de la Instalación Correccional Armand Isard donde estaba encerrado Valin Horn. Fue uno de los raros golpes de suerte que parecían estar teniendo que fueran capaces de capturarle vivo y sin que la Alianza Galáctica lo supiera, aunque se había hecho mucho daño en la prisión durante el incidente. Había estado por todos los videos de noticias, pero hasta ahora ningún miembro del «Agrupamientoscuro», como Jaina había apodado al equipo, había sido identificado.

Leia mantuvo sus ojos en Hellin mientras hablaba con Jaina.

—Me alegro de le sacaseis del centro médico. Esto se siente mejor.

Jaina y Leia habían llamado a Han justo después de la exquisitamente incómoda reunión de los Maestros y le habían pedido a Han que se reuniera con ella aquí. Ahora Jaina estaba entre sus padres, pequeña y con el pelo oscuro como su madre, vitalmente enérgica como su padre, mirando no al prisionero que había ayudado a capturar sino a las reacciones de Han y Leia.

—Es un paciente, no un prisionero, pero desde luego tenemos que mantenerle encerrado. El incidente con Valin Horn demostró dolorosamente la necesidad de eso.

Han frunció el ceño.

—Aunque tengo que decir que creo que la luz azul empezaría a molestarme. Hey, ¿eso es un proyector de hologramas PV-Uno-Ocho-Siete?

—Papá —dijo Jaina. Se volvió hacia su madre y continuó—: El dormitorio y el baño están ocultos para darle algo de privacidad, aunque tenemos la habilidad de comprobarlos si sentimos que es necesario. Queremos hacer que se sienta tan cómodo como sea posible mientras que nos aseguramos que está absolutamente confinado. Y esperamos que el cambio de habitación pueda calmarle.

—Oh, parece calmado —dijo Han—. Calmado y contemplando cómo desmembrarnos mejor.

—Papá —repitió Jaina.

—Tengo que decir que nunca pensé que veríamos a este tío otra vez —dijo Han, cambiando suavemente de humor ácido a seriedad mortal—. Y no estamos del todo contentos con ello, para ser honesto.

—¿Estáis seguro de que es el mismo hombre que visteis? —preguntó Jaina, dirigiendo la pregunta a sus dos padres.

—Sí. Le reconozco.

Seff no se movió.

—Y yo reconozco su sensación en la Fuerza —dijo tranquilamente Leia.

—¿Ha cambiado en algo? —preguntó Jaina.

Leia suspiró, inclinándose hacia el hombre joven y atractivo a quien había conocido desde que él tenía catorce años. Han y ella se habían encontrado con Seff Hellin hacía sólo unos cuantos meses antes. Él había alarmado a su nieta, Allana, por cómo le sentía la niña en la Fuerza. Allana había huido, chillando, hasta Leia, gritando el nombre de Jacen. La niña era perceptiva… había realmente algo oscuro y peligroso en la energía de Seff Hellin.

Y alrededor de diez minutos después de ese encuentro, Hellin había conmocionado a todo el mundo al arrancar una docena de armas láser de las manos de la Inteligencia de la AG, lanzándolos contra la pared y luego paralizando a sus enemigos como si literalmente les dejara helados. Un pequeño y pulcro truco, uno que él no debería haber sido capaz de hacer.

Pero uno que Jacen Solo había sido capaz de llevar a cabo.

—Se ha vuelto más intenso —dijo Leia, deseando tener mejores noticias de las que informar—. Más fuerte. Más oscuro.

—Suena como una taza de caf —dijo Han. Se pasó una mano por su cara sin afeitar—. ¿Sabes?, podría tomarme una.

Habían dejado Kessel tan pronto como habían recibido la noticia de la captura de Seff y las pequeñas cosas como la comida, la bebida y el sueño habían sido dejadas de lado. Leia tuvo que sonreír.

—Yo también. Creo que hemos visto suficiente aquí. Vayamos arriba, cojamos algo de caf y llevémonoslo a algún lugar privado, donde podamos hablar.

Todos se habían vuelto y estaban a punto de dejar la prisión por la pasarela que rodeaba el bloque de celdas y que llevaba al nivel principal cuando Seff habló, sobresaltándolos a todos.

—Sí —dijo él, con la voz llena de odio—. Pretended que sois iguales que nosotros. Bebed vuestro caf, comeos vuestros filetes de nerf y girad vuestros sables láser como los auténticos Jedi. Pero nosotros os detendremos. Os detendremos y traeremos de vuelta a la gente que secuestrasteis.

Leia fijó en él una mirada compasiva, con sus tiernos ojos marrones. Él le devolvió la mirada. Y sin otra palabra, la familia Solo se volvió a la vez para marcharse.

—Han, tú y yo necesitamos reunirnos con los Horn. Ahora necesitan algo de apoyo.

—Después del caf —murmuró Han, pero su expresión era preocupada y añadió—: No puedo imaginarme cómo deben sentirse Corran y Mirax.

Los Solo habían tenido que llorar las muertes de dos de sus tres hijos: Anakin y Jacen. Jaina, que había sido su única hija, era ahora la única viva de sus hijos. Junto a ella, caminando rápidamente como su madre para mantener el paso con las largas zancadas de Han mientras se dirigían hacia la puerta de seguridad, Jaina frunció el ceño.

—Ha sido muy duro para ellos. Primero Valin y ahora Jysella. Y los comentarios de Daala no ayudaron.

Su boca era una fina línea mientras ella introducía un código y presionaba la cara junto a una pequeña abertura para un escáner retinal.

Ella se apartó y dejó que sus padres la emularan.

—Sí —dijo Leia con gravedad—. Vimos los videos de noticias.

—Es repugnante —dijo Jaina de repente mientras la puerta se abría y ellos se dirigían hacia el turboascensor—. Casi declaró que la razón por la que Valin y Jysella se volvieron locos se debe a quienes son su familia.

—Bueno, venga, cielo, no todo el mundo puede ser los Solo —dijo Han, alargando la mano para darle un apretón al delgado hombro de su hija mientras se abrían las puertas del turboascensor.

Haber nacido siendo un miembro del clan Solo nunca había sido fácil, aunque tenía sus privilegios. Jaina le ofreció a Han una pequeña sonrisa, pero su ceño permaneció fruncido por la furia justa.

—En serio, papá, si lo viste, sabes de lo que estoy hablando. Y *sabes* lo sensatos que son Valin y Jysella. Lo sensatos que eran. Ahora, no sé nada de Seff Hellin.

—Tengo que decir que me sorprende cómo se comportó Corran en la reunión —dijo Leia—. Han, ¿recuerdas cuando estábamos a bordo del *Ventura Errante* hace unos cuantos años? ¿Cómo Wedge se estaba quejando sobre que su hija «veía a un chico» y que fue Corran quien dirigió todo de vuelta a la conversación?

—Sí. Perdió el control, ¿verdad?

Leia negó con la cabeza. Incluso ahora, su largo pelo sólo estaba ligeramente teñido de gris.

—No. Aun no, en todo caso. Pero se lo está tomando más a pecho de lo que esperaba.

—Ya fue bastante malo con Valin, pero cuando Jysella estalló, justo delante de Cilghal y sus dos mejores amigos, y se la llevaron y se ordenó que la pusieran en carbonita antes de que Corran pudiera incluso verla… —Jaina frunció el ceño—. Fue como si algo en él se rompiera.

Han no dijo nada, pero sus cejas se unieron. Leia deslizó su mano en la de él y le dio un apretón tranquilizador. Ella entendía que había un vínculo especial entre padres e hijas. Tanto si la hija necesitaba amparo y protección, como necesitaba Allana en este momento, o si era bastante capaz de entregarle a dicho padre su trasero en una bandeja, como incuestionablemente lo era Jaina, eso no importaba lo más mínimo.

Jysella Horn era una Caballero Jedi hecha y derecha. Se le habían confiado misiones peligrosas que la enviaron por toda la galaxia.

Y también sería siempre la niñita de su padre, sin importar lo que le ocurriera a ella.

—Todo el mundo le tiene cariño a Valin y Jysella —fue todo lo que dijo Leia—. Corran necesita mantener viva la esperanza. Y también lo necesitamos nosotros —añadió ella mirando a su marido y a su hija—. Estoy segura de que podemos llegar al fondo de esto.

—Con algo de suerte Daala accederá a reunirse con vosotros dos.

Lo hicisteis bastante bien con las negociaciones concernientes de Valin.

—Eso no evitó que acabara metido en carbonita —murmuró Han.

—Hicimos lo que pudimos con Valin y haremos lo que podamos con Jysella —le dijo Leia a su hija—. Y veremos sobre esa carbonita.

Por alguna razón, Daala parece dispuesta a hablar con nosotros dos.

Probablemente porque incluso aunque ella y yo estuvimos en lados opuestos hace cincuenta años, respeta el rango que tuve una vez de senadora.

—¿Tu rango? Pssh. Creo que ella está de acuerdo en reunirse con nosotros debido a mi encanto pícaro —dijo bromeando Han.

—Lo siento, pero sólo hay una mujer fuerte y poderosa en tu vida, chico volador —dijo Leia.

—Dos —intervino Jaina, deslizando un brazo alrededor de la cintura de su padre y apretándola brevemente.

Han se puso de buen humor.

—Es por Seff por quien estoy preocupada —continuó Leia, pensando todavía en el prisionero.

—Sí, yo también —dijo Han—. Sé que los Maestros necesitaban saberlo. Pero no debería ir más allá de ese grupo. Hay que proteger a este tío. Nosotros somos los que necesitamos estudiarle y descubrir qué le pasa a él y, presumiblemente, a Jysella y Valin. Todo lo que la AG quiere es encerrarle en carbonita y eso no ayuda nada.

Jaina hizo una mueca.

—Mientras que estoy encantada más allá de lo que se puede creer de no tener ya un observador oficial prácticamente siguiéndome hasta el baño, particularmente uno que se parece a mi hermano pequeño muerto, eso no significa que no nos estén vigilando. Un periodista en particular parece muy interesado en charlar con Jag y conmigo. Intentar librarnos de él es como intentar quitarte a un mynock del casco.

—¿Alguien a quien conozca? Me gusta la prensa tan terriblemente —dijo Leia con sequedad.

—Podrías conocerle —dijo Jaina—. El tipo se llama Javis Tyrr. Se ha vuelto muy popular recientemente y ha sido un total incordio para Jag y para mí.

—Javis Tyrr —dijo Han—. ¿De estatura media, el pelo perfecto y una sonrisa burlona que pide a gritos que se la borren con una pistola láser?

—Ese es. Estaba justo frente al Templo cuando Jysella salió precipitadamente de él y luchó con Bazel Warv y Yaqeel Saav'etu. Consiguió algunas imágenes claras antes de que Yaqeel destruyera su droide cámara en su lucha con Jysella.

Jaina pareció ligeramente complacida mientras hablaba.

—¿Lo destruyó? —dijo Han. Parecía impresionado—. Bien por ella.

—Toda la situación jugó en beneficio de Daala, justo frente a la prensa que estaba presente —dijo Leia—. Casi suena orquestado, pero no veo cómo podría ser eso posible.

—No, sólo es una terrible coincidencia. —Jaina suspiró—. Como dije, Tyrr ha estado zumbando alrededor de Jag y de mí. Casi siempre está o cerca del Templo o de la cámara del Senado.

—Ah, el bueno y viejo Jagged Fel. De todas maneras, ¿cómo *está* Duracero-En-Vez-De-Espina-Dorsal? —preguntó Han.

—Con toda certeza tiene las manos llenas con los moffs —dijo Jaina.

—Debí haber reducido el número de moffs de los que tiene que preocuparse cuando tuve la oportunidad —dijo su padre.

Poco después de la muerte de Jacen, Han, Luke y varios Maestros Jedi se habían enfrentado a los moffs por su papel en el supuesto asesinato de Allana. Han, con el corazón lleno de pena y furia por la muerte de su hijo, incluso aunque la necesidad brutal y amarga le había forzado a comprender que tenía que hacerse, había colocado la punta de hacer negocios de una pistola láser en la cabeza del moff que claramente había sido señalado para asumir la culpa. Los Jedi presentes no le habían detenido para que no apretase el gatillo. Fue el propio Han quien tomó la decisión de retirarse, como los Maestros habían sabido que haría.

Ahora, mientras Han hacía referencia al incidente, su esposa y su hija sabían ambas que no decía en serio las palabras que pronunciaba. Oh, definitivamente *deseaba* decirlas en serio, Leia estaba segura de eso, pero eso era algo completamente diferente.

—Dice que es como cuidar de niños malvados e inteligentes que se aprovechan de todas las ventajas mientras sus padres están fuera —continuó Jaina.

A pesar de sí misma, Leia dejó escapar un resoplido de diversión.

—Qué apropiado —dijo ella.

—Afortunadamente —continuó Jaina—, al menos por el momento, también se están *comportando* como niños. Parece haber suficientes enredos y ataques entre ellos mismos (y el mandato de inclusión de mujeres no ayudó, *eso* seguro) para que Jag no haya tenido demasiadas dificultades externas. Pero es agotador. —Ella negó con la cabeza—. Este conflicto entre la AG y los Jedi…

El turboascensor había llegado a su destino, una de las pequeñas cafeterías, y se preparó para parar. Jaina se inclinó hacia delante y pulsó una tecla para evitar que se abriera inmediatamente para poder terminar la conversación. Ella levantó la mirada seriamente hacia sus padres.

—Mamá, papá… esto no está ayudando a nadie. Ni a lo Jedi que están teniendo estos… estos problemas, ni al Remanente Imperial ni a la AG, ni al público, ni a nadie ni a nada.

—Y desde luego no a un joven amor —dijo secamente Leia.

Jaina enrojeció ligeramente.

—Bueno… vale, lo admito, no ayuda realmente al romance. Pero Jag y yo somos adultos y conocemos nuestros deberes. Ninguno de nosotros sentimos resentimiento por el tiempo y los esfuerzos y la diligencia que nos demandan. Pero la tensión extra de eludir primero a los observadores y luego a los reporteros, a los que nos apuntan con el dedo… bueno, desde luego no ayuda.

Han deslizó un brazo alrededor de la estrecha cintura de Leia y apretó.

—No sé lo que es eso. De alguna manera echo de menos los momentos en que tu madre y yo teníamos que escabullirnos para pasar algún tiempo juntos.

Jaina puso los ojos en blanco y dejó que las puertas se abrieran mientras sus padres se besaban. Un aprendiz, un niño humano de alrededor de cinco años llevando una bandeja llena con una desproporcionada cantidad de cosas que iban desde dulces a verduras, se quedó con la boca abierta ante ellos. Aparentemente Jaina no quería que su relación fuera un tema de conversación, pero no le importaba que lo fuera la de sus padres.

A Leia tampoco le importaba mucho y le dio unas palmaditas a la clara cabeza del chico que había enrojecido mientras ellos salían.

—¿Dónde está el dispensador de caf? —demandó Han—. Y lo digo en *serio*, me estoy muriendo de hambre.

—Hombres —suspiró Leia.

Capítulo Diez

KESH, DOS AÑOS ANTES

Las ventanas de la habitación de Vestara estaban abiertas, permitiendo que la brisa suave, fría y con las fragancias de los embriagadores olores de las flores dalsa que florecían flotara agradablemente en la habitación. Floreros conteniendo otras variedades de flores cortadas estaban colocados encima de los muebles. Pinturas de los mejores artistas del planeta, keshiri y humanos, adornaban las paredes. Todo en la habitación sugería belleza, serenidad y satisfacción.

Todo excepto la propia Vestara.

Ella se movió inquieta en la silla, provocando una pequeña reprimenda de su sirvienta, Muura.

—Si mi señora desea parecer bella, entonces debe ser paciente —dijo Muura con el acento suave y entonado de su gente.

Incluso después de pasar milenios con los humanos, los keshiri no habían perdido completamente el ritmo se su lengua materna. A

Vestara le gustaba oírlo, aunque la vasta mayoría de los humanos y los propios keshiri lo consideraban un inconveniente. Vestara pensaba que era suave y bello y perfecto, como tantas cosas en los keshiri.

Ella miró su imagen en el espejo mientras los hábiles dedos de Muura le trenzaban y le recogían el largo cabello castaño claro. Las intrincadas marcas faciales vor'shandi ya habían sido pintadas. Su historia era anterior a la presencia Sith en Kesh. Cada marca del pincel sumergido en el néctar marrón oscuro de la planta s'rai tenía un profundo significado y estaba dotado de un gran ritual. Vestara admiró los trazos delicados de la flor dalsa y las espinas que eran su seña de identidad subiendo por su cuello y cruzando su mejilla y luego frunció el ceño un poco mientras las hojas se unían en la cicatriz de su boca. Siempre les ordenaba a los artistas que disfrazaran su cicatriz con un diseño cada vez que fuera posible. Al menos de este modo podía minimizar su desfiguración.

Se distrajo de su autocrítica al preguntarse por milésima vez porqué había sido citada ante el Círculo de Lores. Al principio, cuando ayer le había llegado la citación a ella y a sus padres, llevada nada menos que por la figura de un Maestro Sith con ropajes formales completos, había pensado que tenía algo que ver con su solicitud de convertirse en aprendiz. Pero entonces la citación había estipulado que apareciera, sola, ante la Alta Sede en Tahv. Si hubiese sido algo tan tradicional como asumir el papel de aprendiz, habría sido citada en el Templo Sith.

Su padre, Gavar Khai, un Sable Sith, exudó sorpresa y perplejidad en la Fuerza. Lahka, su madre, no era para nada sensible a la Fuerza, pero incluso ella no pudo evitar la tensión y el misterio. Ella miró preocupada de su marido a su hija, pero contuvo su lengua. Esto era un asunto Sith y no le correspondía a ella saberlo.

El padre de Vestara la había interrogado largamente esa noche, con su presencia cariñosa pero preocupada. ¿Había dicho ella algo para disgustar a alguien de importancia? ¿Había roto algunas de las reglas que los Tyros juraban obedecer? ¿Quizás había bajado en su entrenamiento o sus estudios?

Muda por la aprensión, Vestara había negado con la cabeza. No había hecho ninguna de esas cosas.

No mencionó la conversación que había tenido dos días antes con Nave.

De hecho, el asunto de Nave no había sido mencionado para nada, por nadie. Poco después de la llegada de Nave al Templo, la seguridad había ocupado el aire y había demandado que todo el mundo abandonara los cielos de esa área. Todo entrenamiento había sido pospuesto y el Templo estaba cerrado hasta nueva orden, salvo para aquellos que vivían allí. Sin duda, el Círculo de Lores estaba discutiendo sobre la extraña nave y lo que significaba para ellos, pero los Sith ordinarios no tenían ni idea de lo que estaba pasando. Era todo tan misterioso como el propio Nave.

Vestara se estremeció, incluso aunque el aire que circulaba por la habitación era cálido. Extendió una mano y un vaso de agua flotó hasta ella. Tomó un sorbo del frío líquido con una pajita para no estropear las marcas vor'shandi tan cerca de su boca mientras Muura terminaba.

—Ya está —dijo Muura, sonriendo y cruzando la mirada con Vestara a través del espejo—. ¡Está adorable, señorita!

Vestara no respondió. Giró la cabeza hacia un lado y hacia otro y luego se levantó para ver el ceñido vestido verde que tenía rajas a los lados para mostrar sus largas y delgadas piernas. Sus brazos, lisos con músculos, también estaban adornados con marcas vor'shandi y cada dedo de sus manos llevaba un anillo de alguna clase. Las marcas, pintadas por artistas que habían estudiado durante años con sus maestros como Vestara estudiaría con los suyos, desaparecían esta noche en el baño, dejando su piel prístina y sin daño. Las joyas que colgaban de sus orejas estaban envueltas alrededor de ellas, no insertadas en los lóbulos.

Vestara era un miembro de la Tribu y como tal nunca soñaría con desfigurarse deliberadamente. Su mano de nuevo subió para tocarse la cicatriz de su boca, luego apretó el puño y lo bajó deliberadamente. Todo lo que se podía hacer para eliminar la cicatriz se había hecho y simplemente necesitaría acostumbrarse a ella.

Y asegurase de que cada oportunidad que tuviera, la cubría con bellas obras de arte.

Miró a Muura, que la miró felizmente desde su corta altura, y suspiró. Sin adornarse con joyas o cosméticos y llevando sólo la ropa más simple, la chica keshiri le parecía a Vestara que eclipsaba su propia belleza como el sol eclipsaba la luna. Eso, como la cicatriz, era un hecho simple e inmutable que debía ser soportado.

Vestara miró a su alrededor a la habitación. ¿Dónde estaba…? Ah.

Extendió una mano y su sable láser de entrenamiento saltó hasta ella.

Acababa de abrocharse su cinturón enjoyado cuando llamaron a la puerta.

La llamada era por el beneficio de Muura, no por el de Vestara, que pudo sentir al instante quién estaba al otro lado de la puerta.

—Pasa, padre —dijo ella.

Gavar Kahai estaba vestido con su atuendo normal: completos ropajes Sith, negros con adornos plateados. Su largo pelo, tan negro noche como sus ropas, estaba recogido en un moño. Vestara hizo una reverencia y luego se quedó en pie tranquilamente. Los oscuros ojos de él se estrecharon mientras la examinaba, luego asintió y abrió sus brazos.

Ella se deslizó hasta ellos y los sintió cerrarse a su alrededor consoladoramente, como lo había sentido cuando era una niña pequeña.

Él estaba guardando bien sus emociones, pero Vestara era fuerte en la Fuerza y este era, después de todo, su padre.

—¿Qué pasa?

Ella se apartó para mirarle interrogativamente. Ella era ahora casi tan alta como él.

—Nada de lo que tengas que preocuparte —dijo él, sin negar que algo iba, en realidad, mal.

Ella frunció el ceño, confundida, sintiendo pena, preocupación y… ¿orgullo? Definitivamente algo no iba bien.

Pero ella era una Sith, de la Tribu, y esperaba convertirse un día en una Maestra Sith, y las Maestras Sith no se hacían pedazos cuando sus padres parecían preocupados. Así que en su lugar Vestara le sonrió y él le sostuvo la mejilla en su mano y le devolvió la sonrisa.

—Tikk te está esperando. Hice que uno de los sirvientes le diera un baño. No puedes asistir a una reunión tan importante en un uvak polvoriento y apestoso, ¿verdad?

Vestara se rió y le abrazó.

—Supongo que no.

Gavar la apartó suavemente.

—He terminado contigo entonces. No quieres llegar tarde.

—¿No vas a…?

Vestara se contuvo. Había pensado que su padre la vería marcharse, pero él no hizo ni un movimiento para irse con ella. También habría llevado sus ropajes formales, no la ropa de todos los días. Realmente, Gavar no parecía pretender dejar la habitación.

—No. Tengo cosas que necesito discutir con Muura. —Él le sonrió y le apretó el hombro—. Deprisa, niña.

Vestara todavía estaba en pie allí, desconcertada, cuando Gavar cerró la puerta suavemente. Lo último que Vestara vio antes de que la puerta se cerrara era a Muura mirando a su señor con una expresión confundida en su cara.

Tan perpleja estaba por el comportamiento de su padre que durante la mitad del vuelo a Tahv, Vestara ni siquiera estaba pensando en presentarse ante el Círculo de Lores. Pero

tan pronto como los muros de Tahv aparecieron bajo ella, sus ideas se volvieron inmediatamente hacia lo que podía ocurrir.

Los muros de Tahv habían sido construidos siglos antes como una medida pragmática. Hacía cinco mil años, había habido bestias peligrosas que necesitaban mantenerse bajo control y casi todos los edificios importantes de los keshiri estaban encerrados dentro de muros. Con la llegada de los Sith y su conocimiento de tecnología superior, incluso aunque no tenían los medios para producir mucho de lo que sabían cómo fabricar y cómo funcionaba, los keshiri, y sus nuevos aliados Sith, fueron capaces de espantar a algunas criaturas depredadoras peligrosas y de domesticar otras. Los siempre prácticos uvak habían sido domesticados hacía siglos, pero hasta entonces habían sido reservados sólo para los líderes keshiri.

Los tiempos cambiaron. Los muros se habían convertido en decorativos más que funcionales. Casi cada miembro de alto rango de la Tribu poseía un uvak o dos. Y los keshiri cuyo mundo había sido este una vez, se habían convertido en ciudadanos de segunda clase.

La ciudad encerrada tras el abrazo una vez protector de los muros había cambiado también. Ahora eran más bellos que utilitarios, reflejo de una sociedad con suficientes recursos, poder y tiempo extra para dedicarlo a las artes. Los Sith habían traído la Fuerza para tratar el lugar, dirigiendo el crecimiento de los árboles hacia formas atractivas. Una forma muy popular eran fuentes que se elevaban en una doble hélice y, lo más famoso, formar esculturas de cristal.

Los artesanos Sith que podían calentar y dar forma a grandes cantidades de arena lavanda pálida que se extendía kilómetros desde la ciudad hasta el océano se demandaban mucho. Tres gremios tenían un control total sobre la artesanía y la competición entre ellos era feroz. El término *asesino* venía a la mente de manera bastante literal.

Los artesanos a menudo tenían guardaespaldas empleados por miedo a terminar con la distintiva hoja de una daga shikkar, siendo el shikkar un arma exquisitamente labrada y de un único uso hecha de cristal, siendo la idea que se usara para un propósito muy específico, en cuyo punto la hoja se rompería y se dejaría en el cuerpo de la víctima en las entrañas por un gremio rival.

Su trabajo estaba a la vista en todas partes en Tahv: en las ventanas, como santuarios, como joyas y modernos shikkars e incluso como cúpulas y espiras en zonas a cubierto de la ciudad donde su fragilidad no estaba en peligro o donde habitaban los usuarios de la Fuerza, que podían protegerlas.

Los habitantes más pobres, quienes todos ellos no tenían habilidades de la Fuerza y la mayoría de los cuales eran keshiri, eran los que vivían más cerca del muro. Las áreas se hacían más lujosas y más atractivas mientras más se acercaba uno al centro de Tahv, un área conocida como el Círculo. Aquí se albergaba el gobierno, comprendiendo al Gran Lord, a siete Altos Lores y a trece Lores. Todos eran, por supuesto, Sith.

Y ese el Círculo al que Vestara se le había instruido que se presentase. Había una zona de tierra justo al norte del grupo de edificios, incluyendo el capitolio con la cúpula

de cristal en el centro exacto, y Vestara vio a varios uvaks y una montura shumshur de espalda ancha ya allí. Aterrizó a Tikk de manera grácil y un Sith vestido con el distintivo color azul hielo que le marcaba como un asistente del Gran Lord dio un paso al frente.

—¿Tú eres? —preguntó él.

Tenía los ojos azul claro y un pelo castaño rojizo y bajo el uniforme azul su cuerpo era obviamente fuerte con músculos. Vestara se preguntó por qué este humano fuerte y atractivo era meramente un asistente. Pero había muchos que consideraban que servir simplemente al Gran Lord era un logro suficiente.

—La Tyro Vestara Khai —replicó ella—. Fui citada.

Él asintió sin que su cara traicionara nada.

—Sí. La Tyro Vestara. Se me dijo que te esperara. No les hagas esperar. Entra en el capitolio y habla con los Sables que hay allí. Ellos te llevarán ante el Círculo de Lores.

Vestara siguió sus indicaciones, moviéndose rápidamente, pero no demasiado rápidamente por miedo a parecer demasiado ansiosa. La calidez del día se desvanecía mientras ella entraba en el edificio circular del capitolio. Dentro estaba oscuro y hacía frío y de algún lugar venía el sonido del salpicar del agua. Hizo una pausa, dejando que sus ojos se ajustaran a la repentina oscuridad después de la claridad del día fuera y de repente se dio cuenta: *Estoy en el capitolio. Estoy a punto de ir ante el Círculo de Lores*.

Fue entonces cuando oyó los sonidos de botas en el suelo de piedra detrás de ella y se volvió.

Tres Sables, dos mujeres y un hombre, la miraban lisamente. Ella no tenía ni idea de dónde habían venido, pero no se sorprendió de verles. Eran Sables Sith. Ella *no debería* haber sido capaz de sentirles venir.

Ella inclinó la cabeza educadamente y ellos asintieron en reconocimiento.

—Soy la Tyro Vestara Khai —dijo ella—. Fui citada.

—Desde luego que sí —dijo la mujer alta y de piel oscura—. La Sable Shura te llevará a las Cámaras del Círculo.

—Sígueme —dijo la otra mujer y se volvió.

Vestara obedeció, siguiendo a la mujer por varios tramos de escaleras dobles, dándose cuenta sólo tardíamente que las Cámaras del Consejo estaban bajo la cúpula de cristal del edificio. Toda su vida sólo había vislumbrado la cúpula que marcaba el lugar desde fuera.

Ahora, se le permitiría ver lo que había dentro.

Llegaron al pináculo y se quedaron ante una pared aparentemente desnuda. La Sable Shura alargó la mano y se abrió a la Fuerza, sin necesitar tocar la pared y de repente Vestara pudo ver los contornos de una puerta que se abrió.

Una de las grandes lecciones que su padre le había enseñado, desde una edad temprana, era cómo ocultar sus emociones, si no las controlaba. Gavar le aseguró que lo último llegaría con el tiempo.

—Pronto —le había dicho él—, si no deseas estar enfadada, no te enfadarás. Si no deseas estar asustada, dejarás de estarlo. Incluso la felicidad puede interferir. Aprenderás a utilizar tu furia, tu miedo, tu odio. Elegirás qué emociones sentirás y cuándo. Ellas se

convertirán en armas, justo igual que un sable láser, y tú serás quien las blandas. —Él había sonreído ligeramente—. Pero hasta ese momento, debes aprender a enmascararlas bien, de manera que no dejes que los demás tengan ninguna clase de ventaja sobre ti.

Y así supo Vestara que, aunque mientras la anticipación y la aprensión surgieron en ella, su corazón no se aceleró, su cara no mostró ni un parpadeo de preocupación y ningún paso en falso la traicionó mientras subía con paso mesurado por las escaleras de piedra. Incluso en la Fuerza, ella proyectó una sensación de calmada expectación.

Llegó a la parte de arriba de las escaleras, entró en la cámara de cristal y, como demandaba la etiqueta, cayó sobre una rodilla y bajó la cabeza.

—Eres la Tyro Vestara Khai, hija de Gavar, hijo de Thallis. —La voz era masculina, ligeramente temblorosa por la edad pero todavía profunda y resonante. La acústica de la sala era excelente y la voz llegó claramente a los oídos de Vestara—. Levántate y enfréntate a nosotros.

Suavemente, con la brillante tela de su vestido susurrando por el gesto, Vestara obedeció. Mantuvo la cabeza alta con su largo y grácil cuello sin levantarse en gesto de desafío ni bajado por la sumisión.

Controló la frecuencia de su parpadeo mientras miraba a aquellos que las habían citado aquí.

Ella los reconoció a todos, desde luego. El Gran Lord Darish Vol, sentado en un trono ornamentado de metal y cristal, con el bastón de mando en una mano tan llena de bultos por la edad que se parecía a una garra. Sus ropajes eran brillantes y coloridos, pareciendo incluso más brillantes y coloridos bajo la luz de múltiples colores de la cúpula de cristales de colores. Bordados que debían haberle llevado meses a los sastres para hacerlos atravesaban la ropa. Lord Vol había permitido que la capucha se le cayera hacia atrás, revelando una cabeza casi calva. Una vez había sido guapo, posiblemente tan guapo como un keshiri. Incluso ahora, tenía un aspecto impresionante. Sus ojos, todavía brillantes con inteligencia, brillaban intensamente desde una cara hundida y pintada con las marcas vor'shandi apropiadas para la ocasión. Vol era una presencia espectacular y casi pesada en la Fuerza.

No era el Gran Lord sin razón. Nadie en este mundo era más fuerte en la Fuerza que él.

A cada lado de él estaban sentados los Altos Lores, dos de los cuales eran mujeres y en realidad se les llamaba «Lady». Sus ropajes eran más similares a las del Gran Lord, pero ligeramente menos ornamentadas. Manipuladores de la Fuerza menos poderosos que Vol, eran no obstante completos maestros de ella. Vestara reconoció entre ellos a Lord Takaris Yur, el Lord cuya tarea era dirigir el Templo Sith.

No había miembros del tercer nivel de liderazgo, los Lores, presentes en el estrado, aunque Vestara los había visto de pie hacia un lado.

De pie flanqueando a los Lores estaban los Maestros. Sus ropajes eran tradicionalmente oscuros y sombríos, pero hechos de materiales caros y bellamente hechos a medida. Sus caras estaban oscurecidas por las capuchas, pero Vestara sintió sus

ojos taladrándola y les sintió abriéndose a la Fuerza para examinarla, atizarla y acecharla. Mientras se volvía hacia los Altos Lores su mirada se cruzó y se mantuvo con la de Lady Rhea, que estrechó sus ojos especulativamente, como había pasado dos días antes cuando había llegado Nave.

El Gran Lord, los Altos Lores y los Maestros de los Sith presentaban una imagen intimidatoria, por diseño. Querían pillarla con la guardia baja al mantenerla ignorante del propósito de su cita tanto como fuera posible, con la esperanza de que ella pudiera revelar algo accidentalmente.

Vestara sintió una oleada de rebeldía, que ella anuló rápidamente.

No obtendrían nada de ella salvo lo que ella eligiera darles y eso incluía revelar dicho deseo. Como le había dicho a Nave, la sangre Sith corría por sus venas y la herencia Sith estaba codificada en sus genes.

Un joven no mucho más mayor que ella, llevando los ropajes negros tradicionales que ella llevaba normalmente pero con el fajín rojo brillante que le marcaba como aprendiz, dio un paso al frente.

—Entrega tu arma de entrenamiento, Tyro —dijo él.

Vestara sintió su capa de serenidad vacilar ligeramente y entonces se volvió a calmar. Sin apresurarse, con sus dedos sin palpar mínimamente, ella desenganchó el sable láser de entrenamiento y se lo entregó al joven, que lo cogió y se retiró.

Ella intentó no adivinar el significado de la petición. Podría ser que estuvieran planeando aceptarla como aprendiz y que por lo tanto le darían un auténtico sable láser para ella misma.

O podría ser que se lo estuvieran negando enteramente, rechazándola incluso como Tyro.

Vestara se forzó a no tragar con fuerza.

—Tyro Vestara Khai —continuó el Gran Lord Vol—. Cuéntale a esta asamblea la historia del Regreso.

De todas las preguntas que ella pudiera haber esperado, esa no lo era con toda certeza. Vestara no pudo evitarlo: parpadeó por la sorpresa y la confusión. ¿Que les contara a los Lores y Maestros la creencia que había sido parte de su historia durante milenios? ¿La misma piedra angular de su existencia en Kesh? ¿Era esto alguna clase de truco o trampa?

Le puso freno a la inseguridad y el miedo que querían avanzar con ella y en su lugar se permitió una pequeña sonrisa.

—Estoy segura de que este augusto cuerpo conoce la historia, pero obedezco a la petición del Gran Lord —dijo Vestara.

Estaba complacida. Su voz no la traicionó ni con el más ligero de los temblores. Ella se enderezó y unió sus manos detrás de la espalda, recitando los detalles de una historia que todos y cada uno de los seres en la habitación, y desde luego probablemente en el planeta, se sabían de memoria.

—Cuando el *Presagio* se estrelló en Kesh, nuestros antepasados fueron recibidos cálidamente por los keshiri. Se les dio la bienvenida, se les bajó a salvo desde el sitio del accidente sobre las espaldas de los uvaks y se les trató casi como a dioses. Los Sith pronto descubrieron porqué. Los keshiri creían que la llegada de los Sith era, en realidad, un presagio.

Su mirada se movió trémulamente hacia Lady Rhea. La mujer mayor la miró impasiblemente. Vestara se abrió, sutilmente, a la Fuerza, pero no pudo discernir ninguna indicación de cómo estaba siendo recibido su relato. Ella continuó.

—Ellos creían que los Sith era los Protectores predestinados, que protegerían a los keshiri cuando los temidos Destructores volvieran finalmente. Los Destructores, según un antiguo mito keshiri, descienden periódicamente sobre los mundos habitados para arrasar la civilización y devolver a todos los seres a sus estados naturales y primitivos. Las investigaciones llevadas a cabo en los últimos años parecen confirmar que una catástrofe a escala mundial ha ocurrido en Kesh al menos una vez, dando credibilidad a la leyenda.

Su garganta estaba seca. Juguetonamente, Vestara continuó.

—Los Sith sintieron realmente que ellos… nosotros… éramos los que habían sido vaticinados y sabemos que es nuestro destino hacernos fuertes, obtener sabiduría y, cuando el momento sea el adecuado, mantenernos firmes contra el Retorno de aquellos que destruirían Kesh.

—Que destruirían Kesh —dijo uno de los Lores cuyo nombre Vestara no pudo recordar—, y otros mundos también. El destino de los Sith es demasiado vasto para estar confinado en un mundo. ¿No te enseñaron esto, Tyro Vestara?

Ah, ahí estaba la trama. Se maldijo a sí misma por no verlo antes, era tan obvio. Aun no era capaz de controlar el enrojecimiento que se elevó hasta sus mejillas mientras respondía.

—Desde luego, Lord… —*Ay*, ¿cuál era su nombre…? ¡Workan, eso era!—. Lord Workan. Pero durante cinco mil años, no hemos sido…

No. Oh, no. *Aquella* no era la trampa. Había caído justo en la auténtica y la mortificación la inundó. Entonces sintió una presencia tranquilizadora, casi tan amable como la de su padre. Una garantía de que mientras que era un truco, no era una trampa.

Lord Workan sonrió burlonamente y miró a Lady Rhea. Vestara se dio cuenta de que era ella quien le había enviado el breve roce de consuelo. Lady Rhea, delgada, alta y grácil como una cierva suromi, dio un paso hacia delante.

—Todo lo que hemos sabido desde hace más de cinco mil años cambió ayer más allá de lo imaginable —dijo Lady Rhea con su profunda y enronquecida voz—. Por primera vez desde que el *Presagio* se estrelló en las Montañas Takara, hemos encontrado un modo de dejar Kess. Un modo de cumplir nuestro destino. Esta… *Nave*… nos ha buscado para ese mismo propósito.

Un pequeño estremecimiento recorrió a Vestara cuando oyó el énfasis puesto en la palabra *nave*, como si fuera un nombre propio más que un simple nombre, como había hecho ella cando pensaba en la nave.

—Es, como sin duda has deducido —continuó Lady Rhea, casi pronunciándolo cansinamente, moviéndose inexorablemente con un paso grácil en dirección a Vestara—, mucho más que una simple nave. Es una esfera de meditación Sith. Imagino que puedes decirme cuál es su propósito, ¿verdad?

Vestara dudó. ¿Debía mentir? ¿Sería peligroso para los Lores y los Maestros saber exactamente cuánto sabía ella y cómo le había hablado Nave? ¿O sería mejor para ella contárselo todo a ellos? Era probable que nadie en esta habitación hubiera dormido desde la llegada de la extraña nave. Y era probable que esta hubiera hablado con ellos como lo había hecho con ella. Después de todo, estos eran los líderes de los Sith, los guardianes de todo lo que significaba *ser* Sith. Quería humedecerse los labios desesperadamente pero no iba a dejar que el gesto traicionara su ansiedad.

—Está diseñada para entrenar aprendices —replicó Vestara.

Lady Rhea había llegado ahora hasta ella con las manos en las caderas. El gesto extendió su capa negra tras ella y, incluso aunque Vestara era casi tan alta como ella, el efecto completo era impresionante. Tenía la intención de serlo.

—Por supuesto —dijo Lady Rhea, casi ronroneando—. ¿Qué te dijo? ¿Y qué le dijiste tú?

Vestara cruzó la mirada lisamente con Lady Rhea y dijo la verdad. Toda la verdad. Hasta su ardiente deseo de convertirse en Maestra Sith. Su padre le había dicho una vez que lo que les diferenciaba principalmente de los Jedi era que los Jedi tenían demasiado miedo de abrazar la pasión.

—Nunca tengas miedo de lo que sientes, Vestara —había dicho él—. Sólo tienes que saber que puedes utilizarlo. *Debes* utilizarlo o eso te utilizará a ti.

Y ella lo utilizó ahora. Nave había contactado con ella. Había hablado con ella. Utilizó eso y su profundo deseo, su necesidad, de ser entrenada. De convertirse en Maestra Sith. De cumplir su destino, como los Sith estaban a punto de cumplir el suyo.

La sala estaba en silencio mientras la joven voz de Vestara resonaba clara y fuerte y profundamente apasionada. Lady Rhea escuchaba absortamente, con los ojos fijos en la cara de Vestara. Finalmente, la chica terminó y se quedó esperando.

Lady Rhea volvió la vista hacia atrás en dirección a los Lores y Maestros con lo que sólo se podía llamar una cara de triunfo.

—¿Veis? Todo lo que dice corrobora lo que Nave nos ha dicho.

—Es… un modo poco usual de escoger un aprendiz —dijo el Gran Lord Vol, juntando las puntas de sus dedos y mirando especulativamente a Vestara.

¿Escoger un aprendiz? La respiración de Vestara se detuvo sólo un segundo. ¿Podría ser que finalmente…?

—Pero supongo que una vez no fue tan inusual —continuó el Gran Lord—. Nave es, después de todo, una nave de entrenamiento.

Lady Rhea se volvió de nuevo hacia Vestara, sonriendo, y había un placer genuino emanando de ella en la Fuerza.

—La tuya fue la primera mente con la que contactó Nave, Vestara —dijo ella—. Estaba intrigada por ti. Está lejos del Círculo de Lores interponerse en el camino de la decisión tomada por tal constructor.

Ella chasqueó los dedos y el aprendiz que antes le había cogido el sable láser de entrenamiento de Vestara reapareció. En su mano llevaba uno de los restantes sables láser de los Sith originales. Vestara jadeó y entonces sus dientes se apretaron mientras controlaba una oleada de alegría que creció en ella.

A pesar de su resolución, las lágrimas le picaron en los ojos. Normalmente, los aprendices tenían que hacer sus propios sables láser y con los limitados recursos disponibles, no eran tan buenos como estos antiguos. Cada Maestro tenía uno, desde luego, pero había incluso algunos Sables que no los tenían. Estaban alimentados por cristales Lignan, una de las grandes herencias de los Sith. Los cristales, miles de los cuales habían llenado la bodega de carga del *Presagio* cuando se estrelló, hacían posible que los sables láser ardieran más calientes y duraran más de lo que permitía el diseño original. Por varias razones, también eran perfectos para las armas Sith.

Y la Tyro, no, la *aprendiz*, Vestara Khai era ahora la dueña de uno de tales sables láser.

Durante un instante, la invadió la pena. Entonces, eso era el porqué su padre se había comportado tan extrañamente esta mañana. Él lo había sabido y no había sido capaz de decírselo. Porque una vez que una Tyro era elegida como aprendiz, era separada de su familia sin previo aviso y no contactaban durante un año entero.

Pero ese era el orden de las cosas y ella y su familia lo sabían. La pena fue ahuyentada por otros sentimientos que ella intentó controlar, por miedo a parecer arrogante.

Pero eso no engañó a Lady Rhea. La mujer más mayor alargó una mano y apretó su hombro.

—Todo el mundo aquí comprende lo que estás sintiendo, *aprendiz* Khai —dijo amablemente—. Disfruta de su placer y tu orgullo.

Que sepas que has sido elegida para esto, elegida de manera más segura que la mayoría. Ahora ven conmigo y yo te mostraré los secretos del *Presagio*.

»Y además —su sonrisa se ensanchó—, Nave compartirá contigo su conocimiento y sabiduría de la galaxia más allá de este mundo.

Vestara pensó que su corazón podía explotar de alegría y excitación.

—Alaba a las circunstancias por el momento de tu nacimiento, joven —dijo Lady Rhea—. Porque conocerás el honor y la responsabilidad y los gozos de estar entre los primeros en cinco milenios en abandonar Kesh… y reunirte con nuestros hermanos, de quienes hemos estado separados durante tanto tiempo, para ocupar tu lugar en gobernar una galaxia Sith.

Capítulo Once

OFICINAS DE LA JEFA DE ESTADO, EDIFICIO DEL SENADO, CORUSCANT

Wynn Dorvan atravesó el vasto corredor de poder que era el Edificio del Senado con el paso calmado y casi preocupado de alguien que lo conoce bien. Asintió ante el saludo cortés pero distante de los guardias en los varios puntos de control de seguridad que le desearon educadamente «Buenos días, señor». Su bolsillo estaba abultado, pero sin nada más peligroso que un chitlik que dormitaba, que era una figura tan familiar como el propio Dorvan.

Wynn Dorvan llegaba horas antes que todos los demás y generalmente se iba horas más tarde. Estaba en el turboascensor, sin inquietarse o hacer ningún intento de pasar el rato como podrían haber hecho otros, hasta que se abrió la puerta en su piso. Salió al pasillo de gruesa alfombra y pulsó el código para abrir la puerta de su oficina.

La oficina de Dorvan estaba tan libre de adornos, ornamentos y decoración como el propio hombre. No tenía holoimágenes de la familia, porque no tenía ninguna, bueno, ninguna aparte de la pequeña bola de pelo que roncaba suavemente en el bolsillo derecho de su abrigo. Había arte en las paredes, simplemente porque dejarlas desnudas había demostrado ser demasiado inquietante para los pocos visitantes que tenía, pero era arte seguro y desapasionado, reproducciones poco remarcables del viejo Teatro de la Ópera de las Galaxias de Coruscant y de las Montañas Manarai. Las ventanas no tenían cortinas grandes que llegaran al suelo hechas de ricas telas, sino sólo persianas que subían o bajaban ante un toque pare emitir o prohibir la luz cuando Dorvan lo encontrase necesario. Había un escritorio, una silla y dos sillas extras para los raros invitados. Eso era todo, limpio, simple y ordenado.

Que era por lo que el enorme ramo de trompetas y flores pyro, en su confusión casi obscena de rojos y púrpuras y su fuerte aroma, estaba tan terriblemente fuera de lugar.

Dorvan parpadeó. No estaba alarmado. Nadie podía conseguir acceso a esta oficina salvo él mismo, Daala y unos cuantos colegas de confianza. Además, un intruso no era probable que dejara flores.

Pocket se movió, sacando su nariz y oliendo la abrumadoramente embriagadora fragancia del regalo. Ausentemente, Dorvan acarició a la chitlik con una mano mientras caminaba hacia delante. Había una tarjeta apoyada delante del ramo, con su nombre escrito en el grueso plastifino color crema por una mano pronunciada y sin embargo elegante. Él conocía esa escritura. La Jefa de Estado Natasi Daala había dejado este regalo para él.

Ahora completamente confundido, abrió el sobre y leyó las cuatro palabras.

—Lo siento. Un favor.

Él frunció el ceño ligeramente. ¿Qué tenía que sentir posiblemente Daala?

—¿Wynn Dorvan?, ¿señor?

La voz era joven, femenina y ansiosa.

Ah, pensó Dorvan con una pequeña sonrisa triste. Se volvió para ver a quien hablaba que estaba en pie, cambiando su peso de un pie a otro ansiosamente. Era una twi'leko, tan espectacular como todas las hembras de su especie. Su piel era verde con líneas verde bosque que eran visibles aquí y allí. Estaba vestida de manera modesta con un traje de chaqueta que no llamaba la atención, con sus lekkus envueltos delante de sus hombros. Llevaba un cuaderno de datos y le sonrió de manera un poco dudosa.

—Soy…

—Mi nueva ayudante —la interrumpió Dorvan.

—S… sí —balbuceó la chica—. Mi nombre es Desha Lor. La Jefa de Estado Daala me nombró.

Dorvan recordó la conversación que había tenido con Daala en el deslizador aéreo y suspiró ligeramente. De verdad, de verdad que no quería una ayudante. Funcionaba mucho mejor por sí mismo.

Pero podía entender por qué Daala podría haber querido contratar a esta chica. Una vez a ella misma, a la almirante Natasi Daala, la habían mirado con desprecio como poco más que la amante del Gran Moff Wilhuff Tarkin. Cierto, ella había sido una vez su querida y cierto, era una mujer de una sorprendente belleza física. Pero también era ferozmente inteligente y ambiciosa, con una exquisita comprensión de la estrategia que a menudo dejaba sorprendidos a aliados y adversarios. Ella había utilizado la subestimación y el desprecio que le tenían cruel y calculadoramente en su beneficio. Ahora era la jefa de la Alianza Galáctica. Había insistido en que los moffs incluyeran a mujeres. Había tenido sentido que sintiera una afinidad con una mujer twi'leko, que hasta en la historia reciente habían alcanzado un alto precio en el mercado de esclavos. Daala querría darle a una mujer que se lo mereciera la misma oportunidad que había tenido ella misma para desafiar las expectativas y excederlas.

Dorvan extendió su mano.

—Hola, Desha Lor. Soy Wynn Dorvan, como ya sabe. ¿Este es su primer trabajo para el gobierno?

Ella asintió vigorosamente.

—Sí. La Jefa de Estado Daala es una amiga de mi familia. Fue de lo más amable de su parte ofrecerme este cargo.

—De lo más amable —repitió Dorvan—. Tendrá que disculparme… su presencia aquí es un poco sorprendente para mí. Estoy seguro de que aprenderemos a trabajar juntos.

Él indicó una de las sillas simples y ella se sentó mientras él se colocaba en su silla al otro lado del escritorio. Pocket chilló ligeramente y él sacó al pequeño animal y la colocó en su pequeña cama en un estante detrás del escritorio.

—Oh, ¿eso es un chitlik? ¡Son adorables!

—Sí, lo son y Pocket tiene acceso a toda la oficina. Yo la cuidaré.

Todo lo que usted necesita hacer es vigilar para no pisarla.

Desha le dirigió una sonrisa radiante.

—Estoy segura de que nunca la pisaré.

—No más de una vez, créame. Generalmente está calmada, pero muerde si no está contenta. Ahora… dígame su nivel de autorización y qué le dijo nuestra buena Jefa de Estado que haría usted para mí.

Deshará Lor tenía realmente un nivel de autorización muy alto, lo que sería necesario si iba a ser para él más que una cara bonita para que saludara a los visitantes. Él pretendía que lo fuera. Si iba a tener una asistente a la fuerza, entonces él le haría ganarse la paga. Mientras ella hablaba, él le hizo su propia comprobación, manteniendo la pantalla vuelta hacia el otro lado de manera que ella no pudiera ver lo que estaba haciendo. Él asintió en todos los momentos adecuados, escuchando a medias.

Lor, Desha, hija de un diplomático twi'leko, había estado de prácticas en el sector privado durante un año. Estudiante estelar, ningún registro criminal y todas sus visitas fuera del planeta habían sido comprobadas. Su familia era bien conocida y respetada. Definitivamente estaba limpia. Casi demasiado limpia.

¿Todavía hay alguien tan inocente?, se preguntó Dorvan y entonces se reprendió a si mismo por dejarse llevar por el sentimentalismo. Sería mejor que le echase un ojo, que se asegurara de que ella era simplemente la joven inocente en su primer gran trabajo para el gobierno que parecía ser. Daala era aguda, nadie sabía eso mejor que Wynn Dorvan. Pero él ayudaba mejor a la Alianza Galáctica conociendo la debilidad de aquellos que le rodeaban y la simpatía de Daala hacia una mujer atractiva intentando ganarse un lugar en la galaxia basado en algo más que su apariencia podría simplemente ser una debilidad.

No sería la primera vez que él había ayudado bastante a la AG al moderar las posiciones más extremas de Daala.

La princesa Leia Organa era un brillante ejemplo de una joven bella con buenas conexiones familiares y un historial impoluto resultando ser una rebelde contra la administración actual.

Oh, sí. Definitivamente le echaría un ojo.

RESIDENCIA DE MOFF LECERSEN, DISTRITO DEL SENADO, CORUSCANT

—Le estoy echando un ojo —dijo Moff Lecersen mientras se relajaba en una bañera llena de agua perfumada—. No es que, tenga en cuenta, sea tan difícil.

—Desde luego.

La voz de Moff Vansyn sonó por el comunicador tan divertida como seca. La conversación había empezado más temprano esa noche durante una excelente comida acompañada de dos botellas de vino dorado importado. Se había hecho tarde y Vansyn tenía una reunión a primera hora de la mañana, así que la discusión había continuado por vía del comunicador. El droide de servicio rodó hasta el borde de la bañera con una copa y lo que quedaba de la segunda botella de vino dorado. Lecersen se sirvió el resto de la

bebida en la copa larga y tomó un sorbo. Era un vino excelente, desde luego, y Lecersen tenía varias cajas. Había una ironía agridulce en que la bebida fuera hapana. Después de sus últimos tratos con los hapanos, lo último que quería era que le recordaran esa parte en particular del espacio. Y sin embargo, la bebida bajaba tan suavemente. A uno podían disgustarle los hapanos y todavía admirar sus habilidades en la viticultura y la enología.

—Yo diría que todo lo que realmente necesita hacer es echarle un ojo a Jaina Solo —continuó Vansyn.

Lecersen sonrió débilmente y tomó otro sorbo.

—Es un juego de niños. Jagged Fel puede ser el cabeza nominal del Imperio, y un soldado disciplinado, pero es un patético mocoso cuando se trata de asuntos del corazón. No tiene ni idea de cómo mantener apropiadamente a una querida en su sitio.

Los pensamientos de Lecersen volaron hasta una de tales queridas de Moff, una infame que ahora dirigía la Alianza Galáctica, y frunció el ceño ligeramente. Se hundió más en el agua caliente, dejando que absorbiera su tensión.

Ella había estado bastante bien cuando Wilhuff Tarkin estaba vivo.

Él había sabido cómo mantenerla apropiadamente debajo de su pulgar. Ahora ella les estaba causando unas dificultades sin fin. Mujeres moffs. ¿Adónde iba a parar el Imperio?

—Concedido, escogió a una testaruda y no estoy seguro de quién está manteniendo a quién bajo control —dijo Vansyn.

Lecersen se rió en voz alta.

—Un nerf macho con una argolla en la nariz se puede guiar fácilmente —dijo él.

—Es Jaina Solo quien le lleva, no nosotros —respondió Vansyn—. Es desafortunado que él haya caído presa de una Jedi. Especialmente una con tal pedigrí. Ha convertido su relación informal y personal con ella en una relación de estado y eso no encaja bien conmigo… ni con muchos otros.

Lecersen se encogió de hombros. El agua salpicó suavemente con el gesto.

—Lo que dice es cierto, Vansyn. Pero si entendemos cómo le está llevando Solo, podemos utilizar eso en nuestro beneficio. El mocoso está distraído. Le vio en la última reunión. Seguía comprobando su crono. Él cree que nos tiene bajo control porque quiere pensar eso, de manera que pueda seguir sus… actividades extra curriculares sin sentir que está descuidando sus obligaciones.

No, los moffs definitivamente *no habían sido* doblegados del modo en que los Jedi habían querido en aquel terrible día en que Jacen Solo había sido hecho pedazos por la misma mujer Jedi actualmente bajo discusión. La amenaza de la pistola láser de Han Solo había estado vacía. El hombre no tenía lo que hacía falta para algo como una ejecución sistemática y a sangre fría simplemente por venganza. Pero la amenaza de Skywalker no había sido vacía. Ni siquiera había sido velada.

Luke Skywalker había especificado muy contundentemente que tenían dos opciones: Una, convertirse en prisioneros de guerra hapanos y enfrentarse a un juicio por crímenes de guerra por el ataque del nanoasesino que los moffs habían lanzado contra la familia

real. O dos, el Consejo de Moffs podría unirse al restablecimiento de la Alianza Galáctica. Skywalker había nombrado a Jagged Fel en aquel momento. Había sido fácil aceptar la segunda opción. La primera difícilmente era viable.

Pero eso no significaba que los moffs dejaran de cuidar de ellos mismos. Era bueno haber pasado del «Remanente Imperial» al «Imperio» otra vez, ¿pero qué significaba eso exactamente? ¿Cómo se hacía para que eso fuera más que un título vacío? Ese era el rompecabezas que había estado atormentando a Moff Lecersen diariamente.

—La paciencia es una virtud, amigo mío. Deja que Fel siga con este pequeño asunto amoroso. La pasión arde caliente y rápida. Comete errores y nubla el juicio. Y cuando su juicio esté muy nublado… nosotros estaremos allí para aprovecharnos de ello.

Las oportunidades estaban por todas partes, todo el tiempo, para que las encontraran las mentes agudas. Como monedas de créditos caídas en el pavimento. Y Lecersen tenía una mente muy aguda. Había tantos enemigos para saltar los unos a las gargantas de otros.

Daala ya estaba haciendo un trabajo muy bueno al alienar a los Jedi. Lecersen no creía que él pudiera haberlo hecho mejor. Los Jedi, a cambio, indudablemente se traían algo ente manos. No estaba seguro de qué. Aun. Pero no creía que ni por un instante que el elegante y cortés Kenth Hamner hablara por cada Caballero Jedi o, por supuesto, ni siquiera por cada Maestro en la Orden. Los observadores que ahora habían sido legalmente abolidos habían sido buenos para Daala y la AG y no tan buenos para los moffs. Era mucho mejor tener a los Jedi pensando que no les estaban vigilando.

Dos Jedi estaban ahora encarcelados. Eso era bueno. Los Jedi se habían estado irritando bajo Daala y casi se habían revelado en su nueva libertad legal. Eso también era bueno. Jag estaba distraído, y también lo estaba Jaina, y los reporteros aparentemente les estaban haciendo enfadar sin fin a los dos. También muy bueno.

Las amenazas estaban todas allí. Ahora las entrelazarían en un tapiz que ilustraría una imagen de los Moff restaurados a la gloria imperial que les correspondía por derecho… sin un piloto que era un mocoso enfermo de amor a la cabeza.

Lecersen acabó el vino, miró a la copa vacía y sonrió.

Capítulo Doce

TEMPLO JEDI, CORUSCANT

Jaina no podía creerlo, pero realmente echaba de menos a Dab Hantaq.

No echaba de menos las comprobaciones aleatorias que a menudo interrumpían su sueño o sus otras actividades nocturnas. No echaba de menos que la siguiera durante las horas que pasaba despierta, informando de todos sus movimientos. Y con toda certeza, no echaba de menos el hecho de que era una copia fiel a morir (*bonito juego de palabras, Jaina*, pensó con una mueca) de su difunto hermano, Anakin.

Lo que echaba de menos era el hecho de que Dab había intentado hacer su trabajo con cortesía. Hacía lo que se le ordenaba hacer, pero nunca parecía deleitarse particularmente en ello.

A diferencia de los reporteros. Jaina empezaba a pensar que la orden judicial a favor de eliminar a los observadores oficiales había cambiado una molestia por otra peor. Al menos los observadores habían tenido reglas. Los periodistas parecían no tener ninguna en absoluto. Durante toda la fase «démosle acceso a los Jedi a toda la galaxia» que afortunadamente había terminado recientemente, ciertas áreas del Templo había estado abierto a los periodistas. Al menos los Jedi les habían acompañado durante sus visitas guiadas, pero Jaina nunca se había acostumbrado a tropezarse con la prensa en el comedor o en la Sala de las Mil Fuentes.

Ella suspiró y se colocó su atuendo para la misión nocturna, que Jag había apodado Operación Caranak, y empezó a aplicarse el maquillaje necesario para completarlo. Se frunció el ceño en el espejo y suspiró. Se estaba quedando sin tiempo. Tendría que servir.

Automáticamente alargó la mano hacia su sable láser y entonces dudó. Podía ser la Espada de los Jedi, pero la misión de esta noche no necesitaría luchar. Eso esperaba. Tenía una meta muy específica en mente y si terminaba viéndose forzada a utilizar su sable láser, todo estaría ya perdido. Con un ligero fruncimiento de ceño, lo dejó caer de todos modos en su bolso negro y elegante de cuero de nerf. Nadie necesitaba verlo y se sentía desnuda marchándose sin él.

Ella conectó su comunicador.

—Guantelete, soy Cortadora.

—Aquí Guantelete —dijo Jag, con su voz calmada como siempre pero con una ligera aspereza en ella que sólo Jaina, que lo conocía tan bien, la habría notado. La misión claramente le tenía nervioso.

—¿Todo está en orden? —preguntó ella.

—Comprobado. Escultura está en posición.

—Igual que Curvada. Me estoy preparando para iniciar la Fase Uno.

—Recibido —dijo Jag—. Voy de camino a la segunda localización.

Ella tomó aire profundamente, preparándose para lo que podría tener que afrontar.

—Vale. Te veré en la reunión.

—Ten cuidado. Te estarán apuntando.

—Lo sé. Tú también.

Ella apagó su comunicador e intentó colocarlo en su posición de costumbre en su cinturón y luego recordó que esta noche no llevaría el cinturón.

Estas misiones encubiertas eran enfadosas.

Dejó caer su comunicador en su bolso junto a su sable láser. Un examen final a su atuendo y dejó la habitación.

El reportero estaba esperándola en el instante en que salió del Templo.

Había sabido que él estaría allí y se preparó para el encuentro.

Los reporteros tenían prohibido entrar en el Templo a menos que fueran invitados a hacerlo, un cambio bienvenido a lo de antes. Así que en su lugar se apiñaron a su alrededor como un enjambre de insectos en la base de las escaleras, un pequeño y triturador grupo de seres salaces clamando todos por la historia exclusiva.

—¡Jedi Solo! ¡Aquí!

—¡Solo! ¿Adónde se dirige?

—Jedi Solo, ¿cuál es su opinión sobre el movimiento para eliminar la esclavitud en Vinsoth?

Este último era un chev, de constitución alta y poderosa y unos penetrantes ojos violetas que la miraban desde unas pesadas cejas.

—Vamos, chicos, ¿no puede una chica salir a cenar en una cita justo igual que cualquiera? —Ella se abrió el abrigo, de un cuero de nerf negro que iba a juego con su bolso, y mostró burlonamente el vestido formal de noche rojo y largo que llevaba debajo, con unos zapatos rojos de tacón alto a juego—. ¿Veis? Ni siquiera llevo mi sable láser. Y estoy segura de que no voy a correr con estos zapatos. Ahora, a menos que estéis muy interesados en lo que voy a pedir para cenar, realmente deberíais iros a casa. O a molestar a otro.

Algunos en la multitud suspiraron audiblemente y se retiraron.

Pero al menos uno la siguió, gritando.

—¿No debería una Jedi, que respeta la Fuerza creada por todos los seres vivos, ser vegetariana?

Jaina puso los ojos en blanco y se mordió la lengua para no responder. *Piensa en la misión, Jaina. Piensa en la misión*. Ella se agachó para entrar en el deslizador que había parado y ahora flotaba, esperándola.

—Vámonos. Ahora.

Winter Celchu, con su distintivo pelo blanco teñido de un tono castaño parecido al barro y fácil de olvidar, con las facciones desfiguradas por una juiciosa aplicación del maquillaje y su figura envuelta en los ropajes de una aprendiz de Jedi, miró a los ojos de Jaina en el espejo retrovisor y sonrió.

—Desde luego, Jedi Solo.

Podría ser sólo una cena, pensó Javis Tyrr, pero muchos secretos se habían susurrado antes entre amantes a la luz de las velas. Jaina le sacaba una cabeza de ventaja. Tendría que moverse rápidamente. Mientras despegaba, con su droide cámara Holoplaneador J57 asegurado en el asiento de al lado, fue capaz de ver el vehículo de ella.

De haber estado pilotando Jaina, él lo sabía, el deslizador haría toda clase de vueltas y giros complejos en un esfuerzo de eludir la persecución. En su lugar, permanecía casi rígidamente en las apropiadas líneas de tráfico, sin exceder las velocidades legales. Y si Jaina no pilotaba esta noche, eso significaba que podría elegir ingerir algo de alcohol con la comida. Tyrr sonrió. Eso sería útil. La embriaguez a menudo aflojaba las lenguas.

Los índices de audiencia de su red habían ascendido con su cobertura del «Alboroto Jedi» de Jysella Horn, como había sido llamado.

Igual que había ascendido su popularidad con sus jefes. Se le había dado su propio programa exclusivo de media hora, que él había titulado *Javis Tyrr Presenta: Los Jedi Entre Nosotros*. Algunos episodios habían sido más calmados que otros. De hecho, recientemente, había emitido un programa educacional sobre la historia de los Jedi. Los índices estaban empezando a caer mientras el público perdía interés y su jefe había indicado recientemente que sería preferible algo «un poco más animado».

No se iba a rebajar a escuchar a escondidas charlas de almohada.

Tyrr era, después de todo, un periodista de reputación. Pero cualquier conversación mantenida en un lugar público era un juego justo.

El pequeño deslizador rojo era bastante fácil de seguir y Tyrr se preguntaba si quizás esto podría no ser una pérdida de tiempo esta noche. Jaina Solo y Jagged Fel eran personajes muy importantes, pero también eran seres y por supuesto podría ser sólo una cena fuera. Incluso así, podría haber fragmentos que se dejaran caer que merecerían la pena. Tecleó una petición en el ordenador del vehículo y este le proporcionó una lista de varios restaurantes en la zona. Mientras miraba la lista rápidamente, se dio cuenta de que pensaba que sabía adónde se dirigían. Esa información le ayudó a decidirse. Viró hacia otra línea, tomando un atajo para llegar antes que Jaina. Si, como sospechaba, Fel y Solo iban a cenar en la Torre Índigo, uno de los mejores restaurantes del distrito, al menos tendría una buena comida a expensas de su red de noticias.

La Torre Índigo fue diseñada como el famoso Restaurante Vigilante del Cielo, robando desvergonzadamente el concepto de ese establecimiento de una sala giratoria en una torre por encima de la línea del horizonte de Coruscant. Su exterior estaba hecho de duracero brillante y de colores azul y negro, extremadamente moderno y chic.

Dentro, el tema de los colores continuaba en la lujosa decoración.

Tyrr se paró en una línea para que le aparcaran el vehículo, le entregó una moneda de créditos de una denominación decente al aparcacoches y permaneció en la entrada de la Torre, comprobando su crono y mirando a su alrededor como si esperara a alguien. Tuvo cuidado de quedarse en las sombras tanto como fuera posible.

Un deslizador negro con la insignia del Imperio Galáctico paró. El Cabeza de Estado Imperial Jagged Fel claramente no estaba intentando ocultar su aparición. También iba

pilotando su propio deslizador y salió vivamente, siendo obvio su comportamiento militar. Su cabeza oscura con su distintivo mechón blanco, una continuación de la cicatriz que le cruzaba la cara, estaba descubierta, pero llevaba una elegante capa, una bufanda y unos guantes como concesión al frío de la altitud. También él entregó su vehículo a un aparcacoches y luego se paró y esperó, con su aliento jadeando en el aire frío.

Unos momentos después el pequeño deslizador rojo apareció.

Jaina Solo salió, sonriendo a Jag mientras él la ayudaba cortésmente. Él la besó en la mejilla, colocó el brazo de ella alrededor del suyo y juntos entraron en el restaurante.

Tyrr les siguió, manteniendo una distancia discreta. Estaba seguro de que no le habían observado. Pero no importaría si le *hubieran* visto los dos. Como periodista de reputación, no despertaría sospechas al elegir cenar en este establecimiento. Él esperó mientras ellos se alejaban con el maître y luego le habló a la joven ortolana que se le acercó.

—Me gustaría estar cerca de esos dos.

Sutilmente mostró una tarjeta de crédito y le guiñó un ojo.

—Le pondré tan cerca como pueda, señor —dijo ella, cogiendo la tarjeta en sus manos largas y regordetas, deslizándola y devolviéndosela igual de discretamente. Él la siguió mientras le llevaba a través del comedor y se preguntó si la piel azul oscura de ella había sido una ventaja durante el proceso de contratación en un lugar llamado la Torre Índigo. La alfombra era gruesa y lujosa. En el rincón, un trío musical (un bith, otro ortolano y un humano) estaba tocando una suave melodía. Una pa'lowick de voz sensual se acercó al micrófono y empezó a cantar.

La ortolana le llevó hasta un área donde las cabinas de los reservados se extendían hacia las esquinas y la luz azul hacía que todo pareciera misterioso y frío. Él miró hacia Jag y Jaina, con el brazo de ella todavía enlazado al de él y las cabezas inclinadas para acercarlas mientras hablaban en voz baja.

Y entonces el maître abrió una puerta y desaparecieron.

—Aquí tiene, señor —dijo alegremente la ortolana—. Esta es la mesa más cercana a nuestras salas privadas.

Él la miró.

—Habría dado mucho por ver la cara de Tyrr —dijo Jaina.

—Ay, debemos conformarnos con imaginarla —dijo Jag.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted, señor? ¿Señora? —preguntó educadamente el maître.

—No por el momento. Sólo mantenga las apariencias. Abra las puertas de vez en cuando para dejar que él eche un vistazo —dijo Jag.

—Desde luego, señor. Tendrán cinco minutos antes de que el camarero venga con la carta de vinos.

Fue hacia la puerta y esperó a que todo el mundo ocupara sus posiciones.

Sentados a la mesa para dos íntima, romántica e iluminada por las velas había dos humanos que a primera vista, y probablemente a segunda, parecían exactamente como Jaina y Jag. Jag le había dado la idea a Jaina la primera vez cuando Agrupamientoscuro había ido tras Seff Hellin.

—Como todos los Cabezas de Estado sensibles, tengo un doble, trabajando duramente pretendiendo ser yo en mis habitaciones —le había dicho él después de que capturaran al problemático Jedi.

Leia no había utilizado una doble, como Jaina le había apuntado a Jag, pero ella lo haría. Era simplemente una idea demasiado útil.

El doble de Jag, Karn Valanti, nombre en clave «Escultura» por ser el señuelo, era positivamente extraño, pensó Jaina. No era tanto la apariencia, aunque se parecía mucho a Jag, especialmente alrededor de los ojos, pero el hombre había reproducido sus movimientos oportunamente. No estaba tan segura de que la suya pasara una inspección de cerca, pero todos los demás le aseguraron que Lina Zev, nombre en clave «Curvada», no por su figura sino por un anzuelo, había capturado a Jaina a la perfección.

—Espera a ver su demostración de tu fruncimiento de ceño registrado cuando te enfadas —le había dicho Jag una vez. Jaina le había fruncido el ceño—. Ese. Ella lo clava.

Ahora los dos dobles estaban ayudando a Jag a quitarse su atuendo y Jaina a ponerse el suyo. Jag había llevado una túnica y unos pantalones ajustados, oscuros y sin rasgos llamativos debajo de su traje y Karn estaba ahora envolviendo una capa con capucha alrededor de los anchos hombros de Jag. Jaina se había deshecho de los tacones y se había colocado un par de pantalones debajo de su vestido. Se volvió y se libró del vestido mientras Lina le ponía una camisa. Ella se encogió dentro de su propia capa.

—¿Tiempo? —demandó.

—Tenemos exactamente un minuto y treinta y tres segundos —le aseguró Jag.

—Vamos —dijo Jaina.

Se volvieron y se agacharon para pasar por una puerta lateral que llevaba a las cocinas, que indudablemente había sido utilizada como una ruta de escape antes. Mientras la puerta se cerraba, Jaina miró hacia atrás justo a tiempo para ver abriéndose la puerta principal del comedor.

Maldición… esos dobles *parecían* convincentes. La puerta se cerró y Jaina les sonrió a los empleados de la cocina. Algunos de ellos le devolvieron la sonrisa, pero la mayoría parecían desinteresados. Las citas entre parejas de alto poder aparentemente no eran nada nuevo en uno de los restaurantes más populares del Distrito del Senado.

Jaina olió apreciativamente. Su estómago rugió y ella miró tristemente a algunos de los platos preparados.

—Uno de estos días —dijo ella—, realmente tendremos que venir aquí sólo para cenar.

—Te lo prometo —dijo Jag—. Pero por ahora, tenemos una misión, ¿recuerdas?

Tyrr se enfureció en silencio durante unos pocos momentos, pero entonces se resignó ante la situación. Todavía podría resultar de buen uso y una noche pasada cenando filete de nerf y thakitillo, rematados por un buen baso de Creme D'Infame, no era para sentirlo.

Veía destellos de ellos de vez en cuando mientras la puerta se abría y el camarero trajo el vino, los aperitivos y el plato principal. No parecían como dos figuras de alto rango envueltos en una discusión profunda sobre política o principios Jedi o algo. Parecían como… una pareja en una cita.

Su oportunidad llegó cuando el droide de servicio trinó al pasar, una pequeña unidad que llevaba una bandeja de aspecto pecaminoso de pastas, flanes y dulces. Este paró para permitir que se fuera una pareja de ancianos y en aquellos pocos segundos Tyrr sacó una pequeña cámara, del tamaño de la uña del meñique, de su bolsillo. La activó con un mando en su otro bolsillo y a la pequeña cámara le salieron unas patas como las de una araña y se escurrió hasta el droide de servicio. Esta se dio prisa en subir y se introdujo bajo la servilleta de la bandeja y Javis Tyrr sonrió.

La cantante pa'lowickse acercó al micrófono y empezó a cantar dulcemente una canción de amor que actualmente era popular. Su básico era sorprendentemente bueno.

Todo es simplemente un sueño, ¿no?
Esta cosa que llamamos amor…
Un maravilloso complot, ¿no?
Esta cosa que llamamos amor…

Javis medio la escuchó. Le gustaba la canción y la actuación era buena, pero su atención estaba definitivamente en su mayor parte en otro lugar. Un momento después, el droide se detuvo ante la puerta cerrada del salón privado y pitó unas cuantas veces. La puerta se abrió para dejarle pasar y luego se cerró tras él.

Es sólo una ilusión,
Un truco del corazón,
Un placentero engaño
Cuando dos están separados…

Tyrr dejó su propio postre y su bebida de después de la cena, sacando lo que parecía como un cuaderno de datos ordinario y leyendo los archivos. Para todos los observadores, parecía como el periodista que era, leyendo las notas que su asistente había reunido para su última historia. Y por supuesto, eso era lo que había en la pantalla… por el momento. Pero en una pequeña esquina, que podía ser aumentada con un golpecito del dedo, había un destello de primer plano y personal de… una servilleta blanca.

Manipuló los controles en su bolsillo y la pequeña cámara droide bajó hasta la gruesa alfombra. Él los pudo oír hablar.

—Oh. Ñam… Canapés vagnerianos. A mamá le encantan esos.

¿Alguna vez has probado uno?

Jaina. Tyrr frunció el ceño. Quizás el receptor de audio estaba mal ajustado. Ella sonaba *apagada* de alguna manera.

—No. —El sonido de un tenedor chocando contra un plato y entonces—: Mmm… vale. Eso es bastante sorprendente.

Sí, el audio definitivamente estaba bajo. La voz de Jag sonaba ligeramente más profunda de lo normal y más nasal. Oh, bueno, al menos sus palabras estaban siendo grabadas. Tyrr tocó de nuevo los controles y el pequeño droide escaló por la pata de la mesa mientras los dos continuaron hablando sobre los méritos de varios postres y si el caf o el brandy cassandrano eran o no la bebida adecuada para consumirlas con ellos. Tyrr suspiró. Era una conversación completamente banal. Estaba a punto de calificar a la noche fuera como un desperdicio, excepto por la adorable comida, cuando la cámara finalmente llegó a la parte superior de la mesa y corrió a ocultarse entre la fronda del bouquet que servía como centro de mesa.

La mujer no era Jaina.

Oh, al principio parecía ella, pero la boca era demasiado ancha y la nariz demasiado puntiaguda. Y la voz… no le pasaba nada malo al receptor de audio. Era la propia voz la que estaba mal.

Rápidamente Tyrr dirigió al droide para que maniobrara hacia el lado opuesto. ¿Estaba Jag…?

Aumentó la cicatriz y se dio cuenta de que era maquillaje inteligentemente aplicado. Dobles. Habían conseguido dobles. Era una buena y antigua tradición y él había caído en la trampa.

Eso fue todo lo que Tyrr pudo hacer para no golpear la mesa con el puño por la frustración.

Todo es sólo humo y espejos, cariño;

Una bonita mentira y nada más.

Humo y espejos, desde luego. Era hora de quitarse los guantes.

Sus índices de audiencia necesitaban subir. Necesitaba una exclusiva, una historia que eclipsaría a todo lo demás.

Y estaba determinado a conseguirla.

El deslizador pequeño e inclasificable estaba esperando fuera de la puerta trasera. Tahiri Veila abrió las puertas y Jaina y Jag saltaron dentro, haciéndolo apenas antes de que Tahiri despegara.

—¿Cómo fue?

—Tan suave como la brilloseda —dijo Jaina.

—¿Cogisteis a alguien en la red o fue sólo un buen escape en general?

—Javis Tyrr nos siguió —dijo Jag—. Al menos sabemos que malgastó una noche.

Tahiri sonrió un poco burlonamente.

—Bien. Intentó entrevistarme, ya sabéis.

—No me sorprende —dijo Jaina, arrugando la nariz con desagrado—. Harías subir sus índices de audiencia por encima del tejado.

Jag conectó su comunicador.

—Hoth, aquí Guantelete. ¿Está el bantha en posición?

—En la cueva como prometí —replicó Winter Celchu—. Listo para viajar.

—Genial. El mynock ha sido neutralizado efectivamente durante la noche. La Operación Caranak procederá como está planeado.

—Buena suerte. Hoth fuera.

Jaina escuchó, con los labios curvados en una sonrisa. A Jag se le había ocurrido el nombre de *mynock* para describir a sus periodistas parásitos. Era simplemente perfecto. Suspiró y se inclinó contra él.

Un «bantha» más, un deslizador, que coger y la misión se habría conseguido. Jag y ella pasarían la noche bajo un alias en un hostal pequeño y apartado a medio camino al otro lado del planeta.

—Por cierto —preguntó Tahiri—, ¿por qué Operación Caranak?

—Un caranak —dijo Jag, deslizando su brazo alrededor de Jaina mientras ella descansaba su cabeza en el hombro de él en el asiento trasero— es un ave de corral acuática nativa de Endor. Es notoriamente difícil de domesticar.

Tahiri guardó silencio y luego habló lentamente.

—¿… un ganso salvaje?

—Justamente.

Otra pausa.

—Y ellos dicen que no tienes sentidos del humor, Jag —dijo entonces.

—Ellos —dijo Jag con la voz completamente seria— no tienen una red de espionaje suficientemente buena.

APARTAMENTO PRIVADO DE LOS SOLO, CORUSCANT

—Estoy preocupada por Allana —dijo Leia.

Estaba hecha un ovillo al lado de su marido, con su pequeña forma acurrucada contra la más grande él mientras él la abrazaba desde atrás en su dormitorio. Habían optado por dejar abierto el gran ventanal de transpariacero de un grosor de grado militar. A todas horas del día o de la noche, podían ver las imágenes coloridas y que cambiaban constantemente del tráfico de Coruscant. Alguien podía haber encontrado esta vista estresante. Los Solo, con su amor por los vehículos, la encontraban tranquilizadora.

—¿Qué pasa con ella? —murmuró Han. Casi se había dormido, pero podía sentir la tensión, el desvelo en el cuerpo de su esposa—. Trató bien con las arañas en Kessel. Justo como debería hacerlo una nieta Solo.

—No estoy hablando sobre las repercusiones de Kessel —dijo Leia.

Su voz era suave, tranquila, y Han apenas podía oírla. Él frunció el ceño y se apoyó en un codo, volviéndola suavemente para que ella le mirase de frente.

—¿Esto es alguna clase de cosa de la Fuerza?

—No, para nada. De hecho, es todo lo contrario. —Leia suspiró—. Han, ella necesita algo… ordinario. Y nosotros definitivamente y en gran parte no lo somos.

—Bueno, eso que dices es verdad, pero ella tampoco es ordinaria.

Nació siendo la Chume'da, la heredera del trono hapano. Es la hija de Tenel Ka y de Jacen Solo, dos Jedi muy poderosos. Está tan lejos de ser ordinaria como se puede estar.

Leia suspiró y se acurrucó contra él, acariciándole descuidadamente el pecho.

—Incluso así, cuando era Chume'da, tenía sus rutinas. Su espacio. Sus droides.

—Tiene droides aquí. Y eso es agradable, de manera que sigue… ¡Aug!

Han la miró mientras, enfadada, Leia le tiraba del pelo del pecho con la intención de irritarle.

—Los tiene. Pero con todo lo que está pasando justo ahora, no puedo evitar pensar en mi propia infancia. En lo que me hizo sentir feliz, a salvo y querida.

—Oh, sí, tuviste una vida muy ordinaria. Olvídate de eso, princesa y senadora.

Aunque estaba siendo sarcástico, Han sabía que también tenía razón y Leia, que normalmente era justa respecto a estas cosas, no le reprendió tirándole otra vez del pelo del pecho.

—No, absolutamente no tuve una vida ordinara. Pero nunca me sentí intranquila. Y me temo que eso es lo que está pasando con Allana.

La débil luz de los cielos que nunca se oscurecían de Coruscant caía sobre sus rasgos, todavía bellos para él, y para otros, después de más de cuarenta años. Sus ojos, con ese marrón rico y líquido que siempre le hacían estremecerse de alguna manera, centellearon ligeramente bajo el brillo multicolor mientras ella levantaba la mirada hacia él y Han Solo se enamoró de nuevo, como hacía al menos una vez por semana. Había tenido suerte de haber encontrado una mujer tan increíble. La vida nunca jamás sería aburrida con ella.

—Tuve una infancia feliz y estable —continuó Leia—. Tenía unos padres que estaban enamorados el uno del otro. Me crié en la política, pero esta nunca dañó a la familia. Resistir al Imperio nunca pareció entrar en conflicto con la hora de contar cuentos o con los viajes juntos como una familia o…

Sus ojos marrones taladraron los de él. Han supo que la razón de la conversación estaba a punto de hacerse manifiesta y se preparó.

—O con las tardes maravillosas iluminadas por el sol que pasé montando en mi thranta.

Han esperó. Pero aparentemente eso era todo.

—No lo pillo. Debo de estar demasiado dormido para estar teniendo esta conversación —dijo Han.

—La Exhibición y Feria de Ganado de Coruscant acaba de empezar. Tenemos los créditos y la propiedad para comprarle a Allana algo especial. Algo en lo que pueda pasar montando tardes maravillosas iluminadas por el sol.

Los ojos de Han se abrieron por la sorpresa.

—No hablas en serio.

—Oh, muy en serio, me temo.

—Quieres ir a la Exhibición y Feria de Ganado.

Ella asintió. Ríos de cabello oscuro con vetas grises que sólo la hacían parecer más bella brillaron con el movimiento. Han frunció el ceño. No era justo a veces.

—Consigámosle un thranta como el que tú tenías y lo daremos por bueno —dijo Han—. Creo que Lando tiene un par en Bespin.

Apuesto a que puede encontrarnos uno bueno.

—Han… los thrantas no pueden vivir en Coruscant. Hay demasiada polución aquí para ellos.

Han gruñó bajito.

—La Feria de Ganado. Apuesto a que vas a decir que no podemos enviarla simplemente con Erredós y Trespeó y un par de guardias Jedi.

Leia negó con la cabeza, con los ojos marrones arrugándose en los rabillos mientras ella sonreía.

—Necesitamos ir con ella. —Ella alargó una mano pequeña y la colocó sobre la mejilla de él—. Cariño, eso es lo que va a hacer que sea especial para ella cuando recuerde el día dentro de algunos años.

No que fuera, no que encontrara una montura, una mascota, sino que nosotros la llevamos.

—Sí. Nosotros la llevamos… al sitio más apestoso del planeta.

¿No crees que esa pequeña nariz de botón suya tendrá suficiente después de los primeros tres minutos? *La mía sí*.

—No te importan las cosas como esa cuando tienes su edad. A mí desde luego no me importaban. Mi thranta era una de las criaturas más apestosas que he conocido nunca y la adoraba. Para Allana, todo es parte de la diversión y la excitación.

Han pensó en la criaturas varias que había tenido que montar durante el curso de su vida. Grondas, rontos, banthas y, más memorablemente, tauntauns. Incluso ahora, años después, su nariz se encogía ante el recuerdo del hedor de las entrañas de la criatura, esparciéndose por la nieve mientras cortaba para abrir en canal a la bestia caída con el sable láser de Luke en un intento desesperado por salvar la vida del joven Jedi.

Leia le apretó el brazo.

—Vamos, será divertido. Y educativo. Un día fuera, mirando animales exóticos, sin tener que preocuparnos por Seff o… Allana estará muy excitada por la alegría.

Han gruñó para sí mismo. La idea de su pequeña nieta, con los ojos brillantes, riéndose y batiendo palmas, sin sombra de miedo alguno en su pequeña y brillante vida para variar… sí, era una imagen bastante conmovedora.

—Con una condición.

Leia se acurrucó más cerca.

—¿Cuál es?

—Nada de tauntauns. Esas cosas *apestan*.

Capítulo Trece

A BORDO DE LA *SOMBRA DE JADE*

Salieron del hiperespacio, con las estrellas convirtiéndose de nuevo en puntos estacionarios blancos y brillantes en la negrura del espacio en lugar de las blancas luces veteadas. Pero Ben no tenía interés en los puntos blancos. ¿Quién los tendría cuando uno de los fenómenos espaciales más bellos que había visto jamás de repente estaba ante sus ojos?

Ben sintió literalmente que le dejaban sin aliento durante un instante antes de que se recuperara. El pequeño holograma del área que Luke había mostrado no hacía ninguna clase de justicia a la Falla Kathol y había hecho poco para prepararle para el espectáculo que veía ahora. Había visto nebulosas antes y, como la mayoría de los humanos, las encontraba bonitas. Pero esto…

Esta nube brillante y giratoria que llenaba la mayor parte de la pantalla tenía cada color que había visto jamás y algunos que nunca había visto. Parecía moverse y latir como algo vivo, con sus colores cambiando constantemente. Él quería sentarse y mirarlo durante mucho tiempo, hipnotizado por su danza.

—Eso es realmente bello —dijo Luke, con un voz teniendo sólo un rastro de sobrecogimiento. Ben se sintió un poco mejor sobre su propia reacción si su papá también estaba similarmente impresionado—. Pero estoy seguro de que nos resultará tan bello una vez que entremos en ella.

Ben asintió. Pensó en los diarios que Luke había hecho que leyera, de aquellos que tuvieron alucinaciones en la Falla, y se preguntó si parte de la razón era que la mente tenía dificultad en pasar de la belleza al peligro tan rápidamente. Con una última mirada de admiración al espectáculo, dejó que su mirada cayera hacia su consola de copiloto.

Luke pulsó un botón que enviaría una señal al comunicador de Cilghal. Cuando la mon calamari no respondió, cruzó la mirada con Ben, se encogió de hombros y empezó a grabar un mensaje.

—Cilghal, soy Luke. Ben y yo nos estamos preparando para entrar en la Falla Kathol. Considerando la naturaleza de la Falla y la cantidad de radiación electromagnética que estamos viendo, espero que cualquier intento de comunicación sea como mucho irregular y lo que es más probable, simplemente inexistente. Por favor, intenta continuar contactando con nosotros con cualquier cambio en la situación de los Jedi. Nosotros haremos lo mismo con cualquier cosa que descubramos, por si acaso algo pudiera atravesar esto. De lo contrario, contactaremos contigo cuando nuestra misión aquí se complete.

Dudó.

—Que la Fuerza nos acompañe a todos —añadió entonces.

Eso más que nada que Ben hubiese aprendido hasta ahora le cayó como un jarro de agua fría. La gravedad de la situación finalmente recayó sobre sus hombros. Eso le dijo que su padre no estaba completamente seguro de que volverían de esta misión.

Estaba bien. Ben tenía dieciséis años, pero había soportado más que la mayoría de la gente que le triplicaba la edad. Había estado en misiones donde no estuvo muy seguro de si sobreviviría o no. Y en algunas donde estaba bastante segurísimo de que no sobreviviría.

Volver de la misión nunca era la meta. Lo era tener éxito.

Luke se volvió para ver a su hijo mirándole y le dirigió una pequeña sonrisa.

—¿Cómo estaba el almuerzo?

Ben estaba sorprendido. Habían comido hacía una hora.

—Uh… bien. ¿Por qué?

—Porque simplemente podría volver a salir.

Ben resopló, ofendido.

—No es probable.

Luke se rió. Sus manos volaron sobre los controles y los ojos de Ben fueron arrastrados de nuevo inexorablemente hacia la Falla.

En algún lugar ahí dentro estaba el planeta natal de los Aing-Tii.

No era imposible de encontrar. Jacen lo había hecho. Ben deseó que su primo hubiera sido un poco más abierto en las notas que había dejado en los Archivos sobre su época aquí. Todo con lo que Jacen había contribuido al conocimiento Jedi sobre los Aing-Tii sumaba poco más de unas cuantas páginas e incluso eso no arrojaba nueva luz sobre ellos, sus habilidades, su mundo o cómo encontrarlo.

Pero incluso con el impreciso conocimiento que tenían, Luke y él habían sido capaces de estrechar su búsqueda, al menos un poco. Primero, y lo más importante, el planeta tenía que tener unas condiciones que soportaran los humanos, porque Jacen no había hecho mención alguna de necesitar un equipamiento especial para sobrevivir. Ni tampoco lo había mencionado Jorj Car'das. Ben se alegraba de eso.

Había estado terriblemente cansado de tener que llevar constantemente la máscara respiratoria, y la mochila que la acompañaba cargada con las bombonas, en Dorin.

El planeta tenía que estar protegido de alguna manera de la radiación de la Falla o, de otro modo, los Aing-Tii no habrían sido capaces de evolucionar tan sumamente como lo habían hecho. Así que estaría en uno de los «corredores» y no en las partes más densas de la propia Falla.

Y… eso era todo.

El resto dependía de ellos, de sus habilidades, de la Fuerza y de pura suerte.

Luke calculó su primer salto. Ben levantó una ceja ante lo corta que era la distancia. Luke miró a Ben y sonrió.

—¿Listo?

Ben se encogió de hombros.

—Eso creo.

Saltaron.

Ben estaba acostumbrado a la vista de las estrellas veteándose tras él, apareciendo como líneas blancas. Pero cuando no pudo ver las estrellas, pareció como si nada de nada hubiese ocurrido. La bella nube que era la Falla parecía exactamente igual durante su breve tránsito y cuando se materializaron en el primer corredor, pareció justo como si…

La *Sombra de Jade* se estremeció violentamente. Luces de todos los colores centellearon salvajemente alrededor de ellos. Ben intentó estabilizar la nave, pero era como intentar montar a un ronto asustado: todo lo que podía hacer era agarrarse, renunciando a intentar controlarla. De repente pensó que Luke podría haber tenido razón sobre el almuerzo.

Luke, sin embargo, pareció estar sentado derecho como si hubiese estado pegado a su silla. En el fondo de su mente, Ben imaginó que era otro modo de utilizar la telequinesis. Si podías lanzarte a través de la habitación, tenía sentido que pudieras quedarte derecho incluso cuando tu nave te estaba lanzando de un lado al otro. Y entonces no tuvo que pensar cómo se las arreglaba su padre para hacer esto, porque de repente apartó las manos de la consola, siseando por el dolor.

Lo que parecía como rayos de la Fuerza bailaban alrededor de su consola y luego corrieron a lo largo de todas las superficies de la *Sombra de Jade*. Ben se volvió hacia su padre para gritar que simplemente estaban sufriendo cortocircuitos, pero entonces se dio cuenta de que lo estaba causando su padre. Las líneas centelleantes, picudas y azules salían de las manos de Luke hasta la consola. Ben de repente entendió lo que estaba pasando.

Luke estaba utilizando la técnica *hassat-durr*.

Los Sabios Baran Do se la habían enseñado a Jacen y luego se la habían enseñado a Luke. La técnica del pararrayos envolvía el cuerpo del usuario con un nivel muy bajo de radiación electromagnética.

Un practicante inexperto que la llevara a cabo en una tormenta atraería a los rayos. Por lo que podía ver, mientras intentaba quedarse en su asiento y mantener equilibrada la nave, Ben adivinó que Luke estaba convirtiendo a la *Sombra de Jade* en lo inverso a un pararrayos.

Y después de un par de minutos que parecieron como horas, se dio cuenta de que el *hassat-durr* estaba funcionando. La nave se calmó y la nube crepitante que les envolvía ya no era un peligro.

—… práctico —jadeó Ben.

Se pasó una mano por el pelo y se preguntó cuántos moratones se había hecho en los últimos minutos.

Luke abrió los ojos.

—Mucho. Eso debería durar mientras evaluamos los daños y recibimos y trazamos el siguiente salto.

—Genial. Sólo… la próxima vez, házmelo saber cuando estés haciendo eso, ¿vale?

Mientras se abrían camino de salto a salto, desarrollaron una rutina. Inmediatamente se hizo aparente que ambos no podían dormir al mismo tiempo, no cuando su situación cambiaba constantemente.

Pero ninguno necesitaba ocho horas de sueño cada veinticuatro horas. Ambos estaban familiarizados con los trances curativos, que en caso de necesidad podían ser el sustituto de una buena noche de sueño. Ben se imaginó que la Falla Kathol definitivamente daba la talla para ser una necesidad.

—Entonces —dijo Ben con una indiferencia exagerada—. Vamos a ver a los Aing-Tii.

—Sí… vamos a verles.

La voz de Luke contenía una pregunta.

—Vamos porque Jysella Horn caminó en la corriente y porque sospechas que en primer lugar, Caedus podría haber utilizado el caminar en la corriente para empezar todo este asunto de los Jedi volviéndose locos.

—De nuevo correcto. ¿Tal vez vas a decirme a continuación cómo me llamo o quién es mi hermana?

La voz de Luke no contenía irritación, sólo una suave diversión.

Estaba intentando descubrir adónde quería ir a parar Ben. Ben continuó.

—Entonces… estoy pensando que la mejor manera de entender algo es aprender sobre ello.

—Ah. Ahora veo a dónde vas con esto.

—Bueno, tú quisiste aprender el *hassat-durr*, incluso cuando los Sabios Baran Do estaban recelosos de enseñarte —ofreció Ben—. Incluso cuando pensaron que eso podría convertirte en otro Caedus.

—Eso es cierto.

Ben esperó, pero Luke no ofreció nada más. Esperó más, pacientemente, pero todavía no llegaron más palabras. Así que lo intentó de nuevo.

—No es una habilidad del lado oscuro per se —dijo Ben—. No exclusivamente. No es inherentemente algo dañino, como el rayo de la Fuerza o el agarre de la Fuerza. Quiero decir… ni siquiera puedes cambiar realmente algo sustancial, por lo que tengo entendido. Y los Jedi ya somos capaces de mirar un poco en el futuro. Eso es por lo que nuestros reflejos están tan afinados y son tan rápidos.

—Utilizamos la Fuerza para hacer eso.

—¿Y no usas la Fuerza para caminar en la corriente?

—Cierto, pero… Ben, no es lo que estás imaginando que es.

—No sabes qué estoy imaginando.

—Apuesto a que tengo una buena idea porque, lo creas o no, una vez tuve dieciséis años y sé qué creería que era —dijo Luke, suavizando con una sonrisa lo que estaba empezando a degenerar hacia una discusión.

—Pero eras alguien de dieciséis años muy *joven* —dijo Ben con un ligero toque de arrogancia.

—También es cierto —admitió Luke de buena gana, riendo suavemente—. Incluso así, algunas cosas son universales. No creo que quiera que tú aprendas a caminar en la corriente, Ben. —Levantó una mano mientras Ben abría la boca para protestar—. No, espera, escúchame. No es porque no crea que eres lo bastante fuerte para utilizarlo con sabiduría, si no porque…

Se detuvo de repente.

Ben inhaló con rapidez, con sus ojos verdes abriéndose de golpe.

Estaban por *todas partes*.

Docenas, no, cientos de ellas. Salían de todos los rincones de la nave repentina y fatalmente oscura, apretándose por grietas finas como cabellos, anegando la cubierta bajo sillas y consolas. Sus patas se movían frenéticamente y se movían con sorprendente velocidad, subiendo por la silla, sobre sus botas, por las perneras de sus pantalones…

—Yo también las veo —dijo Luke. Su voz estaba completamente calmada—. No son más que alucinaciones, Ben. Recuerda lo que hablamos.

Ben lo recordaba, pero era difícil concentrarse en recordar que esto eran simples trucos mentales cuando podía *sentir* las cosas aquellas subiendo apretadas por sus piernas y sus brazos. Cerró los ojos y tomó aire profundamente, recurriendo a la lógica cuando su mente siguió sintiendo la aquella miríada de minúsculas patitas corriéndole por la piel.

Primeramente, tal profusión de arácnidos se habría notado inmediatamente durante la comprobación de prevuelo. E incluso si de alguna manera tantas cosas vivas hubieran pasado por alto a la tecnología y al ojo humano, él habría sido capaz de sentirlas en la Fuerza ahora… y no podía. Después, la nave no podría ni siquiera contenerlas a todas. La lógica llevaba a la conclusión de que las arañas no existían.

Los pensamientos, calmantes y tranquilizadores, cruzaron su cerebro en menos de un segundo. Él abrió los ojos y, desde luego, no vio nada. Se volvió y se encontró con la mirada aprobadora de su padre.

—Buen trabajo, hijo. ¿Qué viste?

—Arañas —dijo Ben.

—Yo también.

Ahora la adrenalina se estaba desapareciendo. La meditación, incluso tan breve como había sido, había enviado endorfinas calmantes a través del sistema de Ben.

—De alguna manera parece extraño que las alucinaciones sean tan universales, ¿sabes? ¿Por qué no algo hecho más específicamente para el individuo? Quiero decir, hay muchas cosas que me hacen temblar más que un puñado de arañas.

Mientras hablaba, pensó en las varias noches que había pasado en Ziost unos cuantos años antes. Pensó en las voces, primero en los sueños y luego cuando estaba despierto, diciéndole que hiciera cosas terribles… llevándole a querer hacerlas. También pensó en la tortura que su primo le había hecho pasar, intentando forjarle como a una pieza de metal.

Oh, sí… había montones de cosas que daban más miedo que una nave llena de bichos.

—No estoy seguro. Tendríamos que estudiar el tipo de radiación con el que estamos siendo bombardeados y los efectos que tiene sobre la química humana. Es posible que simplemente active un centro de miedo primario y básico. Las picaduras de las arañas podrían ser mortales en un mundo primitivo. Las extrañas criaturas que revolotean a nuestro alrededor también podrían serlo. El miedo es la reacción lógica.

—Pero… *bichos,* papá. Aplástalos. Fin del problema.

Luke le dirigió una mirada a su hijo.

—Sin embargo, todavía te asustaron al principio, ¿verdad?

Ben sintió que su cara se volvía caliente. No por primera vez, maldijo la piel pálida y con pecas que había heredado de su madre.

—Sólo estaba… sorprendido, eso es todo. Ahora que sé qué esperar, no lo estaré.

Luke se encogió de hombros.

—Sabemos que las arañas y los seres misteriosos son alucinaciones típicas. Podrían no ser las únicas. Deberíamos tener cuidado. Cualquier cosa inquietante, fuera de lo ordinario… no deberíamos asumir automáticamente que es real.

—Estoy de acuerdo.

Ben decidió no intentar retomar la conversación sobre caminar en la corriente donde habían sido interrumpidos. No creía que estaría en una posición fuerte para discutir que estaba listo para aprender tal disciplina cuando acababa de ser tomado por sorpresa, aunque momentáneamente, por un puñado de arañas irreales.

Continuaron durante varias horas, planeando cuidadosamente saltos cortos. La técnica *hassat-durr* de Luke demostró ser consistentemente útil, aunque parecía agotarle. Ben empezó a tener una sensación para navegar por los corredores, extendiéndose en la Fuerza para ayudar a su padre a determinar qué camino sentía que era el correcto donde todo estaba cambiando constantemente.

La serie de saltos cortos que a veces era como un paso hacia delante y dos hacia atrás finalmente les llevó a los planetas. La concentración de corredores aquí era la más grande. Era lo que permitía que la vida evolucionara. Pero cada planeta demostró ser una decepción.

La vida que había allí era primitiva y atrofiada. Una mala sospecha se elevó en Ben.

Estaba poco dispuesto a decirlo, pero sabía que tenía que hacerlo.

—Papá —aventuró en cierto momento—, ¿qué pasa si estamos completamente equivocados?

—Siempre estoy preparado para divertirme con esa sugerencia —dijo Luke—. El universo no es nada excepto humillante. ¿Sobre qué crees que podríamos estar equivocados?

—Bueno… todo lo que tenemos dice que los Aing-Tii viven dentro de la Falla Kathol. ¿Pero qué pasa si no viven allí? ¿Qué pasa si todo el mundo simplemente asume eso?

—Buena pregunta. Pero tú me enseñaste la importancia de seguir las evidencias, ¿recuerdas? Si todo apunta a que están aquí, claramente este es el primer lugar en el que debemos mirar.

—Bueno, sí, bajo circunstancias normales —dijo Ben—. Pero «echar un vistazo» por aquí no es bueno para la *Sombra de Jade* o su tripulación.

Luke le miró.

—Eso es cierto. ¿Tienes una sugerencia mejor?

—… uh. No. —Ben estaba desmesuradamente complacido de que Luke admitiera libremente que él, Ben, le había enseñado algo. Estaba menos complacido de no haber sido capaz de proporcionar una idea mejor—. Creo que seguiremos las evidencias.

Luke sonrió.

—Entonces pongámonos manos a la obra. Llevará lo que lleve.

Después de todo, Ben, tenemos una década que matar.

Ben hizo una mueca.

Esta vez Luke le dejó trazar el salto, comprobándolo para asegurarse de que Ben lo había calculado apropiadamente. Sin embargo, el planeta que encontraron podría ser casi inmediatamente descartado. Ben se tomó un descanso para comer y caer en una meditación curativa durante veinte minutos y entonces su padre y él cambiaron de posición.

Luke se levantó del asiento del piloto y Ben se deslizó en él. Su papá le dio unas palmaditas en el hombro mientras él se dirigía a la parte trasera en dirección a la cocina para coger un bocado para comer.

A Ben no le gustaba admitirlo, pero estaba empezando a aburrirse. Volvió a concentrar su atención en lo que estaba haciendo, porque era lo bastante listo como para saber que cuando te aburrías, te volvías descuidado y cuando te volvías descuidado bastante a menudo ocurrían cosas malas. Estaba fresco, alimentado y alerta y su mente no estaba distraída, pero realmente, realmente deseaba que se dieran prisa y encontraran a los Aing-Tii. A pesar del comentario sarcástico de Luke de antes y a pesar de la belleza de la Falla, no quería pasar los años siguientes saltando de corredor en corredor.

De repente sonó un pitido áspero. Las luces de la consola empezaron a perseguirse unas a otras como luciérnagas en el verano. La nave empezó a estremecerse, pero no había tormenta…

Estaba mirando a las lecturas que le decían que no estaba dentro de la Falla Kathol, sino en órbita alrededor de Coruscant. Un instante después, las lecturas insistieron en que la nave estaba en peligro inminente de hacerse pedazos. Luego estaban recogiendo señales de una nave que no estaba allí.

Otra ilusión. Ben casi sonrió para sí mismo. Quizás esto era lo que estaba ocurriendo en la Falla: la alucinación empezaba como genérica y se volvía más y más específica. Aunque toda esa cosa de Coruscant era bastante estúpida, porque Ben sabía muy bien que…

Luke volvió corriendo de la cocina, se dejó caer en el asiento del copiloto y empezó, veloz pero controladamente, a volver a poner a la *Sombra de Jade* bajo control. Ben le sintió extendiendo sus sentidos en la Fuerza y la nave pareció tranquilizarse, casi como un animal vivo respondiendo a la serenidad de su dueño.

—Oh —dijo Ben—. Eso… no era una alucinación.

—No —dijo Luke, con sus ojos azules estrechándose mientras miraba las lecturas—. Aunque puedo ver porqué pensaste que lo era.

En la pantalla había una «lectura» de Tatooine.

Luego allí estaba aquella nave.

Hubo un centelleo repentino y brillante y la nave que había aparecido en las lecturas estaba justo delante de ellos.

Era enorme, había salido de ninguna parte, era discordante y estaba directamente encima de ellos. Durante un instante, a Ben le recordó a las naves yuuzhan vong, pero si sus naves eran orgánicas de un modo basado en plantas, esta era una piedra viva. Era una esfera de alguna clase, pero no tan precisa. Extrañas proyecciones sobresalían (¿Tubos de escape? ¿Tubos de aceleradores?), aparentemente de manera aleatoria. Estaba cubierta por gruesas placas del casco que estaban grabadas con alguna clase de escritura o símbolos. Y se movía de modo regular hacia ellos.

—Bueno, Ben, parece que podemos dejar de buscar. Los Aing-Tii nos han encontrado a *nosotros*.

Tenía que ser eso. Las naves Sanedrín podían moverse de un lugar a otro en un parpadeo. Y claramente, tenían la habilidad de afectar o confundir las lecturas. Mientras empezaba a pensar más claramente, Ben se dio cuenta de que lo que había visto eran imágenes e información almacenadas de los planetas, no auténticas lecturas.

—Cuando no puedas confiar en tus ojos —dijo Luke y Ben terminó por él.

—Confía en la Fuerza.

Ben suavizó su mirada y cayó en un estado receptivo, extendiendo sus sentimientos y sentidos en la Fuerza que una vez le había asustado tanto y que ahora era una fuente de fortaleza, conocimiento e incluso consuelo.

Ella se tomó su tiempo y él mantuvo parte de su atención en la enorme nave delante de ellos. Ella no hizo intento alguno de contactar o disparar contra ellos, pero tampoco se alejó. Ben estaba seguro de que los Aing-Tii les estaban vigilando con tanta seguridad como Luke y él estaban vigilando su nave.

Y entonces Ben los sintió.

No eran como ninguna otra energía con la que se hubiera encontrado jamás en la Fuerza. Se sentían como moviéndose, entrando y saliendo de la Fuerza, como si no fueran realmente parte de ella, aunque Ben sabía que todas las cosas vivas eran parte de la Fuerza. Estaban allí y no estaban y se las arreglaban para hacer ambas cosas a la vez y tener esa contradicción en su mente estaba empezando a darle dolor de cabeza a Ben.

Sintió a su padre abriéndose, una presencia fuerte, clara, brillante y calmada en la Fuerza. No hubo palabras, pero Luke estaba abierto e invitaba. Luke estaba tieso como si

fuera de piedra, con sus ojos, como los de Ben, abiertos, viendo y también concentrándose dentro.

La respuesta casi le arrebató el aire de los pulmones de poderosa que era.

Había una sensación definitiva de no hostilidad, pero de no quererles. No les daban la bienvenida, pero tampoco les estaban rechazando. Aun.

Iban a ser puestos a prueba. Debían demostrar su valía. Había un resto como de suavizarse y Ben se dio cuenta de que de alguna manera los Aing-Tii sabían por qué habían venido y al menos les darían la oportunidad de hablar. La suavidad de repente se volvió dura, fría.

Ben supo que si fallaban en la prueba, serían rechazados… y tuvo una sensación muy definida de que ese «rechazo» no sería para nada agradable.

Sintió aceptar a su padre y entonces Luke tomó aire profundamente. Ben le sintió retirarse de la Fuerza como una presencia consciente.

Todavía sentía a Luke, él siempre sería capaz de sentirle a menos que el propio Luke escogiese deliberadamente lo contrario. Justo igual que Ben a veces elegía no estar presente en la Fuerza. Él también se retiró y puso una mano sobre sus ojos cansados.

—Estuviste de acuerdo en su prueba —dijo él.

—Realmente no creo que hubiera elección, Ben.

—Yo tampoco lo creo. ¿Pero cómo…?

Su pantalla parpadeó. De repente aparecieron unas coordenadas en ella.

—No importa —dijo Luke—. Vamos.

Capítulo Catorce

A BORDO DE LA *SOMBRA DE JADE*

Después de toda la pugna, elucubraciones y toda la paciencia que hacía rechinar los dientes que Ben y Luke habían sufrido durante los últimos días, su situación actual definitivamente tenía un aire de alivio.

Poco después de que Luke hubiera transmitido su acuerdo con la proposición de los Aing-Tii, las coordenadas habían empezado a recorrer la pantalla. Era una serie de saltos que demostraron ser sorprendentemente fáciles.

—¿Sabes? —dijo Ben en el tercer salto—, deberíamos haber sido capaces de descubrir estos por nosotros mismos.

—Me parece —replicó tranquilamente Luke— que hemos pasado varios días intentando hacer precisamente eso y que los saltos que estamos ejecutando ahora no se nos habían ocurrido a ninguno. Además, no teníamos una dirección específica. Simplemente estábamos intentando lanzar nuestra red tan lejos como fuera posible.

Ben suspiró.

—Lo sé… Sólo me siento un poco tonto. Es tan obvio, ahora que lo veo.

—Las cosas normalmente son obvias cuando estás al otro lado de ellas —replicó Luke—. Además, si hubiéramos llegado inesperadamente a la órbita alrededor del planeta de los Aing-Tii, bien podríamos haber sido atacados y asesinados antes de que incluso pudiéramos presentar nuestro caso apropiadamente.

Ben levantó las manos en señal de rendición, riéndose.

—Tú ganas. No sé por qué necesitabas contratar a Nawara Ven. Argumentas un caso bastante bien tú solo.

Ambos se callaron, sin embargo, cuando después del salto final se encontraron orbitando no un planeta lleno de seres inteligentes sino una luna pequeña y deshabitada.

—Papá —dijo lentamente Ben—, ¿crees que acabamos de meternos en una trampa?

Luke negó con la rubia cabeza.

—No. Si hubieran querido matarnos, tuvieron una oportunidad perfecta para hacerlo antes. Había esperado que la prueba se llevara a cabo en su planeta, pero aparentemente este es el sitio que han elegido.

Ben tocó los controles. La luna era rocosa e inhóspita.

—Tiene una atmósfera de oxígeno y nitrógeno, lo cual es bueno, aunque el oxígeno es un poco más bajo de lo ideal. Y no estamos enteramente protegidos de la radiación electromagnética de la Falla, pero la técnica *hassat-durr* debería mantenernos lo bastante a salvo —dijo con sólo un toque de inseguridad.

—¿Necesitaremos máscaras respiratorias?

—No. —Gracias al cielo—. Deberíamos estar bien fuera de la *Sombra* durante unas cuantas horas. Y hay una única forma de vida. Un mamífero.

—Nuestro comité de bienvenida —dijo Luke—, que sin duda será el que administre el desafío.

La superficie era tan rocosa como había parecido desde el espacio.

Mientras maniobraban la *Sombra* para aterrizar, siguiendo todavía las coordenadas extremadamente precisas de les habían dado, vieron la nave Aing-Tii. La nave estaba hecha claramente del mismo material que la nave Sanedrín que se había enfrentado a ellos antes, pero a una escala más pequeña y más personal. Todavía le parecía a Ben perturbadoramente orgánica. Tenía protuberancias similares saliendo de su ovoide, pero él no pudo ver puertas o rampas. Ni había signo alguno del representante Aing-Tii que habían anticipado que les saludaría.

Ben y Luke intercambiaron miradas.

—Quizá desembarcará una vez que mostremos buena fe —sugirió Luke.

—Eso espero. Todo esto tiene una sensación bastante rara.

—Me temo que tengo que estar de acuerdo.

Luke posó la *Sombra* en el suelo rocoso, cerca pero no demasiado cerca de la nave de su anfitrión. Ben alargó la mano para coger su capa. Después de todo el tiempo que pasó en Dorin cargando con una máscara respiratoria y las botellas variadas, quería coger sólo lo mínimo que necesitara.

—Deja el sable láser —dijo Luke, desprendiéndose ya del suyo propio—. No vinimos anticipando una pelea.

—¿Qué pasa si ellos nos presentan una?

—La Fuerza nos dará lo suficiente en lo que basarnos para defendernos. Pero Ben… esta es la especie a la que Yoda envió un hombre para que lo curasen. No creo que este desafío sea a muerte.

Ben no estaba tan seguro.

—Sí, y a veces también aparecen de ningún lugar y atacan a las naves.

Pero dejó atrás su sable láser como deseaba su padre.

Ben se sintió ligeramente mareado en el momento en que bajaron por la rampa, pero la sensación no era extrema. Se aproximaron lentamente, dándole al Aing-Tii mucho tiempo para que saliera de su propia nave. Varias rocas grandes y grises estaban reunidas a unos cuantos metros de la nave. Ben se preguntó por qué el Aing-Tii había elegido aquel lugar de aterrizaje cuando a unos pocos cientos de metros hacia el norte había un área grande que estaba completamente despejada.

Luke aminoró el paso incluso más mientras más se acercaban.

Frunció el ceño un poco, revelando que estaba tan sorprendido como Ben.

—Quizás esto es parte de nuestro desafío —murmuró ligeramente.

Y entonces una de las rocas cercanas a la nave se movió.

Se desenroscó lenta y lánguidamente, extendiendo una cola larga, dos poderosos miembros inferiores, dos patas delanteras más pequeñas y una gran cabeza sobre un cuello sinuoso. Fijó en ellos unos ojos grandes, oscuros y que no parpadeaban mientras enroscó su cola bajo él y se sentó sobre sus patas traseras. Ben supo instintivamente que

la lenta revelación de su presencia era deliberada y para beneficio de ellos. Esta criatura probablemente podría transformarse de parecer ser una simple roca a una amenaza mortal en un instante. Incluso ahora que no estaba enroscada sino más bien sentada, se fundía con lo que le rodeaba.

Era mucho más imponente que la imagen holográfica que Ben había estudiado. Algo en su caparazón y su quietud eran perturbadores.

Ben miró a su padre.

Luke inclinó la cabeza educadamente y Ben siguió su ejemplo.

—Soy el Jedi Luke Skywalker. Este es mi hijo, Ben. Gracias por estar dispuesto a reunirse con nosotros. Hemos venido como pidieron para aceptar su desafío.

Ben y Luke esperaron. El ser no se movió. Ben se fijó en los diseños geométricos de ciertas piezas de las uniones del caparazón que cubría su cuerpo. Reconoció unos cuantos de ellos como los mismos que había visto en la nave Sanedrín. Tan cerca de la criatura, ahora podía ver que los patrones no estaban pintados simplemente sino que estaban grabados con ácido sobre el caparazón del Aing-Tii y luego teñidos. Ben se preguntó si le había dolido o si, como parecía, el caparazón era más como una armadura o alguna clase de exoesqueleto que como la piel.

—No creo que entienda básico, papá —dijo Ben en voz baja después de varios minutos.

—No parece que lo entienda, no.

Ben miró la nave.

—Parecen ser tecnológicamente avanzados. Y sabemos que han sido capaces de comunicarse con humanos antes. Así que, ¿por qué no está haciendo uso de su equipamiento? ¿Cómo se supone que nos va a decir cuál es nuestro desafío?

Luke sonrió ligeramente.

—Porque estoy dispuesto a apostar que nuestro desafío es descubrir un modo de comunicarnos con él sin el uso de la tecnología. Que va a ser desde luego un buen desafío, ya que los Aing-Tii se comunican entre ellos por el sabor, el olor y por el tacto de unos con otros con sus lenguas —añadió.

Como si hubiera oído y entendido completamente todo lo que se había dicho, la criatura de piedra inmóvil abrió repentinamente su boca. Seis finos apéndices verde brillante salieron disparados y se movieron salvajemente.

—Oh, qué asco —dijo Ben.

Entonces se preguntó si el Aing-Tii realmente *había* sido capaz de entender todo lo que habían dicho y enrojeció un poco.

El Aing-Tii retiró sus brillantes lenguas verdes y se quedó quieto como si nunca se hubiera movido.

—¿Cómo se supone que vamos a aprender esa clase de lenguaje? —preguntó Ben, con su voz ligeramente áspera.

Habría muerto antes que admitirlo, pero el repentino movimiento del ser previamente inmóvil, particularmente cuando ese movimiento involucraba lenguas verdes, le había sobrecogido.

—No se supone —dijo tranquilamente Luke. Su mirada estaba cruzada con la de las órbitas oscuras, brillantes y del tamaño de puños del Aing-Tii—. No aprenderemos su lengua y él no aprenderá la nuestra.

—Pero tenemos que comuni… —Ben parpadeó—. Espera un minuto. ¿Cómo sabes que es macho?

—Del mismo modo que pretendo comunicarme con él —replicó Luke.

Su voz era más suave, ligeramente más profunda y, aunque todavía estaba mirando al Aing-Tii, Ben comprendió que su padre no estaba viendo realmente al ser. Luke dio varios pasos hacia delante, acortando el espacio entre él mismo y el Aing-Tii, y entonces se acomodó sobre el suelo rocoso para sentarse de cara a ello. A él.

Y entonces Ben lo pilló.

Sin otra palabra, siguió el ejemplo de su padre, moviéndose para sentarse con las piernas cruzadas al lado de Luke, volviendo su cara hacia arriba (porque incluso sentado, el Aing-Tii era más alto que ellos) hacia el alienígena. Dejó que su mirada se suavizara pero no cerró los ojos y ralentizó su respiración a pesar de la finura de la atmósfera.

Sintió un toque en su mano y la volvió de manera que su padre y él se agarraran de las manos. Luke necesitaba el contacto físico si debía extender la técnica *hassat-durr* para protegerse él mismo y a Ben.

Ben no estaba acostumbrado a cogerse de la mano de su papá, pero sintió un ligero hormigueo y agradeció la protección que Luke le estaba ofreciendo.

Por supuesto sintió a su padre en la Fuerza inmediatamente. Luke Skywalker era una presencia brillante y resplandeciente para cualquiera que fuera sensible a la Fuerza y su vínculo con Ben le permitía al joven conectar con él al instante.

Ben no sintió al ser ante él y se preguntó si el Aing-Tii conocía la misma técnica para enmascarar su presencia en la Fuerza que él, Ben, conocía. Se sintió un poco confuso. Estaba seguro de que su padre lo había entendido bien. Pero si este ser realmente quería comunicarse con ellos en la Fuerza, ¿entonces por qué el…?

Y entonces de repente estuvo *allí*, resplandeciendo tan brillante como Luke Skywalker pero de un modo totalmente diferente.

Tadar'Ro, porque de repente Ben sabía su nombre, era un tipo de usuario de la Fuerza completamente diferente de todos los que Ben había encontrado nunca. Su presencia se sentía… rota de algún modo, pero no de un modo negativo. Esta no estaba rota porque se hubiera roto, sino por elección, por diseño. Era como si el yo de la Fuerza de Tadar'Ro fuera una especie de tela, tejida de muchos hilos y ahora estaba permitiendo que los Skywalker vieran y comprendieran esto.

Ben lo había sentido cuando las esencias de vida de la gente se habían apagado de la Fuerza. Estaba acostumbrado a la sensación enfermiza. Le habían dicho que aquel por quien le habían puesto el nombre, Obi-Wan «Ben» Kenobi, se había tambaleado y

parecido débil cuando Alderaan había sido hecho pedazos por la Estrella de la Muerte. Tantas muertes a la vez tenía que haber sido traumático.

Lo que Ben experimentaba ahora, sin embargo, aunque era sobrecogedoramente intenso, no era horroroso para nada. Se dio cuenta de que su respiración se había acelerado y que el aire que estaba metiendo en sus pulmones no resolvía el problema y el brillante ser de muchos hilos que era Tadar'Ro de alguna manera le había poseído en la Fuerza y…

No tenía opción. Ben de repente se retiró de la Fuerza y cerró la puerta de golpe.

Comprendió que estaba sudando pesadamente y estremeciéndose.

Se volvió para mirar a su padre, que había levantado una mano en un gesto despreciativo y sin embargo amable.

—Vuelve a la *Sombra*, Ben —dijo Luke. Él todavía estaba mirando absortamente a Tadar'Ro—. Yo iré pronto.

Ben sintió que su cara enrojecía una segunda vez. No había sido capaz de manejarlo, *fuera* lo que fuese.

Se levantó y caminó de vuelta a la nave. Mientras empezaba a ascender por la rampa, se volvió y miró hacia atrás para ver las largas y finas lenguas verdes de Tadar'Ro moviéndose y acariciando la cara sin volverse de su padre.

Ben se alegró de volver a la atmósfera artificial, familiar y cómoda, de la nave de su madre. Una vez que volvió a estar a bordo, sin embargo, se lanzó a sus estudios de los Aing-Tii como una especie de penitencia por lo que percibía como un fallo, sólo para comprender lo poco específica que era la información que había. Por consiguiente, se distrajo con un holodrama, avergonzado de estar haciendo tal cosa pero demasiado agitado para forzarse a hacer otra cosa.

Estaba tendido en la silla fluyeforma, repasando lo que había experimentado con una parte de su mente y observando la actuación con la otra, cuando oyó abrirse la puerta y la voz de Luke llamándole.

—¿Ben?

Ben apagó el holodrama rápidamente.

—Papá… ¿Cómo fue? ¿Qué estaba haciendo él? Siento no haber podido…

—Lo hiciste muy bien —dijo tranquilizadoramente Luke—. Incluso yo no experimente nunca nada como lo que Tadar'Ro intentó compartir conmigo.

Parecía un poco agotado, pensó Ben. Saberlo mitigaba su propia sensación de quedarse corto.

—¿Te comunicaste con él de un modo aceptable?

Luke cogió un vaso de agua, se lo bebió de un golpe, lo volvió a llenar y se dejó caer en la silla al lado de Ben. Ben se dio cuenta, se dio cuenta de verdad, de las arrugas en la cara de su padre y del gris en su pelo rubio. Los dedos que envolvían el vaso eran fuertes

y encallecidos y estaban agrietados. Luke Skywalker parecía bastante mortal en aquel momento y Ben comprendió que la revelación le hacía sentirse incómodo. Entonces pensó en lo apaleado que se había sentido después de una estancia más corta en la débil atmósfera y se convenció a sí mismo de que su padre estaba simplemente bien.

Casi.

—Sí, aunque fue bastante agotador.

—Son una especie muy… alienígena, ¿verdad? —dijo Ben.

Luke se rió ligeramente y tomó otro sorbo de agua.

—Mucho. Es absolutamente fascinante. Puedo ver porqué Jacen estaba tan intrigado por ellos. Son… diferentes de todas las especies que he conocido jamás.

—Entonces —preguntó Ben con fingida casualidad—, ¿vamos a tener la oportunidad de conocer a más o voy a quedarme atrapado viendo holodramas de segunda fila mientras nos dirigimos a la próxima pista posible?

—Déjame ponerlo de este modo —dijo Luke—. Acostúmbrate a que te laman.

Capítulo Quince

A BORDO DE LA *SOMBRA DE JADE*

—No es telepatía, ¿verdad? —inquirió Ben mientras trazaba el salto según la información que Tadar'Ro había transmitido a la *Sombra de Jade*.

—No. Pero hay más comprensión de lo específico de lo que tú y yo estamos acostumbrados a experimentar cuando tocamos a alguien a través de la Fuerza —dijo Luke—. Y parece haber suficiente para que ellos entiendan básico.

—¿Pero cómo van a hablar ellos con nosotros? —inquirió Ben—. Quiero decir… esas lenguas no parecen que operen del modo en que lo hacen las nuestras.

—Tadar'Ro no parece creer que habrá ningún problema una vez que lleguemos —dijo Luke. Ben frunció un poco el ceño. Sabía que a veces simplemente necesitas aceptar las circunstancias del modo en que son, pero su padre era a veces tan *críptico*. Luke vio su expresión y dijo—: A mí no me mires esta vez. También es eso todo lo que sé.

Los saltos eran fáciles y precisos. Tadar'Ro les había dado directrices no sólo para hacia dónde saltar, sino también para cuándo hacerlo. Había sido calculado al segundo.

—Entonces así es cómo se las arreglan —dijo Ben—. Saben cuándo es seguro saltar en uno de los corredores. ¿Crees que tiene que ver con caminar en la corriente?

Los Jedi ordinarios podían rozar el futuro en un grado mayor o menor, lo suficiente para darles una ligera ventaja en combate, pero Ben estaba pensando en Jysella Horn sabiendo exactamente dónde emergerían los droides de seguridad ocultos… y exactamente cuándo.

—Posiblemente —dijo Luke—. Estoy seguro de que lo descubriremos. Justo en este momento necesitamos concentrarnos en hacer esos saltos.

Ben suspiró para sus adentros. Obviamente Luke no estaba preparado todavía para continuar con su conversación interrumpida sobre caminar en la corriente. Pero él sentía que tenía razón. Si Tadar'Ro pensaba que era útil calcular el momento del salto tan precisamente, sería inteligente por parte de ellos seguir sus instrucciones.

Emergieron de la última serie de saltos para ver una planicie que era sorprendentemente similar a la luna que Tadar'Ro había elegido para su desafío. La atmósfera era similar, pero las radiaciones electromagnéticas de la Falla era ligeramente inferiores y al menos había vida en este mundo. Ben podía ver cuerpos de agua y zonas de verde aquí y allí entre superficies de roca.

—Bueno, aquí estamos —dijo—. ¿Y ahora qué?

Como si respondieran inmediatamente, las coordenadas empezaron a fluir a través de la pantalla de la consola.

—Pósate allí y lo descubriremos —dijo Luke.

Las residencias de los Aing-Tii eran reconocibles definitivamente como ciudades, pero también era obvio inmediatamente que los seres a los que habían venido aquí para requerir ayuda intentaban estar en armonía con lo que les rodeaba. Justo igual que sus cuerpos habían evolucionado para fundirse físicamente con el terreno, los Aing-Tii buscaban que sus ciudades también lo hicieran. El lugar de aterrizaje, localizado a una corta distancia de una de las ciudades más pequeñas, estaba en un cañón, rodeado por todas partes por paredes de piedra abruptas y casi verticales. A Luke le recordó a Tatooine mientras miraba el terreno siniestro, áspero y casi inhóspito. Las zonas de verde, fértiles valles de ríos, eran pocas y muy separadas y, curiosamente, parecían no ser donde los Aing-Tii elegían morar. Era como si estos seres buscaran deliberadamente las áreas más áridas, como si el desafío fuera algo que deseaban. Si Tatooine era un planeta cálido y desértico, este era más frío y más rocoso. Pero mientras descendían y aceleraban sobre maquinaria y granjas, Luke reconoció el equipamiento que supo inmediatamente que estaba diseñado para granjas de humedad. No era la misma maquinaria con la que él había crecido, desde luego, pero era suficientemente similar. Se sentó con las emociones encontradas de nostalgia e incomodidad durante un momento, dejando que ambas fluyeran a través de él.

Los sintió a todos en la Fuerza mientras posaban la *Sombra de Jade* en una meseta rocosa. A pesar de estar tan acostumbrado como estaba a experimentar la variedad vasta y luminosa que era la presencia de muchas vidas, esta le dejó perplejo durante un momento. Como le había dicho a Ben, había algo único en las presencias Aing-Tii en la Fuerza.

Tadar'Ro les estaba esperando. Estaba de pie con aquella inherente inmovilidad mientras ellos bajaban por la rampa y desembarcaban de la *Sombra*. En cada zarpa delantera, sostenía un objeto de metal grande y cilíndrico que se alargaba hasta un bulbo redondeado en la punta. Un tercer aparato, un círculo plano de alrededor del tamaño del puño de Luke, estaba fijado a su pecho. Pequeñas luces parpadeaban y se perseguían unas a otras por la cara del círculo.

Luke y Ben se aproximaron a él, inclinaron la cabeza como saludo y se quedaron parados tranquilamente, esperando. Tadar'Ro levantó una de las extrañas varas de metal e indicó el bulbo en la punta, acercándola a su boca y luego se la entregó a Luke.

—Parece como un micrófono de alguna clase —dijo Ben tranquilamente.

Luke asintió, levantando el aparato hacia su boca y mirando a Tadar'Ro.

—¿Es así cómo podremos hablar contigo? —dijo, levantando el instrumento hacia su boca como le había indicado el Aing-Tii.

La cabeza de Tadar'Ro se movió arriba y abajo sobre su largo cuello acorazado. No parecía como si fuera un gesto natural, pero era definitivamente un asentimiento. Levantó su propia vara hacia su boca, abriendo sus mandíbulas y extendiendo sus lenguas. Cada una estaba envuelta en un mecanismo pequeño y brillante. Ellas se movieron sobre la punta del «micrófono».

—Sí —dijo Tadar'Ro con una voz completamente humana y masculina.

El sonido tenía un ligero tono mecánico, como la de un droide, y salía del aparato circular sobre su pecho más que de su boca ahora cerrada. Pero era inequívocamente humana y Ben y Luke intercambiaron miradas.

—Atendimos a uno de vuestra especie. Su conocimiento de vuestra lengua nos permitió crear este aparato, de manera que pudiéramos hablar con vosotros.

—Me alegro mucho de esto —dijo Luke, hablando en el aparato.

Estaba realmente bastante aliviado. Se había preguntado cómo sería capaz de superar la barrera.

—¿Cómo funciona? —preguntó Ben, mirando al aparato.

—Nosotros nos comunicamos por feromonas —dijo Tadar'Ro—. Llevó tiempo, pero este aparato es capaz de analizar las feromonas que emitimos y encuentra las palabras correspondientes en básico para ellas. Ahora. Os esperan. Seguidme.

Se volvió y empezó a cruzar a grandes zancadas el terreno rocoso con un paso vivo, dirigiéndose hacia el único modo de salir, un túnel estrecho a través de la escarpada pared de piedra. Luke y Ben rompieron a trotar para mantener el paso con él. El aire fino de este planeta hacía que la corta carrera fuera más dura de lo que debía haberlo sido y Luke se encontró conectando con la Fuerza para posibilitar que su cuerpo absorbiera más oxígeno. A su lado, Ben estaba jadeando, sólo un poco.

Mientras salieron por el otro lado del túnel, Luke se dio cuenta de que las rocas puntiagudas a las que se estaban aproximando eran construcciones artificiales. La ciudad que había visto desde arriba.

No había dos estructuras con la misma configuración. Parecían tan aleatorias como si la propia naturaleza las hubiera creado.

Pero había una línea muy, muy larga de inmóviles Aing-Tii, de pie como las mismas piedras y que fijaron en los extraños sus grandes ojos negros que no parpadeaban.

—Ellos os dirán algo. Responded con la frase que el Herido utilizaba —dijo Tadar'Ro—. *Como Aquellos Que Habitan Más Allá del*

Velo deseen.

Luke y Ben asintieron. Luke se acercó al primer Aing-Tii de la línea, observando que ni este ni, hasta donde podía decir, ninguno de los otros tenían un aparato de traducción. Este era un macho grande.

Su caparazón estaba desconchado y los patrones geométricos grabados en él eran obviamente muy viejos. Sintiendo que este era un anciano respetado del grupo, Luke inclinó la cabeza graciosamente. Espero que un nombre viniera a su cabeza, pero no vino. Aparentemente, Tadar'Ro era el único que estaba dispuesto, hasta ahora, a revelar tal información.

Luke se quedó quieto mientras las lenguas del Aing-Tii se movieron sobre su cara. No era una sensación desagradable. Las lenguas no era particularmente húmedas y el roce era ligero y suave. Sin el aparato de traducción, Luke no tenía ni idea de qué estaba diciendo el ser, pero no sintió hostilidad, sólo la precaución que un anciano de un grupo sería inteligente en mostrar.

El anciano retrajo sus lenguas y se quedó esperando a la réplica de Luke.

—Como Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo deseen —dijo Luke, inclinando la cabeza ligeramente.

Se movió hacia el siguiente. También un anciano, este era una mujer y Luke recibió un impacto muy fuerte de que ella no estaba para nada complacida de que él estuviera aquí. A su lado, por el rabillo del ojo, vio a Ben encogerse infinitesimalmente mientras las lenguas del primer anciano bailaban por sus rasgos. Pobre Ben. Luke tampoco habría apreciado el gesto cuando tenía su edad y estaba tan orgulloso de Ben, que lo soportaba sólo con la más vaga ondulación de malestar en la Fuerza.

El roce de las lenguas de la anciana era extrañamente frío, no físicamente, sino en la Fuerza. No, definitivamente ella no estaba complacida de que Ben y él estuvieran aquí. De todos modos, él repitió la frase con todo el respeto y la cortesía que pudo invocar, inclinó la cabeza y continuó adelante.

Les llevó mucho tiempo, pero al menos Ben y Luke se habían presentado oficialmente a sus nuevos anfitriones. Algunos de ellos les ofrecían la bienvenida, algunos eran hostiles y algunos eran enteramente neutrales en sus actitudes. Luke se preguntó incómodo en qué podrían haberse metido Ben y él, pero mantuvo esa idea cuidadosamente oculta. Cuando el último Aing-Tii hubo terminado con Ben, los dos Jedi se volvieron hacia Tadar'Ro.

Tadar'Ro les hizo un gesto con la cabeza para que le siguieran.

Como el asentimiento que le había dado a los dos Jedi previamente, este pareció ser un gesto forzado de su parte, pero uno que se entendía fácilmente. Ellos obedecieron, siguiéndole mientras él les llevaba alrededor de un gran afloramiento de roca que sobresalía del suelo.

Luke se sorprendió por lo que vio al otro lado. No había estado seguro de qué esperar, pero no era esto. Más que otra de las moradas con forma de roca, era una casa pequeña de una sola planta, con cuatro paredes rectas, un tejado y una puerta. Mientras que claramente estaba construida con materiales nativos del planeta, también estaba obviamente diseñada para la estética humana.

—Jorj Car'das —dijo Ben y entonces comprendió que no había hablado en el mecanismo de traducción. Cogiéndoselo a Luke, inquirió—: Esta fue la casa de Jorj Car'das durante los años que pasó aquí, ¿verdad?

De nuevo el asentimiento.

—Sí —dijo Tadar'Ro—. Utilizamos lo que aprendimos de las necesidades y comodidades humanas y creamos esta morada para acomodarle.

Luke empujó la puerta para abrirla.

El interior era sorprendentemente acogedor. Una colchoneta, de aspecto apelmazado pero no poco acogedora, estaba colocada en una esquina. Una alfombra, tejida de coloridas hojas secas de alguna clase de planta, cubría y aislaba el suelo. Había dos mesas y una pared estaba llena de estanterías. El suelo, las mesas y las estanterías estaban agradablemente llenas de adornos tan familiares que hizo que Luke sintiera que se le

apretaba el corazón inesperadamente: piezas de reparaciones para un astromecánico, piezas de repuesto para una pistola láser, cuadernos de datos. Mezclados con ellos había piedras coloridas y estatuas de madera tallada de varias imágenes reconocibles: un pequeño bantha, un astromecánico y una que sospechaba que se pretendía que fuera Tadar'Ro. Obviamente había sido un hobbie más que una auténtica vocación artística para Jorj Car'das, quien Luke sospechaba que había tenido que pasar muchas horas sin nada que hacer.

—Los Jedi pueden quedarse aquí, si lo desean.

—Gracias, nos gustaría venir aquí de visita y quizás quedarnos aquí durante el día. Por la noche, sin embargo, volveremos a nuestra nave. Vuestra atmósfera, mientras que tolerable, no es ideal para nosotros.

—Eso nos dijo Jorj Car'das también —dijo Tadar'Ro—. Eso es aceptable. —Indicó la colchoneta—. Sentaos. Hablaremos de porqué habéis venido… y qué es lo que esperáis encontrar aquí.

Luke y Ben se sentaron en la colchoneta. Como Luke había esperado, era bastante cómoda, aunque era un poco complicado acomodarse en ella.

—Sabes por qué hemos venido —dijo Luke. Había sido escrupulosamente educado, soportando todos los lamidos de cara y el misterio. Pero ahora era hora de que él descubriera algo de Tadar'Ro, más que al revés—. Sentí que no todo el mundo aquí nos da la bienvenida como tú, Tadar'Ro. ¿Puedes decirme por qué?

El ser lo consideró y luego le dio un asentimiento con la cabeza forzado.

—Es mejor que lo sepas. Es menos probable que te ofendas.

Ben hizo un suave sonido de resoplido, pero (dando gracias, pensó Luke) no habló. Tadar'Ro continuó.

—Has dicho que estudiaste lo que Jorj Car'das llevó de vuelta con tu gente. Entonces sabrás que durante mucho, mucho tiempo, los Aing-Tii han creído que ciertas cosas son de cierta manera. Respetamos profundamente a la Fuerza, pero no la utilizamos. No del modo en que lo hacen otros. Para nosotros, es algo a respetar y experimentar. No es una herramienta, un arma, para que hagamos del universo lo que queramos.

»Creemos que se nos guía. Los sucesos no están predeterminados, pero fluyen, suavemente hacia cierto lugar, de cierta manera.

Estaba sentado sobre sus talones, con su cola plegada bajo él como una silla incorporada. Mientras hablaba, movía sus cortos brazos de una manera sorprendentemente grácil, con las garras que parecían trazar patrones en el aire, y sus ojos estaban medio cerrados. Luke le sentía incluso más fuertemente en la Fuerza y de nuevo se maravilló de la relación de estos extraños seres con ella.

Tadar'Ro abrió sus ojos y sus manos se aquietaron y entonces las volvió a bajar hasta su pecho.

—Así lo hemos creído durante mucho y mucho tiempo. Pero en los últimos años, un Profeta se elevó y dijo muchas cosas.

—¿Le crees? —preguntó Luke—. ¿Crees que profetiza realmente?

—Es un concepto tan extraño, el profetizar —replicó Tadar'Ro, con su voz, siendo tan innaturalmente creada como era, transmitiendo de todos modos confusión—. Pensar que los sucesos son tan firmes. Como piedra, más que como viento y agua y pensamiento. Y sin embargo… él ha visto cosas y ellas han llegado a pasar.

—Coincidencia o mala interpretación —dijo Ben al instante—. La gente oye lo que quiere oír. Haz que sea lo bastante vago y una profecía o predicción encajará bastante con cualquier cosa.

—El joven habla con sabiduría. Y sin embargo estas son muy específicas. Podría ser, como tú dices, coincidencia. O podría ser clarividencia. El futuro no es desconocido para mi pueblo.

No, no lo sería, no para los caminantes en la corriente, pensó Luke.

—¿Podría ser que el Profeta simplemente haya tenido buena suerte, o buen juicio, para determinar cuál de los posibles futuros llegarán a pasar?

—Todo lo que decís, ya lo hemos pensado nosotros —dijo Tadar'Ro—. Y sin embargo, es difícil dejar de lado lo que hemos visto. Como he dicho, el Profeta nos dijo muchas cosas que después llegaron a pasar. Cosas específicas y exactas. De hecho, todo lo que dijo… ocurrió. Excepto una profecía final. Predijo la llegada de Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo durante su vida.

—Y eso realmente ha cabreado a la gente —dijo Ben.

—Desde luego que sí —dijo Tadar'Ro—. Especialmente porque hace unas pocas semanas, el Profeta se convirtió en uno con la Fuerza… y no hemos tenido ninguna señal de la llegada de Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo.

Ben frunció ligeramente el ceño y miró a su padre.

—Entonces se ha hecho aparente que no era infalible.

Tadar'Ro hizo un extraño movimiento para agacharse con la cabeza y Luke sintió su agitación.

—Su muerte ha lanzado a mi pueblo al alboroto. Nos hemos dividido… nosotros, que nunca tuvimos cismas o incluso desacuerdos que fueran algo más que triviales. Ahora se ha sembrado la furia y las acusaciones de engaños o algo peor. Nosotros… nos estamos haciendo pedazos.

El dolor que sentía latió como una herida abierta en la Fuerza.

Luke lo sintió casi como suyo propio y vio a Ben contraer también un poco la cara.

—No podemos servir de este modo. No cuando estamos centrados en nuestro propio odio y miedo y deseo de tener razón. Debemos encontrar una resolución en este asunto. Y eso, Jedi Luke Skywalker y Jedi Ben Skywalker, es la única razón por la que os permitimos venir.

—¿Vosotros… queréis nuestra ayuda para descubrir si este Profeta era real o falso? —La voz de Ben transmitió su perplejidad—. No sabemos casi nada de vuestro pueblo y el Profeta está muerto. ¿Cómo podemos ayudaros posiblemente?

—Podéis tocar las Reliquias —dijo Tadar'Ro, con voz reverente—. A nosotros nos está prohibido hacerlo.

Luke recordó uno de los trozos de información que habían aprendido sobre los Aing-Tii. Viajaban por la Falla buscando artefactos de Aquellos Que Habitaban Más Allá del Velo. Los datos no especificaban si estos eran artefactos creados por las deidades o si eran coleccionados para complacerles.

—Entiendo que —empezó Luke, expresándose cuidadosamente— vuestra fe os dice que reunáis estas… Reliquias.

Tadar'Ro asintió.

—Es nuestro sagrado deber hacer esto —estuvo de acuerdo—. Las encontramos y las recuperamos y las traemos aquí. Es a través de estos objetos como quizás podamos determinar la voluntad de Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo.

—¿Son… de estos seres?

—Creemos que lo son, sí.

—Y sin embargo, no podéis tocarlas.

De nuevo Tadar'Ro asintió.

—Es una blasfemia. Sólo los infieles pueden manejarlas libremente sin ofender a Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo.

—Eso debe de hacer difícil el estudiarlas, si no podéis tocarlas —dijo Ben.

—Sí. Sin embargo nos las hemos arreglado para mantener ambas leyes sagradas: reunirlas y no profanarlas. Hemos reclutado ayuda de vez en cuando.

Luke asintió, comenzando a comprender.

—Jorj Car'das —dijo—. Yoda os lo envió para que lo curarais y vosotros lo hicisteis a condición de que él lo aprendiera todo sobre vosotros.

—Una vez que nos comprendió, pudo ayudarnos. Fue muy útil.

—¿Le conociste? —preguntó Ben.

—Sí. Y estuve muy triste cuando finalmente se marchó.

—Y debido a él, fuiste al que se nombró para desafiarnos —dijo Luke—. Para ver si éramos dignos de manejar vuestros objetos por vosotros, de manera que pudiéramos ayudar a vuestro pueblo a decidir si abrazar un cambio tan profundo en su modo de pensar.

—Sí.

—Bien —dijo Luke—, parece que estamos en una posición de ayudarnos los unos a los otros. Ben y yo podemos examinar atentamente estas Reliquias y deciros lo que descubramos. Te doy mi palabra de que las trataremos con el mayor de los respetos.

—Sé que lo haréis. He estado contigo en la Fuerza. De no haberte considerado capaz de comportarte así hacia nuestros objetos más sagrados, no habrías sobrevivido a tu desafío.

Ben parecía escéptico, pero Luke asintió. Si el Aing-Tii podía caminar en la corriente, si podía alterar el tiempo, habría sido bastante posible que, como había hecho Jysella Horn, anticipara los movimientos y matara a los dos Jedi en la inhóspita luna. Por no mencionar que la nave Sanedrín gigante con la que se habían encontrado inicialmente podría haber destruido la *Sombra de Jade* con facilidad.

—A cambio, nos gustaría que nos dijeras todo lo que sabes sobre Jacen Solo. Tus impresiones de él, lo que aprendió, lo que hizo aquí.

Imagino que tú le instruiste.

—Sí. Debido a mi conocimiento de la humanidad a través de mi interacción con Jorj Car'das, se pensó que sería mejor si yo instruía a Jacen Solo.

—¿Y entonces nos hablarás del tiempo que pasaste con él?

—¿Y me enseñarás a caminar en la corriente? —soltó inesperadamente Ben.

La cabeza de Luke se volvió rápidamente para mirar a su hijo. Ben continuó antes de que Luke pudiera interrumpirle.

—Creo que es importante que aprendamos todo lo que podamos, papá. Creo que si Jacen sabía algo, alguna habilidad, alguna técnica, nosotros también debemos saberlo. Estamos intentando seguir sus pasos, después de todo. De descubrir si fue durante su viaje cuando empezó a volverse oscuro.

Luke permaneció en silencio. Sabía que Ben no había protestado cuando sólo Luke fue instruido en el *hassat-durr* por los Sabios Baran Do porque no había estado para nada interesado en aprender la técnica. Esta petición era puramente egoísta, motivada sólo por la curiosidad de Ben. Abrió la boca para hablar, para reprender suavemente a Ben, pero Tadar'Ro se le adelantó.

—Acomodaremos ambas peticiones —dijo.

Luke le miró, sorprendido. Ben intentó evitar poner una enorme sonrisa y falló. Luke sintió agitarse la inquietud en su interior pero no dijo nada.

—Deseamos que sintáis que nuestra parte de este acuerdo se honra completamente —continuó Tadar'Ro—. Nuestra palabra nos es muy querida. No la violaremos de buen grado, porque hacerlo muestra desprecio por Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo. Eso es lo por lo que no interactuamos voluntariamente con otras especies. Pero —añadió, volviéndose para mirar a cada uno de ellos con aquellos profundos ojos negros que parecían mirar en sus almas— mantenemos los mismos estándares. Debéis hacer todo lo que podáis para comprender nuestros métodos, nuestra cultura, nuestra fe. Y debéis utilizar esa comprensión para ayudarnos a encontrar el camino de vuelta al auténtico sendero y a dondequiera que eso pudiera llevarnos.

—Prometemos ayudaros lo mejor que podamos con nuestras habilidades —dijo Luke, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

Era enteramente posible, incluso probable, que Ben y él no fueran capaces de descubrir nada útil. Luke no podía prometer solventar su problema, pero podía jurar esforzarse al máximo.

A su lado, Ben asintió.

—Haremos todo lo que podamos. Y… gracias. Por estar de acuerdo en enseñarme.

Tadar'Ro pareció satisfecho.

—Se aproxima la hora en la que descansamos —dijo—. Mañana, con la primera luz, empezaremos a compartir. ¿Deseáis quedaros aquí o volver a vuestra nave para pasar la noche?

—Volveremos a nuestra nave, gracias. ¿Pero puedo hacerte una pregunta antes de que te vayas? —preguntó Luke.

—Habla.

—Hay muchos objetos aquí que están diseñados por humanos.

¿Podemos llevárnoslos a nuestra nave?

El Aing-Tii asintió.

—Si son de utilidad para vosotros, desde luego. Sin embargo, os pediría que no os quedéis con ellos, ya que se han convertido en… —Titubeó un poco—. Son parte de quienes somos ahora.

Luke inclinó la cabeza.

—Estoy complacido de que se piense bien de alguien de mi especie entre los Aing-Tii. Devolveremos todo lo que cojamos. Tienes mi palabra.

Después de que Tadar'Ro se hubiera marchado, Luke se volvió hacia Ben. Su hijo levantó una mano.

—Sé lo que vas a decir, papá. Pero él dijo que estaba bien.

—Yo no lo dije.

—Lo sé y gracias por no negarte en redondo.

Luke suspiró y negó con la cabeza.

—Sabes cómo me siento sobre esto, Ben, pero no evitaré que aprendas esto si realmente sientes que debes hacerlo.

Ben se movió incómodo en la colchoneta provisional.

—Yo… de alguna manera siento que necesito hacerlo, papá. No puedo explicarlo mejor.

Luke no quería pensar que la Fuerza estaba empujando a Ben a hacer esto, pero estaba empezando a parecer así. Sabía que había veces en las que un padre tenía que dejar que sus hijos tomaran sus propias decisiones… y cometieran sus propios errores. Ben había tomado su decisión y el Aing-Tii había estado de acuerdo en instruirle. Ahora ya no estaba en manos de Luke y eligió dejarlo pasar.

—Me di cuenta de que hay muchos cuadernos de datos aquí, al igual que piezas de droides y naves —dijo Luke, levantándose y cambiando de tema—. Veamos si podemos aprender algo de ellos.

Sintieron ojos sobre ellos mientras salían de la casa de Car'das y se dirigían de vuelta a través del pasaje hacia la *Sombra de Jade*. Ahora que Luke sabía cuál era la situación, la división de aquellos que les habían mirado con favor, o al menos con neutralidad y aquellos que estaban resentidos con él tenía sentido. Era desafortunado y extraño, pero así era la situación. Luke sólo esperaba que Ben y él fueran capaces de encontrar alguna clase de respuestas para ellos.

Cuando volvieron a la *Sombra*, Luke empezó a clasificar los cuadernos de datos y los otros objetos que habían traído con ellos mientras Ben preparaba la cena.

—Estos… estos son diarios —dijo—. Parece como si lo que se le permitió a Car'das traer con él de vuelta fue sólo la parte más escasa de lo que aprendió.

—Quizás —dijo Ben—. O quizás sólo están llenos con desvaríos como *«Llevadme lejos de las criaturas de roca con las lenguas»*.

Luke se rió a pesar de sí mismo.

—Sólo hay un modo de descubrirlo —dijo.

Conectó uno de los cuadernos al holorreceptor y apareció una imagen. Era un hombre humano, con el pelo oscuro y corto y una barba pulcramente cortada. Parecía sano y en forma y llevaba una camisa, unos pantalones y unas botas.

—Si estás viendo esto, entonces presumiblemente tú también eres un invitado de los Aing-Tii —dijo sonriendo.

La voz era profunda, agradable. Y muy familiar.

—¡Esa es la voz de Tadar'Ro! —dijo Ben mientras volvía con una bandeja de sándwiches de pan de especias.

—No —dijo Luke—, Tadar'Ro sacó su voz de Jorj Car'das. —Cogió un sándwich—. Escuchemos lo que tiene que decir.

Capítulo Dieciséis

KESH, DOS AÑOS ANTES

Las manos de Vestara llevaban firmemente las riendas mientras Tikk volaba hacia el Templo. Él graznó y movió la cabeza. Vestara devolvió su atención hacia la bestia que la llevaba y, sintiendo su incomodidad, relajó inmediatamente su sujeción. Sus pensamientos habían estado tan ocupados que se había vuelto distraída. Se sentía mal. Justo igual que las armas y los esclavos, los animales de transporte era una propiedad valiosa y una Sith sabia no abusaba de ellos sin una buena razón. Tikk también era más para ella que una montura ordinaria. Ella lo había doblegado a su voluntad, causando que él llevara su impronta a los pocos momentos de salir del huevo y le tenía cariño.

Ella se estremeció un poco. A esta altitud, estaba pagando el precio por su elección de la ropa con la que asistía a la reunión del Consejo. El material delicado y casi insustancial de su adorable vestido verde, aunque bonito, no ofrecía protección alguna contra el aire frío y el viento que estaba empezando a azotarla. Ni siquiera tenía nada con lo que recogerse el pelo y este volaba salvajemente. Vestara colocó una mano en el hombro de Tikk, justo delante de la silla de montar y envió calma a través de la Fuerza. Entonces dejó que las riendas colgaran flojamente sobre el sinuoso cuello de él y empezó rápidamente a trenzarse sus largos mechones castaño claro. No podía hacer nada respecto al vestido.

Sabía que algunas cosas le serían enviadas de casa. Siendo él mismo un Sable Sith, su padre decidiría qué era necesario y apropiado.

Todo lo demás le sería proporcionado en el Templo: ropa, cama, comida, armas. Dormiría en un dormitorio con todos los demás aprendices y muy poco sería realmente sólo suyo.

Una vez que completara exitosamente su entrenamiento y se convirtiera en una completa Sable, se le permitiría tener una habitación privada y se haría la vista gorda a cualquier lujo con el que ella eligiera llenarla. Se habría ganado el derecho a cualquier vanidad e indulgencia que quisiera. Hasta entonces, sin embargo, Vestara viviría una existencia simple. La Tribu no despreciaba los bienes materiales, pero primero necesitaban saber que todo Sable podía vivir sin ellos.

No estaba demasiado preocupada por lo que le enviarían o no le enviarían. En aquel momento, todo en lo que podía pensar era que aprendería.

Vestara volvió a coger las riendas, dirigiendo suavemente a Tikk hacia las oscuras espiras de piedra que ahora podía distinguir de la roca de la que habían sido talladas. Era a última hora de la tarde y las sombras de los lados escarpados de la montaña caían pesadamente sobre el Templo. No había barras luminosas encendidas que brillaran en las coloridas ventanas de cristal e incluso las estatuas blancas del patio le parecían débilmente iluminadas.

Sintió a Nave antes de verlo, tan envuelto en sombras púrpuras como estaba. Sintió la exploración familiar y bienvenida, la suave oleada de energía del lado oscuro que emanaba de él, distintiva y única incluso cuando estaba rodeado por la energía que venía del propio Templo. Vestara sintió que sus labios se curvaban en una sonrisa y envió lo que esperaba que fuera un saludo respetuoso.

Utilizando la presión de sus piernas y ajustando ligeramente las riendas, guió a Tikk hacia el patio. Tikk descendió y aterrizó sólo con un ligero golpe. Vestara desmontó, dándole palmaditas ausentemente al uvak.

Una figura que era nada menos que la propia Lady Rhea se acercó para coger las riendas. Vestara, horrorizada, miró a su alrededor.

Había otros cuantos aprendices, pero ninguno hizo ademan de interceptar a la Lord Sith.

—Como cojo las riendas de tu bestia, así tomo las riendas de tu vida, aprendiz mía —dijo Lady Rhea. Le dirigió a Vestara una sonrisa fría—. Habrá una ceremonia formal más tarde, pero por ahora, empezamos aquí.

Vestara calmó sus pensamientos. Le disgustaba que la cogieran de improviso y sospechaba que esto era exactamente por lo que Lady Rhea había hecho este gesto. Ella inclinó la cabeza profundamente, respetuosamente, controlada.

—Desde luego, Lady Rhea. Me someto a su guía.

Cruzó tranquilamente la mirada con su Maestra, demostrando su compostura y confianza, honrando a su profesora al indicar que Lady Rhea había aceptado a una joven fuerte como su aprendiz. Lady Rhea le sostuvo la mirada. Por pura voluntad, Vestara se forzó a no estremecerse mientras un viento particularmente frío cruzó rugiendo por el patio, cortando a través del material patéticamente fino de su vestido.

—Bien. Como debes.

Ahora Lady Rhea asintió y otro aprendiz se dio prisa en acercarse para coger a Tikk. Mientras el uvak se alejaba pesadamente, con las alas plegadas a sus lados, Vestara sintió una repentina sacudida. ¿Le permitirían montar a Tikk o ahora él era propiedad del Templo? ¿Se lo devolverían a ella incluso cuando completara su entrenamiento?

—Los apegos no son nada a evitar en y por sí mismos. —Desde luego, Lady Rhea se había dado cuenta—. Por supuesto, la pasión es lo que nos impulsa. Pero debes dejar ir la necesidad de posesión, Vestara. Cualquier cosa te puede ser arrebatada. Vienes de una familia rica y estás acostumbrada a tener. Quizás una de tus lecciones necesita ser no tener.

Asintió hacia el aprendiz que se llevaba a Tikk. El joven hizo una pausa, atrajo la cabeza de Tikk hacia abajo, activó su sable láser y lo levantó en alto.

¡Tikk!

Vestara se mordió la lengua tan fuerte que saboreó la sangre. Mantuvo sus brazos fijos a sus lados, tragándose el grito que dolía por ser pronunciado. Sus ojos eran enormes y ella no los apartó de la escena ante ella.

—Muy bien —dijo Lady Rhea con una voz que era casi un ronroneo.

Otro asentimiento apenas perceptible su cabeza blanca dorada y el aprendiz desactivó su arma. Tirando suavemente de las riendas, llevó a Tikk por una rampa abajo. El uvak, felizmente inconsciente de lo cerca que había estado de la decapitación por sable láser, le siguió complacientemente.

—De haber protestado, tu uvak estaría ahora muerto. —La mano de Lady Rhea cayó sobre el hombro de Vestara—. Adelante y tenle cariño, querida mía. Y a tus mascotas y a tu familia y los amantes que puedas tomar un día. Disfruta al máximo de todos los enseres que el poder te da, porque te lo habrás ganado. Desea todo lo que quieras.

Ansíalo, arde por ello, si eso te impulsa. Pero nunca ames tanto a nadie ni a nada que no puedas soportar perderlo.

Sólo durante un momento, Vestara estuvo enfadada ante la demostración y la brutal casualidad de todo ello. Y entonces comprendió que Lady Rhea tenía razón. Tenía razón completamente. Con esa comprensión, la furia la abandonó y ella inhaló aire que la mantuviera anclada. Lady Rhea la estaba mirando de cerca.

—Mi señora tiene razón, desde luego. Me disculpo por mi reacción.

—Tu reacción fue mejor que la mayoría, querida mía. No esperaba menos. Ven.

La sala del dormitorio era cavernosa y fría. No se había hecho ningún intento para embellecerla o suavizar la piedra negra en la que había sido tallada. Los suelos era suaves y planos, pero las paredes todavía eran ásperas. Sólo un lado tenía ventanas y aquellas eran altas, redondas y pequeñas. Los pequeños estanques de luz que lanzaban sobre el suelo ebonita parecían débiles.

Sin embargo había otras luces. Dos grandes fuegos rugían en chimeneas lo bastante grandes para que Vestara estuviera en pie dentro de ellas y cada cama tenía una vela en la pequeña mesa al lado de ella.

Las propias camas eran simples catres con sábanas, mantas y una única almohada. Vestara pensó en su fastuosa cama con dosel en casa, llena con tantas almohadas cómodas que una podría hundirse en el sueño rodeada por ellas y no pudo suprimir un breve suspiro.

Un día, volvería a tener tal cama. Hasta entonces, estaba segura de que para cuando se le permitiera volver a este catre simple, tosco y de apariencia incómoda, estaría tan agotada que se dormiría en el momento en que se arrastrara entre las sábanas.

Estaban solas en la vasta sala en aquel momento y Vestara siguió a Lady Rhea mientras caminaba ente las filas de camas.

—Esta es la tuya —dijo Lady Rhea, deteniéndose ante una de las camas.

Realmente, Vestara reconoció a la pequeña y pulcra pila de ropa como la más simple de las suyas. Doblada encima de la pila estaba su túnica negra, la que había llevado cuando había estado entrenando cuando Nave llegó por primera vez. Había estado sudada

y llena de arena cuando se la había quitado. Ahora estaba limpia y doblada, lista para ponérsela. Metidos bajo el catre había exactamente dos pares de zapatos, ambos botas.

En la mesa había un puñado de objetos de aseo personal. Y eso era todo. Era todo lo que a Vestara Khai se le permitiría tener de su antigua vida.

—Pronto comprenderás que esto es todo lo que necesitarás —dijo Lady Rhea.

—Desde luego —dijo automáticamente Vestara.

—Adelante, cámbiate y ponte la túnica.

Vestara dudó. Con retraso se dio cuenta de que no había ninguna privacidad en la vasta habitación. ¿Había incluso un baño o tendría que utilizar un tiesto de alguna clase y bañarse en los torrentes de la montaña?

—No hay un sitio para cambiarse —dijo.

—No —dijo Lady Rhea, con su boca perfecta curvándose en una sonrisa—. No lo hay. Ni aparecerá milagrosamente una habitación.

Descubrirás rápidamente que a nadie aquí le importa, Vestara. Todos son iguales como aprendices. Aprenderás a cambiarte rápida y efectivamente. Lo inteligente que seas sobre ello depende de ti. Algunos aprendices no tienen ninguna modestia. Otros han dominado el arte de cambiarse de ropa sin revelar nada que no se viera. Y sí, hay un baño.

Ante la mirada de Vestara, Lady Rhea se rió con su adorable voz áspera.

—No puedo leer mentes, Vestara, pero he entrenado a muchos aprendices en mis días y todos y cada uno de ellos han reaccionado como lo has hecho tú. Indudablemente te estás preguntando porqué utilizamos formas tan primitivas para calentarnos e iluminarnos —continuó ella.

Vestara dudó durante un momento más y entonces se sentó en la cama (era justo tan llena de bultos e incómoda como parecía) y empezó a desabrocharse las sandalias.

—Las razones son dobles. Primero, deseamos purgar a los aprendices de cualquier cosa que tenga sabor a lujo. Habrá tiempo para tales cosas más tarde, pero ahora, te pelaremos hasta los mismos huesos. La luz artificial y el calor son regalos tecnológicos. Como Sith, debes aprender a estar en casa en cualquier lugar. La galaxia entera es nuestra. Parte de esta galaxia es rica y cómoda. Parte está desnuda y es áspera. Cuando tu entrenamiento se complete, serás capaz de dormir en cualquier lugar, sabrás cómo hacer fuego y estar en paz en cualquier parte que te rodee.

Vestara se sacó el vestido por la cabeza. Durante un momento, estuvo pálida y desnuda y vulnerable en la habitación oscura y débilmente iluminada. Entonces se metió la pesada túnica negra por la cabeza y se sintió inmediatamente reconfortada por su familiaridad y tradición.

—La otra razón —y de nuevo Lady Rhea sonrió— es más simple.

Es más práctico de este modo.

Vestara, inclinada hacia delante para atarse los cordones de las botas, también sonrió. Ella se levantó, se enganchó el sable láser en su cinturón y tomó aire profundamente.

—Sé que estás familiarizada con algunas áreas, pero ahora hay mucho más accesible para ti. Y sí —añadió Lady Rhea, anticipando la pregunta—, se te permitirá poner el pie en la nave histórica que nos trajo a este mundo. Todo es parte de tu entrenamiento.

—¿Y… Nave?

—Paciencia —le reprendió Lady Rhea—. Sólo es tu primer día.

Tienes años de entrenamiento por delante. Ven. Dejaré que te familiarices con el Templo.

Fue unas cuantas horas después, cuando estaban comiendo algo en el comedor, cuando Vestara sintió la llamada en el fondo de su mente.

Un toque frío que la examinaba y que bajaba por su espalda haciendo que se estremeciera.

Nave.

Había estado comiendo una comida simple de filete de barrat y pan de montaña. No era un plato sofisticado, pero los aprendices que lo habían preparado tenían un don para los condimentos y ella tenía hambre. Ahora, sin embargo, el bocado de pan parecía seco e insípido en su boca. Levantó la mirada hacia Lady Rhea, preguntando en silencio si ella también lo había sentido.

—Sí —dijo Lady Rhea. Se levantó inmediatamente, dejando la comida a medio comer en la mesa—. Nos quiere a nosotras.

Ellas fueron.

Aparentemente, Nave quería a mucha gente. Mientras Lady Rhea y Vestara aceleraban hasta un trote enérgico camino del patio, Vestara vio que otros se habían reunido ya y más estaban saliendo.

Parecía como si todo el mundo en el Templo había sido invocado y cuando Vestara hubo trazado su camino a través de la multitud hasta la parte delantera, como era su derecho como aprendiz de Lady Rhea, levantó la vista y vio que otros más se estaban aproximando sobre las espaldas de los uvaks. Incluso, comprendió con sorpresa, Lord Vol. Él aterrizó y desmontó rígidamente, haciendo gestos para rechazar las ofertas de ayuda y caminar orgullosamente, aunque lentamente, para colocarse al lado de la extraña nave rojo anaranjada.

Aparentemente cuando Nave llamaba, uno venía.

Nave parecía tener paciencia. Después de una llamada, Vestara no sintió nada más de él. Parecía haberse ocultado de ellos, quieto y tranquilo. Vestara se quedó en pie rígidamente firme mientras los minutos pasaban inexorablemente, resistiendo la urgencia de cambiar el peso de pie o traicionar de cualquier otro modo alguna emoción aparte de la paciencia estoica. Al menos estaba un poco más calentita ahora con sus pesados ropajes Sith. En cierto punto, Lady Rhea colocó su mano sobre el hombro de Vestara.

Y entonces, sin previo aviso, él estaba allí, de nuevo en su mente.

A todo su alrededor, sintió que sus compañeros Sith se ponían firmes repentinamente.

Se os necesita.

Vestara asintió. El anochecer había llegado completamente y la temperatura había caído. Su aliento cubría de niebla suavemente el aire de la noche.

Durante mucho tiempo habéis habitado aquí. Pero ahora se os necesita.

Desde luego que se les necesitaba. Eran Sith de pura cepa. Los miembros de la Tribu podían seguir sus orígenes en una línea directa durante más de doscientas generaciones. Indudablemente eran más auténticos de lo que era ser un Sith que cualquier otro ahí fuera. Hacía cinco milenios, el *Presagio* se había estrellado en Kesh, exiliando a la Tribu de sus hermanos Sith. Pero no había habido dudas en las mentes de cualquier Sith de la nave de que sus hermanos tendrían éxito en la meta Sith última. Y no había duda ahora de que, a través de toda la galaxia, los Sith gobernaban planeta tras planeta, como ellos lo hacían en Kesh. Que…

No.

La declaración fue simple y no admitía discusión. Vestara estaba confusa. *¿No* qué *?*

Los Sith han sido perseguidos. Se les ha hecho retroceder. Han sido casi destruidos, sólo queda un puñado. Les he visto, los llamados Un Sith, y les he encontrado esperando. Los Jedi están en muchos mundos. No gobiernan, pero sus números son grandes y siguen creciendo.

La sorpresa en la Fuerza de aquellos reunidos zarandeó a Vestara y su estómago se encogió. Saboreó la bilis y tuvo que luchar contra la urgencia de vomitar. A su lado, incluso Lady Rhea estaba conmocionada. Su mano sobre el hombro de Vestara de repente la agarró dolorosamente, con las uñas hundiéndose en él incluso a través de la gruesa capa de ropajes negros.

¿Cómo podía ser esto? Nave no les mentiría. Lo habrían sentido.

Además, estaba diseñado para servirles. Su declaración contundente había destrozado cinco mil años de complacencia, de presumida satisfacción. Todo lo que habían creído, durante todo este tiempo, era incierto.

Ella sintió la poderosa presencia de Lord Vol en la Fuerza. Él tampoco podía ocultar completamente su sorpresa, pero su resolución de permanecer fuerte en la cara de incluso estas noticias desastrosas era como un salvavidas. Vestara, sospechó que como por supuesto todos los presentes, se agarró a ella como tal.

—Somos Sith —dijo él. Su voz llegaba claramente. Obviamente estaba utilizando la Fuerza para aumentarla—. Incluso si todos y cada uno de los otros Sith de cada planeta ha muerto… ¡nosotros todavía estamos aquí! Nuestras tradiciones, nuestras creencias, todavía resisten. Hemos prosperado en este mundo. Y quizás este es el porqué estamos aquí: ¡para que en este tiempo de necesidad, nosotros, la Tribu, podamos restaurar a los Sith!

Vestara escuchó extasiada. La idea de que pudieran simplemente dejar Kesh y reunirse con el resto de los Sith había sido lo bastante excitante cuando todos creían que la galaxia estaba bajo su dominio.

Pensar ahora que podrían ser el número superviviente más grande de los de su clase, pensar que ellos pudieran arrebatarle el control de la galaxia a los odiados Jedi, era casi demasiado para creérselo.

Nave les aseguró que esto era por lo que él había investigado en sus bancos de datos y les había buscado. Él podía enseñarles. Podía enseñarles a todos.

—¡Este es el momento de nuestro destino! —Vol levantó su puño y lo sacudió como desafío—. Y no nos encogeremos ante ello. Esta Nave nos servirá. Nos enseñará sobre este universo tal y como es ahora, no como pensábamos que era en esta candidez, aislados en este mundo desconocido. Emergeremos de nuestro descanso y conquistaremos. Está en nuestra sangre. Está en nuestros huesos. ¡Somos Sith y no vacilaremos!

La multitud ahora estaba lanzando vítores. Incluso así, Vestara todavía pudo sentir su preocupación en la Fuerza, como un rastro de miedo frío: *¿Qué pasa si fallamos?*

Pero no fallarían. No era una opción. Tenían una tarea ante ellos.

Harían planes, y aprenderían y montarían un ataque contra los Jedi que habían derrotado a sus antepasados hacía cinco mil años.

Los Sith se elevarían, completamente inesperados, y reclamarían lo que era suyo.

Después de todo, ellos eran Sith, ¿verdad?

Capítulo Diecisiete

GRAN CENTRO DE CONVENCIONES, CORUSCANT

—Guau, este sitio apesta —dijo Jaina sin preámbulos.

Han le dirigió a Leia una mirada significativa.

—Hey, esto fue idea de tu madre.

Leia suspiró y se forzó a no taparse la nariz mientras pasaban el corral de los nerfs.

La Exhibición y Feria de Ganado de Coruscant se había estado celebrando desde hacía varios días para cuando se hicieron los arreglos para que asistiera la familia Solo. Pero duraba todo un mes y todavía tenían mucho tiempo. Muchas criaturas ya se habían ido a casa con sus nuevos propietarios, para ser mostradas, montadas, convertidas en mascotas o comidas, como los susodichos nuevos propietarios vieran mejor. Pero la peste de los excrementos de animales de todas las variedades que hacía que el nivel de polución diaria de Coruscant pareciera inexistente era testimonio del hecho de que todavía había muchas cosas para ver que caminaban, se arrastraban, reptaban, saltaban y/o volaban.

Escoltando a los Solo había dos Caballeros Jedi, Natua Wan, una falleen, y Radd Minker, un brubb. Han y Leia habían intentado conseguir a Yaqeel y Barv para la misión, ya que Allana los conocía y le gustaban, especialmente Barv, pero estaban fuera del planeta en aquel momento.

Natua y Radd, estando allí en misión oficial, estaban vestidos con los tradicionales ropajes blancos y marrones de su orden. Leia y Jaina llevaban ropas de calle cómodas. Los cuatro Jedi llevaban sables láser, aunque Leia y Jaina tenían los suyos en sus amplios bolsos colgados de los hombros. Los seis pasearon sin prisa y Allana ciertamente tuvo suficiente entretenimiento para mantenerla riendo suave y felizmente durante horas.

Y la más pequeña de los Solo era, como había predicho Leia, inmune al hedor. Ni siquiera habían entrado todavía en el área principal de la exhibición y los ojos de Allana ya estaban muy abiertos. Leia le acarició el pelo corto, teñido para disfrazar su rojo natural demasiado reconocible, y sonrió. Allana la recompensó con una sonrisa y apuntó hacia los grandes y lanudos animales con cuatro cuernos, pieles de gruesas lanas y una nube de moscas volando sobre ellos.

—¡Los conozco, no me lo digas! —dijo Allana.

Realmente había sido una estudiante diligente en los últimos días.

Leia le había dicho que habría una prueba después. Lo que no le había dicho a la niña era que la recompensa por pasar la prueba (y Leia y Han estaban seguros de que Allana la pasaría con facilidad. Era una niña extremadamente inteligente) sería montar al animal que más le atrajera.

—Incluso un tauntaun, si eso es lo que quiere —había dicho Leia.

—Hey, teníamos un trato —había protestado Han, pero sólo de manera poco entusiasta.

—Esos son nerfs —dijo orgullosamente Allana—. Jaina tiene un abrió muy bonito de su cuero y a todos nos gustan los filetes. —Los animales pastaban, plácidos por el momento. Allana apuntó a otro corral—. Y los machos están separados porque es la época de celo.

Pueden volverse muy agresivos y luchar los unos con los otros, al igual que pisotear a sus crías.

Leia no estaba segura, pero podría haber jurado que vio a Han enrojecer un poco mientras su nieta alegremente recitaba de carrerilla las palabras *«época de celo»*. Ahogó una sonrisa.

—Es correcto, cariño —dijo Leia—. Los nerfs no son los animales más agradables del mundo.

—Pero son dericiosos —dijo Allana. Había superado con la edad la mayoría de los ligeros defectos que había tenido cuando era más joven, pero de vez en cuando volvían en ciertas palabras—. ¿Podemos comer hamburguesas de nerf para almorzar? ¿Con patatas fritas hubba?

—Si las hay en la cafetería —dijo Leia.

Esperaba que las hubiera, junto con comidas más exóticas. Después de todo, si fuera una criadora o vendedora de ganado, se aseguraría de que todo el mundo tenía la oportunidad de descubrir lo «dericiosas» que eran dichas criaturas.

—Y aquellos son banthas —dijo Allana, apresurándose por la pasarela de entrada hacia el siguiente corral al aire libre.

Natua Wan aceleró su paso ligeramente, disminuyendo discretamente la distancia entre la niña y ella, vigilando de cerca a Allana mientras mantenía la ilusión de cara a cualquiera que estuviera mirando de que esto no era más que una familia normal y sus amigos Jedi en una salida social. Radd cerraba la formación. Los brubb eran gente muy sociable y su actual comportamiento alegre no era para nada forzado. Se lo estaba pasando bien.

—Son una especie altamente adaptable y viven en muchos mundos —dijo Allana—. Y aquellos son… oh, ¡aquellos son rontos! ¡Nunca antes había visto uno vivo!

Empezó a correr, pero una mano fuerte cogió suavemente la suya.

—Ten cuidado, Amelia —dijo amablemente Natua Wan, con las cuentas azules entretejidas en su largo cabello negro chocando con el movimiento—. Hay una razón por la que no has visto uno. Son buenos animales, muy leales y muy cariñosos con sus dueños, pero se asustan muy fácilmente. No quieres correr y asustarlos.

Allana asintió seriamente.

—Tienes razón, Jedi Wan.

Frenó hasta un paso mesurado, enderezándose inconscientemente.

—¿Hay alguna manera de que puedas quitarle esa costumbre? —le murmuró Jaina a Leia mientras caminaban una al lado de la otra.

El secreto de la identidad de Allana era un secreto íntimamente guardado, pero Leia compartía el miedo de Jaina. La niña era lo bastante inteligente para no descubrirse deliberadamente, pero tenía los movimientos y el porte de alguien criada para la realeza, incluso a la edad de siete años. Sería una pista significativa si cualquiera entendiera lo que estaba mirando.

—Me imagino que todo el mundo sabe que es una pupila de una antigua princesa y senadora —replicó Leia, modulando su voz igualmente baja—. Tendría sentido.

Jaina resopló.

—*Yo* no me movía y me erguía así.

—Bueno, tú eres hija de tu padre. No hay mucho que yo pudiera hacer contigo en esa área.

Han se había adelantado y subió a Allana sobre sus anchos hombros mientras ella se reía encantada. Con cuidado para no sobresaltar a los rontos, Allana, ahora mucho más cerca del nivel de sus ojos, lentamente extendió una mano. Una de las grandes criaturas la examinó y luego alargó su largo cuello para olfatear la mano con curiosidad.

—Tan apacibles como parecen —dijo una voz justo al lado de Leia. Un humano corpulento con una única ceja, la piel tostada y una placa con su nombre que declaraba que era TEVAR SHAN, PROPIETARIO, GRANJAS RONTO-RAMA, TATOOINE, le sonrió—. Si tiene alguna carga pesada que mover, los rontos harán el trabajo por usted. Y como puede ver, son incluso buenos con los niños.

—Gracias —dijo Leia—, pero no hemos venido a la feria por algo tan grande.

—Para la niña pequeña, ¿eh? —La sonrisa del hombre se ensanchó—. ¿Qué le parece un eopie? También soy un propietario parcial de Extraordinarios Eopies. Nos especializamos en la variedad enana, perfectos para los pequeños.

Apuntó a través de la riada de gente hacia un corral que albergaba a las criaturas pálidas, de morro largo y con jorobas.

—Añádele un dewback y el tío Luke se sentiría como en casa —dijo Jaina.

—Gracias, pero creo que seguiremos mirando —dijo Leia, dirigiéndole al hombre su mejor sonrisa.

Unos cuantos pasos más allá, Allana parecía más que contenta con quedarse sobre los hombros de Han y Han parecía encantado de tenerla allí. Leia asintió para sí misma. Esto había sido una buena idea, no sólo para Allana, sino para todos ellos. Habían estado pasando tantas cosas. Un pequeño respiro, para mirar animales y pasear por ahí un rato era justo lo que todos necesitaban.

—¿Cómo está, por cierto? —continuó Jaina.

—¿Luke? Le he sentido en la Fuerza de vez en cuando, pero no he tenido mucho contacto. Especialmente no recientemente.

Jaina asintió.

—Yo tampoco. Es suficiente saber que Ben y él están bien, sin embargo. Cilghal dice que ha estado manteniéndole informado. Más de lo que probablemente deberíamos saber.

Algo en el modo en que lo dijo hizo que Leia le dirigiera una mirada inquisitiva, pero Jaina no ofreció nada más.

—¿Cómo van las cosas entre tú y Jag? —dijo Leia, siguiendo sus instintos.

Jaina agració a su madre con una sonrisa de rara dulzura.

—Bien —dijo—. Sería agradable poder tener una cita sin convertirla en una misión, pero bien.

—Viene con el territorio, me temo. ¿Otra vez Javis Tyrr?

—Principalmente él, algunos otros, pero principalmente él. Aunque le pillamos a base de bien.

En tono conspirador, Jaina le contó a su madre cómo habían engañado a Tyrr en el restaurante.

—Bien hecho. Sólo espero que él no os pille con algo. Podría no disfrutar de la idea de que nos riamos de él. Algo en él, tal vez el pelo, me hace pensar que no tiene sentido del humor cuando se trata de sí mismo.

Jaina encogió sus estrechos hombros.

—Sólo es un periodista. Esta familia ha sobrevivido antes a que la difamen. ¿Qué puede hacer? Ni siquiera es un observador oficial.

—Pero está observando justo ahora —les llegó la voz de Radd. Hizo un gesto con la cabeza hacia la izquierda. Jaina miró en la dirección indicada y gruñó ligeramente—. ¿Debo ir y tener unas palabritas con él?

—No —dijo rápidamente Jaina—. Cualquier atención sólo le animará. Vayamos dentro hacia las salas principales y veamos si podemos librarnos de él.

Leia estuvo de acuerdo y la familia aceleró el paso. Leia le habló a su marido y a Natua y la falleen le llevó suavemente a través del río de gente, entretejiendo su camino mientras Radd, vigilando a Tyrr, cerraba el grupo. Justo antes de que entraran dentro del propio centro de exhibiciones, Leia vio movimiento por el rabillo del ojo.

Volvió la cabeza para ver a varias criaturas pequeñas, de pelambrera marrón y con cuernos apiñadas en un cercado. Se alzaban derechas y musculosas, con las patas traseras unguladas, con las patas delanteras más pequeñas dobladas cerca de sus pechos y a ella le recordaron a los odiados tauntauns de Han.

Pero estas eran criaturas mucho más bonitas, gráciles y agradables con largas colas peludas. Mientras miraba, una de ellas saltó y corrió unos cuantos pasos y Leia sonrió, mirándola hasta el último instante cuando la presión de la gente las dejó fuera de vista.

Kybucks. Demasiado pequeños para ser utilizados como monturas… por humanos adultos al menos. Yoda había montado uno, recordaba haber oído. Y tenían el tamaño perfecto para una niña de siete años. Los kybucks eran originarios de Kashyyyk, el planeta natal del mejor amigo de su marido, el muy querido y difunto Chewbacca.

Encajaba perfectamente. Se las ingeniaría para que Allana y Han los vieran antes de que se marcharan. Si la niña se tomaba a los kybucks como Leia sospechaba que lo haría, entonces Han y ella volverían mañana y comprarían uno en secreto. Complacida, Leia

devolvió su atención a las imágenes, los sonidos y, desafortunadamente, los olores de la sala de exhibiciones cerrada.

La sala principal estaba llena de pantallas, indicadores y todas las formas de anuncios. En el centro había una elaborada exposición a escala de algunos de los animales más estándar que se veían en la exhibición, junto con un cartel que decía SALA PRINCIPAL DE LA EXHIBICIÓN, en caso de que alguien no pudiera descubrir eso.

Hacia la izquierda estaba la SALA DE ANIMALES PEQUEÑOS, cuyas salas más pequeñas tenían las cajas o cercados de las criaturas más pequeñas tales como gizkas, twirrls, voorpaks y los todavía populares, aunque no ya eran el último grito, chitliks. A la derecha había un gran cartel de PELIGRO: ANIMALES PELIGROSOS, con una gran cantidad de letras más pequeñas bajo la dicha declaración: «A los animales mostrados en esta sección de la sala de exhibición se les conoce por exhibir un comportamiento violento. Se han tomado todas las medidas para asegurar la seguridad de nuestros apreciados clientes. Los asistentes a la Exhibición y Feria de Ganado de Coruscant deben ser conscientes, sin embargo, de que siguen adelante bajo su propia cuenta y riesgo, y de que la gerencia de la sala de exhibición no se hace responsable de las heridas recibidas».

—Qué bonito —dijo Jaina—. Lo recordaré cuando tenga un rancor mordisqueándome el tobillo. Oh, espera, ya tengo a Javis Tyrr.

¿Dónde está, en todo caso?

—Creo que lo perdimos —dijo Natua, con sus ojos estrechados escaneando la multitud.

—Bien —dijo Leia.

Estaba ansiosa por contarle a Han lo de los kybucks que había visto, pero Allana parecía pegada a su abuelo. Ahora se había bajado de sus hombros pero se agarraba de su mano, arrastrándole en la dirección de…

—Cielo —estaba diciéndole Han, mirando a Leia con un destello ligeramente desesperado—, ¿no quieres ir a ver a los pequeños animalitos monos de la Sala de Animales Pequeños?

—No —dijo Allana, no con rudeza, pero claramente—. Quiero ir a ver *esos*.

Apuntó al cartel de peligro.

Leia se encogió de hombros en dirección a su marido.

—Es una Solo —dijo y él se vio forzado a asentir con comprensión.

Era, desde luego, completamente seguro. Leia medio sospechaba que el cartel de peligro exageradamente grande y de colores chillones era más para publicidad que precaución, especialmente dado que la entrada a esta área requería un pago de admisión por separado y no insustancial. Independientemente de la coloreada advertencia y del alto precio, el área estaba llena.

Sólo a una pequeña porción de aquellos que esperaban pacientemente en la fila se les permitía entrar cada vez. Los clientes estaban en pie en fila india en una línea sinuosa hasta que les dejaran pasar a un turboascensor que les llevaría a un área debajo de la sala

de exhibición. Han, Leia, Allana, Jaina, Radd y Natua se apiñaron con otros quince seres mientras el turboascensor descendía lentamente.

A Allana no le gustaba la presión cercana de allí. Había sido raro que alguien aparte de su madre o los sirvientes estuvieran incluso en su presencia, mucho menos tocarla o estar tan cerca de ella. Estaba en pie con la espalda presionada contra Han y los brazos de él cruzados alrededor de ella protectoramente. Leia podía sentir su nerviosismo en la Fuerza y le envió calma.

—Siempre podemos volver a subir, cielo —le dijo Han a su nieta.

—No —dijo testarudamente Allana—. Quiero ver a los animales de aquí.

Leia cruzó la mirada con Han y se encogió de hombros.

Las puertas del turboascensor se abrieron y todo el mundo salió, casi chocando con las puertas. Jaina fue la primera en salir de su grupo, habiendo sido la última en encajarse dentro cuando las puertas del turboascensor se estaban cerrando y Leia oyó la voz enfadada de su hija que le llegó sobre el murmullo de la multitud.

—Oh, por el amor de…

Leia realmente se rió cuando salieron. La decoración, la iluminación y el ruido ambiente (un latido apagado con un sonido apenas audible de algún instrumento de viento de fondo que inducía a la tensión), todo conspiraba para fijar la escena para la anticipación de algo temible. Era tan excesivo que era positivamente ridículo.

La iluminación estaba ligeramente teñida de rojo, lanzando un matiz ligeramente sangriento a todo lo que vieran. La pasarela que se alargaba ante ellos era de metal desnudo y sus pies resonaban ominosamente. La rampa era estrecha y forzaba a todo el mundo a avanzar de uno en uno. Tenía una balaustrada e intersecciones de manera que los clientes pudieran hacer una pausa en un recinto en particular o moverse tranquilamente a través de toda el área de observación. Un rápido examen demostró que todo estaba construido bastante sólidamente.

Pero debajo, protegidos por campos de fuerza, grueso transpariacero tan inteligentemente iluminado y medidas de seguridad que les habrían dado a los diseñadores de una tercera Estrella de la Muerte, había criaturas que, a pesar de las precauciones, habría alterado a cualquiera que las viera. Los diseñadores del área no habían necesitado los trucos tontos de preparar el humor para conseguir el resultado deseado.

Leia tenía una sensación de intranquilidad mientras la multitud se movía con regularidad hacia el primer recinto que había a la vista y se preguntó si no habían cometido un error al traer a Allana a esta parte de la exhibición. No porque las propias criaturas fueran alarmantes para la vista, aunque lo eran, sino por lo que estaban aquí. Estos eran animales que habían sido capturados o criados como muestras del poder de su propietario y ninguno estaba entrenado para ganar el título del Más Plácido en el Espectáculo. Probablemente les mantenían en condiciones poco confortables durante sus cortas vidas, con sus tendencias innatas hacia la agresión fomentadas. Probablemente serían maltratados y morirían dolorosamente en un combate de gladiadores en mundos

donde tales entretenimientos eran legales. Desde luego los propietarios firmarían contratos que aseguraran que sus nuevas adquisiciones nunca serían utilizadas de tal modo. Leia sabía que no debía creerse eso más que asumir que alguna de aquellas promesas sería honrada.

No estaba impaciente por explicarle a Allana lo enfermizos y crueles que algunos seres podían ser con los animales.

Ahora casi estaban sobre el punto para ver el primer recinto. Mientras que los techos sobre los animales eran de transpariacero, las particiones entre los recintos eran de duracreto grueso. Nadie quería asumir el riesgo de que una especie se metiera en el recinto de otra. El cartel que colgaba en el aire anunciaba que esto era un reek. Leia se preparó para el inevitable juego de palabras malo de Han sobre el nombre de la criatura, pero este no llego. Y sólo con eso ella comprendió que su marido compartía sus preocupaciones. Sus grandes manos estaban sobre los hombros de Allana, dejando que se moviera hacia donde ella quisiera, pero protectoramente allí.

Allana se inclinó sobre las puntas de sus pies, al ser la barandilla suficientemente alta como para que ella no pudiera ver de otro modo por encima, y miró hacia el animal de abajo. Era grande, con la piel roja moteada en la cabeza, el cuello y el pecho. Dos cuernos curvos le salían a cada lado de su enorme mandíbula y un único cuerno central enorme sobresalía entre sus ojos. El solitario animal caminó un poco y luego, gruñendo, pateó el material parecido a la hierba que le habían dado para dormir. Levantó la mirada hacia la multitud que le observaba, abrió su boca (tenía mandíbulas lo bastante fuertes para romper un miembro humanoide con un bocado causal) y les bramó, y entonces se movió hacia una de las rocas en el cercado para afilarse los colmillos de su mejilla.

—¿Por qué no están los reeks en los cercados de animales para montar? —preguntó Allana—. Son criados para ser animales de rebaños, ¿no es verdad? Y pensé que se suponía que su piel era marrón.

¿Este está herido?

Leia y Jaina intercambiaron miradas doloridas. Jaina habló primero.

—Bueno, sí son animales de rebaños. Y normalmente se alimentan de plantas. Pero a veces la gente les alimenta con una dieta de carne, lo que aumenta su agresividad. Quieren utilizarlos para luchar con otros animales.

Un fruncimiento de ceño desfiguró la dulce cara de Allana, pero no era por sorpresa u horror. Era furia justa.

—He oído hablar de tales cosas —dijo tranquilamente— y creo que está muy mal que la gente haga eso.

Por supuesto. A pesar de lo protegida que había estado como Chume'da, Allana no era en muchos aspectos ni de cerca tan inocente como los niños nacidos de padres más ordinarios. Había ciertas realidades brutales de las que no se le había protegido.

—Tienes razón, cariño —dijo Jaina, un poco en alto de manera que aquellos cerca, presumiblemente aquellos que consideraran comprar las bestias para tales propósitos, pudieran oírla—. *Está* muy mal que la gente haga eso.

Se movieron lentamente más allá del reek hacia el siguiente recinto, que albergaba una bestia que tenía un significado especial para la familia Solo: un rancor. Los labios de Leia se afinaron recordando una época, hacía ahora muchos años, cuando había sido la esclava de Jabba el Hutt y se había visto forzada a verle alimentar con muchos de sus enemigos, y a algunos sirvientes que le habían disgustado de un modo u otro, a un rancor. Siempre era una lucha desigual, hasta el momento en que Luke Skywalker había sido lanzado al foso del rancor.

—La Reina Madre Tenel Ka tiene un sable láser cuya empuñadura es un diente de rancor —dijo Allana.

Había un rastro de tristeza en su voz, pero no había dejado escapar *«mi madre»*.

El rancor se agachó en su recinto, levantando la vista malhumoradamente a sus visitantes. Entonces sin advertencia saltó hacia arriba.

Allana, y la mitad de la gente en la pasarela, se encogió. Han tenía una mano alrededor de ella en un instante, con la otra yendo a por la pistola láser que no estaba en su cadera. El rancor impactó contra el transpariacero y un brillante centelleo disipó la sombría iluminación roja durante un instante y, cuando Leia pudo volver a ver a la bestia, esta estaba agachada en el suelo de su recinto, sacudiendo su cabeza y teniendo espasmos por la descarga que había recibido.

—¿Alguna salida de emergencia? —preguntó tranquilamente Han, sosteniendo a Allana—. Preferiría salir de aquí lo antes posible.

—No hay una hasta el siguiente recinto —dijo Natua—. Al final de la pasarela que cruza.

—Entonces vamos. Estoy listo para ver algo pequeño, peludo y sin dientes —dijo Han.

—No —dijo testarudamente Allana—. Quiero verlos todos.

Ahora estaba forcejeando y su abuelo la bajó de mala gana.

—¿Sabes?, simplemente podríamos cambiarte por un chitlik —dijo Han, revolviéndole el pelo—. Son mucho más fáciles que las niñas pequeñas.

Recuperándose ya de su susto, Allana soltó una risita.

—Pero no son ni de cerca tan monos ¿verdad?

—Se supone que soy yo el de los comentarios inteligentes, señorita.

Se movieron hacia delante, sobre lobos-jabalí, gatos-colmillo y otras criaturas, hasta que llegaron a un recinto que contenía varios animales enroscados tan fuertemente que parecían como almohadas peludas, almohadas peludas cuyas espinas dorsales estaba cubiertas con grandes huesos huecos. Uno era grande y marrón claro. Los otros, Leia contó diez, eran mucho más pequeños y blancos. En cierto punto, el bulto de pelo más grande se movió y levantó la vista.

Leia vio cuatro ojos y una enorme fila de dientes mientras la criatura gruñía. Unos pocos de los bultos de pelo blancos también levantaron la vista.

—¡Oh! Es una nexu. ¡Y tiene cachorros! —dijo Allana—. ¡Qué monos!

—Para criaturas con cuatro ojos y una boca llena de dientes, son bastante monos —admitió Leia.

Sus ojos eran grandes y líquidos y sus bocas ya estaban llenas de pequeños dientes de leche. Los cachorros no podían tener más de tres meses dado que todavía eran blancos como la nieve.

—Todavía son lo bastante jóvenes para comprarlos como animales guardianes más que como animales de ataque —dijo Radd—. Aunque tienes que encontrar entrenadores excelentes.

—Espera. ¿Quieres decir que puedes tenerlos como mascotas? —dijo Jaina.

—Bueno, sí. Si los coges siendo lo bastante jóvenes y los entrenas lo bastante bien. Quiero decir, nunca van a ser un pequeño twirrl, pero…

Una punzada de intranquilidad se agitó en la nuca de Leia. Un roce de presentimiento, como unos dedos fríos acariciando ligeramente su piel. Su mano cayó hasta su bolso y buscó el sable láser que contenía en su interior.

Ella cruzó la mirada con Radd y él asintió, con su propia mano sujetando la empuñadura de su sable láser. La cara de Jaina le dijo a Leia que ella también sentía el repentino cambio en la Fuerza. Leia se volvió hacia Natua, con la boca abierta para preguntarle a la otra Jedi si podía llevarse a Allana hacia la salida de emergencia más cercana.

A Natua no se la veía por ninguna parte.

Todas las luces se apagaron. Y los gritos comenzaron.

Había ocurrido tan rápidamente que Natua no podía creerlo.

—¿Alguna salida de emergencia? —había preguntado Han, sosteniendo a la asustada Allana—. Preferiría salir de aquí lo antes posible.

—No hay una hasta el siguiente recinto —dijo Natua—. Al final de la pasarela que cruza.

Sus ojos se movieron hacia la salida, juzgando cuando les llevaría abrirse camino a través de las multitudes hasta ella y luego volver a por Amelia.

No. No era Amelia.

Una impostora.

Todo este tiempo, Valin, Jysella, Seff… ellos habían tenido razón.

Su mano cayó hasta su sable láser y miró rápidamente a la Jedi Leia Organa Solo, a su marido, a su hija.

—¿Sabes?, simplemente podríamos cambiarte por un chitlik —dijo No-Han—. Son mucho más fáciles que las niñas pequeñas.

Natua miró mientras la falsa Amelia se reía. ¿Una niña? ¿Cómo podían ellos, quienes quieran que fueran, hacerse pasar por una niña?

¿Y por qué?

—Pero no son ni de cerca tan monos ¿verdad?

Todos eran impostores. Todos ellos, incluso Radd. Ella escaneó la multitud. ¿Era uno cada ser que había aquí? ¿Hasta dónde llegaba?

¿Llegaba hasta los Maestros, hasta la AG?

Natua retrocedió, dejando que sus feromonas se activaran, exudando una sensación de calma hacia los miembros de la multitud cercanos a ella, y empezó a pensar sobre cómo iba a salir… y a encontrar aquellos que todavía eran realmente ellos. ¿Qué se había hecho con Leia, Han, Amelia y Jaina?

Era su deber como Caballero Jedi descubrir y detener a los impostores de cualquier modo que pudiera. Su mirada bajó hasta los recintos debajo de ella y las criaturas que contenían. Las voces de los impostores flotaron hasta ella mientras se movía hacia las salidas que ella misma había señalado.

La broma del falso Han se perdió en el murmullo de la multitud mientas Natua abría la puerta y se deslizaba por ella.

Esta área estaba reducida a los componentes utilitarios en contraste con la decoración teatral del área de los recintos. Pudo ver tubos, cables y duracreto sin pintar mientas miraba a su alrededor. Al lado de la puerta había un hombre humano uniformado con los pies sobre su escritorio, leyendo un holozine. Él tardó en reaccionar ante ella, bajó los pies y se dio prisa en acercarse.

—Buenas tardes, señora. Espero que nuestra exhibición de animales peligrosos no haya sido demasiado intensa para usted. ¿Necesita atención médica? ¿Se siente débil quizás?

Natua habría puesto los ojos en blanco de no haber sido la situación tan terrible. Según parecía, mantenían la charada incluso en las zonas vacías.

Algo también iba mal con él. Ella no podía señalarlo, pero incluso aunque nunca antes le había conocido, sabía que él, como los otros, no era quien pretendía ser. Ella quería simplemente lanzarle con la Fuerza contra la pared, pero le necesitaba. Caminó hacia delante, con su piel enrojeciendo mientras exudaba feromonas y movía dos dedos muy suavemente.

—Jedi. Hay una emergencia. Tiene que llevarme a la sala de control inmediatamente. ¡Hay vidas en juego!

La piel de él también enrojeció mientras se ruborizaba ligeramente como reacción.

—Yo… hay vidas en juego ahí fuera. ¡Venga conmigo ahora mismo! La llevaré a la sala de control.

Leia activó su sable láser casi exactamente en el mismo instante que Radd. El pálido brillo azul de su arma le proporcionó suficiente luz para ver el pánico en las caras que ya podía oír en las voces que gritaban. El de Allana, justo a su lado, era el más alto. La única otra iluminación venía de varias pequeñas varas de luz bajo ellos que dibujaban los

contornos de cada recinto y marcaba dónde se erigían los campos de fuerza. La multitud, ya nerviosa por el repentino salto del rancor, ahora presionaba contra las puertas de salida.

—*¡Están cerradas!* —gritó alguien.

—Maldita sea —murmuró Leia en voz baja y luego, más alto, utilizando la Fuerza para aumentar su voz, gritó—. ¡Que todo el mundo mantenga la calma! Estoy segura de que es sólo un fallo imprevisto y se remediará pronto. No corremos peligro alguno.

Ella cruzó la mirada con Radd e hizo un gesto con la cabeza en dirección a la salida más cercana. Él asintió y empezó a abrirse paso a empujones a través de las multitudes.

—Yo me encargaré de la que está sobre el recinto del rancor —dijo Jaina.

Unió la acción a la palabra, saltando con la Fuerza sobre la multitud y corriendo ligeramente sobre la barandilla de camino a la salida.

—Radd —continuó Leia—, Jaina y yo vamos a empezar a cortar salidas a través de las puertas para sacar a todo el mundo tan pronto como sea posible. Con suerte, las luces habrán vuelto para entonces y…

Hubo un ruido metálico y un chirrido desde debajo de ellos. Leia bajó la mirada rápidamente. Tras ella, Han soltó un juramente muy colorido y los gemidos asustados de Allana se incrementaron.

Los techos de transpariacero que formaban una barrera física entre los clientes y las criaturas hambrientas, atormentadas y hostiles que se apiñaban bajo ellos se estaban retrayendo lenta y metódicamente dentro de la pared. Las criaturas miraron hacia arriba ansiosamente. En el mismo momento, Leia vio que las pequeñas luces que tan consoladoramente anunciaban que los campos de fuerza estaban activos… se apagaban.

Algo húmedo y sólido cayó sobre ella, alcanzándola pesadamente en los hombros. Una rápida mirada hacia abajo reveló una gran cantidad de sangre, pero no suya. Al momento Leia comprendió que estaba pasando.

Los animales, todos carnívoros, estaban siendo alimentados.

Era un plan inteligente desde una perspectiva de seguridad. A la hora de comer, los techos de transpariacero se retraerían, los campos de fuerza se desactivarían y, en lugar de arriesgar vidas al pedirle a los cuidadores de los animales que le llevaran la carne cruda físicamente, simplemente se dejaba caer desde compartimentos en el techo.

Excepto que no era la hora de comer y montones y montones de seres estaban en medio. Incluso mientras Leia intentaba de nuevo gritar para calmar a la multitud, pensó que era un diseño pobre que las rampas estuvieran posicionadas así. La comida estaba cayendo justo sobre ellos, al igual que dentro de los recintos.

Y entonces comprendió lo que debía venir inevitablemente.

—¡Protege a Amelia! —le gritó a Han.

Ella sintió a Jaina a través de su vínculo en la Fuerza y envió a su hija una nueva sensación de urgencia. Saltando con la Fuerza hacia delante para aterrizar ligeramente sobre la estrecha barandilla, Leia corrió por ella como lo había hecho Jaina, concentrándose duramente en mantener el equilibrio, hacia Radd y el agujero que estaba

cortando en la puerta. El peligro hacía que la amabilidad saliera por la escotilla y Leia tuvo que empujar con la Fuerza a varios miembros de la multitud que gritaba para que se apartaran de ella misma y de Radd.

—¿Cuánto te queda? —grito, extendiendo una mano para evitar que el gentío descendiera sobre el brubb mientras trabajaba frenéticamente.

—Unos minutos más —replicó él, arrastrando su sable láser a través del metal pesado de la puerta.

—Podemos no tener tanto tiempo —le dijo ella, volviéndose para añadir su sable láser al de él.

—¿Por qué no?

—Porque de repente ha llegado la hora de comer —dijo ella, empujando la hoja a través de su lado del círculo con toda su fuerza—. Los campos de fuerza están desactivados, los techos se están retirando y en cualquier momento las pasarelas se…

El metal sobre el que estaban tembló y empezó a moverse, acercándoles a la pared.

—… retraerán —dijo Leia.

Capítulo Dieciocho

GRAN CENTRO DE CONVENCIONES, CORUSCANT

Natua asintió con satisfacción ante los gritos que se podían oír incluso a través de las gruesas paredes. No sintió ningún placer por el ruido, pero había hecho lo que era necesario. Cada persona en aquella habitación era un impostor y, aunque no les mataría voluntariamente por principio general, aquellos que de alguna manera se las habían arreglado para secuestrar a Leia, Han y Radd eran, obviamente, muy poderosos… quienes quiera que fueran. Sus motivos posiblemente no podían ser benignos. Los impostores que llevaban las caras de amigos, que presumiblemente habían asesinado con toda probabilidad a dichos amigos, tenían que ser encerrados y detenidos.

Ahora lo serían.

Volvió la vista hacia los dos guardias inconscientes. El primero la había llevado a la sala de control. El segundo había intentado detenerla. Ella los había lanzado a ambos contra las paredes por encima de la entrada. Manchas sangrientas iban desde el punto del impacto hasta donde sus cabezas descansaban contra la pared. Había sido fácil para una Jedi anular los sistemas de seguridad de la Sala de Animales Peligrosos. Sin embargo, sintió descubrir que esta sala no controlaba toda la seguridad de la exhibición. Tendría que hacer el resto por sí misma.

La Jedi falleen corrió a través de los corredores traseros, manteniendo los ojos abiertos en busca de cámaras de seguridad y cortocircuitándolas cada vez que pasaba una. Se lanzó contra una puerta marcada como SALIDA y salió a la sala principal. ¿Había pasado sólo media hora o así desde que había estado aquí, con su mayor preocupación siendo un periodista fisgón que les espiaba? Su corazón se encogió de dolor. Entonces había sido ignorante, había pensado que sus compañeros Jedi que ahora estaban encerrados en carbonita estaban locos. Ahora sabía que no era así.

Natua miró a su alrededor. Miró a la Sala de Animales Pequeños durante un momento y luego negó con la cabeza. Sería irritante tener docenas de pequeñas criaturas moviéndose de un lado a otro por debajo de los pies, pero nada más. No malgastaría su tiempo allí. Su distracción, el caos y el daño que necesitaba para asegurar su escape y causar tanto daño a los dobles como fuera posible, se encontraba fuera.

Los gritos eran casi ensordecedores y ahora la multitud empezaba a huir en tropel en serio. Leia giró, levantado su sable láser, esperando desesperadamente que no tuviera que usarlo pero preparada para hacerlo si era necesario. Al otro lado de la puerta probablemente estaría los controles de emergencia para evitar que las rampas se retrajeran. Sujetó su espada con una mano, alargando la otra, con los dedos extendidos,

para evitar que la presión de seres empujara a Radd en su tarea urgente. Esperaba que Jaina estuviera haciendo un progreso mejor que el brubb.

Deseaba de corazón no ser tan bajita y estirar el cuello para ver el centro de la sala. Aquellos al final de la rampa estarían frenéticos, intentando retirarse hasta la seguridad de las paredes mientras la superficie bajo sus pies desaparecía inexorablemente de centímetro en centímetro. Y aun así, Leia estaba intentado contenerles, para darle sitio para trabajar a Rabb.

Un grito repentino se oyó por encima de los demás gritos y Leia sintió una repentina punzada de terror en la Fuerza. Sin detenerse a descubrir qué estaba pasando con sus cinco sentidos físicos, Leia saltó hacia arriba, aterrizó de nuevo sobre la barandilla y luego saltó hacia la fuente del miedo.

Un niño pequeño, de alrededor de la edad de Allana, había aterrizado con dureza sobre el suelo de duracreto del recinto de los lobos-jabalí. Su dolor atravesó a Leia, al rojo vivo y urgente (el chico se había roto algún hueso por lo menos), pero su terror era incluso más abrumador que el dolor físico. Leia cayó a su lado, doblando las rodillas para absorber el impacto y luego interpuso su propio cuerpo ente el niño y los rugientes predadores.

Uno de ellos se abalanzó hacia delante, con los colmillos desnudos. Leia movió el arma para colocarla cruzada delante de su cuerpo en un movimiento de barrido y la criatura cayó en dos pedazos que todavía se retorcían. Otros dos se lanzaron contra ella en tándem.

Ella se lanzó hacia delante, empalando al primero justo a través de su boca abierta y cortando hacia arriba. Extendió su mano y lanzó con la Fuerza al segundo contra un cuarto animal que estaba cargando.

El lobo-jabalí chocó pesadamente contra su compañero de manada y ambas bestias se revolcaron. Leia sintió un quinto acercándose por detrás de ella y giró. Lo decapitó inmediatamente. El niño pequeño gritó, cubriendo su cabeza mientras la sangre llovía sobre él. Leia se apenó por el trauma que le había causado, pero al menos él viviría para tratar con ello. Ella miró a su alrededor, agarrando el sable láser como preparación para otro ataque. Uno de los cuerpos tuvo un espasmo en la agonía de la muerte, pero luego se quedó quieto. Los había matado a todos.

Se volvió hacia el chico, agachándose al lado del niño que sollozaba histéricamente. Ella tocó suavemente su hombro, exudando consuelo y tranquilidad.

—No pasa nada —dijo ella—. Vas a estar bien.

Acababa de empezar a cogerle en brazos, pretendiendo saltar con la Fuerza hacia la rampa y devolverle a sus padres que sin duda estaban aterrorizados, cuando por el rabillo del ojo vio movimiento.

Ella levantó la mirada. Por encima vio un borrón de pelo marrón claro y comprendió que la madre nexu había saltado fuera de su cubículo y ahora estaba forcejeando por alcanzar la rampa. Sus dos zarpas delanteras estaban enganchadas en los pequeños agujeros de la plancha de metal y una de sus patas traseras casi se las había arreglado

para agarrarse sólidamente. Su cola desnuda y parecida a la de un roedor golpeaba y se retorcía alrededor de la barandilla. La nexu abrió su boca horrorosamente ancha en un rugido salvaje, con su cabeza pareciendo casi como si se rompiera en dos con el gesto.

Leia dejó al niño donde estaba. Estaría más seguro en el recinto con los cinco lobos-jabalí muertos. Cambiando el sable láser a su mano izquierda, saltó hacia arriba. Cogió la barandilla con la mano derecha a alrededor de un metro de donde la nexu todavía forcejeaba por subir a lo alto de la rampa y empezó a empujarse hacia arriba.

Una fuerte mano salió de ninguna parte, agarró su brazo y tiró de ella hacia arriba el resto del camino. Ella se volvió para ver a Han, con su otra mano envuelta fuertemente alrededor de la pequeña cintura de Allana mientras presionaba a la niña contra él como un paquete que estuviera llevando en su nave.

No había tiempo para darle las gracias o tranquilizar a Allana. Leia giró para enfrentarse a la nexu. Incluso mientras giraba, vio a la criatura dar un zarpazo con una de sus patas delanteras mientras las dos patas traseras subían y se agarraban al lado que se retiraba de la rampa. Alcanzó a la pierna de un ithoriano. El desafortunado ser gritó de dolor del modo único y con dos bocas de su gente, con su expresión de agonía sonando incongruentemente bella y obsesivamente musical. Él cayó hacia atrás, con sus largos dedos sujetándose a la rampa y su pierna izquierda atrapada en las enormes mandíbulas de la nexu.

Leia se lanzó hacia delante, levantando el sable láser en ambas manos levantadas por encima de su cabeza y bajándolas en un movimiento frío de apuñalamiento. La hoja de energía empaló a la nexu por la parte trasera de su cuello, continuando con el impulso hacia abajo hasta que se abrió paso a través de la rampa. Exactamente como Leia pretendía.

—¡Cójanle! ¡Cójanle! —gritó por encima de su hombro.

El cuerpo sin vida de la nexu se balanceaba ahora flácidamente, pero sus mandíbulas permanecían cerradas en un rictus de muerte. Algunos de los seres salieron de su horror irracional y se movieron hacia delante, abriendo a la fuerza la boca de la bestia y sacando al todavía gimiente ithoriano del borde de la rampa. Leia desactivó su sable láser y la enorme felina, sin estar ya sujeta como un espécimen insectoide a una pantalla de plastifino, cayó flácidamente en el recinto. Los cachorros corretearon hasta el cadáver de su madre y maullaron lastimeramente.

La rampa había estado retrayéndose lenta pero inexorablemente y ahora todas las rampas sólo estaban medio extendidas. Llenas de gente para empezar, ahora los seres se presionaban fuertemente unos contra otros. A Leia le sorprendió que nadie se hubiera derrumbado y hubiera empezado a lanzar cuerpos aleatoriamente, pero sabía lo suficiente como para estar agradecida por ese hecho. Quizás era la calma que ella había estado vertiendo en la Fuerza todo este tiempo.

Y entonces, con una inesperada sacudida, la rampa se detuvo de repente. Leia levantó la vista para ver un agujero grande, humeante y circular cortado en la puerta. Radd metió la cabeza por él y le dirigió a ella una sonrisa. Lo había hecho. Entonces sus ojos se

abrieron por la sorpresa y retrocedió rápidamente mientras los clientes empezaron a salir por el agujero.

Un brazo se envolvió alrededor de Leia y ella de repente se vio aplastada contra el pecho de su marido. El peligro inmediato había terminado por el momento y por lo tanto ella se permitió que la abrazaran durante un segundo, deslizando un brazo alrededor de Han y alargando el otro para acariciar a su nieta que ahora se sorbía los mocos.

—¡Leia!

Era la voz de Natua. Leia giró, activando su sable láser, buscando a la otra Jedi en las rampas atestadas que todavía sobresalían precariamente sobre los recintos de los animales.

—Sé qué eres… ¡impostora!

Leia estrechó sus ojos marrones. Se había dado cuenta de qué debía haber ocurrido en el momento en que había sido incapaz de encontrar a Wan. Incluso así, oírlo…

—¿Me quieres, Leia? Ven a buscarme.

No, Natua no estaba presente en la multitud. Tenía que estar hablando por un comunicador y eso significaba que había capturado la sala de control. Leia la encontraría allí. Porqué la falleen había lanzado el desafío, no lo sabía, pero se alegraba de que se contuviera la lucha. Suficientes inocentes habían sido aterrorizados y se les había hecho sufrir en este día en lo que debería haber sido una salida placentera y segura.

—Coge a Amelia y sal de aquí —le dijo a Han.

—Haré que Radd la lleve de vuelta a casa y entonces yo…

—Radd y Jaina necesitan quedarse aquí y ayudar a cuidar de esta gente y Amelia y tú necesitáis poneros a salvo.

La voz de Leia era cortante y fría y Han frunció el ceño.

—La pondré a salvo, Su Excelencia —prometió Han—. Pero entonces volveré. Con tantas pistolas láser como pueda colgar de mi cuerpo.

Con cualquier otro hombre, simplemente habría sido una expresión. Leia sabía que no debía asumir tal cosa cuando Han Solo estaba preocupado y, durante un instante salvaje e inapropiadamente divertido, se preguntó cuántas pistolas láser *podía* colgarse Han a su cuerpo.

Sin otra palabra, ella se abrió paso a empujones a través de las multitudes que intentaban salir a través del agujero que Radd había cortado con su sable, apartándoles suavemente con la Fuerza. Se abrió a Jaina en la Fuerza. La presencia de su hija era dura y clamada, pero con una rabia feroz ardiendo caliente por debajo.

Leia había pretendido esperar, dejar que los clientes se pusieran a salvo, pero con el desafío de Natua Wan todavía retumbando en sus oídos, sabía que la Jedi enferma tenía que ser detenida tan pronto como fuera posible.

Han sostenía a Allana fuertemente contra él mientras se abría camino a través del agujero, teniendo cuidado de no tocar el metal al rojo vivo o de dejar que rozara a Allana. Ella se agarraba a él, tan silenciosa ahora como antes había sido ruidosa, con sus pequeños brazos y piernas envueltos fuertemente alrededor del torso de él. Los guardias estaban llegando, con caras sombrías y preocupadas, ayudando a salir a la gente, apartando a aquellos que estaban heridos. Han hizo un gesto para rechazar la ayuda y se concentró en encontrar el camino de vuelta a la sala principal y luego dejar escapar el aire.

Jaina corrió a su lado.

—¡Papá! ¿Dónde está mamá?

—Creo que Natua ha perdido el control —dijo Han—. Llamó a tu madre. Ella ha ido a encontrarla y detenerla.

Jaina asintió.

—Eso es lo que yo también me imaginé. Justo lo que necesitamos.

Otra Jedi loca. Sabes que Tyrr va a sacarle el máximo provecho.

Allana gimoteó y se agarró con más fuerza.

—No podemos tomarnos un respiro —murmuró Han—. *Será divertido,* dijo. *Educativo*, dijo. *Un día fuera*. Vale.

—Por aquí —dijo Jaina.

Sin frenar el paso, Jaina se volvió de manera que su hombro empujara la puerta para abrirla. Salieron a más caos.

—¿Qué…?

El área central, que una hora antes había estado llena de clientes calmados, representantes de ventas aburridos y filas para entrar en las dos salas, era ahora un pandemónium. Cuatro rontos se levantaban sobre las patas traseras por el terror, con sus enormes patas cayendo sobre cualquier cosa o cualquiera lo bastante desafortunado para no quitarse de en medio. Un toro de nerf mugía, bajando la cabeza para cargar. Ya había empalado a una víctima, a juzgar por la sangre que brillaba en sus cuernos. Otros animales de rebaño estaban yendo de un lado a otro (banthas, tauntauns, dewbacks) todos aterrorizados, todos *sueltos*.

—¡Maldita sea! —gritó Jaina—. ¡Ha abierto los corrales!

Han hizo un juramento.

—Los corrales rodean el edificio principal.

Jaina asintió, con sus ojos moviéndose de un lado a otro.

—Es demasiado peligroso que intentéis salir ahora. Quedaos aquí y esperadme.

—Y un chubba, yo…

—¡Papá! ¡Tienes que mantener a salvo a Amelia! Yo iré a abrirme camino luchando, cogeré un deslizador o una moto deslizadora o algo y volveré a por vosotros. Esa exhibición. Subid encima de ella.

La mayoría de los animales de rebaño no pueden subir y los únicos lo bastante altos para llegar a vosotros serían los rontos y ellos están intentando subir, no atacar.

Han miró hacia donde apuntaba su hija. Era la gran exhibición de animales representativos que habían visto cuando entraron la primera vez, localizada en medio de la sala. Su fuerza ya no era lo que solía ser, pero él pensaba que podía subirse a lo alto de un modelo a tamaño real de un bantha. Aunque Allana tendría que agarrarse fuerte.

—Vale —dijo él—. Pero si no has vuelto aquí en quince minutos con una manera para que salgamos, te daré una paliza. No me importa la edad que tengas.

Jaina no pudo evitar soltar un resoplido de diversión. Esta era una de las cosas que más amaba de su padre. No importaba lo terrible que fuera el momento, él podía hacerla reír. Y cuando se reía, su mente se aclaraba.

—Apuesta a que volveré en diez —dijo ella y entonces se volvió y cargó contra el toro de nerf enloquecido, con el sable láser encendido.

Leia derrapó hasta detenerse delante de la sala de control. La puerta estaba completamente abierta y sintió una punzada ante la imagen de los dos cuerpos del interior. Natua había estado allí pero ahora no se la veía por ninguna parte. Leia cayó de rodillas al lado de uno de los guardias y le buscó el pulso. Débil, pero allí estaba. Comprobó el otro. También estaba vivo.

—¡Leia!

Leia se puso en pie.

—¡Natua! ¡Esto no es lo que crees que es! ¡Sabes que no lo es!

Déjame ayudarte. Eres una Jedi, ¡no quieres que todas estas muertes manchen tus manos! —Miró rápidamente hacia la consola, pulsó un botón y dijo—: Aquí la sala de control de la Sala de Animales Peligrosos. ¡Traigan un equipo médico a la sala de control ahora! ¡Tenemos heridos!

—¿Heridos? ¿Quién es? —le llegó una voz suspicaz.

—Sólo envíenlo aquí.

Leia no tenía tiempo para más conversación. Necesitaba encontrar y detener a Naua antes de que hiriera, o matara, a alguien más.

La voz venía justo de detrás de la esquina. Natua la estaba desafiando.

—Oh, desde luego que no lo es. Tú eres Leia Organa, Caballero Jedi, princesa y antigua senadora, madre amantísima.

El despreció, la furia y una terrible sensación de traición acompañaba a las palabras.

Leia se movió cuidadosamente hacia el sonido de la voz. Natua casi con toda seguridad no estaba en sus cabales. Una conversación más larga no iba a convencerla, no si el modo en el que Seff, Valin y Jysella se habían comportado era una indicación. Lo mejor sería incapacitar a la falleen tan rápida e indoloramente como fuera posible.

Ella extendió sus sentidos pero no pudo sentir la presencia de Natua en la Fuerza. ¿Podía también Natua ocultarse para que no la detectaran en la Fuerza? Si era así, se estaba volviendo una habilidad demasiado común y demasiado enojosa para Leia.

—Eres una impostora que secuestró a la auténtica Leia. —La voz rebosaba sarcasmo—. ¿Y Amelia? ¿Una niña? ¿Cómo pudisteis hacerlo?

La voz venía justo de detrás de la esquina. Leia volvió la esquina y, con el sable láser encendido, salto… sobre nada.

Jaina comprendió que iba a llegar tarde a recoger a su padre y a su sobrina. Iba a llegar tarde porque era una Jedi y la gente tenía problemas y ella podía solucionarlos y por lo tanto lo haría.

La seguridad estaba llegando ahora a la sala principal y disparando a las criaturas en libertad. Jaina hizo una mueca de dolor mientras la sala se llenaba con los sonidos del fuego láser y los animales doloridos por encima de los gritos de los clientes aterrorizados. Era desagradablemente necesario. Había demasiados animales corriendo en libertad y las vidas de seres inteligentes estaban en juego. Pero había algunos a los que podía ayudar.

Jaina cerró los ojos durante un instante, calmándose y centrándose. Esto era un desafío para ella incluso en el mejor momento y ahora era casi imposible, pero se las arregló. Abriendo sus ojos, alargó una mano hacia las bestias asustadas más cercanas. Una era un dewbac, agitado ante la presión de la gente. El otro era un kybuck, saltando de un lado a otro frenéticamente.

No pasa nada. No necesitas tener miedo. Nadie te hará daño. Vuelve a la seguridad del corral. Sígueme.

El dewbac bramó, pero después de unos momentos trotó hacia Jaina. El kybuck vino incluso más suavemente y Jaina le palmeó su flanco suave. Cuando el dewbac bajó la cabeza hacia ella, Jaina le sonrió y también le acarició. Saltó sobre su espalda y se abrió una vez y otra hasta que hubo un pequeño grupo de animales presionados cerca de ella.

Jaina plantó sugestiones en la muchedumbre de animales que vagaban delante de ella. Algunos tenían una voluntad más fuerte que otros, pero todos estaban buscando dirección y guía y al final se unieron a su pequeño desfile. Jaina ardía de deseos de ir más rápido, pero eso agitaría a los animales y era más importante que se mantuvieran clamados que el hecho de que llegaran a los recintos dos minutos antes. Después de lo que pareció una eternidad, llegaron a uno de los corrales. Su elaborado sistema de seguridad había sido cortocircuitado, pero todavía había una puerta básica con una barra que se colocaba en su lugar y eso sería suficiente. Jaina reunió a las bestias para hacerlas entrar y les dirigió un pensamiento final de *«Estáis calmados, adelante y dormid»* y se volvió.

Justo hacia una cara familiar y que le repugnaba.

—¡Tú! —gritó Jaina, apuntando a Javis Tyrr.

¡El sleemo la estaba grabando! Ella marchó hacia él, colocó su mano sobre las lentes del droide cámara y empujó su cara hacia la de él.

—Jaina Solo, ¿puedes verificar que la Jedi Natua Wan ha sucumbido ante la misma enfermedad mental que…?

Jaina alargó su otra mano y le agarró por la camisa.

—¿La viste? ¿Dónde?

Enfrentado con la posibilidad de un daño físico inmediato, los modales del periodista calmado y profesional desaparecieron.

—Hace sólo un minuto. Estaba abriendo todos los corrales. Lo tengo todo grabado.

—¿Adónde fue?

Él apuntó hacia un lado de la sala de exhibición. Los corrales atravesaban todo ese lado. Natua, según parecía, estaba intentando abrirlos todos.

Jaina apartó a Tyrr de un empujón, enviando simultáneamente un pulso para cortocircuitar el droide cámara flotante y alargando la mano hacia su comunicador.

—Mamá, Natua estaba justo aquí fuera hace un minuto. Se dirige hacia la parte norte de la sala de exhibición.

—Eso explica las cosas —dijo Leia con voz seca—. Parece que he estado persiguiendo sombras. Voy de camino.

—¿Y si me concedes una entrevista exclusiva dado que mi información demostró ser útil? —dijo Tyrr.

—¿Y si no te doy un puñetazo en la nariz? —replicó Jaina.

Ya se había vuelto y corría hacia la sala de la exhibición, llamando a Radd por el camino.

Encontró a la fallen en el recinto de los bordok. Jaina no frenó su velocidad y no gritó mientras cargaba, meramente se lanzó hacia la otra Jedi. Natua, sin embargo, sintió su aproximación y justo mientras Jaina saltaba hacia ella, abrió el recinto y los enloquecidos animales salieron en estampida. Incapaz de apartarse a tiempo, Jaina simplemente saltó con la Fuerza hacia arriba, corrió ligeramente sobre los lomos de las criaturas y aceleró hacia Natua.

La otra Jedi tenía su sable láser levantado y las dos hojas chocaron, chisporroteando. Jaina apretó los dientes y siseó por encima del ruido.

—¡No quiero hacerte daño!

—Pero *yo* quiero *hacerte daño a ti*. La auténtica Jaina me dará las gracias.

Natua rompió la llave y empujó. Jaina retrocedió un paso y cayó en una posición defensiva.

Maldita sea, ella realmente *no* quería hacerle daño a Natua. La otra Jedi estaba perturbada y necesitaba que la cuidaran. Era…

—Oh, hora de quitarse los guantes —siseó enfadada Jaina, comprendiendo que Natua estaba intentando influenciarla con sus feromonas.

—Bonito truco, Natua —les llegó la voz de Leia—. Me llevaste en una alegre persecución por allí durante un ratito. Jacen también era capaz de proyectar su voz de esa manera. Supongo que no te importará decirme cómo lo hiciste.

—Ya era hora de que llegaras aquí —dijo Jaina, pero sin apartar los ojos de Natua.

—Lo siento —dijo Leia—. Natua hizo un trabajo bastante bueno desviándome.

—Ríndete —dijo Radd, apresurándose—. Te superamos tres a uno, Natua. Sabes que sólo nos preocupa tu…

Natua arremetió contra Jaina, gruñendo. Ambas Solo bajaron sus espadas sobre la de ella en un tándem perfecto, como si lo hubieran ensayado. La pura presión física de las dos espadas cruzadas sobre la única de ella forzó a la espada de Natua a bajar hasta el suelo y ella trastabilló, cogida a contra pie. Fue entonces cuando Radd corrió hacia ella. No había gracia, ni finura, ni un uso habilidoso de la Fuerza en su ataque. Él simplemente saltó sobre ella desde atrás e hizo impactar su duro cráneo contra el de ella.

Natua se derrumbó, inconsciente, sobre el suelo. Jaina y Leia parpadearon en dirección a Radd. Él se encogió de hombros, un poco avergonzado.

—Hey —dijo Jaina—. El truco funcionó. —Se limpió la frente con una mano y olfateó—. Aug. ¿Soy yo? Necesito una saniducha.

Ella levantó la mirada para ver a una figura familiar caminando a grandes zancadas hacia ella.

—Parece que me perdí toda la diversión. Otra vez —dijo Han.

Allana caminaba a su lado, con su mano sujeta firmemente en la de él. Todavía parecía pálida y asustada, pero se estaba recuperando claramente.

Leia miró apenada a la fallen inconsciente y suspiró.

—Esto sigue poniéndose más difícil de ver —dijo—. Valin, Seff, Jysella y ahora Natua. Todos tan jóvenes como para que les ocurra algo como esto.

—Creo que ya no hacen los Jedi como solían hacerlos —dijo Han.

—Papá, estoy *aquí mismo*.

Capítulo Diecinueve

A BORDO DE LA *SOMBRA DE JADE*

Los días pasaban y Luke y Ben aprendían.

Aprendían principalmente de Tadar'Ro, quien les gustaba cada día más. Incluso aunque era Aing-Tii, y por lo tanto en parte siempre sería incomprensible para ellos, claramente él se sentía cómodo en sus tratos con los dos Jedi y parecía que ellos le gustaban en cierto modo.

Él respondía a sus preguntas lo mejor que podía, lo que a veces era realmente muy bien y a veces completamente difícil. Claramente lo estaba intentando.

—Sois el tercero y el cuarto humano que he conocido —dijo Tadar'Ro un día mientras se sentaban en lo que era claramente el lugar favorito del Aing-Tii. Parecía tan rocoso y árido como cualquier otro lugar, pero las piedras habían sido desgastadas por el tiempo.

Mantenían el calor del sol cuando hacía frío y estaban a la sombra de las piedras que se alzaban cuando el día se volvía más cálido. Ben incluso vio fugazmente a pequeños animales aquí y allí. Había una calma, una serenidad en este lugar que tanto él como Luke pudieron sentir.

Luke incluso lo comentó una tarde. Tadar'Ro radió alegría y calidez en la Fuerza mientras respondía.

—Este es un lugar de enseñanza —dijo—. Muchos de los jóvenes se reúnen aquí para aprender. Igual que también lo hicieron Jacen Solo y Jorj Car'das.

El Aing-Tii siempre utilizaba los nombres completos de aquellos a los que se refería.

—¿Entonces es una… escuela? —preguntó Ben.

—Sí, eso bastará. Una escuela. Durante siglos, las mentes abiertas y deseosas han sido enseñadas en este lugar. Encontramos alegría en aprender y en compartir conocimiento. La energía de tantísimas mentes, de tanto aprendizaje y tanta comprensión, eso es lo que sientes aquí.

Ben asintió lentamente.

—Enseñaste aquí a Jacen —dijo Luke—. ¿Era buen estudiante?

—Sólo era el segundo humano que he conocido jamás y el primer Jedi —replicó Tadar'Ro—. Parecía muy ansioso de conocimiento, pero era… no era tan alegre para él como lo era para otros. ¿Es esta una cualidad humana?

Luke y Ben intercambiaron miradas.

—No es universal. Todo el mundo es un individuo único. ¿Cuánto hace que estuvo Jacen aquí?

—Había una novedad, una expectación en él —dijo Tadar'Ro del modo típicamente críptico de los Aing-Tii. Sin embargo a estas alturas, Luke y Ben estaban empezando a ser capaces de «traducir».

—Simplemente estaba empezando el viaje de cinco años —le dijo Luke a Ben, que asintió.

—Dijiste que parecía ansioso por conocimiento, pero que no era una experiencia alegre —continuó Ben—. ¿Puedes ser más explícito?

Tadar'Ro se sentó hacia atrás en cuclillas, con sus lenguas entrando y saliendo, pero no dejó salir ninguna palabra. Claramente pensar y hablar eran a veces la misma cosa para los Aing-Tii. Ben ahogó una risa inapropiada mientras se daba cuenta de que, a veces, pensar y hablar también eran lo mismo para los miembros de su familia.

—Era una tarea, más que un placer. Como si… era algo que conseguir, de manera que uno no necesitara preocuparse más por ello.

Algo que conseguir, que tener.

—Eso suena como Jacen —dijo Ben tranquilamente—. Así que incluso entonces sus pies ya estaban fijos en este camino. Al menos en cierta manera.

—¿Camino?

Luke suspiró y se volvió hacia Tadar'Ro.

—Tu pueblo usa la Fuerza, pero según tengo entendido no creéis en un lado luminoso u oscuro.

Habían aprendido esto de los diarios de Jorj Car'das. Al principio, Car'das había parecido ser muy parecido a ellos: No había estado del todo seguro de qué pensar inicialmente de los Aing-Tii.

—No entendí realmente qué era lo que Yoda había hecho por mí hasta que desperdicié el regalo —había dicho la pequeña imagen de Car'das—. Yo no era, y no soy, y probablemente nunca seré, un individuo sensible a la Fuerza. Y francamente, antes de venir aquí, realmente no me importaba mucho. Pero a los Aing-Tii les importa y sin embargo apenas la utilizan. Nunca había visto a gente tan fascinada con algo que respetan lo suficiente para no utilizarlo como un utensilio de menaje común.

—Nosotros no hacemos eso —dijo Ben mientras lo veían en la cena una noche.

—No —replicó Luke—. Eso denota una falta de respeto, creo.

—La mayor parte de mi comprensión de la Fuerza, que admito que es limitada, apunta a que tiene sólo dos aspectos, la luz y la oscuridad —había dicho Car'das—. Los Jedi trabajan con el lado luminoso de la Fuerza y los Sith y los Jedi Oscuros, obviamente, con el oscuro. Eso está bien y es simple y claro y quizás a nosotros los humanos nos gustan nuestras filosofías de ese modo. Pero los Aing-Tii tienen una visión mucho más complicada de ella. Su visión es como…

La imagen de Jorj Car'das había hecho una pausa y sus manos se movieron, como si pudiera agarrar físicamente las palabras que quería.

—Como si tuviera variaciones. Gradaciones. Como la luz, cuando pasa a través de un prisma. Una especie de… un arco iris.

Ben pensó en esta imagen mientras Tadar'Ro asintió.

—Es cierto. Nosotros utilizamos la Fuerza. Es sagrada. Es de Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo. Tal cosa es mucho más compleja que la luz y la oscuridad, el mal o el bien. Jacen Solo parecía entender esto.

Luke y Ben intercambiaron miradas. Ben conocía esa mirada. Hablarían más sobre esto cuando estuvieran solos.

—Utilizamos la Fuerza para propulsar nuestras naves, de manera que podamos movernos más allá de este mundo y buscar cualquiera de los objetos que podrían haber pertenecido a Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo. Os enviaremos también en tales peregrinaciones. Podréis ayudarnos grandemente.

—Desde luego —dijo cuidadosamente Luke—. Estaremos encantados de hacerlo mientras estamos aquí. Compartiste con Jacen tu comprensión de la Fuerza, de este aspecto del arco iris como lo llamó Car'das. ¿Qué más le enseñaste?

—Jacen Solo era muy fuerte en la Fuerza, lo que es el porqué estuvimos de acuerdo en instruirle. Creemos que él había sido enviado a nosotros para aprender, igual que lo fue Jorj Car'das, igual que lo habéis sido vosotros. Le enseñamos que uno no necesita ser sensible a la Fuerza para utilizar la Fuerza. Le enseñamos la comprensión de cómo se mueven nuestras naves instantáneamente de un lugar a otro, incluso lo simple que es mover de ese modo una piedra o una herramienta.

Extendió una mano con garras y apuntó a una pequeña piedra. Se oyó el chasquido del aire desplazado y de repente la roca estaba a los pies de Luke. Ben y Luke se sorprendieron.

—La percepción lo es todo, si es lo bastante poderosa —dijo Tadar'Ro—. Vi la roca aquí y no allí, y aquí está. Es difícil convencer a la mente de que eso es así, pero una vez que has dominado y comprendido eso… es supremamente simple.

Esto, pensó Ben para sí mismo, era totalmente astral. Se inclinó y recogió la roca. Era sólo eso, una roca. No había nada de humo, ni estaba innaturalmente caliente o fría, sólo era una roca que había estado allí hacía un minuto pero que ahora estaba aquí, descansando en la palma de su mano.

—Jacen Solo fue capaz de aprender esto rápidamente —continuó Tadar'Ro—. Os enseñaré esto a ambos. Tengo la esperanza de que vuestras mentes lo asimilen tan rápidamente como lo hizo la de Jacen Solo.

—¿Y caminar en la corriente? —dijo Ben—. ¿Cómo entendió eso?

—También fácilmente —replicó Tadar'Ro—. Está unido a cómo vemos la Fuerza y cómo… —El Aing-Tii inclinó la cabeza en un gesto extraño. La consternación emanó de él—. Cómo, hasta la llegada de este Profeta, veíamos el destino y la predestinación. Creemos que la Fuerza nos guía y no intentamos dirigirla de ninguna manera particular. Es lo mismo con caminar en la corriente. Uno debe rendir las emociones de uno a la Fuerza. Centrarse a sí mismo en su flujo. —Volvió la cabeza y fijó en Ben un gran ojo negro y líquido—. Quizás tú serás como tu primo y lo aprenderás muy rápidamente.

—Quizás —dijo Ben, incómodo con la idea de que podría ser como Jacen en cierto sentido.

Y sin embargo… no podía suprimir una punzada de excitación al ser capaz de volver al pasado o de ir al futuro, incluso a un futuro incierto y que no era seguro que fuera a ocurrir. Por el rabillo del ojo, como si su padre pudiera leer sus pensamientos, Ben vio fruncir el ceño a Luke.

Escucharon más grabaciones holográficas de Car'Das esa noche durante la cena.

—Utilizan la Fuerza para alimentar sus naves de alguna manera, para hacer esos locos saltos que parecen más suerte que otra cosa —continuó el pequeño holograma—. Y la discuten interminablemente. Al menos Tadar'Ro parece querer discutirla conmigo.

Y Tadar'Ro quería discutirla con Luke y Ben, y presumiblemente también con Jacen. Era extraño. Eran la gente más reservada que se podía imaginar, incluso hostiles respecto a la Fuerza, y sin embargo una vez que habían aceptado a alguien entre sus filas, por decirlo así, querían compartirlo todo.

—La Fuerza es un arco iris —dijo Ben—. Tengo que decir que es una imagen bonita.

—Lo es —estuvo de acuerdo Luke—. No me considero de mente cerrada, Ben, o intolerante. Y estoy totalmente preparado para admitir que ver la Fuerza de este modo parece funcionar para los Aing-Tii.

Ben pensó en el tiempo que había pasado en Ziost. En ese momento de su vida, había sido sólidamente la criatura de Jacen, aunque unas cuantas dudas habían empezado a colarse por los bordes.

Había creído que la Fuerza era una herramienta, como un sable láser o una pistola láser. Que era lo que hacías con ella, cómo la manipulabas, que era importante. Que no había un auténtico lado luminoso u oscuro, sólo un lado neutral. Gris, si lo prefieres así.

O un arco iris.

Y sin embargo, incluso mientras veía el planeta por primera vez, había sentido algo malevolente en él. Como si le estuviera mirando, del mismo modo que él le miraba. Recordó las voces, que hablaban primero en sus sueños y luego en su cabeza, urgiéndole a que abandonara a la joven niña que le acompañaba. Que la matara, que… que se la *comiera*, para hacerse más fuerte. Y cuando esas ideas estaban en su cabeza, la niña, Kiara, retrocedía ante él. Ante el lado oscuro creciendo en su interior.

Y fue en ese momento cuando Ben se había hecho preguntas sobre su creencia en la neutralidad de la Fuerza. La malevolencia que había sentido no había venido de nada vivo. Era la impronta de los Sith que habían estado allí durante tanto tiempo. Los ecos de su presencia, su energía, incluso aunque había pasado mucho tiempo desde que habían dejado el planeta físicamente.

Él se dio cuenta de que eso era el lado oscuro. Y aunque le había llevado mucho tiempo procesar esa revelación, lo había hecho.

—Solía pensar en ella como en una herramienta, un arma —dijo—. Una pistola láser no es inherentemente mala. Puede disparar a un amigo para traicionarle o a un enemigo

para salvar una vida. Pensaba en la Fuerza de ese modo. Como si no fuera ni buena ni mala, sólo una especie de… gris.

Luke asintió.

—Recuerdo cuando entré en la cueva de Dagobah. Sentí algo malo al instante, incluso antes de entrar en ella. Estaba tan fría, era tan perturbadora. Yo estaba… —Se rió ligeramente—. Me estaba preparando para fallar, eso es lo que estaba haciendo. Yoda me dijo que no necesitaría mis armas, pero me las llevé de todas maneras. Él me advirtió que un Jedi utiliza la Fuerza para conocimiento y para defensa, nunca para atacar, pero cuando la imagen de Vader se aproximó… activé mi sable láser primero. Eso no es lo que hacen los Jedi. Nosotros protegemos y defendemos a aquellos que no pueden defenderse a sí mismos. Así que fallé mi primera prueba de todo el asunto del lado luminoso-lado oscuro bastante miserablemente.

Ben se rió.

—¿Sabes?, me da esperanza que metieras la pata tan seria y consistentemente cuando eras un niño, papá.

—Ten cuidado, hijo. —Luke sonrió.

—Yo… yo creo que Jacen quería ser gris —dijo lentamente Ben, hablando como si dedujera las cosas en su cabeza.

—¿Qué quieres decir?

Ben sospechaba que Luke sabía exactamente qué quería decir, pero quería oírselo decir a él.

—Jacen quería una galaxia segura —continuó—. Eso es algo que está bien, pensando en lo que quiere la gente, un lugar seguro para criar a sus hijos, ir en pos de su arte o sus pasiones. No es un mal ideal.

—No, no lo es.

—Pero… Jacen lo quería demasiado desesperadamente. Lo bastante desesperadamente para hacer cosas realmente malas para conseguirlo. Lo bastante desesperadamente para convertirse en Sith para obtener el poder de hacer que pasara.

—Es el ejemplo clásico de que el fin justifica los medios —dijo tranquilamente Luke—. Quieres algo, incluso algo en lo que todo el mundo está de acuerdo que es algo bueno, muy desesperadamente. Y de ese modo empiezas a eliminar obstáculos para tu éxito. Y entonces para seguir adelante, tienes que endurecerte para hacer más y más cosas que están en conflicto con el núcleo de tus creencias sobre lo que está bien y lo que está mal. Lo haces porque tu meta es tan importante y tienes que mentir o traicionar o matar por ello.

Luke hizo una pausa.

—Una vez le pregunté a Yoda si el lado oscuro era más fuerte. Él me dijo que no, pero que era más fácil, más…

—… *seductor* —dijo Ben con su más refinada impresión de Lando Calrissian mientras movía las cejas sugerentemente.

Luke se rió.

—Conoces la historia. Pero la lección, en la que yo fallé miserablemente, era que realmente encuentras sólo lo que llevas contigo.

El lado oscuro no puede corromperte a menos que tú se lo permitas, que le permitas que use la furia, el odio y la agresión que ya tienes.

—O tus deseos —dijo tranquilamente Ben mientras su humor se desvanecía—. Eso fue lo que hizo Jacen.

—Para un Jedi, no hay lugar para una Fuerza de arco iris —dijo tranquilamente Luke—. No hay sitio para el compromiso. Caminamos por el sendero del lado luminoso o caemos en la oscuridad. No hay áreas grises, Ben.

Ben suspiró.

—Suena como una bonita idea, pero… sí. Vi lo que le ocurrió a Jacen, de manera cercana y personal. Y he sentido el lado oscuro en Ziost, justo igual que tú lo sentiste en Dagobah. Pero Yoda estaba equivocado en una cosa.

—¿Oh? ¿Y qué es?

—*No* dominó el destino de Vader. Tú le trajiste de vuelta del lado oscuro y cuando murió, fue uno con la Fuerza. Y también trajiste de vuelta a mamá.

Luke sonrió amablemente.

—Y Leia me trajo de vuelta a mí, cuando me acerqué demasiado. Creo que tú hiciste lo mismo por Tahiri, Ben. Simplemente no la abandonaste, incluso cuando había hecho todo lo que te hizo.

Ben asumió una pose heroica lo mejor que pudo en la silla fluyeforma.

—Los Jedi Skywalker —dijo melodramáticamente—. Practicando una buena tradición familiar de rescatar a la gente del lado oscuro.

—Hey, hay peores tradiciones familiares.

—Como el pan de especias de la tía Leia.

—Si crees que el lado oscuro da miedo, dile eso a ella.

—No lo haré. Me gusta que mi cuerpo esté intacto, muchas gracias.

Los viajes a los que los Aing-Tii enviaron a Luke y Ben eran fascinantes. A veces los Aing-Tii conocían la localización precisa en la que estaría un artefacto. Otras veces, Luke y Ben eran enviados en misiones basadas sólo en «sentir» que algo «podría» estar allí. Viajar era mucho más fácil ahora que tenían a los Aing-Tii para ayudarles a trazar los saltos. Ben una vez preguntó si podían aprender cómo hacer que la *Sombra de Jade* saltara del modo en que lo hacían las naves Sanedrín, ya que ahora estaban en una peregrinación para los Aing-Tii.

Tadar'Ro negó con la cabeza.

—Vuestra nave está sin la Fuerza —dijo—. Las nuestras… no lo están.

—¿Entonces son orgánicas? —preguntó Luke, pensando en los yuuzhan vong.

Tadar'Ro inclinó su cabeza, considerándolo.

—Sí y no —dijo finalmente—. Son de la Fuerza, pero no son orgánicas, no como tú entiendes la palabra.

—¿Más filosofía del arco iris? —preguntó Ben.

—Desde luego —dijo Tadar'Ro. La pregunta podía haber sido percibida como irrespetuosa, pero Luke y aparentemente Tadar'Ro sabían ambos que no se pretendía que fuera así—. Las cosas no son de un modo o de otro. No con nosotros.

Los artefactos que eran enviados a encontrar eran de todas clases.

A veces a Luke y Ben les parecían que eran simplemente piedras, cristales u otras formaciones naturales excepcionalmente bellos. Otras veces traían cuidadosamente de vuelta lo que era claramente una pieza de tecnología alienígena avanzada. Cada vez, el objeto era recibido de igual manera: con reverencia. Y la mayoría de las veces, Luke y Ben, los que se las arreglaban para conseguir el objeto, eran tratados con gratitud y cortesía.

La mayor parte de las veces. Sin embargo, crecientemente, Luke empezó a sentir resentimiento en los Aing-Tii. Le preguntó sobre ello una tarde a Tadar'Ro.

Tadar'Ro pareció agitado.

—No está dirigida a ti —dijo finalmente—. El cisma entre las dos facciones, aquellos que creen que la Fuerza nos guía, mientras que no le da forma a las cosas directamente, y aquellos que creen que el Profeta era una voz de Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo, crece cada día. Más y más, cada lado se traga a aquellos que se mantienen en la neutralidad, los que están cómodos con el no-saber, o los que tienen una postura firme. Cada vez menos estamos abiertos a todas las posibilidades, como lo estoy yo. Necesitamos curar esta división, y pronto.

—¿Qué podemos hacer para ayudar? —preguntó Luke.

—Cuando estéis listos, os llevaremos al Abrazo —dijo Tadar'Ro.

Al lado de Luke, Ben se removió violentamente ante esa palabra.

Luke alargó la mano para apretarle tranquilizadoramente el brazo.

Para Ben, durante todavía mucho tiempo, la palabra *«Abrazo»* iría seguida por *«del Dolor»* y produciría una reacción instantánea y visceral.

Tadar'Ro por supuesto lo captó.

—No es nada que haga daño —dijo tranquilizadoramente—. Es simplemente nuestro término para el sitio que contiene las Reliquias.

Que… las abraza amorosamente, las mantiene a salvo.

Ben se estaba calmando y asintió.

—Lo siento —dijo—. Entonces, ¿por qué papá y yo no podemos ir a este… Abrazo… e intentar responder a esa pregunta para vosotros?

—Todavía no estáis preparados para tal cosa —replicó Tadar'Ro—. Todavía hay cosas que debéis aprender. Cosas que debéis entender sobre nosotros. Cosas que Jacen Solo y Jorj Car'das aprendieron y entendieron, al menos hasta cierto punto. Entonces yo os llevaré hasta el Abrazo.

Luke sabía de qué estaba hablando Tadar'Ro. No estaba del todo contento con que Ben hubiera pedido aprender a caminar en la corriente, o con que Tadar'Ro hubiera estado de acuerdo con enseñarle. Para seres que tenían una aproximación multifacética a la Fuerza, e incluso a la propia física, caminar en la corriente probablemente no era nada del otro mundo.

Pero para los humanos, era algo completamente diferente. Sin embargo, la situación era la que era.

—Sé que Ben está ansioso por aprender de ti a caminar en la corriente, así que os dejaré con eso —dijo, levantándose e inclinando la cabeza respetuosamente a Tadar'Ro.

Ben no cruzó la mirada con su padre y en su lugar miró directamente al Aing-Tii. Todavía le estaba mirando intensamente mientras Luke se volvió y caminó de regreso a la *Sombra de Jade*.

Las sombras de la noche se alargaban cuando Ben finalmente volvió.

Estaba excitado por lo que había aprendido, pero estaba haciendo lo que podía para ocultar esa excitación. Estuvo silencioso mientras estuvo ocupado en la cocina durante un rato y finalmente salió con un plato lleno hasta arriba de comida.

—Llego un poco más tarde de lo normal —dijo—. Me imaginé que ya habías comido.

Luke asintió y se volvió para darle a la pausa a la entrada del diario holográfico que había estado examinando.

—Lo hice. ¿Cómo va?

Ben se llenó la boca de comida de manera que no tuviera que responder inmediatamente.

—Bien —dijo finalmente y luego tomó otro bocado grande.

Luke suspiró.

—¿Te importa explicarte?

—En realidad no. Quiero decir, sé que no te gusta, papá, así que, ¿qué sentido tiene?

—Creo que sería interesante oír cómo es que te lo enseñen de la fuente original —dijo Luke, manteniendo su voz suave.

Ben se encogió de hombros.

—Como lo que esperarías de los Aing-Tii. Todo arco iris.

Luke sintió una punzada de pena ante el nuevo recelo que mostraba su hijo. Sabía que era una consecuencia directa de su desaprobación, ¿pero qué debía hacer él? ¿Qué debía hacer cualquier padre cuando veía a su hijo haciendo algo que era innecesario y tal vez muy peligroso? No podía pretender simplemente que todo estaba bien y Ben lo sabía y por primera vez en su viaje juntos, Luke podía sentir abrirse de nuevo el viejo distanciamiento entre ellos.

Tomó aire profundamente.

—Ben… ¿entiendes por qué no apruebo esto?

—Desde luego que sí —dijo Ben, masticando un poco—. Crees que es peligroso, que me hará daño de alguna manera. Que está mal intentar interferir con el pasado o el futuro.

—Creo que te hará daño, pero del modo que crees —dijo Luke, buscando las palabras.

Ben le miró, todavía cauteloso pero también con curiosidad. Luke se tomó un momento para encontrar las palabras, esperando que fueran las correctas.

—Es una promesa vacía, Ben. Llena de esperanzas y deseos, pero al final, sólo son cenizas y desilusión. Sí, puedes ver a aquellos que han muerto, pero no puedes cambiar lo que les pasó. Y sí, puedes ver el futuro, incluso alterarlo en un pequeño grado si eres lo bastante hábil, pero no puedes estar seguro de que lo que estás haciendo es lo correcto. El mismo deseo que te está incitando a hacer esto es lo que llevó a muchos al sendero del lado oscuro.

—¿Qué sabes tú de lo que yo quiero? —estalló Ben—. ¡Ni siquiera preguntaste alguna vez *porqué* quería hacerlo!

Luke parpadeó, dándose cuenta de que su hijo tenía razón.

—Lo siento —dijo—. Asumí que…

—No deberías hacerlo.

—Tienes razón. No debería hacer asunciones. Pensé que querías volver atrás en el tiempo para volver a ver a mamá… o para descubrir cuando empezó Jacen a desviarse del buen camino. De manera que pudieras ser capaz de cambiar las cosas.

Un repentino brillo de rubor en las mejillas de su hijo le dijo a Luke que había dado en el blanco. El silencio que descendió repentinamente era dolorosamente difícil. Luke esperó un momento, pero Ben no dijo nada y ni siquiera continuó comiendo.

—Ben… sólo soy un padre que quiere ahorrarle dolor a su hijo, eso es todo. Y sabía por qué querías aprender la técnica porque… bueno, porque es lo que yo habría querido hacer a tu edad.

—Estoy harto de ser de mi edad —dijo fríamente Ben. Apartó la comida de él con un gesto tajante y violento y se levantó—. Creo que no tengo hambre, después de todo.

Luke le vio marcharse orgullosamente a su camarote, con el corazón dolorido. Todo lo que había dicho era verdad, pero en el estado en el que se encontraba Ben, no podría o no querría escucharle. Tendría que descubrir todo esto por sí mismo.

Y Luke estaría allí cuando lo hiciera.

Capítulo Veinte

OFICINA DE LA JEFE DE ESTADO, EDIFICIO DEL SENADO, CORUSCANT

Desha Lor jadeó y su mano subió volando hasta su boca.

Wynn Dorvan se puso en pie, con las manos relajadamente detrás de su espalda y su cara inescrutable mientras Desha, Daala y él veían los sorprendentes sucesos que se desarrollaban en las holonoticias.

Estaban en la oficina de Daala, la decoración de la cuál era brillantemente blanca y estaba escrupulosamente limpia. Daala era una mujer meticulosa y precisa y del Imperio, y ambos atributos suyos se exponían aquí para cualquiera que se preocupara de mirar.

—Es una locura, el caos absoluto —estaba diciendo Javis Tyrr, entornando seriamente los ojos hacia la cámara—. Mientras que hace poco tiempo la Exhibición y Feria de Ganado de Coruscant era un modo seguro y lleno de diversión de pasar la tarde, ahora se ha convertido en un sitio de masacre y terror.

La cara de Daala se tensó, con sus ojos verdes fijos en los sucesos que se estaban desarrollando. Esta no era la primera vez que las noticias se habían centrado en algo tan aparentemente inocuo como la Exhibición y Feria. Montones de veces en el pasado una criatura o dos, o tres o cuatro, habían escapado en estampida durante un tiempo antes de que fueran derribadas por estupendos equipos de seguridad. O a veces los tratos menos que agradables que se llevaban a cabo de manera no oficial en las habitaciones traseras iban mal. Pero incluso Dorvan estaba sorprendido de ver esto.

—Recibí la llamada hace unos momentos y me tomé la libertad de enviar algunos equipos especiales de la AG —le dijo él a Daala, que asintió ausentemente con la mirada todavía fija.

La cámara se alejó para mostrar el piso principal mientras Tyrr continuaba narrando.

—Lo que están viendo son corrales vacíos que deberían estar llenos de rebaños de animales. Alguien ha saboteado deliberadamente las puertas y ha hecho que docenas de criaturas huyan en estampida entre la población. La fuente de…

La cámara se movió tan repentinamente que Dorvan sintió un atisbo de nausea. Y entonces vio porqué. Una falleen, con la piel enrojecida mientras exudaba feromonas, estaba bajando un sable láser sobre otra puerta, esta conteniendo rontos. Los animales, nerviosos en áreas urbanas bajo las mejores circunstancias, estaban aterrorizados, levantando las patas y bufando. Cuando se lanzaron hacia la libertad, la Jedi, porque sólo podía ser una Jedi, saltó para apartarse y luego se alejó.

—¿Una Jedi? —dijo Desha, incrédula—. ¡Pero una Jedi nunca pondría a civiles en peligro de este modo!

—Estos días lo harían —dijo Daala con gravedad, con los labios presionados en una línea delgada y furiosa—. Y lo han hecho.

—¡Es una Jedi! —estaba gritando Javis Tyrr, repitiendo las palabras de ellos—. ¡Otra Jedi, que ha jurado proteger, claramente se ha vuelto loca! ¿Quién sabe cuántos inocentes morirán aquí, aterrorizados, pisoteados o corneados hasta morir? ¿Cuándo se detendrá esto?

La cámara giró hasta un primer plano de la parte trasera de la cabeza de una mujer. Su pelo era largo, oscuro y estaba recogido en una cola de caballo. De repente la mujer se volvió.

—¡Tú!

—Esa es Jaina Solo —dijo Desha Lor, con sus ojos abiertos por la sorpresa mientras la Jedi se acercaba a grandes zancadas hasta la cámara y la cubría con la mano—. ¿Qué está haciendo allí?

—Ella, sus padres y su hermana adoptiva estaban asistiendo a la exhibición —dijo Dorvan. Cuando Desha le miró, él respondió a la pregunta que ella no había hecho—. Mientras que no la seguimos exactamente a ella o a otros personajes notables, la AG se encarga de saber exactamente dónde están tales personajes en todo momento.

Pronto sabrás más de esto. Y te pondré al cargo de tales operaciones.

La twi'leko pareció incómoda con la idea, pero no dijo nada.

Mientras tanto, a pesar de las vibrocuchillas que metafóricamente Jaina le estaba disparando, Tyrr no abandonaba. Él continuó hablando.

—Jaina Solo, ¿puede verificar que la Jedi Natua Wan…?

Dorvan dejó de prestar atención al resto y en su lugar escuchó un mensaje por el auricular de su comunicador. Se volvió hacia Daala.

—Almirante, algo peor está pasando en la Sala de Animales Peligrosos. Tengo informes de heridos y una posible baja.

—¡Oh, no!

Desha parecía sorprendida y horrorizada y de nuevo Dorvan se preguntó si alguien podía ser realmente tan inocente.

Dorvan dirigió su mirada de nuevo hacia las holonoticias. Javis Tyrr se había cambiado de sitio para cubrir la crisis actual. Aparentemente había cambiado a una segunda holocámara. La imagen no era tan clara como antes. Dorvan estaba dispuesto a apostar el sueldo de un mes a que Jaina la había dañado de algún modo. El hecho de que Tyrr tuviera una cámara de repuesto indicaba que esa clase de cosas debían ocurrirle mucho a un periodista.

—… grabación exclusiva —estaba diciendo Tyrr—. La conducta asesina de Natua Wan no es el primer ejemplo de un Jedi hiriendo al público. Ni es probable que sea el último. Y sin embargo los Jedi continúan operando sin restricciones. Mientras que Valin y Jesella Horn están encerrados con seguridad en carbonita, Natua Wan todavía anda suelta. Y de igual modo, pensamos que está otro Jedi renegado: Seff Hellin.

Lo que vio a continuación horrorizó incluso a Wynn Dorvan.

Era Seff Hellin, capturado, enfurecido por nada y luego derrumbándose en un sofá fluyeforma de apariencia cómoda. La cámara se retiró para revelar lo que parecía como

un completo apartamento agradable con mesas y sillas y lo que parecía ser un centro holográfico que era una obra de arte.

—Lo que están viendo es una grabación de las profundidades del Templo Jedi —dijo la voz de Tyrr—. Seff Hellin, el asesino, aparentemente ha sido capturado por los Jedi y está detenido en una prisión que parece como un apartamento de lujo.

—Almirante, ¿sabía algo sobre…?

Dorvan se volvió. Daala estaba pálida. Su cara estaba blanca por la rabia, una vena latía en su frente y parecía como si estuviera a punto de partir el cuaderno de datos por la mitad. Era obvio que ella estaba ejerciendo cada onza de su formidable control.

—Me lo tomaré como que no lo sabía —dijo él suavemente, volviéndose hacia la emisión de noticias. Otra figura había entrado en la imagen, bloqueando la cámara durante un momento. Entonces se quitó de en medio y se volvió para mirar a Hellin.

Jaina Solo.

La escena volvió a Javis Tyrr, mirando directamente a la cámara como si mirara a los ojos de los espectadores.

—Cuando me encontré con la Jedi Solo hace unos momentos, le di la oportunidad de explicar la situación con Hellin, pero se negó a concederme una entrevista. Sólo puedo concluir que todo lo que rodea a este criminal ha sido hecho a hurtadillas. Debería avergonzarse, Jaina Solo. Los Jedi deberían avergonzarse. No han hecho nada para redimirse a los ojos de público con esta acción.

»Y almirante Natasi Daala —dijo Tyrr intensamente—, usted es la líder de la Alianza Galáctica. Fue nombrada con todas las esperanzas de que nos mantuviera a salvo. Y sin embargo justo bajo su nariz, los Jedi están llevando a prisioneros de contrabando hasta un lugar seguro y mintiéndole sobre ello. O… ¿le *están* mintiendo? Almirante, nos debe una explicación por su abandono de…

Daala lo apagó.

—Almirante, mi consejo sería que no se apresure demasiado. Los informes indica que Leia y Jaina Solo serían capaces de…

—Cállate, Dorvan. Prepara el Equipo de Seguridad Alfa. Y ponme con Kenth Hamner. Ahora.

CONSEJO DE LOS MAESTROS, TEMPLO JEDI, CORUSCANT

La reunión de emergencia de los Maestros Jedi era una barahúnda.

Sólo unos cuantos habían sido capaces de asistir en persona. La mayoría simplemente aparecía vía holograma. El resultado era que a menudo una parte no era consciente de que otra estaba intentando hablar y se pisaban las palabras unos a otros.

—… es absolutamente lo que los Jedi deberían estar haciendo —estaba diciendo Corran Horn—. Daala nos ha arrebatado a todos los demás aun sin pedir permiso y los ha

metido en carbonita. Es hora de que tengamos uno para nosotros y si Han, Leia y Jaina pueden conseguirnos a Wan, tendremos otra.

—Mientras que admito que me alegro que tengamos a Hellin y con algo de suerte ahora también a Wan, en particular porque eso signifique que ya no están en posición de herir a más inocentes, deberíamos haber sido informados de su captura —intervino Kyle Katarn—. ¿Quién sabía esto?

Hamner se frotó las sienes.

—Obviamente la Jedi Solo —dijo con sequedad—. ¿Quién más?

—Yo lo sabía, aunque no hasta después del hecho —dijo Cilghal.

Hamner le dirigió una mirada de sobresalto.

—Maestra Cilghal —dijo—, ¿por qué no le presentaste esto al Consejo de Maestros?

La mon calamari no pareció avergonzada en lo más mínimo.

—Tu trabajo es difícil en este momento y nadie quería añadir más complicaciones a él. Eres un hombre honorable, Maestro Hamner.

Nadie quería que tuvieras que elegir entre apoyar a tu Orden y mentir a la almirante Daala. Era simplemente más fácil de este modo.

Hamner cerró los ojos brevemente. Había esperado que Jaina se tomara las palabras que él le había dicho exactamente como se las había tomado. Había esperado que ella entendería sus instrucciones tácitas: *Adelante y haz lo que necesites hacer, pero deja a la Orden oficialmente fuera de ello.*

¿No era esto, como había dicho Horn, exactamente lo que los Jedi se suponía que hacían? ¿Cómo podían descubrir lo que les pasaba a estos jóvenes Jedi si no se les permitía estudiarlos e interactuar con ellos? La Orden era responsable de las acciones Jedi. Se les debería permitir quedarse con los Jedi que habían exhibido un comportamiento tan inquietante.

—Desde luego era más fácil cuando nada de esto se había hecho público —dijo él agriamente—. Ahora me temo que este incidente con ese reportero ha forzado mi jugada. Daala ya ha contactado con mi oficina. He retrasado el hablar con ella, pero mis fuentes me dicen que hay un equipo de seguridad en ruta para demandar la liberación de Seff Hellin y, cuando llegue, de Natua Wan. No puedo ver cómo puedo negárselo a la Jefa de Estado.

Los gritos empezaron de verdad. Nadie quería entregar a Hellin o a Wan. Algunos se pusieron en la posición de Hamner, sintiendo quizás una ligera puya por no haber sido incluidos en el «complot».

Otros insistieron en que era hora de que los Jedi se mantuvieran firmes contra el acoso que la AG había estado imponiendo.

El comunicador de Hamner pitó. Era la Jedi Leia Solo. Él lo conectó y escuchó mientras el alboroto continuaba sobre él y sin él.

—Señor, pido permiso para hablar contigo inmediatamente. Me gustaría llevar también a Jaina. Sé que la situación es… desafiante, pero con tu permiso, me gustaría presentarte una posible solución.

—Jedi Solo —dijo Hamner tranquilamente—, si tienes algo remotamente parecido a una solución a este dilema, estaré más que encantado de oírlo.

—Gracias, señor. Estamos llegando con la Jedi Wan. Una vez que la llevemos de manera segura hasta el centro médico, nos reuniremos contigo en la Sala de las Mil Fuentes.

—Le daría la bienvenida a la serenidad —dijo él y apagó el comunicador.

Daala había contactado con Javis Tyrr y todos los demás periodistas en los que pudo pensar. Para cuando ella, Dorvan y su equipo de seguridad habían llegado al Templo, había una gran multitud de miembros de la prensa agolpándose en las escaleras.

Ella se había tomado unos momentos para poner a su furia bajo control. Aunque ultimadamente su deseo era ser capaz, finalmente, de controlar a los Jedi completamente, siempre había pensado que había jugado limpio con ellos. Descubrir este engaño era insultante e indignante. Quería más que el que dos Jedi renegados le fueran entregados. Quería ver humillados a los Jedi, como ellos la habían humillado a ella. El «informe especial» de Javin Tyrr dolía.

—No debería dejar que él la tratara de esta manera, señora —dijo Dorvan mientras se acercaban en el vehículo.

—Si otra persona me hubiera dicho eso, Dorvan —dijo tranquilamente Daala—, disparar sería la menor de sus preocupaciones.

Ausentemente, acarició a Pocket.

—Soy muy consciente de eso, señora. También soy consciente que sabe que tengo razón.

Daala le dirigió un gruñido esquivo pero continuó componiéndose. Una prensa libre tenía sus ventajas y desventajas y ella pretendía utilizar esta arma en particular. Hamner le había pedido reunirse con ella en privado. Ella se había negado, insistiendo en su lugar en una reunión pública en la parte superior de las escaleras del Templo. Finalmente se retirarían a algún lugar y hablarían, desde luego, pero antes de eso quería zarandear un poco más a los Jedi.

El deslizador de transporte de personal azul noche que ella había preparado ya estaba allí y ante la llegada de su vehículo, los lados del transporte, con largas puertas correderas, se abrieron completamente. Dos escuadrones completos de hombres y mujeres vestidos con el azul instantáneamente reconocible de la Seguridad Galáctica, bueno, azul excepto por sus negras armaduras corporales antidisturbios, salieron. Cada uno estaba armado con un rifle láser, pero hasta ahora las armas no se habían levantado. La amenaza era todo lo que Daala quería.

Ellos marcharon en sólida formación escaleras arriba. Los seres que estaban allí eran igualmente solemnes en sus poses. Kenth Hamner, calmado, alto y sin un pelo fuera de

lugar. Cilghal, de pie tranquilamente. Octa Ramis. Saba Sebatyne, con sus ojos alarmantemente sin parpadear.

Y tres personas que Daala no esperaba ver: lo que quedaba de la familia Solo.

Han, como era de esperar en situaciones como esta, parecía como si quisiera dispararle a alguien o a algo. Leia, una maestra en política y una que Daala no podía evitar respetar, parecía calmada y compuesta. Jaina, siendo la hija de su padre, se parecía más a Han que a Leia en este momento. Había puntos brillantes de color en sus mejillas, pero ella se mantuvo derecha sin inquietarse. Daala se tomó su tiempo para subir las escaleras y luego asintió a cada uno de ellos por turnos y presentó brevemente a Dorvan.

—Realmente había esperado que no hubiera necesidad de esta clase de cosas otra vez —dijo ella, sabiendo que cada palabra estaba siendo grabada.

—Comparto ese sentimiento, almirante —dijo Hamner—. ¿Nos retiramos para discutir la situación?

—Usted primero.

Capítulo Veintiuno

TEMPLO JEDI, CORUSCANT

Daala estaba vagamente divertida debido a que el encuentro tuviera lugar en los jardines de la Torre de la Reconciliación. A pesar de la poca antelación, de alguna manera se había preparado una pequeña mesa y se había proporcionado exquisiteces y caf. El aire estaba cargado de olores placenteros y calmantes y una tranquila música estaba siendo tocada en algún lugar. Todo era bastante transparente.

Si los Jedi esperaban conmoverla con tales cumplidos, estaban extremadamente equivocados.

Dorvan y ella se sentaron. Daala rechazó los pastelitos pero aceptó el caf. Una vez que fue servido y los sirvientes les hubieron dejado en privado, ella fue directa al grano.

—No puede decirme, Maestro Hamner, que no sabía nada de esto —dijo Daala.

—Puedo, y lo que es más, es la verdad —replicó calmadamente Hamner—. No era consciente de nada de lo que los Caballeros Jedi o los Maestros estaban haciendo en este sentido. Almirante, usted misma pidió específicamente que yo estuviera al cargo durante la ausencia del Maestro Skywalker. Eso es porque sabía que podía confiar en que yo no la engañaría. Y eso, no lo he hecho.

—Admitiré que yo, y algunos más, sí lo hemos hecho —dijo tranquilamente Leia—. Creía y todavía creo que es en el mejor interés de todos los involucrados, en interés de los Jedi, de esos pobres desafortunados que están sufriendo esta enfermedad y en interés de la Alianza Galáctica, que los Jedi que han exhibido este comportamiento sean mantenidos conscientes y estudiados por otros como ellos. Con el debido respeto, podemos sentir cosas que sus médicos no pueden. Nosotros…

—Este es exactamente el asunto que le presenté a Skywalker —replicó Daala—. Juez, jurado, ejecutor: Jedi. El resto de nosotros simplemente tenemos que *confiar* en que ustedes se tomen de corazón nuestro mejor interés. Leia, algunos seres están siendo heridos seriamente, incluso mueren por esta… *enfermedad*, como usted la llama delicadamente. Y simplemente no puedo contar con que los Jedi se vigilen a sí mismos.

—En realidad, si puede contar con ello —apuntó Jaina y Leia hizo una mueca de dolor, sólo un poco—. Porque yo lo hice. El Maestro Hamner es completamente inocente de esto. Él no sabía nada. Yo me aseguré de que no lo supiera. Actué por iniciativa propia.

—¿Sola? —dijo sarcásticamente Daala—. Eso sería una gran peripecia, incluso para la Espada de los Jedi.

Jaina frunció el ceño. Ella también estaba pensando en la cobertura de las noticias.

—Obviamente no.

—Entonces nombre a sus cómplices.

Daala dio un sorbo de caf. Era delicioso, robusto y estaba caliente.

Los Jedi obviamente no escatimaban.

—No puedo hacerlo.

Daala suspiró, dejó el caf, se inclinó hacia atrás en su silla y cruzó sus brazos.

—Entonces volvemos a estar en la casilla de salida. Demando la liberación de Natua Wan y Seff Hellin, como criminales contra la Alianza Galáctica. Me los entregarán a mí y…

—Usted tiene dos, ellos tienen dos —dijo Han. No utilizó el *nosotros*. Él no era Jedi y la elección de palabras era muy clara—. Puede no gustarle, Daala, y francamente, la mayor parte del tiempo a mí tampoco me gusta. He tenido que vivir con ello durante más de cuarenta años, esa cosa extra de sentir que tienen. Pero ha salvado mi vida más de una vez y he aprendido a confiar en ello.

—Usted confía en ellos porque confía en los individuos —dijo Daala—. Yo no tengo razones para confiar en ustedes. Ahora todavía menos.

Jaina apartó un mechón de cabello de sus ojos. Su madre habló antes de que ella pudiera hacerlo.

—Todos somos profundamente conscientes de eso. Y eso es algo que el Maestro Hamner, Han, Jaina y yo hemos discutido.

—Jaina Solo sabía que lo que estaba haciendo era contrario a las órdenes que yo había dado a la Orden —dijo Hamner—. No he sido capaz de extraerle el nombre de sus colegas, sólo su promesa, la cual creo, de que nadie aparte de la Jedi Solo, la Maestra Cilghal y otra más son de la Orden. Jaina entiende que va a ser castigada por lo que eligió hacer.

Daala se mordió la lengua para no replicar y en su lugar levantó una ceja.

—Estoy escuchando —dijo.

A su lado, Dorvan introducía datos tranquilamente. Su caf se enfriaba, intacto, delante de él.

—Estará confinada en el Templo durante un periodo de dos semanas. El mismo castigo será establecido para las otras Jedi. Incluso la Maestra Cilghal se someterá a esto, por su decisión de no informar de ello inmediatamente.

—Estoy impresionada —dijo Daala y lo estaba. Esto era un paso hacia la humillación que ella deseaba que experimentaran—. ¿Esto se hará público?

Jaina hizo una mueca de dolor.

—Sí —dijo Hamner—. Y estoy preparado para hablar con cualquier periodista de su elección.

—Al igual que Jaina y yo —dijo Leia.

—Y entregarán a Hellin y Wan —dijo Daala.

—No —dijo Leia, tranquila pero firmemente—. Como dije antes… tenemos modos de ayudarles, de comprenderles, a los que ustedes no tienen acceso. Y como Han ha apuntado bastante áspera pero acertadamente… usted tiene dos, nosotros tenemos dos.

—Puedo hacer que les arresten —dijo Daala.

—Sí, puede hacerlo. Pero ya sabe, esto va a empezar a parecerse incómodamente al viejo Imperio si lo hace —dijo Han—. Primero Luke, luego Kenth, quién usted pidió que fuera nombrado… ¿y no es esa la clase de cosas que le molestaban tanto de Jacen?

Los labios de Daala se presionaron uno contra otro con tanta fuerza que casi desaparecieron. Tomó otro sorbo de caf, consiguiendo tiempo para componer sus pensamientos. No perdería el control. Finalmente dejó su taza y les miró igualmente a todos por turnos.

—Aquí está lo que ocurrirá. Mi gente tendrá acceso a los prisioneros a cualquier hora, del día o de la noche. Todos los descubrimientos que hagan ustedes les serán entregados a ellos. La otra misteriosa Jedi involucrada *será* nombrada. Inmediatamente después de esta reunión, Hamner, Leia, Jaina, Cilghal y dicha Jedi que será nombrada serán entrevistados por Javis Tyrr. En directo. Sin editar. Con el Templo Jedi de fondo. Ustedes se disculparán formalmente por las acciones que han llevado a cabo o —dijo mirando a Hamner—, las acciones que ha permitido que ocurran durante su guardia.

—No pienso… —empezó Jaina.

—Obviamente —estalló Daala—. Déjenme ponerlo de este modo.

Si no están de acuerdo en todas estas estipulaciones *hasta la última coma*, entonces no tengo el más mínimo reparo en conjurar las imágenes del viejo Imperio y sacar a los prisioneros que por derecho deben ser encarcelados de su Templo. Y hay más miembros de la Seguridad de la AG que Jedi.

Leia, Han, Hamner y Jaina intercambiaron miradas.

—Estamos de acuerdo —dijo Hamner tranquilamente y alargó su mano.

* * *

—¿Qué? —gritó Jaina tan pronto como Daala hubo salido—. ¿Queréis que me siente para una entrevista con un carroñero, queréis que me convierta en…?

—Jedi Solo —dijo Hamner con la voz y la cara ambas tan duras como el hielo—. Cualquier aprobación tácita que tuvieras o creyeras que tenías de mí antes de que empezaras esta pequeña aventura, sabías perfectamente bien que te verías forzada a asumir la responsabilidad de tus acciones si alguna vez salían a la luz.

—Tenemos a Wan y tenemos a Seff —dijo Leia, alargando el brazo a través de la mesa para apretar la mano de su hija—. Eso es lo que querías conseguir llevando a cabo la misión. Daala nos está dejando quedarnos con ellos, aunque no nos deje quedarnos con nuestro orgullo.

Han murmuró algo y Leia le dio un codazo.

—Tu mamá tiene razón. Ganamos este asalto y Daala lo sabe.

Hamner se frotó los ojos cansadamente.

—Podría desear que nadie envuelto estuviera pensando en *ganar asaltos*. Lo que es importante es que descubrimos un modo de ayudar a estos pobres Jedi y mantenerlos a ellos y a otros a salvo.

—Dile eso a Javis Tyrr simplemente como lo dijiste aquí y tendrás una oportunidad de hacer que el llamado castigo de Daala trabaje para nosotros —dijo Leia—. Y yo

también desearía que no estuviéramos en bandos. Pero lo estamos ahora mismo y simplemente tenemos que tratar con ello lo mejor que podamos.

—Señora —dijo Dorvan mientras eran escoltados fuera de la habitación y caminaban por el pasillo largo e imponente a medio camino hacia la entrada donde esperaban los reporteros—, me he tomado la libertad de hacerle un borrador de una declaración para que lo lea. Hay una manera en la que puede hacer que todo esto se vuelva en ventaja de la AG.

Daala le lanzó una mirada incrédula, pero rápidamente examinó la declaración en su cuaderno de datos. Estaba impresionada. Todos los hechos estaban allí, pero la elección de palabras, el orden en el que estaban presentadas y la conclusión que se extraería de ellas con toda seguridad darían la impresión de que todo iba bien para la Alianza Galáctica.

—Wynn, ¿qué haría yo sin ti?

—Preferiría pensar que echaría de menos a Pocket.

Sin embargo, Daala meditó mientras salía hacia la multitud de reporteros y curiosos, que no había conseguido lo que quería. Los Jedi habían librado de esto una vez más. Una idea empezó a formarse en el fondo de su mente. Si no podía tener a los Jedi donde los quería, podría conformarse con la siguiente cosa mejor.

Sonrió, salió hasta el podio provisional y empezó a hablar.

RESIDENCIA PRIVADA DEL MOFF LECERSEN, CORUSCANT

—Vansyn —dijo Lecersen, hablando en su comunicador—, ¿está viendo la HNE?

—Sí y debo decir, que es una programación absolutamente fascinante.

Era, sin lugar a duda, el día de Javis Tyrr. Primero la cobertura del «Alboroto de la Jedi Loca» y luego la exposición del hecho de que los Jedi tenían otro Caballero loco escondido en las entrañas de su Templo. Y ahora, el golpe de gracia, una entrevista exclusiva con nada menos que el Gran Maestro Interino Kenth Hamner, la Maestra Cilghal, una Jedi chadra-fan llamada Tekli y las dos Jedi Solo que todavía vivían.

—Comprendo que ahora tenga su propio programa —continuó Vansyn—. No me sorprendería si consigue saltar al prime time después de esto.

—Desde luego —dijo Lecersen. Leia Solo estaba hablando ahora, mirando directa y sinceramente hacia la holocámara, haciendo todo lo que podía para suavizar la brusquedad de su hija—. Es ingenioso, ¿verdad? Podría demostrar ser útil.

HABITACIONES DE JAINA SOLO, TEMPLO JEDI, CORUSCANT

Los reporteros finalmente se marcharon al atardecer, después de que todas las entrevistas hubiesen sido transmitidas y el Templo hubiese reasumido lo que les parecía a ellos como su rutina normal y aburrida. Los espectadores curiosos habían empezado a marcharse en busca de otras distracciones.

Jaina estaba exhausta y furiosa. La parte del día que no había pasado tragándose su orgullo, la había pasado en duras labores básicas.

Todo como parte del castigo de Hamner por hacer algo que él había sabido kriffadamente muy bien que ella…

Jaina bloqueó esa emoción. Él había tenido razón. Una vez que esto salió a la luz, ella había sabido que se vería forzada a asumir sus acciones y aceptar el castigo adecuado por la desobediencia. Así que no había pronunciado una palabra de queja mientras ayudaba en la lavandería y la cafetería junto con los aprendices y el personal.

Ahora todo lo que quería hacer era llegar a sus habitaciones y caer en la bendecida inconsciencia del sueño.

Por lo tanto se sorprendió al abrir la puerta de su cuarto y encontrar a Jag Fel esperándola. Las luces de la habitación estaban bajas y la mesa que normalmente estaba cubierta con cuadernos de datos, plastifinos y varios adornos diversos había sido despejada. Dos platos con algo abundante y de aspecto complicado estaban flanqueados por brillantes cubiertos de plata, junto con una botella de algo colocada en una cubitera.

—Me he estado tragando el orgullo todo el día —murmuró Jaina—. No tengo hambre.

Jag se encogió de hombros.

—Bueno, yo sí. ¿Sabes qué hora es?

—He estado un poco ocupada.

—Lo sé. Eso es por lo que pensé que podrías querer algo de comer. Tiendes a olvidar alimentarte cuando estás en el modo de «carga completa».

Él se levantó de la cama donde había estado tendido, fue hacia ella, la empujó suavemente para que se sentara y le quitó las botas. Ella estaba tan ansiosa por los sucesos del día que le dejó hacerlo.

—Vamos. Come algo y dime qué pasó. Vi las holonoticias, desde luego, pero algo me dice que Javis Tyrr podría no estar informando de toda la historia.

A pesar de su malestar, el aroma del filete de roba era apetitoso y Jaina se encontró atacándolo con entusiasmo mientras le contaba a él lo que había ocurrido. Jag escuchó tranquilamente, con sus ojos fijos intensamente en ella, ofreciéndole apoyo en silencio.

—Nunca te mencioné a ti, ni a Tahiri, Winter o Mirax —dijo ella—. Me vi forzada a revelar a Tekli, pero creo honestamente que eso fue algo bueno. Sabes lo agitada que se puede poner. Creo que fue una especie de alivio para ella.

—Estoy de acuerdo. Y gracias. Sabía que no lo harías.

Ella le dirigió una sonrisa fugaz que se convirtió en una sonrisa real, alargó el brazo a través de la mesa y descansó una mano en la de él. Él la apretó fuertemente.

—Todo el mundo que importa sabe exactamente cuál es la situación —le dijo él a ella—. Hasta lo más alto e incluyendo al Maestro Hamner. Iría tan lejos como para decir que incluso Daala lo entiende, pero es contrario a lo que quiere y, francamente, lo que pienso que ella cree que es algo positivo. Tus acciones ayudaron a los Jedi a retener dos sujetos de estudio muy valiosos y eso podría ser lo que resuelva todo el problema.

—Hey, ¿crees que mi doble podría reemplazarme aquí? —dijo Jaina, haciendo una broma débil y de alguna manera triste.

—Es buena, pero su boca está completamente mal. No creo que engañara a los Jedi —dijo Jag, pareciendo completamente serio.

Jaina realmente se rió. Terminaron la comida de buen humor y compartieron un delicioso postre pegajoso. Jag se inclinó hacia atrás y levantó el centelleante vino del hielo.

—Y ahora a celebrarlo —dijo él.

—¿Este día? —Jaina arrugó la nariz—. Creo que necesita ser enterrado, no celebrado.

—Hasta ahora, estaría de acuerdo contigo. Pero tengo algo que sugerir que hará, ciertamente así lo espero, que este día hasta ahora terrible termine con una nota muy positiva.

Él sirvió el vino en dos copas altas. Jaina la aceptó, mirando al líquido ambarino con pequeñas burbujas durante un momento y devolviendo luego su atención a Jag.

—Será mejor que esto no sea sobre Moffs, la AG o el Imperio —dijo ella.

—Bueno, entonces debo decepcionarte. Porque esto es con toda seguridad sobre el Imperio. Específicamente sobre el cabeza de dicho Imperio y sobre una asociación que está sugiriendo. Creo que una alianza formal entre dos facciones claves sería una buena idea en esta situación. Ambas partes se beneficiarían.

Él se volvió hacia ella expectantemente.

Jaina le miró con los ojos entornados. No podía comprender de qué en la galaxia estaba hablando. Él también tenía una expresión muy extraña en la cara aunque estaba intentando duramente mantener su expresión compuesta.

—¿Has estado en negociaciones con algún mundo del que no he oído hablar? ¿O estás intentando forzarme a toda esa cosa de la escuela Jedi rival otra vez?

Él parpadeó. Una sonrisa curvó sus labios y luego se convirtió en una risita.

—Jaina Solo —dijo, con la calidez adornando su voz—, te estoy pidiendo que te cases conmigo.

La boca de ella se abrió de golpe.

—Yo… qué… tú… ¿cómo podría posiblemente funcionar esto?

No era una respuesta romántica, pero salía del corazón y Jag la conocía lo bastante bien para saberlo.

Todavía sosteniendo el vino de la celebración, que ninguno de los dos había probado aun, Jag le replicó.

—Continuarás exactamente como hasta ahora, desde luego… y yo también. Finalmente estoy seguro de que los Jedi determinarán exactamente qué les está pasando a

Valin, Jysella y los otros. Una vez que se encuentre un tratamiento, Daala estará severamente debilitada. Luke todavía estará lejos, pero todo este espectáculo secundario bastante grotesco habrá terminado. También estoy seguro de que Luke volverá más bien antes que después con suficiente información sobre lo que le ocurrió a Jacen para hacer que le anulen la sentencia. Una vez que consiga eso, el sentimiento público volverá a ser lo que era hacia los Jedi. En cuanto a los Moffs —dijo él, frunciendo un poco el ceño—. Pueden pensar que soy un tonto por amar, pero realmente tengo pistas muy sólidas sobre quiénes son los agitadores detrás de la escena.

Él se inclinó hacia delante, mirando a los ojos de ella.

—Jaina, te quiero por lo que eres. Te he querido durante mucho tiempo. No tengo absolutamente ningún deseo de reducirte, bloquearte, mutilarte, modificarte o frustrarte de ninguna manera. Aquí está mi declaración detallada para esta unión formal. ¿Qué piensas de la proposición?

Jaina todavía estaba sorprendida. Todo estaba tan bien pensando, era tan preciso, tan… *Jag*.

Pero bajo el porte militar y la presentación rápida, lógica y formal de una proposición de matrimonio, ella sabía que Jagged Fel estaba profundamente enamorado de ella. Incluso estaba nervioso, ella lo sabía, mientras esperaba su respuesta.

Así que se la dio.

Ella se lanzó a sus brazos con tal vigor que la silla cayó hacia atrás, pero a ninguno de los dos pareció importarle particularmente.

Capítulo Veintidós

A BORDO DE LA *SOMBRA DE JADE*

Luke se había alentado por lo bien que Ben y él se habían llevado durante la mayor parte de la odisea en la que se habían embarcado. Había habido algo de fricción y algunas discusiones, pero principalmente y con diferencia se habían estado acercando el uno al otro.

Ahora, como había temido desde que Cilghal había sugerido que viajaran hasta los Aing-Tii, el asunto de caminar en la corriente les había dividido. Luke tuvo que luchar contra el deseo de protestar, de intentar detener a Ben, cada vez que se marchaba con Tadar'Ro. Había esperado que al morderse la lengua animaría a Ben a ofrecer información voluntariamente sobre cómo iba el entrenamiento, pero Ben permanecía en silencio, casi enfadado.

Así que no fue una sorpresa inicialmente cuando los sueños de Luke fueron caóticos y opresivos, como si fuera a ser atacado físicamente.

Y entonces una fracción de segundo después, se dio cuenta de que no era un sueño.

Luke se levantó de un salto, completamente despierto de manera inmediata, ejecutando una pirueta a lo largo de la cama mientras invocaba a su sable láser hasta él. A su luz vio a su atacante golpear donde él había estado durmiendo con una extraña barra metálica y luego giró enfadadamente para cargar.

No pudo sentir nada del Aing-Tii que estaba tan decidido a hacerle daño. Era como si el ser todavía fuera un sueño, como si no existiera para nada en la Fuerza. El Aing-Tii era sorprendentemente rápido para alguien que parecía estar tallado en piedra y el sable láser de Luke era un borrón mientras bloqueaba los ataques de la barra de metal. Entonces, antes de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, el intruso se había ido.

Salió corriendo por la escotilla abierta, con el sable láser encendido, pero no había señal alguna de su atacante. Ben corrió para reunirse con él, con su sable láser también encendido, con el pelo revuelto pero con la cara alerta y calmada.

—¿Quién *era* ese? ¿Cómo entraron? ¿Y por qué nos están atacando?

Luke negó con la cabeza.

—No sé quién era. Él o ella estaba completamente ausente en la Fuerza y no he pasado suficiente tiempo con otro Aing-Tii que no sea Tadar'Ro para distinguir diferencias individuales en un encuentro tan breve. En cuanto a cómo entraron, son usuarios de la Fuerza magistrales, aunque en contadas ocasiones lo hacen a menos que sientan que eso sirve a Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo —dijo, desactivando su sable láser. Ben siguió su ejemplo. Luke escaneó el área con algo más que sus sentidos físicos antes de hacer señas con la cabeza en dirección a la nave y volver a subir por la rampa. Ben le siguió, lanzando una última mirada por encima de su hombro—. Los Jedi podemos pasar por encima de cualquier clase de mecanismos de cerradura. No me sorprendería descubrir que los Aing-Tii también pueden.

Ben asintió mientras cerraba la puerta y activaba la cerradura.

—Sí. O quizás saltó dentro justo igual que lo hacen las naves Sanedrín.

—¿Caf? —preguntó Luke. Ben asintió. Luke cogió un poco para hacerlo—. Sabemos que Tadar’Ro dijo que las tensiones entre las dos facciones se estaban incrementando. Creo que podemos decir con seguridad que nuestro misterioso visitante de medianoche era de un lado que es hostil a nuestra presencia aquí.

Ben bostezó y se rascó la cabeza mientras el caf se terminaba de hacer.

—Casi ha amanecido. Simplemente voy a continuar y a quedarme levantado. A practicar… —Se detuvo a mitad de la frase.

A practicar el caminar en la corriente, desde luego. Luke se volvió y se ocupó en servirse el caf.

—No tiene sentido volver a la cama —estuvo de acuerdo, suavizando la incómoda pausa—. Estaré en mi habitación meditando.

—Vale. De todas maneras Tadar’Ro debería estar aquí en una hora o así. Será interesante ver qué tiene que decir sobre todo esto.

Ben se sirvió una taza de caf y se volvió para irse sin otra palabra.

Dolorido pero resignado, Luke le dejó ir.

Tadar’Ro estuvo horrorizado de oír lo del ataque.

—Una barra aturdidora *Vor’cha* —explicó—. Esa era el arma que el intruso estaba intentando usar. Es muy poderosa y un simple toque te habría dejado inconsciente durante algún tiempo.

—No lo entiendo —dijo Ben—. ¿Por qué entrar y atacarnos simplemente para dejarnos inconscientes?

La agitación de Tadar’Ro en la Fuerza era dolorosa.

—No lo sé. Quizás simplemente para asustaros. Quizás para incapacitaros para transportaros a otro lugar.

—O para matarnos cuando no pudiéramos defendernos —dijo Ben.

Luke no le contradijo. Los Aing-Tii habían sido conocidos antes por atacar con intenciones letales.

—Siento profundamente que esto haya ocurrido —dijo Tadar’Ro—. Al ignorar de este modo el hecho de que os hemos ofrecido hospitalidad, que estáis intentando ayudarnos… eso es prueba de lo peligroso que es este roce para nuestro pueblo, para nuestra cultura.

—Y para cualquier invitado —gruñó Ben.

—Esperaba tener más tiempo, pero… —Las lenguas de Tadar’Ro entraron y salieron de su boca durante un momento. Luke imaginó que era el equivalente a un suspiro resignado—. El entrenamiento de Ben Skywalker está progresando bien y se ha vuelto trágicamente claro para mí que ya no tenemos el lujo del tiempo. Luke Skywalker, Ben

Skywalker… ha llegado el momento de que vayáis a vuestra peregrinación y recibáis el Abrazo.

Los dos Skywalker intercambiaron una mirada.

—Muy bien, si crees que estamos listos.

—Creo que no podemos esperar hasta que lo estéis. Además, sólo Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo saben quién está listo y quién no lo está. Estoy seguro de que Ellos os guiarán.

—Muy bien —dijo Luke—. ¿Está lejos el Abrazo?

—A muchos kilómetros.

—Prepararemos la *Sombra* para…

—Debéis viajar a pie. Aproximarse al Abrazo en un vehículo es hacer una gran ofensa.

Luke asintió.

—De acuerdo. Puedo hacer un poco de ejercicio físico.

Dos días después, se estaba arrepintiendo del comentario sarcástico.

La fina atmósfera estaba empezando a hacer estragos. Habían llevado agua, pero se estaba haciendo obvio que debían haber llevado más. Incluso aunque eran Jedi, no podían moverse tan rápidamente como habían esperado. La Fuerza sólo podía aumentar su velocidad hasta cierto punto y durante un tiempo.

Tadar'Ro les acompañó, pero en cuanto hubo dado su primer paso formal del viaje, se negó a hablarles. Luke y Ben, con su relación ya de por sí tirante, se encontraron imitándole. Para Luke, al menos, eso hizo que sintiera que el viaje era mucho más difícil.

Se dirigieron al este desde la ciudad Aing-Tii hacia una cordillera que corría de norte a sur. Después del transcurso de tres días de duro excursionismo, llegaron a su destino, una abertura indefinible en lo que parecía ser una pared de roca vertical.

Ben caminó con pesadez hasta detenerse, sudando, con su piel clara quemada por el sol. La miró. No dijo nada, quizás porque estaba sin resuello, pero Luke pudo leer su expresión: *¿Es esto?*

Después de mantener un completo silencio durante todo el viaje, Tadar'Ro habló finalmente.

—Este es el pasaje —dijo reverentemente—. Dentro, encontrareis todos los artefactos que hemos reunido meticulosamente a través de miles de años. Tratadlos cuidadosamente, porque para nosotros este es terreno sagrado. Id con las reliquias. Estad con ellas. Por favor… encontrad respuestas para nosotros que nosotros no podemos encontrar, de manera que podamos tratar con este terrible distanciamiento que nos hiere tan profundamente como pueblo.

Luke se conmovió por la petición. Colocó sus manos en los hombros de Tadar'Ro y respetuosamente acercó su cara hacia la del Aing-Tii, sabiendo que Tadar'Ro leería sus

intenciones en la Fuerza. Suavemente, como una bendición, las largas lenguas de Tadar'Ro bailaron sobre la cara de Luke. Después de un momento sintiéndose incómodo, Ben imitó a su padre.

—Espero con todo mi corazón que seamos capaces de hacer lo que nos pides —dijo Luke.

—Que Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo os concedan comprensión y que la Fuerza os acompañe —dijo Tadar'Ro.

Luke se volvió hacia Ben, cruzó su mirada con la suya y asintió.

Entonces se volvió hacia la cara de la abertura y, con Ben justo detrás de él, entró por ella.

Un pequeño sendero serpenteaba hacia abajo. Había sido desgastado por muchos pies a lo largo de miles de años, de manera que pudieron moverse con relativa facilidad. Se hizo más oscuro cuando dejaron atrás la luz del sol de fuera, hasta que al final estuvieron casi en una completa oscuridad.

—¿Sables láser o barras luminosas? —preguntó Ben mientras continuaban descendiendo, sintiendo el camino con manos, pies y la Fuerza.

Habían discutido el traer sus sables láser con Tadar'Ro, quien había estado de acuerdo. Si una pared se derrumbaba u ocurría alguna otra desgracia, la iluminación sería útil si las barras luminosas fallaban por alguna razón.

Luke hizo una pausa, frunciendo el ceño en la oscuridad.

—Ninguno, creo —dijo lentamente.

—¿Huh?

—Vamos.

Caminaron hacia delante, con los ojos cegados, durante otros pocos pasos. Entonces, con bastante seguridad, la oscuridad empezó a aclararse. Era sólo un débil resplandor al principio, tan débil como para parecer un truco a los que ojos que querían ver tan desesperadamente. Entonces la radiación creció, suave y tranquilizadora, pero iluminando. Había una luminiscencia también en la Fuerza, una calidez reconfortante y consoladora que bañaba el espíritu de Luke como la luz empezaba a bañar su cara y sus manos. Se sintió refrescado, incluso aunque estaba físicamente rendido por la peregrinación, y la excitación y la anticipación le hicieron apresurarse.

Volvieron una esquina y contemplaron la belleza.

La luz venía no de una iluminación artificial llevada allí por los Aing-Tii, ni de las reliquias que habían sido llevadas a la cueva durante varios milenios. En su lugar, emanaba de piedras brillantes de todos los matices: rojo, amarillo, verde, azul, púrpura, blanco y todas las sombras y gradaciones en medio. Brillaban en las estalagmitas del suelo, en las estalactitas que colgaban por encima de ellos como sables láser y en cada pared.

—Arco iris —dijo tranquilamente Ben y Luke asintió.

Este era un lugar donde la Fuerza era extremadamente fuerte. No era energía puramente del lado luminoso. No era, con mayor seguridad, un vacío de energía del lado

oscuro como el que Luke había encontrado en Dagobah durante la prueba que había fallado tan miserablemente. No podía decirlo con seguridad, pero se preguntó, mientras Ben hablaba, si esta era la razón por la que los Aing-Tii habían desarrollado su teoría del arco iris de la naturaleza de la Fuerza. Estando aquí, con certeza envuelto por su poder, Luke entendió por qué ellos lo sentían así.

Tomó aire profundamente y se retiró del miedo que inspiraba el lugar.

—Estamos aquí por una razón. Encarguémonos de ello.

Ben literalmente sacudió la cabeza para aclararla y luego asintió.

Caminaron hacia delante, a través de esta antecámara llena de piedras imbuidas con la Fuerza, hasta una segunda caverna.

Era mucho más grande que la primera, un espacio rectangular de unos veinte por treinta metros. Mientras que también esta caverna estaba iluminada por la Fuerza, esa no fue la razón principal para la rápida inhalación de Ben.

A todas partes que miraran sus ojos se veían reliquias. Estaban apiladas en grupos de tres o cuatro de alto, en montones casuales que parecían como si simplemente las hubieran tirado allí.

—Si estas cosas son tan preciosas para ellos, ¿por qué los Aing-Tii las tratan tan sin cuidado? —preguntó Ben, empujando suavemente con un pie un objeto redondo y aparentemente homogéneo.

—Porque no pueden tocarlas —dijo Luke—. No pueden organizarlas o ponerlas en orden o catalogarlas de ningún modo. Simplemente tienen que traerlas aquí de alguna manera, quizás envolviéndolas en algo, y dejarlas.

—¿Y nosotros tenemos que elegir entre todo esto? —dijo Ben, con la voz rompiéndosele ligeramente.

Luke no podía culparle. Semejante tarea no sólo era intimidante, sino que bordeaba lo imposible.

—No tenemos que recopilar datos y analizar a cada una de ellas —dijo Luke—. Pero… por lo que parece pensar Tadar’Ro, encontraremos respuestas mientras las manejamos. Comprensión. Conocimiento que podemos darle a los Aing-Tii sobre la dirección en la que deben ir.

Ben pareció ligeramente menos dolido, pero todavía muy dubitativo.

—¿Cuánto crees que nos llevará?

—Bueno —dijo Luke—, tengo que matar nueve años y unos cuantos meses…

—Eso no tiene gracia.

Capítulo Veintitrés

DENTRO DEL ABRAZO, EN EL PLANETA NATAL DE LOS AING-TII

El proceso fue difícilmente ligero, pero ocurrió bastante rápidamente. Después de unos momentos de paralizante indecisión ante la inmensidad de la tarea, Luke y Ben empezaron del modo más fácil posible. Cogieron el primer objeto que se encontraron cuando entraron en la caverna y empezaron allí.

Todo lo que tocaban tenía la impronta de la Fuerza de algún modo, forma o manera. Algunos eran bastante poderosos para manejarlos.

Otros sólo tenían un débil residuo. La mayoría de los que recogieron, examinaron en la Fuerza y luego descartaban eran claramente tecnológicos, aunque algunos objetos eran fósiles o piedras u otros materiales orgánicos.

—Si tan sólo pudiéramos llevar todas estas cosas al Templo —dijo Luke tristemente. Era imposible, desde luego. Las reliquias pertenecían a los Aing-Tii y ellos nunca se marcharían con ni siquiera parte de ellas—. Hay tanto conocimiento aquí. Tanto que podríamos aprender, sobre otras culturas, sobre la historia de la galaxia, quizás sobre la Fuerza misma. Tú y yo no tenemos las habilidades o las herramientas para examinar apropiadamente incluso el fragmento más pequeño de lo que estamos viendo. Toda esta sabiduría, reunida aquí por seres que tienen prohibido incluso manejarlas, mucho menos estudiarlas.

Respeto las religiones de otros seres, pero tengo que confesar que… esto me parece un trágico desperdicio.

—Lo sé —dijo Ben—. Realmente tengo curiosidad sobre algunas de estas cosas. —Se detuvo, mirando a su padre mientras un trozo grande y trenzado de lo que parecía ser una cuerda metálica se revolvió lentamente por propia voluntad en su mano—. Así que… ¿qué estamos buscando?

—Guía —dijo Luke—. Un… contacto, un poco de comprensión.

Lo sabrás si ocurre.

—Hay veces —dijo secamente Ben—, en las que siento afinidad con aquellos que expresan frustración por la vaguedad de la Fuerza.

Después de las primeras horas, cuando sólo habían hecho un pequeño avance y había parado para comer y beber, Luke se encontró estando de acuerdo con el comentario de Ben.

—Todos son objetos poderosos —estaba diciendo Ben mientras masticaba una barrita de algo marrón verdoso y que pretendía ser más nutritivo que sabroso—. Quiero decir, eso lo pillo. Pero no estoy teniendo ningún contacto. Nada que esté gritando *«¡Haced esto, Aing-Tii!»*.

—Yo tampoco —admitió Luke.

—Papá… ¿crees que vamos a encontrar algo para ayudar a Tadar’Ro y su gente?

Luke dudó.

—Es completamente posible que no haya nada que encontrar aquí. Pero todavía hay muchísimos artefactos —apuntó—. Puede ser que haya algo particular que resultará útil y simplemente tendremos que encontrarlo.

Ben gruñó ligeramente.

Las horas parecieron alargarse sin que se sintiera el paso del tiempo, aunque sus cronos estaban funcionando bastante bien. A veces Luke pensaban que habían pasado horas cuando sólo habían sido veinte minutos. Otras veces, estaba pasmado al darse cuenta de que habían pasado tres horas sin darse cuenta.

Lo que al principio había sido una empresa intrigante, aunque laboriosa, se había convertido casi en una rutina implacablemente tediosa. Luke se forzaba a sí mismo a mantenerse abierto a la Fuerza y a no dejar que su mente divagara apartándose de la tarea que tenía ante sí. No podía permitirse que se le pasara nada, sin importar lo sutil que fuera. Pero hasta ahora, no habían encontrado nada que pudiera darle a los Aing-Tii alguna clase de guía.

Luke se enderezó y se desperezó, mirando a la siguiente tanda de artefactos. Sus ojos se posaron en algo brillante, reflejando la luz de las brillantes piedras de la Fuerza.

Era una pequeña pirámide de metal brillante. Mientras que algunos de los otros artefactos habían mostrado signos de antigüedad y desgaste y grietas, algunos de ellos aparentemente tan frágiles que Luke y Ben habían sido reacios a tocarlos, este objeto parecía casi recién acuñado. Luke extendió una mano, lo cogió… y jadeó.

EL BORDE EXTERIOR, EN LA ACTUALIDAD

Vestara siempre había esperado que un día, si su camino hacia la maestría Sith se desarrollaba como había soñado, se le permitiría subir a bordo del *Presagio*, la Nave del Destino, para descubrir sus secretos y el de su propia historia. Nunca había imaginado, ni en sus sueños más salvajes, que otra Nave podría descender de los cielos, pareciendo como un ojo rojo alado, para invocarla y enseñarle.

Pero los caminos del Destino son realmente extraños y Vestara se aferró al desafío ansiosamente.

Poco después de las devastadoras noticias de que los Sith, lejos de gobernar la galaxia como la Tribu había asumido ignorantemente, se estaban enfrentando a la extinción, Vestara había sido llamada a entrar en el propio Nave. No era la primera, lo sabía. Lord Vol, el Grande de los Lores, y los Maestros la habían precedido todos. Pero ella era la primera entre los aprendices y habían estado tranquilamente ante él.

La nave esférica era extravagante más allá de su imaginación. Donde un momento antes había habido una superficie sin fisuras, roja, con forma de guijarro y curvada, ahora había una escotilla abierta.

Ante sus ojos, una línea se formó bajo el brillante ventanal amarillo y parecido a un ojo. Una rampa se extendió en señal de bienvenida.

Vestara no dudó. En realidad, tuvo que refrenarse para no correr hacia arriba. Sintió el placer de la nave mientras ella colocaba por primera vez su bota sobre la rampa. Era casi como… un suspiro de alivio. Ella se forzó a no sonreír.

Firmemente subió hasta el corazón de la nave. No estaba segura para nada de qué esperar y por lo tanto simplemente observó. El interior era más pequeño que lo que indicaría el exterior. Era una única sala, de cuatro metros de diámetro y dos y medio de alto. Las paredes curvadas interiores parecían exactamente como las de fuera y, antes de que ella pudiera pensar, Vestara extendió una mano y pasó los dedos ligeramente a lo largo de la superficie naranja con textura de piedrecitas. Podría haber jurado que sintió a la nave estremecerse, como una mascota muut siendo acariciada. La pared también estaba cálida al tacto y parecía latir ligeramente, como una cosa viva.

No había grupos de controles, ni sillas, nada que ella hubiese sido inducida a encontrar en una nave o en realidad en cualquier construcción mecánica. Nave tampoco iba a darle ninguna pista. ¿Entonces qué se esperaba de ella?

Vestara frunció el ceño, luego se arrodilló en el centro de la cámara vacía y cálida. Ella cerró los ojos y se abrió a la nave a través de la Fuerza.

Ordéname, le dijo Nave.

Una sonrisa tiró de la comisura de su boca que tenía la cicatriz.

Entonces vuela.

No esperaba realmente que obedeciera una indicación tan simple y cuando de repente la puerta se selló, como una herida que se cerrara, y la nave se elevó de manera vertical, Vestara saboreó el miedo.

Sin embargo fue sólo durante un momento. No confiaba ciegamente en la nave, pero sabía que él estaba diseñado para eso y sabía que tenía la voluntad de dirigirlo si no se rendía al pánico. Se movió hacia delante sobre la extraña superficie hacia donde pudiera mirar por el ventanal hacia el Templo que se había alejado, con las caras de los Sith que miraban en el patio convirtiéndose rápidamente en pequeños puntitos. Estaba tan arriba como había estado nunca sobre Tikk y entonces de repente estaba incluso más alto y miró hacia abajo a su planeta natal con los ojos muy abiertos por el asombro.

Era bello, verde y marrón y azul con vestigios de nubes blancas aquí y allí y Vestara de repente ya no estaba segura de que quisiera marcharse.

Quieres ser una Maestra Sith, ¿verdad?

Sabes que sí.

Entonces deja este mundo atrás, de manera que puedas conquistar otros.

Lentamente, con las palmas de las manos húmedas, Vestara tuvo que asentir.

Necesitaremos algo más que a ti, Nave, si vamos a conquistar mundos en el nombre de los Sith.

Te enseñaré. Os enseñaré a todos.

Y así lo hizo. Cada aprendiz, cada Caballero Sith, cada Maestro y Lord aprendió cómo navegar la nave. Él sabía más sobre el *Presagio* que ellos y ellos bebieron ansiosamente en el conocimiento que él compartía. Y entonces él les llevó a las estrellas.

Empezaron con la conquista de una única nave, sola y desprotegida, que no era rival para Nave. Ellos la acosaron, bailando y luchando con armas que Nave manifestaba en forma física con un pensamiento, forzando a la nave a aterrizar con un impacto en un mundo deshabitado. Los miembros de la tripulación que no murieron en el accidente encontraron la muerte por sables láser Sith y shikkars o machetes de cristal, un arma blanca utilizada originalmente para limpiar la maleza que tenía nuevo valor como un arma que podía ser lanzada y luego volver al lanzador. Los Sith a bordo de Nave recuperaron esta, su primera muerte, y con las partes de la nave fueron capaces de hacer avances hacia la reconstrucción del *Presagio*.

Y entonces volvieron al espacio. Hasta ahora podían haber estado aislados y distantes del resto de la galaxia, pero ya no más. Nave sabía adónde llevarles, como llegar hasta allí y ellos perseguían y cogían sus premios y volvían sin que quedara nadie para revelar la localización de su mundo oculto. Así que lo hicieron, una y otra vez, hasta que el *Presagio* estuvo completado y listo para salir al espacio. Podía tener cinco mil años, pero era Sith y con las reparaciones de nuevo dominó los cielos.

Ahora eran dos naves. Una era una nave de entrenamiento Sith, la otra un crucero de batalla Sith. Más naves cayeron bajo los determinados ataques Sith. Más naves serían puestas en servicio para el lado oscuro de la Fuerza. A Vestara se le permitió ser parte de la tripulación de una de las primeras naves incautadas de este modo. Se le había dado el mando a Lady Rhea y se le llamó el *Cruzado Eterno*.

Vestara aprendió como habían aprendido todos ellos, por unos pocos ejercicios de práctica y por saltar con los dos pies a grandes batallas espaciales.

Estos nuevos miembros de la Tribu que viajaban por el espacio habían incluso adoptado un nuevo atuendo para este propósito. Ropas sueltas y flotantes eran un obstáculo para subir a bordo de naves abatidas y luchar en lugares estrechos. En su lugar, Vestara y los otros miembros de la tripulación de las varias naves de la nueva armada Sith llevaban pantalones estrechos, camisas que permitían que el aire circulara y enfriara los cuerpos demasiado calentados, botas cómodas para correr y escalar y armas que eran pequeñas, mortales y que estaban organizadamente enganchadas en un cinturón, tales como vibrocuchillas, shotos, shikkars y machetes, al iguales que los tradicionales sables láser. El pelo castaño claro de Vestara, que todavía lo mantenía largo, ahora casi siempre estaba fuertemente trenzado. No podía permitirse ninguna distracción.

Dos años habían pasado así y habían sido los más rápidos de la joven vida de Vestara. Ahora tenía dieciséis y se había transformado de una niña que anhelaba convertirse en una Maestra Sith en una aprendiz altamente respetada. De una inocente que nunca había arrebatado una vida o incluso tratar con una herida severa en una consumada asesina que había matado a docenas por todos los métodos imaginables. Una vez había soñado con que se le permitiera incluso la más fugaz ojeada dentro del *Presagio*. Ahora servía en una nave incluso más grande y más poderosa que la antigua y respetada nave de guerra.

Volvían a casa después de un ataque particularmente satisfactorio: seis naves Sith contra dos grandes cargueros, que ahora estaban siendo remolcados de vuelta a Kesh para

ser reparados, restaurados, renombrados e integrados en la crecientemente poderosa armada Sith.

Ahora tenían casi una docena de naves. Vestara estaba contenta con su actual puesto, aunque habría preferido quedarse con Nave. Él les había acompañado en esta batalla y ella podía sentir su satisfacción en la Fuerza por su progreso.

Y entonces ella sintió… algo más.

No podía figurarse qué era, una sacudida, una perturbación en la Fuerza, como una piedra al ser lanzada en un estanque. No era nada negativo, pero… muy poderoso.

Lady Rhea jadeó, con los dedos hundiéndose en el brazo de su silla de mando. Su cara se había vuelto blanca y sus ojos eran enormes y no veían. Vestara la miró con preocupación y entonces abandono su puesto para ir hasta su Maestra y arrodillarse a su lado.

—Lady Rhea… ¿qué pasa?

Durante otro momento, Lady Rhea simplemente miró, con los ojos muy abiertos, a la nada. Entonces parpadeó y pareció volver en sí.

—Yo… sentí a alguien muy poderoso en la Fuerza —dijo ella, con su voz ligeramente temblorosa y con una inseguridad que Vestara nunca antes le había oído. Eso hizo que su estómago se engarrotara—. Fuerte con el poder del lado luminoso. Un Jedi… un gran Maestro.

Y Vestara sintió una oleada de Nave y un nombre fue colocado en su cabeza: *Skywalker*.

—¿Papá?

La voz de Ben pareció llegar a Luke desde un lugar lejano, flotando para alcanzarle. Fue sólo el toque de su hijo en su brazo lo que finalmente sacó a Luke de su ensoñación inducida por la Fuerza.

—¿Qué acaba de pasar? ¿Estás bien?

Luke sacudió la cabeza, mirando al objeto en su mano y entonces lo colocó suavemente de nuevo en la pila. Una vez que hubo dejado de estar en contacto físico con él, el extraño cosquilleo en la Fuerza cesó.

—Yo… sí. Estoy bien.

—¿Qué era eso?

Ben miró con cautela el objeto, con toda claridad profundamente poco dispuesto a tocarlo él.

—Se llama el Códice —dijo Luke, sabiendo que esto era verdad pero sin recordar obtener el conocimiento—. Parece… mejorar mis poderes de la Fuerza. Aumentarlos y hacerlos mucho más fuertes.

Ben levantó una ceja y miró al objeto con nuevo respeto y curiosidad.

—Eso es de alguna manera astral. ¿Qué es?

—No lo sé. Es viejo… es poderoso. Y… —Luke dudó—. Se siente…

Ben frunció el ceño.

—¿Oscuro? ¿Es tecnología del lado oscuro?

—No, no. —Luke negó con la cabeza—. Pero… mientras que mejora mis habilidades de la Fuerza, también… —Buscó las palabras, no acostumbrado a ser incapaz de articular lo que necesitaba transmitir—. Me sentí vulnerable. Como si mi habilidad de resistir las tentaciones del lado oscuro estuviera siendo puesta a prueba. Pero no es una tecnología del lado oscuro en sí misma, es sólo que… hay un precio por esa clase de poder.

Ben asintió lentamente.

—Y hay algo más. Sentí una perturbación en la Fuerza.

—Eso es… difícilmente algo bueno —dijo Ben.

—Estoy de acuerdo. Pero no era violento o trágico. Sólo que… había una especie de injusticia ahí fuera. Algo estaba mal. Fuera de armonía.

—¿Puedes decirme dónde? ¿O a quién afecta?

Luke se volvió hacia Ben y le miró penetrantemente.

—Viene de las Fauces.

Capítulo Veinticuatro

PLANETA NATAL DE LOS AING-TII

Tadar'Ro estaba esperando a Luke y Ben cuando finalmente salieron, parpadeando ligeramente ante el cambio de la cómoda oscuridad de las piedras de la Fuerza a la brutal luz del sol del planeta natal de los Aing-Tii.

Luke estaba dispuesto a apostar que Tadar'Ro no se había movido durante todo el tiempo que Ben y él habían estado dentro, probando todos los artefactos. El profesor Aing-Tii se había enroscado como una peña y ahora, mientras ellos salían, se desenroscó lentamente y se puso en pie. Sus lenguas entraron y salieron de su boca y su anhelo inundó la Fuerza.

—¿Tienes una respuesta para nosotros de Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo?

Luke y Ben intercambiaron miradas. Luke asintió.

—La tengo. Pero siento fuertemente que lo que tengo que decir debería decirse a todos los Aing-Tii juntos.

Tadar'Ro estaba decepcionado, pero también lo entendió. Asintió, con el gesto pareciendo ser más natural ahora en él.

—Muy bien. Pero démonos toda la prisa ahora en volver a ellos.

Estoy seguro de que están tan ansiosos como yo por descubrir lo que Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo desean para nosotros.

Tadar'Ro estaba realmente ansioso, si el paso que fijó era una indicación. Luke y Ben se encontraron utilizando la Fuerza para mantener el paso con él. Podían, desde luego, haberle pedido simplemente a Tadar'Ro que frenaran, pero sabiendo lo que sabían, Luke entendía la impelente necesidad de los Aing-Tii. Y él también quería compartir lo que había descubierto tan rápidamente como fuera posible.

Siendo todos aparentemente sensibles a la Fuerza, los Aing-Tii sabían que estaban volviendo. Para cuando Luke, Ben y Tadar'Ro llegaron a la *Sombra de Jade*, docenas de Aing-Tii les estaban esperando.

Todavía eran como de piedra, como siempre, sentados sobre los talones como si hubiesen sido tallados así. Luke casi se sintió golpeado por sus emociones en la Fuerza: miedo, excitación, esperanza, furia, resentimiento y gratitud. Un arco iris.

Luke miró hacia Ben, que asintió solemnemente. Entonces Luke tomó aire profundamente, se calmó y habló.

—Cuando vinimos aquí, teníamos muchas preguntas sobre Jacen Solo. Gracias a Tadar'Ro, hemos aprendido más sobre él. También aprendimos muchas cosas que no esperábamos aprender: sobre Jorj Car'das, sobre los Aing-Tii y cómo utilizáis la Fuerza. Cómo la respetáis. Somos más ricos por ese conocimiento.

»Y a cambio, nos pedisteis algo. Algo que nadie entre vosotros podía hacer: consultar las reliquias que están guardadas en el Abrazo y buscar guía en ellas. Lo hemos hecho. Os doy mi palabra solemne de que Ben y yo hemos manipulado todos y cada uno de los

artefactos en el Abrazo, intentando encontrar respuestas que vosotros, nuestros anfitriones, nos pedisteis. Y aquí está lo que hemos aprendido.

Ben se removió a su lado incómodo. *Allá vamos*, pensó Luke.

—Mientras que aprendimos mucho de las reliquias y mientras que tocamos la Fuerza a través de ellas, es con gran pesar que debo deciros que no obtuvimos entendimiento de ellas. Ni dirección, ni guía, nada que pudiéramos traeros como prueba de que Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo tenían planes para vosotros en esta situación.

Me temo que los Aing-Tii están solos. Vosotros y sólo vosotros debéis decidir vuestro destino. Tanto si continuáis creyendo lo que habéis creído en el pasado, que la Fuerza lo guía todo, o lo que el Profeta os dijo, que todo está preestablecido, debéis fijar vuestro propio camino.

La pena y la furia llenaron la Fuerza con tal violencia que Ben hizo una mueca de dolor e incluso Luke tuvo que reforzarse contra ello.

Por el rabillo del ojo, Luke vio crisparse la mano de Ben. Ben, sintiendo la hostilidad furiosa, quería desesperadamente coger su sable láser, pero no lo hizo. Luke estaba muy orgulloso de él. *Un Jedi utiliza la Fuerza para conocimiento y protección. Nunca para atacar.*

Entonces tan tranquilamente como había venido, la furia de la multitud menguó. La ofensiva de los Aing-Tii enfurecidos y desilusionados no llegó. Luke se relajó ligeramente mientras los miraba.

Estaban hablando. Sus lenguas entraban y salían de sus bocas salvajemente. Pero sintió que era menos un argumento que una discusión.

Algo había cambiado. Era sutil, pero presente. Luke no podía entenderles sin el aparato traductor, pero tenía una buena idea de lo que estaban pensando. Miró a Tadar’Ro, que dudó y luego tradujo.

—Algunos de ellos dicen que esto es la prueba de que no necesitamos ayuda extranjera para decidir nuestros propios asuntos. Otros dicen que Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo se han vuelto contra nosotros, mientras que otros dicen que ellos tienen suficiente fe en nosotros para elegir lo que está bien. Y sin embargo otros dicen que si no fuera por Luke Skywalker y Ben Skywalker, todavía seríamos hostiles los unos con los otros.

Luke sonrió un poco. Podía vivir con eso. Era hora de que se marcharan.

Los Aing-Tii empezaron a alejarse, volviendo a sus vidas ordinarias y dejando que los «extranjeros» se ocuparan de sus asuntos. Luke se volvió hacia Ben.

—Si tienes más preguntas para Tadar’Ro, será mejor que las hagas ahora.

Ben se encogió de hombros, sin mirar a su padre.

—Nah, estoy bien.

Luke frunció el ceño ligeramente, con curiosidad.

—Todavía no has intentado caminar en la corriente.

—Decidí no hacerlo. Venga, vamos a hacer las maletas.

Tadar’Ro estaba confuso.

—Pero, Ben Skywalker, discutimos esto.

Los ojos de Luke se estrecharon.

—Tadar'Ro, ¿puedes darnos un minuto?

Tadar'Ro asintió. Ben y Luke subieron a grandes zancadas por la rampa de la *Sombra de Jade* y la cerraron.

—Ben —dijo Luke suavemente, sonriendo—. Sé lo que estás haciendo.

—¿Otra vez?

—Sí. —La sonrisa de Luke se ensanchó—. No vas a caminar en la corriente porque quieres hacer un gesto hacia mí. Estos últimos días han sido muy incómodos y todo ha estado centrado en caminar en la corriente. Te estás negando esto para intentar suavizar las cosas después de este tiempo tirante.

Ben asintió, sin mirarle.

—Seré honesto. Simplemente sería feliz si nunca aprendieras esta habilidad, si nunca la usaras. Especialmente no para ver a Jacen. Porque eso es de todo lo que se trata. ¿Pero sabes qué?

Luke colocó sus manos en los hombros de Ben e hizo girar a su hijo para que le mirara de frente.

—Los Aing-Tii no son bebés que necesitan los ojos vigilantes y el control de Aquellos Que Habitan Más Allá del Velo. Pueden tomar sus propias decisiones. Y lo mismo vale para ti.

Ben levantó la vista hacia él, penetrantemente. Luke sonrió.

—Ve, si necesitas hacer esto.

Ben dudó durante un largo momento y entonces asintió, abrió la escotilla y salió fuera. Luke le vio mientras iba hacia Tadar'Ro y luego se sorprendió cuando Ben se marchó solo. Tadar'Ro se volvió para mirar a Luke expectantemente. Confundido, Luke se dio prisa en bajar por la rampa hasta el Aing-Tii.

—Pensé que irías con él.

—Él conoce la técnica. Para lo que debe hacer, no me necesita a mí presente.

Luke sintió una punzada mientras veía a Ben, una pequeña figura que se hacía más pequeña en la distancia. Su hijo le parecía terriblemente solo, pero Luke lo entendió.

—Y —continuó Tadar'Ro—, hay algo más que debo compartir contigo, Luke Skywalker.

Ben se preguntó si debería haberse dado una saniducha y haber comido algo caliente antes de intentar lo que estaba a punto de hacer, pero ahora era demasiado tarde. Caminó con pesadez lenta pero tenazmente hacia el lugar donde Luke y él habían pasado tantos días aprendiendo de Tadar'Ro. Todo parecía como había estado antes, las piedras suavizadas por el tiempo calientes por el sol y las piedras más altas proyectando sombras frías. Pero Ben no lo sentía igual.

Aquí era donde Tadar'Ro había enseñado a Luke y a Ben y a Jorj Car'das.

Y aquí era donde Tadar'Ro había enseñado a Jacen Solo.

Durante un largo momento, Ben se quedó en pie, con el corazón martilleándole demasiado rápidamente en el pecho y con los brazos cruzados. Parte de él quería simplemente irse. Pero otra parte de él sabía que tenía que hacer esto, o de lo contrario se preguntaría eternamente si podía haber aprendido algo, cualquier cosa, que pudiera marcar la diferencia.

Se sentó, pero no en una de las piedras sobre las que se sentaban los estudiantes. Todavía estaba a varios pasos del sitio de enseñanza, lo bastante cerca para observar y oír y lo bastante lejos como para que con suerte su presencia no fuera descubierta. Esa era una de las cosas sobre las que le había advertido Tadar'Ro. Uno que viajara al pasado podía ser visto y oído, incluso cambiar las cosas. Pero según los Aing-Tii, la Fuerza reasumiría su flujo natural. Uno no podía cambiar las cosas de alguna manera significativa. La Fuerza traería a las cosas de vuelta al modo en el que debían ser.

Excepto… y el corazón de Ben se contrajo en su pecho.

Los Aing-Tii decían esto porque creían que la Fuerza los guiaba en sus vidas diarias. Y ahora, tenían este terrible cisma. ¿Qué pasaba si estaban equivocados? ¿Qué pasaba si ambos lados estaban equivocados? ¿Qué pasaba si no estaban siendo guiados o si las cosas no estaban predeterminadas?

¿Qué pasaba si él podía realmente cambiar el futuro?

Empezó a temblar ante la increíble naturaleza de la idea. Sólo había una cosa que hacer: caminar en la corriente y ver qué pasaba.

Dado que sus piernas estaban amenazando con ceder bajo él de todos modos, Ben se sentó con las piernas cruzadas en el suelo rocoso.

Empezó a calmar su respiración, como si se estuviera preparando para meditar simplemente, pero mantuvo los ojos abiertos.

—Ojos suaves con los que ver —dijo Tadar'Ro—. Los ojos duros no verán lo que necesitan ver. Los ojos cerrados no verán nada.

Ojos suaves. Desenfocados, pero mirando. Ben lo entendía.

La velocidad de su corazón cayó y su cuerpo se relajó. Con la mirada ligeramente desenfocada, miró a las piedras planas sobre las que su padre y él se habían sentado.

—No lo entiendo —le llegó una voz familiar.

La cabeza de Ben se movió hacia el sonido, pero mantuvo su mirada suave. Tadar'Ro se estaba aproximando al área de enseñanza y, con él, caminando vivamente, llevando las ropas marrones y claras de un Caballero Jedi, estaba…

—Jacen —susurró Ben.

Su primo parecía más joven de lo que recordaba Ben. Eso era de esperar, desde luego. Esto era el pasado, después de todo. Pero había algo más que eso. Ben no se había dado cuenta mientras todo se estaba desarrollando de cuánto había envejecido la guerra a Jacen. La frente de su primo era lisa y sus ojos claros y brillantes y cálidos. Sus movimientos carecían de la gravedad que habían asumido más tarde, cuando Jacen se

había vestido de negro, con una capa de brilloseda ondeando ominosamente a su alrededor. Ante Ben no había un Sith, ni un coronel. Ante él había un Caballero Jedi, su primo, un hombre curioso y determinado a aprender.

Jacen se sentó delante de Tadar'Ro y miró al Aing-Tii expectantemente.

—¿Cómo puedes ir al futuro si todavía no ha ocurrido? Yoda una vez le dijo a mi tío que siempre estaba en movimiento.

—Yoda tenía razón. Y sin embargo uno todavía puede viajar a él.

Jacen negó con su cabeza oscura.

—¿Cómo puedes viajar a algo que no está ahí?

—Cuando caminas en la corriente, las cosas se vuelven sólidas debajo de ti. Tu presencia las trae a la existencia. Y sin embargo, una vez que te marchas, ellas vuelven a lo que eran. Lo que ves es un futuro, pero no necesariamente *el* futuro. Es real, y no lo es, y lo es.

Jacen negó con la cabeza, riéndose con genuina calidez.

—Eso lo explica todo —dijo secamente.

Era tan… abierto. Tan vulnerable. Ben intentó recordar ver a Jacen de ese modo y descubrió que no podía. ¿Era porque estaba aquí, aprendiendo con alguien como Tadar'Ro? ¿O el caparazón final de dureza, de implacabilidad, simplemente todavía no se había plegado sobre él?

—Me alegro de que estés dispuesto a enseñarme. Quiero aprender todo lo que pueda. Esta galaxia… —Jacen apartó la vista, con la expresión distante, pero no con la frialdad que Ben recordaba—. Necesita orden. Curar. Ayuda. Los Jedi tenemos habilidades que otra gente no tiene. Necesitamos hacer todo lo que podamos para ayudar en ese proceso.

Ayuda. Este hombre había matado a inocentes. Había torturado a una mujer hasta la muerte. Todo ello en nombre de ayudar a la galaxia. ¿Cómo lo había justificado este hombre que se sentaba allí con la preocupación llenando obviamente todo su ser?

Jacen… oh, Jacen…

Ben no pudo soportarlo más. Con un rugido se puso en pie y las imágenes desaparecieron como si nunca hubieran existido. Las piedras estaban vacías.

Como la paradoja de viajar al futuro, Ben se dio cuenta de que Jacen había estado en ese momento firmemente asentado en el camino al lado oscuro y, sin embargo, sin andar por él. No se había convertido en Sith, en realidad ni siquiera había considerado seriamente la opción. El hombre que Ben acababa de ver era un Jedi y uno incorrupto. No era un inocente de ojos abiertos por la sorpresa. A Jacen Solo le habían hecho demasiado para eso. Pero a pesar de todo el dolor que había soportado, no era oscuro. Y sin embargo la sombra ya estaba sobre él, en sus preguntas, en su actitud. No en la búsqueda de conocimiento, ni siquiera en el modo en el que usaría ese conocimiento, sino en lo que le impulsaba a buscarlo.

Ben quiso saltar, agarrar a su primo por la pechera de su túnica y zarandearle gritándole *«¡No hagas esto! ¡Por favor no hagas esto!»*.

Pero sabía que incluso si lo hubiese hecho, incluso si hubiese sido capaz de hablarle a Jacen sobre todas las atrocidades que finalmente cometería, eso no habría marcado la diferencia. Jacen ya estaba hecho pedazos. La progresión de Jacen Solo a Darth Caedus era inevitable e imparable y ese conocimiento le rompió el corazón a Ben Skywalker.

Se tambaleó alejándose varios pasos antes de apoyarse contra una de las piedras que estaban en pie. Dejó que ella le sustentase, agarrándose a ella como a un salvavidas. Luke había tenido razón. Aquí no había curación, ni conclusión. Ninguna oportunidad de «salvar a Jacen». Sólo la horrible tortura de la inevitabilidad, un sentimiento de indefensión y una sensación de recibir una herida que debería haber curado hacía mucho.

Ben descansó la cabeza contra la piedra y sollozó.

Tadar’Ro y Luke le estaban esperando fuera cuando volvió. Sabía que ellos sabían que había estado llorando y no le importó, y no intentó ocultar sus sentimientos en la Fuerza. Luke le miró compasivamente mientras se aproximaba.

—Tenías razón, papá —dijo Ben sin preámbulo—. Fue una sensación horrible. No creo que jamás me haya sentido tan indefenso en la vida. Lo único que puedo hacer ahora es seguir adelante y… e intentar ser más consciente la próxima vez de las señales de advertencia. —Cruzó su mirada con la de su padre suavemente—. No pude salvar a Jacen. Pero quizás… quizás haya otros a los que puedo ayudar.

Cuadró sus hombros y se volvió hacia Tadar’Ro.

—Te doy las gracias por enseñarme esta técnica. Y espero que no te ofendas, pero… Tengo que decírtelo, no pretendo volver a hacerlo. Jamás. Yo… creo que para mí, es mejor vivir simplemente en el presente.

Luke permaneció en silencio, pero Ben sintió que el orgullo de su padre le envolvía como una ola cálida y consoladora. Él parpadeó duramente, sin querer volver a llorar.

—No me ofendo —le tranquilizó Tadar’Ro—. Los caminos de los Aing-Tii no son para todos. Tú querías aprender. Nosotros enseñamos a aquellos que lo piden. Pasó lo mismo con Jorj Car’das. En respuesta a sus preguntas, sólo le pedimos que aprendiera sobre nosotros, no que se volviera como nosotros.

Ben se preguntó brevemente cuáles eran *los caminos de los Aing-Tii*, ahora que tenían que decidir tales cosas por sí mismos. Pero eso no le incumbía, ni debía incumbirle.

—Mientras estabas… fuera —dijo Luke—, Tadar’Ro y yo hemos tenido una conversación muy interesante. Resulta que tú y yo no fuimos los únicos humanos que han manipulado el Códice.

Ben sintió un sobresalto y entonces lo apartó suavemente. A pesar de aquello de lo que había sido testigo al caminar en la corriente, sabía que antes o después tendría que aprender a no sobresaltarse cuando alguien hablara de Jacen.

—¿Jacen también lo hizo?

Luke asintió.

—Le conté a Tadar'Ro lo que habíamos experimentado y aparentemente Jacen sintió que pasaba lo mismo cuando tocó el Códice.

—¿Toda esa cosa de que aumenta tus poderes?

—Bueno, sí, eso. Pero lo que es más importante, tuvo la sensación de que algo iba mal en las Fauces. Le dijo a Tadar'Ro que cuando se fuera, iba a ir a investigar las Fauces y a descubrir qué era.

Alrededor de cuarenta millones de preguntas se apiñaron en la mente de Ben. Abrió la boca para intentar articular al menos sesenta y tres, pero Tadar'Ro le interrumpió.

—Le dije a Jacen Solo que no fuera. Y le doy el mismo mensaje a Luke Skywalker y Ben Skywalker.

—¿Por qué no? Si hay algo que va mal allí… —empezó Ben.

—Allí habitan los Bebedores de Mentes —dijo Tadar'Ro—. Es un lugar peligroso para aquellos que utilizan la Fuerza.

Ben miró a su padre. Luke asintió ligeramente.

—Nos embarcamos en este viaje para descubrir qué le pasó a Jacen Solo para que se volviera Darth Caedus —dijo Luke— y también para ver si podemos descubrir algo sobre la extraña enfermedad mental que está incapacitando a la Orden Jedi de uno en uno. Tadar'Ro… tenemos que ir a investigar esto.

A pesar de la intensidad con la que él les había advertido, Tadar'Ro no pareció sorprendido con su decisión. Quizás, después de conocer a cuatro humanos, estaba empezando a descubrir lo testarudos que podían ser.

—Eso dijo Jacen Solo. Y os daré el mismo regalo de despedida que le di a él: un acertijo. *El Sendero de la Iluminación pasa a través del abismo de la Oscuridad Perfecta. El camino es estrecho y traicionero, pero si podéis seguirlo, encontraréis lo que buscáis.*

Ben y Luke intercambiaron miradas.

—¿No hay otras pistas?

—Como le dijiste antes a mi pueblo… debéis descubrirlo por vosotros mismos.

A pesar de todo, Ben se encontró sonriendo. No tenía ni idea de que los Aing-Tii tuvieran tal sentido del humor.

—Y para Ben Skywalker, tengo otro regalo. Uno que no es tan difícil de entender.

Había estado llevando uno de los bastones aturdidores *Vor'cha* enganchado al cinturón alrededor de su cintura. Ahora alargó la mano para desengancharlo, ofreciéndoselo a Ben.

—Tu padre y tú fuisteis atacados con un arma como esta. Siento profundamente ese ataque. Ahora el arma es tuya. Sé que la blandirás cuidadosamente. Puede dejar inconsciente a tu enemigo, incluso a través de la armadura.

—¡Es flipante! —dijo Ben, sonriendo, mientras aceptaba el bastón. Inclinó la cabeza ante Tadar'Ro—. Gracias, Tadar'Ro. Gracias por todo.

Luke cruzó la mirada con Tadar'Ro y sonrió un poco. Entonces, antes de que Ben supiera qué estaba pasando, hubo un agudo estallido de aire desplazado. El bastón

Vor'cha simplemente se desvaneció de sus manos para reaparecer en las de su padre. Él jadeó durante un segundo y entonces se dio cuenta de que mientras él había estado estudiando tan duro para aprender a caminar en la corriente, Luke había dominado fácilmente la otra técnica de la Fuerza conocida de los Aing-Tii. Se rió un poco mientras Luke le lanzaba de vuelta el bastón a su hijo.

Tadar'Ro inclinó la cabeza ante ambos Skywalker.

—Viajad seguros. Que aprendáis lo que debéis aprender.

—Que la Fuerza te acompañe —dijo Luke.

La diversión les envolvió.

—Siempre está con todos —dijo Tadar'Ro, asintió en dirección a ellos y se volvió para irse.

Menos de una hora después, estaban listos para partir. Ben incluso había tenido la oportunidad de darse la saniducha y de pillar el filete de nerf. Se colocó en la silla al lado de su padre, moviéndose silenciosamente ya que Luke estaba grabando un mensaje.

—… y basándonos en todo esto, hemos decidido dirigirnos a las Fauces —estaba diciendo Luke—. No estoy seguro de cuándo saldremos de la Falla y podrás recibir esto, pero pensé que deberías saberlo tan pronto como fuera posible. Ben y yo nos pondremos a trabajar en el acertijo, pero si alguno de los Maestros lo descubre antes que nosotros, prometo no sentirme insultado. Espero hablar pronto contigo y espero que todo esté bien en casa.

Pulsó un botón y envió el mensaje y luego se volvió hacia Ben.

—¿Listo para hablar con esos Bebedores de Mente que supuestamente habitan en las Fauces?

—Claro —dijo Ben levantando el bastón *Vor'cha*—. Creo que podemos manejarlos.

Capítulo Veinticinco

KESH

Lady Rhea había hablado con Lord Vol y el *Cruzado Eterno* había sido llamado de vuelta a Kesh. Mientras entraron en órbita, Vestara se dio cuenta de que toda la armada había sido llamada. Actualmente en órbita alrededor de un mundo que, dos años antes, nunca había visto una nave operacional que viajara por el espacio había más de dos docenas de naves espaciales.

Vestara, Lady Rhea y otros pocos miembros de la tripulación tomaron un pequeño transporte hasta Tahv. El agudo deleite que asaltaba a Vestara por el hecho de que ya no estaba fuera, deseosa de mirar dentro, sino que casi siempre la llevaban a cada decisión importante y sesión de planificación no se había desvanecido a lo largo de los últimos dos años. Era consciente de las responsabilidades de tal honor y nunca lo daba por sentado.

Recordaba la primera vez que había estado en estas Salas del Consejo, asustada pero determinada. Qué boba había sido entonces. Sonrió un poco y cambió de posición y luego se tranquilizó mientras Lord Vol empezó a hablar.

—Hace poco tiempo, muchos de nosotros sentimos una fuerte ondulación en la Fuerza. Sentimos una presencia que inmediatamente nos dimos cuenta de que sería una amenaza para nosotros. Nave fue capaz de identificar la presencia como la del actual Gran Maestro de los Jedi: Luke Skywalker.

Un suave murmullo atravesó la habitación. Lord Vol levantó la mano para pedir silencio.

—La información que Nave nos ha dado sobre este Skywalker da que pensar. Sin embargo, él está lejos de su base. No sabemos con qué fin. Pero, no voy a pasar por alto una oportunidad cuando cae tan perfectamente en nuestras manos como una fruta madura. Skywalker está a varios años luz de aquí, pero todavía dentro de nuestro alcance.

En los últimos días, he estado en contacto con Lady Rhea.

Él asintió hacia la Maestra de Vestara, que dio un paso hacia delante.

—Cuando Nave vino a nosotros con las noticias de la casi extinción de los Sith —dijo ella, con su voz clara y fuerte—, no caímos víctimas de la desaparición. Actuamos. Nave a nave, estamos reuniendo una flota con la que finalmente recuperar la galaxia ante los Jedi, que se expandieron como las sabandijas de un sistema a otro. Tal es nuestra meta.

»Algunos dirán que un hombre no puede mantener unida a toda una galaxia. Es cierto. Pero un hombre puede liderar e inspirar. Si la cabeza se corta, el cuerpo la seguirá. Luke Skywalker ha hecho mucho más que luchar contra los Sith. Fue en cierto punto el único Jedi y ahora ha recreado la Orden con cientos de ellos. —Ella estaba tan disgustada por esto que casi estaba escupiendo las palabras—. Y ahora, de algún modo, ha emitido su presencia en la Fuerza. Y podemos acabar con él.

»Lord Vol y yo hemos escogido personalmente a un único grupo de ataque para ir contra este Skywalker. Él…

—Un momento —dijo Yuvar Xal, el Maestro de Ahri—. El Gran Maestro de los Jedi posiblemente no puede simplemente estar dando vueltas por ahí solo. Debe estar en una misión de gran importancia y es lógico creer que tiene muchas naves bajo su mando. Una única fuerza de ataque no haría nada contra eso.

—Había algo sobre su presencia… No lo creo. Por alguna razón, mi instinto me dice que está, si no solo, al menos no acompañado por cualquier clase de flota —dijo Lady Rhea.

Vestara entendió lo que quería decir. Había habido una sensación de aislamiento en la presencia de Skywalker.

—No obstante, si tal resulta ser el caso, seremos capaces de tomar esa determinación y pedir refuerzos. Una gran flota anunciará nuestra presencia. Una nave más pequeña o dos serán capaces de obtener información mucho más fácilmente —continuó Lady Rhea.

Xal parecía infeliz, pero se calló.

—Ahora —continuó Lady Rhea—. Nosotros…

Aquello osciló a través de ellos como una ola. Vestara realmente se tambaleó. Era a la vez casi abrumador y nutritivo. Pura energía del lado oscuro crujió a través de la habitación, atravesando sus corazones, como un abrazo que era bienvenido pero demasiado fuerte para ser realmente cómodo. Vestara extendió una mano, como si pudiera alargar la mano físicamente y coger lo que fuera que estuviera impregnando todo su ser. Ella lo quería, anhelándolo y sintió las lágrimas de repente picándole en los ojos…

Y entonces un ajetreo de alegría la inundó.

Nave. Estaba casi cantando, una mascota devota corriendo hacia su amado dueño, siguiendo aquella llamada de la energía del lado oscuro.

—¡No! —gritó Vestara—. ¡Nave!

Ella parpadeó, recuperándose mientras el extraño tirón terminaba de repente. Lady Rhea la estaba mirando.

—Vestara, ¿qué está haciendo?

Vestara se humedeció los labios que se habían quedado secos de repente. Ella se sintió intensa y terriblemente despojada. Abandonada, dejada atrás, vacía. Su conexión con Nave siempre había sido aceptada como la más fuerte entre los Sith. Él había contactado con ella primero y había mantenido ese nivel de… casi de intimidad, durante los dos años. Ahora él les había dejado, le había dejado a ella, sin ni siquiera una punzada de arrepentimiento o una despedida.

—Él… se ha ido —dijo ella con una voz que temblaba—. Está siguiendo esa… esa… llamada.

Durante un terrible momento, todo el mundo se quedó rígido. El horror, la furia y la angustia inundaron la Fuerza. Y entonces Lord Vol se levantó. Su cuerpo era débil, pero su poder no lo era, y él les dio un puñetazo en las entrañas con su determinación.

—Habíamos planeado enviar a una fuerza de ataque tras Luke Skywalker —dijo él—. Ahora tenemos una misión más importante: seguir a Nave y recuperarla.

Recuperarlo, pensó Vestara. *Nave es macho*.

—La fuerza de ataque se preparará para salir tras Nave tan pronto como estéis preparados bajo las órdenes de Lady Rhea.

Lady Rhea volvió sus ojos a Vestara y asintió. La excitación y el miedo se aferraron a Vestara, pero ella los forzó a retroceder. Si iba a ser de alguna utilidad en esta misión, necesitaría estar calmada, tener bajo control a sus emociones y no dejar que ellas la dominaran.

Encontrarían a Nave y descubrirían qué había sido tan convincente que él había sentido necesario abandonar a aquellos a los que había venido una vez.

Leia y Han estaban sentados en la cama de Allana, remetiendo las mantas suavemente alrededor de ella. La pequeña estaba demostrando tener un espíritu de duracero, dado lo bien que se recuperaba de las cosas. Parecía haberse recuperado completamente del incidente en la Exhibición y Feria de Ganado, excepto que parecía inusualmente pensativa. Cada vez que Han o Leia intentaban forzarla suavemente a que hablara, ella decía que estaba bien y les sonreía.

Pero esta noche, ella levantó la mirada hacia ellos justo antes de que cada uno se inclinara por turnos para besarle la frente.

—He estado pensando —dijo ella.

La pareja intercambió una mirada y se sentaron a cada lado de su cama.

—¿Sobre qué, cielo? —preguntó ella.

—Sobre… lo que ocurrió en la exhibición.

Leia alargó una mano y acarició la mejilla suave y redonda de la niña.

—Adelante.

—Tú… tuviste que matar a algunos de los animales para salvar a la gente.

Leia asintió.

—Exacto.

—Pero eran sólo animales. Habían sido criados para que fueran así.

—No era su intención, no como con los seres inteligentes —dijo Leia, preguntándose adónde iba esto—. Eso es cierto. Pero una amenaza para un ser es la misma, tanto si se hace con intención como si no.

—Pero… la nexu. Tenía cachorros.

Ah, ahora Leia lo entendía.

—Sí, los tenía.

—Y tú la mataste. Porque ella estaba haciendo daño a la gente. Así que ahora los cachorros no tienen madre y nadie cuida de ellos. —Ella levantó su mirada calmada hacia las de ellos—. Creo que deberíamos hacernos responsables.

—¿Qué? —explotó Han.

—De uno de los cachorros. Radd Minker dijo que podías domesticarlos si encuentras un buen entrenador. Nosotros les arrebatamos a su madre. Deberíamos cuidar al menos de uno de ellos. Es lo correcto. Es justicia.

Han le dirigió a Leia una mirada de *qué diablos hacemos ahora*. Leia sospechaba que ella llevaba una expresión similar en su cara. Pero también estaba indeciblemente orgullosa de su nieta. Sus instintos, su compás moral… eran los adecuados. Era una pequeña sorprendente y se convertiría en una mujer remarcable.

—Tienes razón, cielo. Es lo correcto.

Las cejas de Han se elevaron.

—Pensé que íbamos a conseguirle un pequeño y bonito kybuck —dijo él—. Ya sabes… suaves, pequeños y sin bocas llenas de dientes.

—Podríamos no ser capaces de quedarnos con uno para nosotros —continuó Leia como si no hubiera oído para nada a Han—, pero desde luego podemos asegurarnos de que todos van a hogares buenos y cariñosos.

—¿O qué hay de un tauntaun? —dijo Han, con la desesperación filtrándose en su voz—. Trespeó puede darle un baño un día sí y uno no.

—¿Podemos *intentar* quedarnos con uno? —preguntó Allana, ligeramente pensativa y también ignorando a Han.

—Ya veremos —dijo Leia.

Tahiri estaba sentada sola en su apartamento, metiendo en su boca mecánicamente con un tenedor lo que pasaba por la cena, masticando y tragando. Técnicamente estaba comiendo, pero no le prestaba atención al proceso. Su mente estaba en otro lugar.

Se preguntó cómo lo estaba llevando Jaina Solo. Habían pasado varios días desde que el reportero Javis Tyrr había hecho su «exposición» sobre las maldades de los Jedi. Como parte del equipo que había sido responsable de atrapar a Seff Hellin, Tahiri estaba aliviada de que Daala hubiera estado de acuerdo con no extraditarlos a él o a Natua Wan. Pero estaba claro que la Jefa de Estado era lista y había decidido hacer todo lo que pudiera para humillar a los Jedi si no podía conseguir su premio.

La entrevista con Jaina fue dolorosa de ver. Conociendo a la otra mujer tan bien como la conocía, Tahiri podía *sentir* a Jaina tensándose por darle respuestas ásperas a las preguntas completamente absurdas que estaba haciendo Tyrr. O, lo que probablemente complacería a la hija de los Solo incluso más, por pegarle al reportero. También sintió pena por Cilghal y Tekli, aunque ambas salieron adelante bien. La tranquila dignidad y compostura de la primera hizo que Javis Tyrr pareciera ostentoso y la angustia obvia y la monería extrema de la última se aseguraron de hacer que cualquier televidente la apoyara.

La única razón por la que Tahiri no estaba ante la holocámara con ellas era que ya no era oficialmente una Jedi y por lo tanto a Jaina Solo no se le había ordenado dar su nombre. Por eso, Tahiri estaba intensamente contenta. Había días en los que su decisión

de mantenerse aparte de la Orden se sentía completamente acertada. Y otros días en los que se sentía completa y totalmente equivocada.

Ella bajó el tenedor, miró la comida a medio comer y descansó su cara en las manos durante un largo momento. Volvió a pensar en las palabras que Seff Hellin le había lanzado, pensando que era una doble: *Asesina, traidora, esclava patética de sus emociones… eso es lo que* ella *es*.

Dolían. Dolían más de lo que habría esperado. Dolían porque eran verdad. Había sido todas esas cosas… y quizás todavía era lo último.

Le había dicho a Jaina que estaba intentando descubrir las cosas y lo estaba haciendo. Jaina había respondido en ese momento con un abrazo y más tarde mostró su confianza en Tahiri al pedirle que participara en la conspiración del Agrupamientoscuro. Quizás había un modo de volver de esto después de todo.

El timbre de la puerta sonó. Tahiri suspiró, dejó de lado el plato medio lleno de comida y caminó suavemente hacia la puerta con los pies descalzos.

Tres oficiales de la AG estaban fuera. Dos tenían armas. El tercero estaba vestido con un traje y llevaba un cuaderno de datos encima del cual estaba plegada una pequeña tarjeta.

—Tahiri Veila, está bajo arresto por los cargos de obstrucción a la justicia, complicidad en el asesinato del almirante Gilad Pellaeon y traición.